



La cumbre de nuestra raza

Josefa Poncela
Prólogo de Micaela Gaggero Fiscella



La cumbre de nuestra raza

Josefa Poncela

Prólogo de Micaela Gaggero Fiscella

La cumbre de nuestra raza

Josefa Poncela

Prólogo de Micaela Gaggero Fiscella



Poncela, Josefa

La cumbre de nuestra raza / Josefa Poncela. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Biblioteca Nacional, 2025.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-728-214-6

1. Pueblos Originarios. 2. Historia Argentina. I. Título.
CDD 982

Presidente de la Nación: Javier Milei

Ministra de Capital Humano: Sandra Pettovello

BIBLIOTECA NACIONAL DR. MARIANO MORENO

Directora de la Biblioteca Nacional: Susana Soto

Subdirectora de la Biblioteca Nacional: Elsa Rapetti

Director Nacional de Coordinación Bibliotecológica: Pablo García

Director Nacional de Coordinación Cultural: Guillermo David

Director General de Coordinación Administrativa: Roberto Arno

Jefe del Departamento de Publicaciones: Sebastián Scolnik

Producción y diseño editorial: Ediciones Biblioteca Nacional

Centro de Estudios sobre Pueblos Originarios:

Emiliano Ruiz Díaz, Carina Carriqueo y Diego Antico

Imagen de tapa: Ex princesa ranquelina,
doña Josefa Baigorria de Manquillán

© 2025, Biblioteca Nacional

Agüero 2502 (C1425EID)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires

www.bn.gob.ar

IMPRESO EN ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Índice

Introducción	
por Carina Carriqueo	17
El principio diverso de las cosas	
por Micaela Gaggero Fiscella	19
LA CUMBRE DE NUESTRA RAZA	
Prefacio	49
PRIMERA PARTE	
Prehistoria americana	53
Capítulo I	
Las comarcas mexicanas y sus primitivos habitantes	55
Cultura Copilco-Zacatengo.....	55
Cultura Cuicuilco-Ticomán.....	56
Cultura Tolteca	56
Cultura Chichimeca.....	57
Capítulo II	
El imperio azteca	59
Gobierno.....	59
Economía.....	60
Vivienda.....	63
Vestimenta de los nativos.....	63
La técnica azteca.....	64
Organización social.....	65
La justicia.....	65
Los aztecas y la guerra.....	65
Comercio de los aztecas.....	65
Religión azteca.....	66
Calendario azteca.....	66
Escritura azteca.....	66

Capítulo III

Primitivos habitantes de Yucatán	67
Economía de los mayas	67
Vivienda maya	68
Vestimenta de los mayas	69
Técnica de los mayas	69
Organización social de los mayas	70
La organización de la familia maya	70
La justicia maya	71
Los mayas en las guerras	71
El comercio maya	72
La religión	72
El calendario maya	73
Escritura maya	73

Capítulo IV

El archipiélago de las Antillas, primitivos habitantes de estas

comarcas	75
Economía de los taínos	75
Vivienda de los taínos	75
Vestimenta de los taínos	76
Técnica de los taínos	76
Organización social de los taínos	77
Religión de los taínos	77

Capítulo V

El imperio chibcha	79
Economía de los chibchas	79
La arquitectura chibcha	79
Vestimenta de chibchas	80
Técnica de los chibchas	80
Tejidos chibchas	81
El arte metalúrgico de los chibchas	81
Organización social de los chibchas	81
Religión de los chibchas	82

El arte chibcha	83
La enseñanza chibcha	83
Los chibchas en la guerra	83

Capítulo VI

El imperio incaico	85
Economía de los incas	85
La arquitectura	86
Vestimenta de los incas	87
La técnica inca	88
Tejido inca	88
La organización social de los incas	89
Derecho de los incas	90
Organización social de los incas	90
Religión de los incas	90
Formación de los ejércitos incas	91

Capítulo VII

Las comarcas del centro y norte argentino, sus primitivos habitantes	93
Los nativos atacamas	93
Los omaguacas	94
Los diaguitas	96
Cultura de la parte chaco-santiagueña	98

Capítulo VIII

Las comarcas amazónicas y litoral argentino, sus primitivos habitantes	99
Los tupí-guaraní	99
Los llamados ges	102
Los naturales del litoral argentino	104

Capítulo IX

Los pueblos araucanos, huarpes y pampas	105
Araucanos	105
Huarpes	109
Pampas	109

Capítulo X	
Conclusión de la primera parte	111

SEGUNDA PARTE

La conquista de América	115
--------------------------------------	-----

Capítulo I

Llegada de los intrusos blancos y la conquista del continente	117
Colón o Colombo, el genio inmortal	117
La propiedad jurídica de las tierras descubiertas	119

Capítulo II

Conquista de México y llegada a Sudamérica	121
Conquista de México	121
El descubrimiento del Paraguay	124
Los araucanos en Chile y en Argentina	124

Capítulo III

Conquista del Perú y Colombia	127
La conquista del Perú	127
La conquista colombiana	129

Capítulo IV

España y la colonización de América	133
La sociedad de la época colonial	134
Las audiencias de América	135
La cultura hispana en América	135
La decadencia colonial	136
La corriente revolucionaria del continente	136

Capítulo V

Conquista del Brasil por los portugueses	137
Los primeros síntomas de emancipación brasileña	138

Capítulo VI

Conquista del Río de la Plata	141
Don Pedro de Mendoza	141

La importancia de la expedición, sus elementos	142
Instalación de Mendoza y los naturales de la tierra	144
Capítulo VII	
La creación del Virreinato del Río de la Plata	147
TERCERA PARTE	
Los ranqueles pampeanos	153
Capítulo I	
Un relato familiar	155
Capítulo II	
Origen del ranquel, formas de gobierno y participación en las guerras de la independencia	159
El origen del ranquel	159
Los gobiernos de la Confederación ranquel	160
La Confederación ranquelina y nuestra independencia	162
Composición del Ejército de los Andes. El general don José de San Martín y parlamentos de los ranqueles para apoyar la empresa libertadora	162
Los ranqueles y la guerra del Brasil	165
Capítulo III	
El coronel don Manuel Baigorria	167
Nuevo triunfo del general Paz en la Laguna Larga	169
Quiroga a Buenos Aires en busca de refuerzos	169
Fusilamientos en masa. La casualidad salvó a Baigorria	169
Capítulo IV	
Llegada y recibimiento del coronel Baigorria a los ranqueles	171
Capítulo V	
Como preparó el general don Juan Manuel de Rosas su ascensión al poder	175
La guerra contra los ranqueles	176

Capítulo VI	
Los ranqueles desconcertados	181
Encuentro de Pichún con el coronel Baigorria y el testamento de Yanquetruz el Grande	183
Capítulo VII	
Reorganización de los ranqueles y llegada de La Madrid	185
Paces con Rosas	185
El general La Madrid en Córdoba	185
Capítulo VIII	
Las artimañas de Rosas y su posterior caída	191
Las artimañas del general don Juan Manuel de Rosas	191
La caída de Rosas en 1852	193
Capítulo IX	
Encuentro con unitarios, comisión a Buenos Aires y regreso a San Luis	195
Comisión del general Oroño y coronel Gorordo a Baigorria y su comisión de capitanejos	195
Llegada de la comisión ranquel con Baigorria y Gorordo a Buenos Aires	196
Entrevista del general Paz con el coronel Baigorria	197
Regreso de la expedición ranquel a San Luis	198
Capítulo X	
El general Urquiza en trato con los ranqueles	199
Capítulo XI	
Intervención de los ranqueles en la célebre batalla de Cepeda	203
Consecuencias de la batalla de Cepeda	207
Capítulo XII	
La presidencia del doctor Santiago Derqui	209
La revolución de Córdoba	209
Capítulo XIII	
La unión de los ranqueles con el general Bartolomé Mitre	221
La batalla de Pavón y sus consecuencias	227

Capítulo XIV	
Cacicazgo de Manuel Baigorria, conocido como Baigorrita	229
Expedición al desierto	231

Capítulo XV	
El capitanejo Justo Manquillán	233

Capítulo XVI	
Cacicazgo de Luis Baigorria, conocido también como Baigorrita	237

CUARTA PARTE

Independencia, organización y gobiernos de las repúblicas americanas	241
-----------------------------------------------------------------------------	-----

Capítulo I

Reseña histórica de la República Argentina	243
La Constitución de la Nación Argentina	251
Presidencias de Argentina, período 1874-1910	252
Presidencia de Roque Sáenz Peña - Victorino de la Plaza	256
Presidencia de Hipólito Yrigoyen - Pelagio Luna (1916-1922)	257
Presidencia de Marcelo T. de Alvear - Elpidio González (1922-1928)	257
Presidencia de Hipólito Yrigoyen - Enrique Martínez (1928-1930)	258
Gobierno provisional del general José Félix Uriburu	258
Presidencia Agustín P. Justo - Julio A. Roca (1932-1938)	258
Presidencia Roberto M. Ortiz - Ramón S. Castillo (1938-1944)	259
Extensión y población de la República Argentina	260

Capítulo II

Reseña histórica de la República de México	261
---------------------------------------------------	-----

Capítulo III

Reseña histórica de las repúblicas de América Central	265
Guatemala	265
El Salvador	267
Honduras	267

Nicaragua	268
Costa Rica	270
Capítulo IV	
Las Antillas	271
Reseña histórica de Santo Domingo	271
Resumen histórico de la isla de Cuba	273
Puerto Rico	276
Capítulo V	
Reseña histórica de las repúblicas de Colombia y Panamá	279
República de Colombia	279
República de Panamá	282
Capítulo VI	
Reseña histórica de la República de Venezuela	283
Extensión y habitantes de la república	288
Capítulo VII	
Reseña histórica de la República del Ecuador	289
Extensión y habitantes de la república	296
Capítulo XIII	
Reseña histórica de la República del Perú	297
Extensión y habitantes de la república	305
Capítulo IX	
Reseña histórica de la República de Chile	307
Extensión y población de la República de Chile	312
Capítulo X	
Reseña histórica de la República de Bolivia	313
Extensión y habitantes de la República de Bolivia	316
Capítulo XI	
Breve reseña histórica de la República del Paraguay	317
Extensión y habitantes de la República del Paraguay	321

Capítulo XII	
Reseña histórica de la República Oriental del Uruguay	323
Extensión y habitantes de la República Oriental del Uruguay	332
Capítulo XIII	
Breve reseña histórica de la República del Brasil	333
Extensión y población de la República del Brasil	337
Capítulo XIV	
Conclusión	337

Introducción

“Un ensayo sobre el cual he de volver sobre el rastro”. Así dice un fragmento de sus palabras introductorias la escritora Josefa Poncela. Una mujer cuyo paso por la historia fue cauteloso, sin grandes reconocimientos pero que hoy, el Centro de Estudios sobre Pueblos Originarios de la Biblioteca Nacional pone en valor para recordarla como una mujer comprometida con su origen y su presente.

Al momento de publicar *La cumbre de nuestra raza* —ensayo sobre las culturas de América y la actualidad de las mismas en 1942— la autora tenía 19 años, se reconocía ranquel y desde Santa Rosa, La Pampa, escribió a las futuras generaciones reivindicando las primeras naciones del continente. En sus páginas hay mucho valor y lealtad con sus hermanos originarios. Por momentos, esta joven siente desde las entrañas el dolor de su gente y se refiere varias veces al “blanco invasor”. Intenta ser neutra pero la historia pasada ha quedado guardada en un pliegue y ella lentamente la asoma de vez en cuando para mostrar lo que pudo ser y no fue. Reflexiona sobre la historia escrita que siempre coloca a los naturales en un estado inferior a los blancos, y ahora es ella misma escribiendo con la mirada de una adolescente ranquel, pero hasta donde le permiten sus recursos económicos. Trae el pasado, reflexiona sobre civilización y barbarie, piensa que cada uno lo entiende de acuerdo a las ideas que profesa o a los intereses que defiende. “Así por ejemplo yo diría que los europeos son unos bárbaros y salvajes”, dice irónicamente al pasar.

Pone la lupa siempre que puede en el rol de las mujeres que tuvieron papeles secundarios en las batallas; eso parece darle más valor aún e influiría mucho en su vida. Igual que ellas, la jovencita Poncela fue una mujer amante de la libertad y no estuvo para nada ajena a las luchas políticas. Se involucró hasta obtener años más tarde los títulos de propiedad de los campos habitados por sus caciques.

Viajó por el continente sin salir de su Santa Rosa, ayudada de libros, diarios, revistas, se interesó por la situación política y lamentó que la nación imperialista del norte, pese a cantar loas a la democracia y la honestidad, no concediera a los pueblos sus derechos como nación soberana. Les cuenta a las generaciones futuras que el imperio inglés se apoderó de

las islas Malvinas y aún las mantiene de forma ilegal. Esperanzada quizás hacia el mañana (o sea hoy). Lamentablemente debemos reiterar sus palabras en este, nuestro presente.

Le lleva mucho tiempo recorrer y detenerse en cada lugar hasta que nos invita por ese “volver sobre el rastro” hasta las tolderías de su familia. Manquillán, Baigorrita, Coliqueo, Pichún entre otros caciques aparecen como centro de estas páginas porque es ella misma quien acompaña a su abuela, una princesa ranquel de nombre Josefa Baigorrita, hasta un juez de paz para levantar un acta de su relato oral y sus recuerdos de infancia. Josefa lo publica tal cual fue, orgullosa de dar a conocer quién es esa mujer anciana que responde tímidamente a cada una de las preguntas de la justicia.

Josefa escribió para que hoy ningún nacido en este suelo ignore quiénes habitaron este continente, y se mantenga encendida la memoria identitaria que nos permite conocer las riquezas propias, saber que en los rasgos argentinos hay una raíz indígena tan noble, que como escribió la autora a modo de deseo para el futuro: “La historia algún día deberá recoger a esta raza y colocarla en el lugar que le corresponde”.

Carina Carriqueo

Centro de Estudios sobre Pueblos Originarios

El principio diverso de las cosas

Por Micaela Gaggero Fiscella

Desde ya, la alteridad está siempre presente en toda práctica literaria, como una tensión entre la identidad y la diferencia, entre lo propio y lo ajeno, que se traduce en la opción entre fuggarse de la propia cultura o fortalecerla y activarla.
(Colombres, 2009, p. 11)

La cumbre de nuestra raza de Josefa Poncela es un ensayo histórico que tiene por objetivo rescatar el devenir de las comunidades indígenas latinoamericanas, para luego centrarse en la comunidad Rankulche y sus aportes a la historia nacional. Leer esta obra es estar en permanente tensión entre algo que se supone propio y primordial (lo indígena), y lo nuevo-ajeno (lo español/europeo) que irrumpe al principio pero que poco a poco se integra.

Josefa y su obra son siempre un hallazgo en todas las dimensiones posibles: una investigadora, Leda García, encuentra un ejemplar perdido en el Archivo Histórico de la Provincia de La Pampa y se maravilla. Otra investigadora, Nilda Susana Redondo, recibe el hallazgo con igual sorpresa y como una posta olímpica, como algo sagrado y legendario lo pasa a estas manos, que la sigue leyendo con ese mismo asombro del primer encuentro. Luego, al adentrarse en sus casi 500 páginas, se pueden ir develando reveses y aristas de una versión de la historia nacional y latinoamericana cuya autora sabe que viene a sentar disidencias. Josefa no fue descubierta, ella y *La cumbre de nuestra Raza* estaban latiendo firmes a la espera de su contexto de recepción.

Josefa Poncela nacida en Santa Rosa, La Pampa, el 8 de febrero de 1924 es descendiente de caciques y capitanejos ranquelinos por parte de su madre Juana Manquillán: Yanquetruz, Pichún Gualá, Manuel Baigorrita y Justo Manquillán. Por otro lado, su padre, Dionisio Poncela, era inmigrante español. En Josefa se juntan, se mezclan, se encuentran dos culturas e historias, pero no sin vaivenes entre tensión y armonía. En este punto resulta de importancia la cita de Colombres del comienzo: la alteridad está presente en toda práctica literaria. Esta alteridad se presenta en la voz de la autora, que como el viento en La Pampa, trae los murmullos de

antiguos rezos, plegarias y luchas de los olvidados dueños y dueñas de las flechas y las tierras. Poncela nos recuerda que en esta provincia, al borde de o debajo de muchas rutas, se encuentran las ancestrales rastrilladas.



La obra fue publicada en Santa Rosa en 1942 cuando la autora contaba con solo 18 años y era reciente egresada del Colegio Nacional. Luego de la publicación del libro, Poncela se fue a estudiar abogacía a la ciudad de La Plata y con ella se marchó toda la familia. Su padre estudió junto con ella y abrieron un estudio jurídico en aquella ciudad. Algunos datos más son aportados por la investigadora Leda García (2011) a partir de entrevistas a dos hermanas de la autora:

Por ellas pudo saberse que obtuvo su título en 1949, que ejerció la profesión hasta pasados los 70 años, que se especializó en derecho civil y comercial, aunque ocasionalmente se ocupó de casos de derecho penal y que también fue docente de la Universidad de La Plata, dictando sus cátedras en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales.

Juana, la hermana menor, narró que el libro se debió a sugerencias de su papá, Dionisio Poncela, español, nativo de Valladolid, quien arribó al país a la edad de 15 años enviado por sus padres para evitar “ser mandado a la guerra”, que originalmente estuvo en Carhué, que “se prendió de su mamá” y formaron una familia de la que nacieron cinco hijos” (p. 968).

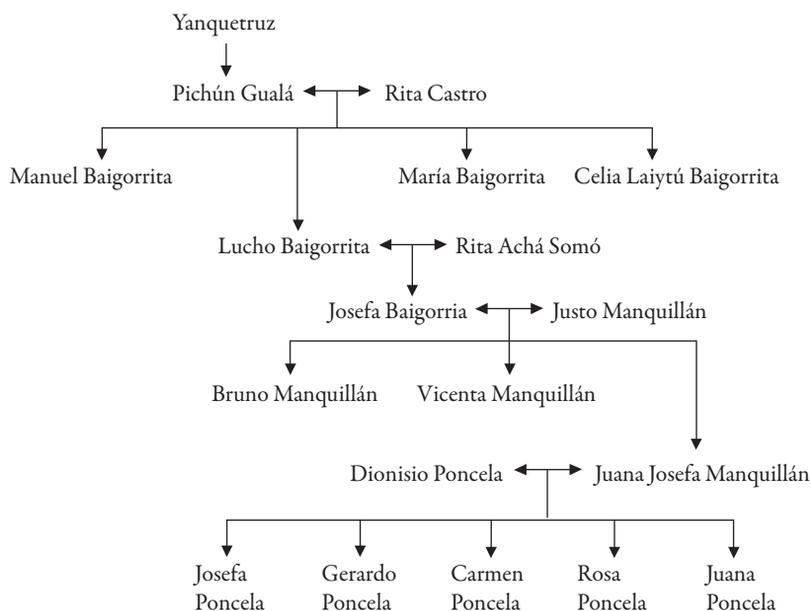
En estas charlas, además, se le comentó a García que en las visitas que hacía la abuela materna a la familia, Poncela transcribía sus relatos y que la abuela oraba con las manos abiertas hacia el sol y preparaba charqui (García, 2011). En un medio donde lo “común” era ocultar la ascendencia indígena, dice mucho que la abuela de la autora mantuviera algunas de sus costumbres y que la joven Josefa se haya detenido y preocupado por mantener sus memorias.

La genealogía Baigorria

En el libro *Rostros. Iconografía indígena de La Pampa 1860-1965* José Carlos Depetris y Pedro Eugenio Vigne elaboran las genealogías de distintas familias ranqueles y mapuches a partir de sus caciques principales. Josefa Poncela estaría así ubicada en la genealogía Baigorria que comienza con el cacique general Yanquetruz “El fuerte”. Según Martínez Sarasola (2013), Yanquetruz es el “jefe indiscutido” de los ranqueles entre 1818, año en el que habría llegado a la pampa central, y 1838.

El árbol que presentan Depetris y Vigne (2000) es extenso y bien desarrollado en la línea de descendencia del cacique Lucho Baigorrita (1842-1933) en su segundo matrimonio con Juana Galván, mientras que queda trunca en una parte la línea de descendencia de su primer matrimonio con Rita Achá Somó. En esta sección del árbol de Depetris y Vigne pudo observarse que de la unión de Lucho y Rita solo hubo una hija, Josefa Baigorria.

De los hijos que tuvieron Josefa Baigorria con Justo Manquillán solo menciona a Bruno Manquillán. En la entrevista con un sobrino nieto de Josefa pudo saberse que además de Bruno la pareja Lucho-Rita tuvo otras dos hijas más: Vicenta Manquillán (de la cual desciende el consultante) y Juana Josefa Manquillán (madre de Poncela), como es posible observar en el gráfico a continuación:



La pregunta principal de *La cumbre...* es la identidad,¹ proceso siempre complejo y dinámico que en el contexto en que se publica la obra resulta toda una declaración de una joven que con fuerte convicción estaba por dejar su lugar para partir hacia su futuro.

1. El devenir de la identidad ranquel no es privativo de Josefa. La pregunta sobre quiénes son los ranqueles aún hoy abre debates. Una situación esperable —pero no por eso menos trágica— luego del proceso social de genocidio de la llamada “Campaña del desierto”. En el caso de los ranqueles es un proceso que incluso comienza mucho antes con la avanzada y “tratados de paz” de Juan Manuel de Rosas. Al respecto pueden consultarse las siguientes investigaciones: Canuhé, 2002; Dos Santos Montangie, 2014; Lazzari, 2007; Salomón Tarquini, 2008, 2009, 2010.

La voz mixturada en permanente cautela

*A los cantores que gritaron todo,
que no callaron, que comieron lodo,
cuando las botas y los coroneles
sangraban música sin decibeles.*

(Saraco, 2017, 3, p. 50)

Analizar el uso de la voz en la obra de Poncela se vuelve un asunto complejo: encontramos diversas modulaciones, tonos altos, bajos y hasta susurros. ¿Puede una joven mestiza gritar la libertad en el contexto territorialiano² cuando la versión hegemónica de “las conquistas” aún hoy sigue aplastando con sus botas de barro y sangre?

La estrategia de Josefa es el montaje: teje y entrelaza testimonios, la historia, biografías, incluso parece agregar instantáneas. Así su voz interactúa con otros discursos ajenos, algunas veces referidos y otras latentes. Cabe preguntarse qué discursos hegemónicos están presentes en la autora cuando piensa y se piensa en su ascendencia ranquelina. En la historia que cuenta se dejan entrever sus ideas, sus recortes, selecciones y omisiones.

El de Poncela, es entonces, un trabajo muy fino con su voz y las que va tejiendo para contar la historia. Esos tejidos son suturas de heridas históricas y tramas de la voz propia y ajena: la de las citas académicas, la voz de la historia mitrista y sarmientina, el susurro de su abuela en sus relatos. Esa voz mestiza que se levanta en nombre de la “fuerza de la raza”, asimila el discurso ajeno, aunque a lo largo de la obra logremos ver el revés de las costuras. En palabras de Voloshinov, en el enunciado del autor se establecen estrategias para asimilar ese discurso ajeno, aunque este conserva a la vez —en forma rudimentaria— la independencia (sintáctica, composicional, estilística) (p. 192). Su voz mestiza no es nueva sin embargo en las letras latinoamericanas. Antonio Cornejo Polar en su libro *Escribir en el aire* (2003) trabaja con la figura del Inca Garcilaso de la Vega. Para Cornejo Polar (2003) la obra de Garcilaso es un “obsesivo trabajo” sobre su condición de mestizo, una semiosis que tiene por objeto producir legitimidad de su condición personal y de la propia escritura. A esto mismo agrega que aunque no se dispusiera del dato autobiográfico los *Comentarios reales*,

2. La Pampa se convirtió en provincia en 1951 por la Ley 14037. Hasta ese entonces era un territorio nacional.

obra de 1609, no podrían haber sido escritos más que por un mestizo y transcribe la reivindicación que hace en su obra de su condición social. Asimismo, en esta escritura mestiza Garcilaso busca la armonía y no contrapone el incario a la conquista española sino que lo ubica como un prólogo a la evangelización de las Indias. De esta manera, para Cornejo Polar (2003) el discurso histórico discurre “suturando desgarraduras y soldando lo quebrado”.

En *La cumbre...* también se encuentra la elaboración de la figura de enunciación del mestizo y la autora realiza su propia reivindicación ya desde el Prefacio:

Felizmente su sangre [la de los conquistadores] se mezcló con la del natural y engendró la nueva raza, el mestizo, cuya germinación corre por las arterias de estos pueblos como un torrente de valentía e hidalguía, materias de las que estaba dotada esta gente primitiva de América (1942, p. 9).

La generación de los primeros mestizos durante y luego de la conquista fue, según la autora, la que representó la paz ya que el mestizo simboliza la armonía después del primer encuentro abrupto entre el español y el indio. Agrega en el capítulo destinado a la formación del Virreinato del Río de La Plata que fueron tres “razas” las que se unieron para la formación de los habitantes de los países de América: la europea, la “autóctona o americana” y la “etíopica” en menor proporción:

De su fusión salió la nueva raza mestiza y a cuyo lado la mixta, o sea la del negro y el blanco que se asimiló a las cualidades físicas y morales de la raza superior.

Las dos razas superiores, la de los conquistadores y la autóctona de América, no tardaron en mezclarse, ambas llevaban la contribución de sus elementos étnicos formándose el nuevo tipo humano que debía modelar su unión.

[...] Este nuevo tipo heredó la hidalguía, la generosidad y la bravura de la raza española y por otro lado el amor al suelo, el dominio de la llanura y la valentía que se le infiltró con la sangre generosa de la raza autóctona de América (1942, p. 154).

Entonces, cabe preguntarse a qué “raza” alude con el singular título. Tanto en la introducción como en las conclusiones y a lo largo de la obra la

autora distingue a los distintos grupos étnicos con el nombre de “razas”: raza europea (españoles sobre todo), raza autóctona/nativa (pueblos originarios de América Latina), raza americana (los distintos pueblos originarios y también el resultado de su unión con el blanco: el mestizo). En la conclusión del libro Josefa escribe:

Nuestra raza americana no es inferior a la europea o a la de cualquier otro continente, lo que hace falta es guiarla y prestarle cuanta ayuda sea necesaria, por lo que la protección a ellos es proteger nuestro futuro, lo que significa crear generaciones auténticamente nuestras, sacándolas del abandono en que se encuentran, que poco dice a favor de nuestra cultura (1942, p. 435).

En esta cita puede observarse el uso de “nuestra raza” como sinónimo de los distintos pueblos originarios, de “raza nativa”. Más adelante, agrega:

Esta raza pues, que se batió en todos los entreveros, de las luchas emancipadoras y de las organizaciones, de estas naciones americanas en marcha, estos autóctonos son pues el símbolo de nuestra raza (1942, p. 436).

Y hacia el final de la conclusión:

estos fueron [los autóctonos] la materia prima con la que se elaboró estas nuevas entidades en marcha y por ende son los más americanos, cumbre de nuestra raza (1942, p. 438).

Como puede apreciarse en esta última cita, la cumbre de la raza americana, lo más alto, es entonces el conjunto de pueblos originarios y la obra está dedicada a justificar esta idea, al menos en las tres primeras partes.

Apareció *La cumbre de nuestra raza*

La obra es extensa ya que cuenta con unas 438 páginas. Su publicación fue financiada por su padre y tuvo una tirada de mil libros. Poncela misma, a través de cartas, fue la encargada de enviarla a los distintos ministerios provinciales y nacionales, y a los presidentes de cada uno de los países que menciona al comienzo.

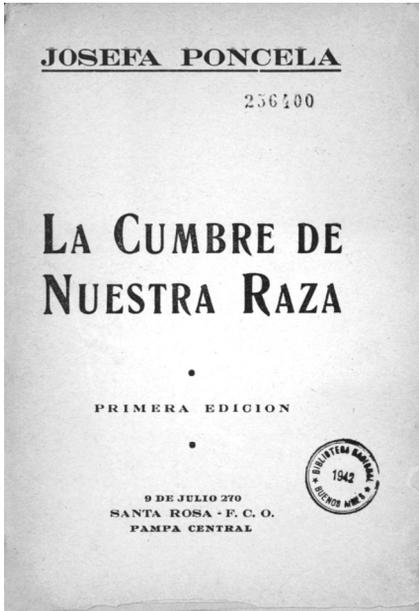
La publicación de esta obra, el número de ejemplares de la tirada —sobre todo teniendo en cuenta la extensión del libro— y su alcance internacional, son sin duda singulares para el momento. Lanzillotta (2011) explica que el incipiente campo intelectual en el contexto territorialiano³ estaba organizado en torno a instituciones como la justicia o las escuelas secundarias (escuela normal y colegio nacional), y sus miembros se expresaban fundamentalmente a partir de la prensa local. A partir de la década del treinta se establecieron nuevos espacios para la edición de textos como la imprenta de Rodolfo Marinelli, pero la prensa local seguía siendo fundamental. La profesión docente era común a la mayoría de estos intelectuales —como Stieben o Nervi—, pero también la producción cultural tenía a algunos abogados como agentes. Pero estos grupos e intelectuales territorialianos nada tenían que ver con Poncela en el sentido de que ella no formaba parte de esa “élite letrada”, sino que era una joven estudiante con grandes inquietudes. En este contexto, su obra se presenta como única pero no tuvo demasiada repercusión en el territorio y en el país. En el folleto de promoción de la obra titulado “Apareció *La cumbre de nuestra raza*”, pueden leerse las cartas de agradecimiento por el envío y las felicitaciones por parte del secretario del presidente de Uruguay, Hugo Ricaldoni.

Por parte de autoridades nacionales y provinciales⁴ no obtiene respuestas más extensas que el agradecimiento o el acuse de recibo de la obra. El presidente de la Cámara Federal de Bahía Blanca, Dr. Luis González Warcalde, y su profesor de Historia Argentina en el Colegio Nacional, el Dr. Abel M. Reyna, son quienes responden de manera más extensa y dan verdadero valor a la obra en el ámbito local.

Josefa nunca volvió sobre su obra —aunque había prometido ampliarla en la introducción— y parece perderse en el viento pampeano ya que no hay datos sobre esta publicación y en el Archivo Histórico Provincial solo se encuentra un ejemplar.

3. La autora toma el período 1910-1943.

4. Responden el secretario de la Presidencia José María Paz de Anchorena, el gobernador del Territorio Nacional Miguel Duval, el gobernador de Buenos Aires Rodolfo Moreno, el rector de la Universidad Nacional de La Plata Alfredo Palacios y el presidente del Consejo Nacional de Educación Sofanor Novillo Corvalán.



De arqueologías e historias recientes

El libro está dividido en cuatro grandes secciones. La primera sección titulada “Prehistoria americana” está constituida por diez capítulos y allí se desarrollan las características generales de las culturas existentes en América Latina antes de la llegada de Cristóbal Colón. El tono de su relato es más bien formal, aunque ameno. Se detiene particularmente en mayas, aztecas e incas. También comenta, aunque de manera más breve, las características de los toltecas, chichimecas, taínos, chibchas, y ya en nuestros territorios, culturas como la Diaguita y Omaguaca. La información se organiza a partir de criterios espaciales (comienza por la zona de México y el Caribe y a partir de allí va “bajando” por el continente hasta llegar al sur de nuestro país) y otros criterios como el *progreso material* definido por elementos como el tipo de vestimenta, utensilios, herramientas, la arquitectura, desarrollo en la cerámica y el uso del hierro; y el *progreso cultural* definido por la complejización en la economía, el arte, la religión, la moral. Un mayor grado de desarrollo en la técnica y en la cultura implica —según lo establece Poncela— un grado de civilización mayor. Así, según estos criterios dentro de estas distintas culturas “primitivas” —como las

llama— los más civilizadas serían los mayas, aztecas e incas. Por ejemplo, sobre la cultura Cuicuilco-Ticomán, al compararla con la Copilco-Zacatenco, explica:

Esa cultura fue muy superior a la anterior, al examinar los objetos, las figuras, la perfección alcanzada en sus construcciones, decoración de la cerámica; da la sensación de la habilidad con que dominaban el arte y el dibujo (1942, p. 17).

Son interpretadas como inferiores aquellas culturas que poseen una religión politeísta y una organización que no tiene en cuenta aspectos como una división social en estratos y tareas, y el castigo a comportamientos como el hurto, el asesinato o el adulterio. En este sentido, la forma en que cada cultura transmitía a sus nuevas generaciones los conocimientos adquiridos y los tipos de conocimientos que esas enseñanzas constituyen, son también tomados como indicadores del grado de civilización de esa cultura.⁵ Esta forma de clasificación, a la que Poncela adhiere en esta sección de *La cumbre* responde a una lógica perteneciente a la cultura occidental o más bien a la lógica que han desarrollado sus científicos (la antropología evolucionista del siglo XIX, los trabajos de Morgan, por ejemplo), que agrupa a las otras culturas de acuerdo a los grados simple-complejo, superior-inferior, según se parecieran o no al propio modelo occidental. Así, en América, “altas culturas” son solamente mayas, aztecas e incas, quienes desarrollaron determinados elementos tecnológicos y tuvieron un mayor grado de urbanización. Aquí está, entonces, el modelo hegemónico que opera en sus concepciones y emerge en su escritura.

La segunda sección, “La conquista de América”, trata de los procesos de conquista que se dieron en los actuales países de México, Paraguay, Chile, Argentina, Perú y Colombia. Las modulaciones de su voz son particularmente interesantes ya que pasa de consideraciones como “intrusos blancos” a “Colón, el genio inmortal”:

5. Cada cultura desarrolla o acentúa los rasgos o complejos de rasgos/características que le parecen pertinentes. Así por ejemplo, Magrassi, Maya y Frigerio (1999) mencionan como los selk'nams “poseyeron una de las culturas de más original expresión en su organización socioespacial, reglas de cortesía, juegos, deportes” (p. 43), así como los wichí poseen una gran riqueza en el desarrollo de su universo mítico aunque tuvieran escasa expresión tecnológica (p. 43).

Al empezar este capítulo, quiero destacar, que no me guían propósitos de menoscabar la importancia de las naciones ibéricas, en la colonización de América; por lo que no estoy dispuesta, a cometer ninguna ingratitud, con los nobles pueblos de España y Portugal (1942, p. 105).

Sin embargo, en varias oportunidades se destaca que la característica común a los españoles, sobre todo respecto de quienes encabezaban las expediciones, era la codicia. Sobre Hernán Cortés dice Poncela:

A la edad temprana de 14 años fue internado en la Universidad de Salamanca [...] El fracaso de esta carrera, le indujo a seguir las aventuras de la época en la vida militar, con la intensión, sin duda, de largarse a la conquista de estos pueblos y labrarse una cuantiosa fortuna, porque no hay duda de que eso fue el temperamento de los primeros conquistadores, que vinieron a esta tierra pródiga en riquezas (1942, p. 112).

En oposición a esta descripción de los conquistadores, los pobladores indígenas —los “naturales” en palabras de la autora— son nobles y generosos. A su vez, justifica otro tipo de acciones:

... lo primero que hicieron fue ofrecerles a los intrusos, los comestibles necesarios para su alimentación, colmándolos de atenciones. Estos como todos los encuentros que anotaré más adelante nos demuestran la nobleza de esta raza, y que si hicieron excesos muchas veces, ello se debe a los abusos que contra los mismos se cometían por los conquistadores (1942, p. 107).

El “natural” es noble con el blanco y a medida que se va sucediendo la conquista, ese mismo indio resulta de fundamental importancia para vencer a otras poblaciones indígenas que ofrecen resistencia. Significativo es entonces el relato de la relación de Malinche con Hernán Cortés, a quien le sirvió de intérprete. Poncela explica que los primeros encuentros de Cortés fueron con la tribu tlaxcalteca —“enemigos declarados de los aztecas”— que se plegó a su expedición. Al final del apartado de la conquista de México, Poncela opina:

... en todos los lugares del hemisferio americano, la conquista si bien la promovían con la iniciación los blancos, los verdaderos conquistadores eran en realidad los propios naturales a quienes explotaban los

aventureros, como carne de cañón y se llenaban de gloria a costa del sacrificio humano de esta masa de población nativa, que en realidad han sido los que en definitiva han consolidado los triunfos de los dirigentes blancos (1942, p. 115).

En estas citas es posible notar cómo la joven Josefa intercala en su discurso el tono ameno a la vez que casi enciclopédico, de manual, con sus propias opiniones sobre lo que se está narrando. Este tipo de toma de posición sobre el aborigen es lo que hace de *La cumbre* un texto único al igual que su autora. Se puede apreciar cómo Poncela, si bien toma el modelo evolucionista para escribir su ensayo, en determinados momentos va contra ese modelo cuando opina y destaca la valentía de los pueblos originarios al ofrecer resistencia a la conquista.

La tercera parte explica cómo fue la participación de los ranqueles en las distintas guerras de independencia y de organización del Estado nacional argentino en el siglo XIX. Así, por ejemplo, se refieren Caseros, Cepeda y Pavón y también a la “lucha sin cuartel” (1942, p. 10) de estos pueblos originarios contra Rosas, quien va a ser calificado como “tirano” a lo largo de toda la sección. Tendencia claramente de las líneas mitrista y sarmientina de la historia, sin descontar que fue Rosas quien comenzó la avanzada contra los indígenas en 1833. Además, por el recorte histórico que hace la autora en esta parte, también aborda la Conquista del Desierto aunque de una manera particular: así como los juicios de Poncela fueron bastante severos respecto de la conquista española, no lo será del mismo modo en lo que respecta al exterminio indígenas de finales de siglo.

Finalmente, la cuarta parte se titula “Independencia, organización y gobiernos de las repúblicas americanas” y allí la autora desarrolla la historia más reciente de Argentina, México, países del Caribe, Colombia, Venezuela, Chile, Bolivia, Paraguay, Uruguay y Brasil. El capítulo más extenso es el primero y en él la autora realiza un recorrido histórico que va desde la figura de San Martín a la presidencia de Ortiz (1938-1942). Es destacable para Poncela la visión latinoamericanista que presenta tanto en la primera parte como en la cuarta. En el desarrollo de la historia nacional es llamativo el concepto de revolución que presenta. Si bien se destacan la Revolución de Mayo y otros levantamientos independentistas, a lo largo de su relato sobre el siglo XX la idea de revolución va a tomar un matiz negativo en su significado. Al referirse a Leandro Alem y la Revolución del Parque escribe:

Porque no debemos olvidar que las revoluciones por más intencionadas que sean, o por más razones que esgriman sus hábiles promotores, son una lacra para los pueblos, cuya cultura se retrasa y su economía se resiente. Los malos gobiernos deben perseguirse con la indiferencia, que es el arma moral más poderosa y de mejores resultados (p. 311).

Esta declaración y crítica a Alem llama la atención por dos razones: en primer lugar la defensa que hace de la Revolución de Mayo, el espíritu libertador del aborígen simbolizado en Túpac Amaru II y el relato de las revoluciones en otros países latinoamericanos como México, en las que los aborígenes intervienen activamente; en segundo lugar, por su militancia activa activa en la Unión Cívica Radical.

Susurros y memorias

*... habrá que acostumbrarse sin respuesta
morir en una historia y otra historia
salir de madre pateando las preguntas
por los caños de la piel
hasta los huesos
y andar
humano no más
apuntalando luchas.*
(Ancalao, 2020, p. 25)

Yo creo que sí tienen que ver, y mucho, porque su participación en la vida histórica de nuestro país, a través de esas dos líneas que anticipé, la de la política y la de la guerra, hizo que esta comunidad, que estaba completamente apartada del proceso colonizador y civilizatorio, participara de esa vida, esa historia y en la construcción del país, de una manera que tenemos que ubicar para empezar a comprenderla.
(Amieva, 2015, p. 34)

Quizás la tercera parte resulte de las más interesantes y complejas. Aunque nada viene fácil de primera mano cuando una intenta referirse a esta obra. El interés radica en la versión de la historia del pueblo ranquel que nos proporciona la autora en esta instancia. La operación discursiva más

destacable quizá no sea la referencia a una verdad única y monolítica, sino el valor de discutir una versión dada por la academia, como se viene explicando. La noción de memoria es fundamental en esta tercera sección y llega a los oídos de Josefa en forma de susurro. Suena profunda la voz del coronel Baigorria,⁶ invocada de manera casi espectral para revelar el secreto: la intervención de los ranqueles en la historia nacional. El acceso a esta versión de la historia, como se comentaba anteriormente, se da a partir de las memorias del coronel Manuel Baigorria. La abuela, con quien la autora pasaba muchas horas de relatos en su juventud, solo tenía 3 años cuando sucedió la Conquista del Desierto, por lo que no recordaba muchos de esos hechos ni anteriores. Por estas razones Josefa se remite a los recuerdos de quien considera “uno de nuestros héroes más destacado”, pues vivió junto a los ranqueles y el cacique Yanquetruz y su hijo Pichún le tenían confianza.

La sección comienza con la transcripción de un acta en la que la abuela de la autora deja constancia de un relato histórico. Este se hace ante el juez de paz del momento, Garay Vivas y su secretario Ramón Lema. El juez le hace a Juana Josefa Manquillán nueve preguntas, algunas de las cuales tienen que ver con la llegada de Baigorria al campamento ranquel y lo sucedido con su familia durante y después de la Conquista del Desierto. Ciertamente resulta singular esta acta y su ubicación al comienzo de la sección y podría pensarse como una estrategia de la autora para certificar la narración que se incluirá en los capítulos siguientes. La voz de Juana Josefa se eleva a partir de ambos textos (el acta y el libro de Poncela), sale del interior del hogar, del susurro por la vergüenza de ser “indio” en estas pampas para constituirse como testimonio central.

6. Manuel Baigorria (1809-1875) fue un militar que participó en las guerras civiles por el partido unitario. Estuvo largos años refugiado en las tolderías de los indígenas. Llegó a ser considerado un cacique entre los ranqueles. Antes de comentar cómo fueron las intervenciones de este pueblo en la política nacional pasa a explicar los motivos por los cuales Baigorria se refugió entre los ranqueles: era un coronel del ejército de José María Paz y luego de la derrota de este en 1831, huye perseguido por los federales. En ese momento es cuando se une a los ranqueles. Primero es recibido por el capitanejo Raimán y este es quien lo comunica con Yanquetruz. Basándose en las memorias del coronel, Josefa cuenta que fue recibido amablemente por Raimán y una vez más destaca la generosidad del indio: “Esto nos demuestra la hidalguía de esta raza, de todo corazón recibían al viajero, al que no saben, si mañana los traicionaría, pero lo atienden con toda deferencia, lo respetan, le dan lo mejor de lo que poseen, aunque para ellos la vida sea estrecha (1942: 187).

En el capítulo II, se ocupa del origen de los ranqueles ampliando lo que había mencionado en la primera sección sobre los pueblos araucanos. Al respecto dice Poncela que los araucanos estaban asentados en el sur de Chile y la provincia de Mendoza y luego fueron avanzando hacia Neuquén, La Pampa y parte de Buenos Aires a medida que “se extinguían los puelches y querandíes” (p. 87). Continúa explicando que esa “raza” ha sufrido opresiones y “mezclas de toda índole” pero de todas maneras ha mantenido las costumbres que pasa a explicar a continuación. En la tercera sección lo que agrega es un breve resumen de una teoría del origen de



los araucanos de Ricardo E. Latcham⁷ en la que se explica que en épocas primitivas la inmigración se habría producido desde la Argentina hacia Chile, en donde se encontraba una cultura superior a los incas. Este pueblo desapareció debido a la inmigración y dejó su idioma.⁸ De esta unión de varios pueblos se formó el conjunto araucano que luego volvió a desprenderse en pueblos completos distribuidos por la Pampa y la Patagonia utilizando la lengua que se hablaba en Chile.

De especial interés es la mención que hace Poncela a las formas de gobierno de los ranqueles porque en varios sentidos invierte las fórmulas de civilización “blanca” - barbarie “indígena”. Hacia el 1800, distintos pueblos de la Patagonia y la Pampa se unieron, según su relato, en una confederación nombrando como cacique general a Yanquetruz. En el apartado “Los gobiernos de la Confederación ranquel” comenta que dicha confederación estaba compuesta por tres estados independientes: la nación presidida por Yanquetruz, el cacique principal Caniucui ubicado en Salinas Grandes y Painé en el departamento de Rancul, y a esto agrega las líneas de sucesión de cada uno de ellos en el poder. Poncela relata brevemente cómo fueron esas sucesiones de poder, que se basan fundamentalmente en la relación padre-hijo. Así, según su relato, a Yanquetruz lo habría sucedido su hijo Pichún y a Painé su hijo Galván. La forma de gobierno de la Confederación ranquel, según nos comenta la joven autora, es la democracia —aunque de organización “primitiva”— en la que toda decisión de importancia estaba supeditada a asambleas:

No podemos pasar por alto la forma de gobierno democrática aunque de época primitiva; para tomar las resoluciones de importancia, como las de hacer la guerra o la paz, estaba supeditada a asambleas donde concurrían todos los caciques de primera y segunda, sus capitanejos y los hombres notables, teniéndose mucho respeto por los de mayor edad.

En esas asambleas se discutía, previo permiso del cacique general, que es el que preside, y si en el día no se terminaba se proseguía al día siguiente. Las resoluciones que se tomaban eran aceptadas por los caciques principales

7. Ricardo Eduardo Latcham Cartwright (Bristol, Inglaterra, 5 de marzo de 1869 - Santiago de Chile, 16 de octubre de 1943) fue ingeniero, arqueólogo, etnólogo y folclorista. Se le considera uno de los pioneros de la etnografía mapuche. Fue director del Museo Nacional de Historia Natural entre 1928 y 1943.

8. Esta tesis es contraria a las que sostienen el llamado proceso de “araucanización” de la Patagonia argentina.

y el general, y ellos como autoridades máximas eran los encargados de hacerlas cumplir (1942, p. 171).

Para confirmar esto, Josefa se remite a los comentarios de Mansilla en *Una excursión a los indios ranqueles*⁹ en los que destaca precisamente esta forma de gobierno.

A lo largo de toda la tercera sección, como se ha mencionado anteriormente, Poncela se dedica a demostrar la importancia de la intervención ranquel en las guerras de independencia y en la formación del Estado no sin antes dejar en claro su postura al respecto, la cual va entrelazando con el relato histórico. En este sentido, no es casual que se retome la noción de democracia como elemento nodal de la política ranquel.

9. A partir de su lectura a *Una excursión a los indios ranqueles*, María Rosa Lojo (1994) explica que Mansilla llega a diferentes constataciones en el contacto con la sociedad ranquel: 1. Los ranqueles poseen algunos rasgos “civilizados”, ya sean positivos o negativos; 2. Los ranqueles son superiores en algunos rasgos sociales; 3. Determinadas costumbres siguen siendo no-civilizadas. Las constataciones 1 y 2 que establece Lojo se podrían resumir en las siguientes palabras de Mansilla: “estos bárbaros no son tan bárbaros ni tan obtusos como muchas personas creen” (Mansilla, 1984: 116). En la propia lectura de *Una excursión...* se pudo comprobar que uno de los rasgos civilizados de los ranqueles que se destaca es la forma de gobierno, como se puede apreciar en las siguientes citas:

Yo, hermano, quiero la paz porque sé trabajar y tengo lo bastante para mi familia cuidándolo. Algunos no la han querido; pero les he hecho entender qué nos conviene. Si me he tardado tanto en aceptar lo que usted me proponía, ha sido porque tenía muchas voluntades que consultar. En esta tierra el que gobierna no es como entre los cristianos. Allí manda el que manda y todos obedecen. Aquí hay que arreglarse primero con los otros caciques, con los capitanejos, con los hombres antiguos. Todos son libres y todos son iguales (Mansilla, 1984: 209-210).

Su contestación había sido, que la paz convenía, que no trepidase en sellarla y cumplirla. Al mismo tiempo [Calfucurá] había enviado un emisario secreto. ¿Hombres de Estado cultos habrían procedido de otra manera? ¿La diplomacia moderna es más sincera y menos desconfiada? Tú, que vives en Europa, donde nacieron y gobernaron Richelieu, Mazarino, Walpole, Alberoni, Talleyrand y Metternich, en Europa, que nos da la norma en todo, lo dirás (Mansilla, 1984: 255).

A su vez, es interesante también la reflexión que a Mansilla le suscita la charla que tiene con Mariano Rosas sobre los órganos de gobierno en el capítulo XXXVIII. El espionaje y la intriga política también se dan entre los ranqueles, situación que le provoca al coronel llamar a Rosas y Baigorrita “discípulos de Maquiavelo”.

Así, en determinados momentos deja de lado el relato histórico y casi enfervorecida en su escritura retoma la defensa de los pueblos originarios y recuerda lo explicado en la primera parte sobre las culturas precolombinas, las cuales considera “buenas”.¹⁰ Añade entonces, en este punto, la polémica: “en materia de civilización y barbarie, cada uno entiende de acuerdo a las ideas que profesa o a los intereses que defiende” (1942, p. 175) y continúa diciendo que ella misma podría llamar a los europeos unos salvajes porque están destruyendo ciudades enteras matando a mujeres, niños y ancianos —no hay que olvidar que esta obra se produce en el contexto de la Segunda Guerra Mundial—. Además, sin dudar agrega:

La civilización europea se asienta sobre un sistema egoísta que forzosamente degenera en hechos de fuerza, que es en realidad lo que podemos considerar un sistema bárbaro. En cuanto a la nuestra es una civilización bajo normas sinceras y sin egoísmos, por eso es duradera y a mi juicio, es la civilización de los hechos.

[...] En cambio yo digo y no creo equivocarme, el indio es el símbolo de nuestra raza, ellos han sido los cimientos donde se han asentado las generaciones sucesivas de estas comarcas fecundas, en las venas de sus hijos corre su sangre llena de hidalguía, generosidad y bravura. Ellos nos dieron nuestros primeros gauchos, y con estos, nos dieron una patria grande y generosa (1942, p. 175).

En estas citas, “nuestra civilización” alude a todos los pueblos latinoamericanos, compuestos en su mayoría por mestizos quienes llevan —según Poncela— todos los valores considerados como positivos: valentía, generosidad, inocencia y el deseo de libertad. Aquellos autores que no conocen

10. Se evidencia aquí la figura del “buen salvaje”. Según Beatriz Fernández Herrero (1989) este mito, figura o lugar común no tiene su origen en Rousseau, sino que aparece ya en España en el siglo XV en la primera bula *Intercaetera* de 1493 en la que se considera a los indios como seres aptos para recibir la fe católica. Esta figura ensalza las costumbres puras de los indios, ya que representarían según esta concepción la naturaleza no degradada ni corrompida por la civilización. No obstante, es posible notar algunos momentos de ambigüedad en el relato de Poncela ya que como se vio anteriormente toma como “traidores” a aquellas culturas que se unieron a los españoles durante la conquista. Así y todo prevalece en su relato esta concepción de bondad, valentía e hidalguismo tanto para las culturas precolombinas como para los ranqueles.

la historia de los pueblos originarios construyen para la autora “leyendas literarias” (p. 175) y deprimen al indio, situación que ella repara a lo largo de esta sección.

Una de estas ‘reparaciones históricas’ tiene que ver con su oposición a las ideas del malón y del indio como “salvaje bandido”. Los malones “que tanto se comentan [...] para desprestigiar a esta raza auténticamente nuestra” (p. 176) se habrían producido —según esta visión— por falta de cumplimiento en los pactos de paz, violados la mayoría de las veces por los blancos “que se introducían hasta sus campamentos con el propósito de venganza y conseguían a estos [los indios] para llevar a feliz término sus bajos propósitos” (p. 177). El malón es uno de los principales motivos con el que se justifica la matanza de los pueblos originarios. Lejos de quedar tal “justificativo” en el siglo XIX, es aún utilizado por aquellos académicos y periodistas opositores a la idea del genocidio.¹¹ De esta manera, el malón no resulta opuesto a la “protodemocracia” ejercitada por los ranqueles, sino que es entendido como una estrategia de resistencia.

En los capítulos siguientes de la sección (V-VIII) se detiene extensamente en el gobierno de Rosas y las relaciones conflictivas que mantuvo con los ranqueles. Para Poncela la campaña que Rosas emprendió entre 1833 y 1834 fue con motivo de aumentar su prestigio militar. La postura de la autora es antirrosista de manera manifiesta: en numerosas ocasiones lo denomina “el tirano”. Además de la muerte de un gran número de ranqueles, Poncela registra como consecuencia de la campaña de Rosas la confiscación de tierras y familias. La crudeza de Rosas y sus hombres se resume en la muerte de uno de los hijos de Baigorria a manos de un sargento federal. Así nos cuenta:

... y entonces arrebatándoselo de los brazos lo botó al patio y subiendo a caballo se ocupó de pisotearlo hasta destrozarlo.

Por lo visto, no solamente los ranqueles cometían atrocidades y robaban haciendas; por lo transcripto más arriba vemos que en poco se

11. Pueden consultarse al respecto la seguidilla de notas de opinión publicadas en el diario *La Nación* en noviembre de 2011 con motivo del Día de la Diversidad Cultural el 12 de Octubre. Otros de los justificativos están constituidos por el rapto de mujeres (las cautivas) y por el hecho de considerar a los mapuches como invasores. A este respecto puede consultarse el artículo de Julio Vezub “1879 1979: genocidio indígena, historiografía y dictadura”, en *Corpus. Archivos Virtuales de la Alteridad Americana*, vol. 1, nro. 2, segundo semestre 2011, ISSN 1853-8037, disponible en internet.

diferenciaban de los demás; claro está que son argumentos de guerra de montoneras de épocas ya lejanas (1942, p. 198).

Una vez más, la joven autora pone en cuestión el paradigma civilización/barbarie y desestima en unas pocas líneas los argumentos por los cuales se justificaba la matanza del indio. A continuación defiende el derecho a la posesión de la tierra por parte del aborigen explicando que las luchas por su recuperación son consecuencia del derecho humano y de necesidad para “hacer frente a la vida” (1942, p. 198). Unas páginas más adelante refuerza esta idea:

No debemos olvidar que estos autóctonos puestos aquí por mandato de la naturaleza con sus gobiernos constituidos a su usanza, son actos los que realizan perfectamente consagrados por el derecho natural, motivo que debemos tener en cuenta los civilizadores porque como ya se ha sustentado más de una vez, nuestros representantes diplomáticos con toda valentía de que “la conquista no da derechos” (1942, p. 203).

A lo largo de los capítulos IX al XIV de esta tercera parte se relata la intervención de los ranqueles en batallas como Caseros, Cepeda y Pavón, fundamentalmente a partir de las memorias de Baigorria. Según este relato, su intervención habría sido fundamental y su colaboración estaba supeditada a complejas relaciones políticas ya que no todos los caciques respondían a los mismos intereses. Más allá de la compleja trama política que se desarrolla a lo largo de varias páginas, en el ensayo de Poncela se pone el acento en recuperar y visibilizar al ranquel en la historia. Su relato es reivindicativo y se opone a la historia oficial. En La Pampa, otras reivindicaciones de este tipo se van a producir muchos años después en las clases dictadas por Evar Amieva y Julio Colombato durante el Seminario de Historia y Geografía Regional en 1974.

Axel Lazzari (2007), en su artículo “Identidad y fantasma: situando las nuevas prácticas de libertad del movimiento indígena en La Pampa”, explica cómo se ha producido la invisibilización de la población aborigen en la provincia en un proceso que llama “dispositivo de Desvanecimiento del Ranquel”, que habría comenzado en el siglo XIX con prácticas como el censo llevado a cabo en 1895. Uno de los hechos que forman parte de este dispositivo son las conferencias radiales que Enrique Stieben emite en 1939. Lazzari cita la primera de las conferencias “La conquista de las

15.000 leguas”, en donde se manifiesta el tema del indio como “problema”, aparentemente aún sin solución:

En este momento los descendientes [de los indios fugitivos y sometidos] viven en pueblos y en colonias indígenas [...] pero van desapareciendo, debilitados por el alcohol, el tabaco y la miseria producida por su incapacidad técnica y su absoluta falta de cultura. Entendemos ahora por qué no fue suficiente ni aconsejable otorgar a las tribus tierras en posesión común. Tampoco habría sido útil otorgar escrituras a título individual sobre leguas y más leguas. Los indios padecían una completa falta de las nociones de orden, administración doméstica y trabajo. Durante siglos, fueron instruidos en el saqueo. La suya era una edad prehistórica; la guerra, era su ocupación. ¿Cómo se los podría haber transformado de la noche a la mañana en pastores pacíficos y honestos granjeros? [...] La fundación de colonias y escuelas habría sido una medida exitosa. El problema aún persiste pero la solución está en el futuro cercano (2007, p. 103).

Unos años antes de la publicación de *La cumbre...* Stieben, reconocido intelectual para la época (autor, docente y funcionario), pronuncia estas palabras en las que el indio representa un peligro, una amenaza. En este contexto, toma más fuerza aún el tipo de relato y las opiniones de la joven Josefa.

Volviendo a la versión histórica de *La cumbre...*, el relato que hace Poncela sobre la Conquista del Desierto merece una mención especial porque parece estar en contradicción con el tono de denuncia expresado en lo relatado anteriormente. Luego del apartado “Cacicazgo de Manuel Baigorria, conocido como Baigorrita”, en el que la autora desarrolla parte de su árbol genealógico y discrepa parcialmente con lo expuesto por Mansilla en *Una excursión a los indios ranqueles* sobre Painé,¹² comenta en menos de una página la expedición de 1879.

Bajo el subtítulo “Expedición al desierto”, Poncela ilustra lo que ha sido la expedición en una oración: “En el año 1879, como una medida

12. Mansilla comenta que Painé, cacique general, murió en 1856 y que su hijo Mariano Rosas fue quien heredó el poder. Dice Poncela: “Painé no fue cacique general sino principal de su nación y el hijo mayor que heredó a Painé fue Galván y a este le sucedió su hijo segundo que era Mariano Rosas. Painé, según las memorias del coronel Baigorria, falleció en el año 1851” (275). Más adelante agrega que no comparte los términos de Mansilla en el libro mencionada porque “no es desprestigiando a los autóctonos que se engrandece una nación” (276).

natural, se realizó la expedición al desierto” (p. 276). Si su tono fue de completa denuncia ante la conquista española y las expediciones llevadas a cabo durante el gobierno de Rosas, lo sucedido en 1879 es tomado como una “medida natural”. Su única crítica es que esta conquista debió realizarse por medio de la educación:

El cacicazgo de Manuel Baigorria después de la organización nacional quedó en decadencia pues, la civilización avanzaba y las grandes extensiones de tierra eran necesarias para el progreso de la nación y por encima de todo, para el control de las fronteras, claro está que esta conquista debió hacerse en lugar de las bayonetas, con el arado y con la escuela (1942, p. 275).

Concluye el apartado de la expedición al desierto explicando que la rendición de los caciques Coloqueo y Relinqueo se vio atrasada por la resistencia del cacique de segunda Caiomuta, quien “se oponía tenazmente y les reprochaba a los demás su cobardía”. ¿Cómo debe entenderse una rendición que se “retrasa”? Una vez finalizada la Conquista del Desierto los sobrevivientes fueron tomados prisioneros. Muchos de ellos fueron enviados a la isla Martín García, otros confinados a zonas inhóspitas de la Patagonia, y otros tantos llevados a Buenos Aires donde los niños y las mujeres fueron entregados para trabajar forzosamente como sirvientes de familias ricas por disposición del gobierno de Julio A. Roca (Valko, 2010). Pero Poncela cuenta estos hechos casi como al pasar:

Una vez en Chosmalal, los trasladaron a Mendoza y de allí a Buenos Aires [...] A Buenos Aires llegaron los ranqueles a finales del año 1879 alejándolos en la isla Martín García, debido a una epidemia de viruela, ese contingente se fue reduciendo.

[...] Los ranqueles como dijimos estuvieron unos meses en la isla Martín García, pero al sentirse los rumores de revolución de parte del gobernador de Buenos Aires, se los preparó para que empuñaran las armas en defensa del gobierno nacional (1942, p. 288).

Asimismo, unas páginas más atrás, cuando narra la vida de uno de sus bisabuelos, Justo Manquillán, también adopta este tono un poco más liviano comparado con el de crítica y denuncia del principio de la sección. Como en otros capítulos del libro, en este punto el relato de Poncela se vuelve autobiografía que a su vez se mezcla con el devenir de la historia:

Por pura casualidad me encuentro aquí, al escribir este relato que mis dos bisabuelos maternos, es decir, por parte de mi abuelo estaba Justo Manquillán que luchaba como oficial del ejército nacional, justamente en contra del otro bisabuelo por parte de mi abuela don Luis Baigorria que defendía sus derechos de posesión.

[...] Felizmente todo terminó, todos pelearon por una causa que creyeron noble y sin vencidos ni vencedores la nación triunfó, que es lo que está por encima de todo (1942, pp. 283-285).

En estas citas es posible notar cómo al ir acercándose a su actualidad Poncela busca el equilibrio en las versiones de su relato. Josefa plantea la unión entre el ranquel y el blanco a partir del mismo devenir histórico. El progreso, meta de toda civilización, se encuentra por encima de cualquier acontecimiento, etnia o facción política. A su vez, simboliza también la unión nacional y a partir de que esta se logra entre Buenos Aires y las provincias, todo levantamiento o revolución que se produzca en la historia del país hasta 1940 será tomado como un peligro a esa armonía que tantas batallas y muertes le costó lograr a la nación argentina. Afortunadamente, en todo este relato el indio no ha desaparecido por completo: ha sobrevivido en el mestizaje, perdura en el gaucho. El gaucho, el otro subalterno de la historia y la literatura nacional lleva en su sangre —nos cuenta Poncela— al indio junto con todos sus valores:

Este nuevo tipo [el gaucho de la campaña] heredó la hidalguía, la generosidad y la bravura de la raza española y por otro el amor al suelo, el dominio de la llanura y la valentía que se le infiltró con la sangre generosa de la raza autóctona de América (1942, p. 155).

En cambio, la solución para aquellos “nativos” que aún sobreviven tanto en nuestro país como en el resto de América es la educación: “Nosotros debemos afrontar con carácter nuestra autodefensa empezando por tutelar en toda forma a los autóctonos que aún quedan introduciéndolos en el seno de la sociedad” (1942, p. 438). Esta propuesta de Poncela tiene antecedentes en nuestro país parcialmente con Ricardo Rojas y en relación con los quechuas, pero en otros países de América Latina como México, Perú o Bolivia se llevaron a cabo políticas cuyo principal objetivo era la integración del indígena al conjunto de la sociedad (Saitoul, 1988).

No obstante el tratamiento que la autora hace de la Conquista del Desierto, su obra es única en las producciones pampeanas: por ser joven, por ser mujer, por ser mestiza. Pero más que por poseer todas estas características, Josefa las manifiesta en un momento en el que ser descendiente de aborígen era un estigma social. Si nos expresáramos en sus términos, corría en ella también esa sangre con valentía y generosidad. Pero sin más preámbulos, bienvenidxs a estas pampas, tierra donde aún hoy se lucha por la tierra, la memoria y la educación intercultural bilingüe como derechos fundamentales, entre tantos otros.



Referencias bibliográficas

- Amieva, Evar, “La pampa india”, en M. D. Lanzillotta, y A. Lluch, *Debates sobre La Pampa. A cuarenta años de las clases públicas del IER en la UNLPam*, Santa Rosa, EdUNLPam, 2015 [1974], pp. 32-51.
- Ancalao, Liliana, *Tejido con lana cruda*, Buenos Aires, La mariposa y la iguana, 2020.
- Baigorria, Manuel, *Memorias*, Buenos Aires, Elefante Blanco, 2006 [1938]. Prólogo, edición y notas de P. Meinrado Hux.
- Colombato, Julio, “La Conquista del Desierto”, en M. D. Lanzillotta y A. Lluch, *Debates sobre La Pampa. A cuarenta años de las clases públicas del IER en la UNLPam* (pp. 53-75), Santa Rosa, EdUNLPam, 2015 [1974].
- Colombres, Adolfo, *Celebración del lenguaje. Hacia una teoría intercultural de la literatura*, Buenos Aires, Ediciones del Sol, 2009.
- Cornejo Polar, Antonio, *Escribir en el aire*, Lima, CELACP - Latinoamericana Editores, 2003.
- Depetris, Juan Carlos y Vigne, Pedro Eugenio, *Los rostros de la tierra. Iconografía indígena de La Pampa 1870-1950*, Santa Rosa, Ediciones Amerindia, 2000.
- Fernández Herrero, Beatriz (1989), “El mito del buen salvaje y su repercusión en el gobierno de Indias”, *Agora*, nro. 8, pp. 145-150.
- García, Leda (2011), “Josefa Poncela: *La cumbre de nuestra raza*. Entre la narración y la denuncia”, en P. G. Núñez, *Miradas rranscordilleras: selección de trabajos del IX Congreso Argentino Chileno de Estudios Históricos e Integración Cultural*, San Carlos de Bariloche, IIDyPCa, UNRN y Conicet, pp. 963-971.
- Lanzillotta, María de los Ángeles, *Con la pluma y la palabra: los grupos intelectuales emergentes del Territorio Nacional de La Pampa (1910-1943)*, tesis de maestría, Santa Rosa, Universidad Nacional de La Pampa, 2011.
- Lazzari, Axel, “Identidad y fantasma: situando: las nuevas prácticas de libertad del movimiento indígena en La Pampa”, *Quinto Sol*, nro. 11, 2007, pp. 91-122.

- Lojo, María Rosa, *La "barbarie" en la narrativa argentina (siglo XIX)*, Buenos Aires, Corregidor, 1994.
- Lucero, Myriam, "Letras femeninas en La Pampa", en *La Aljaba IX*, Santa Rosa, Instituto de la Mujer, Facultad de Ciencias Humanas UNLPam, 2004-2005, pp. 216-220.
- Magrassi, Guillermo; Maya, María y Fregerio, Alejandro, *Cultura y civilización desde Sudamérica*, Buenos Aires, Galerna y Búsqueda de Ayllu, 1999.
- Mansilla, Lucio Victorio, *Una excursión a los indios ranqueles*, Caracas, Ayacucho, 1984 [1870].
- Martínez Sarasola, Carlos, *Nuestros paisanos los indios*, Buenos Aires, Del Nuevo Extremo, 2013 [1992].
- Poncela, Josefa, *La cumbre de nuestra raza*, Santa Rosa, Imprenta Marinelli, 1942.
- Saitoul, Catherine, *Racismo, etnocentrismo y literatura. La novela indigenista andina*, Buenos Aires, Ediciones del Sol, 1988.
- Servelli, Martín, "¿Literatura de frontera? Notas para una crítica", *Iberoamericana*, nro. 39, 2010, pp. 31-52.
- Valko, Marcelo, *Pedagogía de la desmemoria*, Buenos Aires, Ediciones Madres de Plaza de Mayo, 2010.
- Viñas, David, *Indios, ejército y frontera*, Buenos Aires, Santiago Arcos, 2013 [1982].
- Voloshinov, Valentín, *El marxismo y la filosofía del lenguaje*, Buenos Aires, Ediciones Godot, 2009.

La cumbre de nuestra raza

Santa Rosa, Pampa Central
Primera edición 1942

A la memoria de mis ascendientes directos por línea materna, los ex caciques generales ranqueles Luis Baigorria, Pichún Huallá, Yanquetruz y capitanejo Justo Manquillán; como un homenaje a estos varones dedico mis primeras líneas.

Prefacio

No quiero aquí presentar una historia en el verdadero sentido de la palabra, porque para ello debí proceder a una investigación prolija y documentada. Mi propósito ha sido escribir un ensayo sobre el cual he de volver sobre el rastro, como dice el gaucho, una vez que tenga el tiempo debido y la situación económica me permita, para realizar las investigaciones necesarias y así poder presentar una obra más completa.

Dentro de esos inconvenientes, el volumen que hoy presento servirá para que los americanos, que no hayan tenido la fortuna de concurrir a colegios secundarios, puedan con esta breve reseña enterarse y saber qué fue y qué es nuestro continente antes y después de la llegada de los intrusos blancos hasta nuestros días.

La obra que hoy expongo ante los lectores americanos consta para su mejor estudio de cuatro partes. En la primera he descrito a los pueblos autóctonos del suelo americano, que se extendían desde México hasta Tierra del Fuego, entre el Océano Pacífico y el Atlántico. A la llegada de los conquistadores, América estaba habitada por pueblos de grandes focos culturales.

Los aztecas y los mayas ocupaban la actual Centroamérica. Estos pueblos históricos tuvieron una civilización similar, alcanzando las más extraordinarias sutilezas matemáticas, que aún los hombres de hoy no alcanzan a dominar. Destacándose como astrónomos, habían llegado a conocer el prodigioso sistema solar, habiendo realizado un calendario tan perfecto, que aún hoy sigue siendo motivo de profundos y calurosos estudios.

Los chibchas, en el momento de la conquista, pertenecían a una agrupación de numerosos pueblos, radicados en la meseta de Bogotá. De acuerdo a los primeros cronistas españoles, dicen que las tradiciones de este pueblo se las deben a un personaje legendario llamado Bochica. Venido de la llanura del este, Bochica impulsó la enseñanza de las artes, el cultivo de la tierra y el culto al sol. Más tarde desapareció dejando en la meseta de Colombia, a estos naturales, una importante organización política, económica y social.

El imperio incaico, cuyo núcleo central era el Cuzco, había dilatado considerablemente sus límites. A la llegada de los conquistadores al Perú (primera mitad del siglo XVI), encontraron allí un poderoso imperio, con una

sólida unidad política y un desarrollo cultural bastante adelantado, cuya influencia se dejaba sentir hasta en el rincón más apartado de este enorme Estado de nobles proporciones. En la actualidad se pueden apreciar los templos monumentales, donde se admira la cultura alcanzada en estos naturales continentes.

En nuestro país, también dejaron sus huellas otros pueblos históricos de eminente cultura. Los diaguitas, calchaquí, guaraní, patagónico, ranquel, etc. Todas estas agrupaciones se desarrollaban en nuestro territorio, cuyos vestigios materiales proporcionan datos interesantísimos para los arqueólogos, que día a día, surgen nuevos descubrimientos de esta naturaleza, los cuales nos demuestran que este territorio fue ocupado desde épocas remotas.

No me he ocupado de los autóctonos que poblaron Norteamérica, puesto que allí se extinguió la raza primitiva, donde fue barrida a sangre y fuego, llegándose el caso de algún gobernante que puso precio a sus cabezas; no obstante, hoy los naturales que existen gozan de privilegios y se respetan sus costumbres y tradiciones.

La segunda parte del libro se refiere a la llegada de los intrusos blancos y en la forma en que se realizó la conquista de América. Los más de los conquistadores aventureros de la época solo llegaban al suelo americano en busca de oro y plata. Casi todos ellos trataron miserablemente a los autóctonos, comparándolos con seres inferiores; no obstante a las leyes benignas que dictaron los reyes, de las cuales nos referimos en esta obra. Felizmente su sangre se mezcló con la del natural y engendró la nueva raza, el mestizo, cuya germinación corre por las arterias de estos pueblos como un torrente de valentía e hidalguía, materias de las que estaba dotada esta gente primitiva de América.

En la parte tercera he querido como hija de la Pampa y descendiente directa de quienes fueron los representantes del ex imperio ranquel, demostrar en forma clara e irrefutable la cooperación de estos hijos pampeanos, que prestaron en los entreveros de nuestra emancipación y organización nacional, su participación en las históricas batallas de Monte Caseros, Cepeda, Pavón, y los viejos Corrales de la Capital y su lucha sin cuartel contra la tiranía de Rosas.

La cuarta parte trata la forma en que se llevó a cabo la independencia de los distintos países y cómo se han gobernado hasta la fecha. La emancipación de estos países fue un suceso lógico, algo que se venía a medida que el tiempo pasaba y el ánimo de los nativos se excitaba. Los primeros en declararse independientes fueron los que habían aumentado su poderío desde

el punto de vista económico, político y social; e irradiaron la chispa de la emancipación a los distintos pueblos del continente. Esto despertó el ánimo de los demás americanos y así poco a poco fueron comenzando las revoluciones y la expulsión de los intrusos blancos. Una vez obtenida la libertad, se buscó una forma de gobierno que conviniera a cada uno. Como toda organización, hubo una serie de cambios, sublevaciones, pero que felizmente calmados los espíritus, se encarrilaron por la línea recta del derecho y hoy surgen al mundo entero como naciones libres, progresistas en todos los órdenes de la vida y amantes de la libertad y de la paz mundial.

Si bien como he dicho, faltan las investigaciones directas, he tratado de suplirlas mediante el cotejo de una abundante bibliografía de autores respetables que me han servido de guía para poder así presentar un reducido volumen con el relato histórico que me he propuesto.

En todo caso, prescindiendo del éxito que pueda tener mi esfuerzo, confío que de él se desprenderá, para los lectores americanos, la honda simpatía y entusiasmo que he puesto en la demostración de la realidad de los hechos que he tratado y de los cuales se desprenden la generosidad sin límites y la valentía de los hijos de esta tierra, que no son inferiores en nada a los de cualquier otro continente del globo.

Santa Rosa (La Pampa), 30 de enero de 1942

Primera parte

Prehistoria americana

CAPÍTULO I

Las comarcas mexicanas y sus primitivos habitantes

Poco después de llegar a las playas de México, Cortés pudo apreciar de que ese país estaba habitado por pueblos que se diferenciaban tanto por su lengua como por su cultura. De esta manera pudo el caudillo hispano realizar la magna hazaña, después de los años facilitó también la investigación para reconstruir la historia de aquellos autóctonos cuya admirable cultura fue la meta de la conquista.

Todos los datos que se tienen sobre el particular son de los viejos cronistas de la época del descubrimiento y trabajos arqueológicos realizados; aunque hay disparidad de criterio sobre la antigüedad del hombre en América, nos ajustaremos sobre el particular a las publicaciones más recientes y completas.

En las investigaciones realizadas en las inmediaciones de la ciudad de México por excavaciones profundas, no solo se encontraron restos de tres culturas, sino también otras pruebas geológicas del lugar.

En estas condiciones los historiadores más modernos han hecho una conjunción en dos períodos fundamentales todos los descubrimientos realizados, denominando a la más antigua cultura Copilco-Zacatenco y a la otra Cuiculco-Ticomán.

Cultura Copilco-Zacatenco

A estos se les conoce distintos tipos de cerámica bien confeccionada, lo que demuestra el buen sentido y dominio que tenían sobre el dibujo. También han confeccionado con gran competencia objetos de hueso y piedra; destacándose por los morteros encontrados y molinos porque se alimentaban de producciones agrícolas.

Las construcciones eran primitivas, es decir, de rama y paja, no habiendo encontrado vestigio alguno, ya que estos materiales se destruyen fácilmente con la acción del tiempo.

Creencias religiosas

Estas costumbres son reflejadas por lo general en los ajuares mortuorios en los que se encuentran vasijas de alfarería y otras cosas cuya presunción parece que usaban en la otra vida. Producían también numerosas estatuas representando divinidades, que usarían como santos familiares, tal se usa en la religión católica.

Se debe destacar por otra parte que estas figuritas por lo general estaban adornadas con turbantes de tejidos, lo que nos hace comprender que estos primitivos no ignoraban la industria textil.

Aunque poco se sabe sobre el comercio en los descubrimientos, se establece también que lo practicaban con otras religiones. Esta cultura, cuya duración no es conocida, se calcula que su existencia fue de seis siglos.

Cultura Cuicuilco-Ticomán

Terminada la época Copilco-Zacatenco, la reemplazó la Cuicuilco-Ticomán, sirviendo de base el lugar donde se encontraron los restos.

Esta cultura fue muy superior a la anterior, al examinar los objetos, las figuras, la perfección alcanzada en sus construcciones, decoración de la cerámica; da la sensación de la habilidad con que dominaban el arte y el dibujo.

Trabajaban también la piedra y la arcilla con las que representaban imágenes de divinidad, el dios del fuego, por ejemplo, cuya figura desempeñó un gran papel en la concepción teológica posterior.

Surge también de las investigaciones, la existencia de un gobierno posiblemente sacerdotal que dirigía y controlaba la actividad de los súbditos.

La época donde se desarrollaron estas dos civilizaciones es confusa, aunque se calcula de que el comienzo de la cultura Copilco-Zacatenco empezó su existencia unos doscientos años a. de C. y la Cuicuilco-Ticomán se extendió hasta unos seiscientos años de nuestra era.

Cultura Tolteca

Los toltecas, según cronistas autorizados, se habrían radicado en el siglo IV d. de C. en la ciudad de Huechuetlapatán, después de permanecer dos siglos, invadieron el Anáhuac fundando entonces la ciudad de Tula, capital de su imperio.

Esa fue la época de mayor apogeo tolteca, introdujeron el calendario, el arte de escribir jeroglíficos y la arquitectura, atribuyéndoseles un gran progreso artístico e industrial que sorprendió a los primeros europeos que llegaron.

El gobierno era ejercido por monarcas que podían regir los destinos hasta cincuenta y dos años. Estos monarcas aplicaban las leyes que habían dictado ilustres legisladores.

Calculase en cinco siglos la duración de este imperio y se dice que alcanzó a tener una población de unos cuatro millones de habitantes, extendiendo su dominio en todo el valle de Anáhuac y territorios circundantes.

Debido a la gran sequía e invasiones de otras tribus llegadas del norte, derribaron aquella hermosa cultura, donde grupos dispersos se refugiaron en Yucatán, Guatemala, Nicaragua y lugares vecinos. El último emperador Quetzalcóatl volvió a reaparecer en Yucatán, este dios de piel blanca y larga barba se decía haber llegado de Oriente y contábase que volviera algún día para restablecer de nuevo su soberanía.

Según investigaciones del famoso arquitecto Ignacio Marquina, las calles de la ciudad tolteca se hallaban pavimentadas con una mezcla muy resistente de cal y otras materias, que a veces les daban un color rojo, descubriéndose grandes desagües, lo que demuestra la gran capacidad cultural y arquitectónica que poseían los naturales de este continente.

Cultura Chichimeca

Los chichimecas, pueblo guerrero que venía del norte, invadió el territorio de los toltecas y después de haber vencido a otras tribus, se radicaron en los dominios de estos.

Los chichimecas se habrían civilizado con el contacto de los sobrevivientes de la cultura Tolteca.

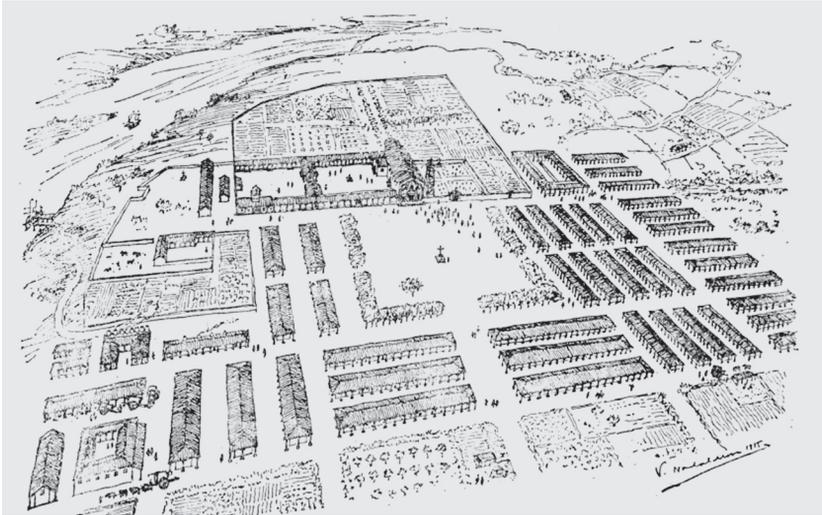
No hay mayores datos para establecer la época en que se desarrolló la cultura de los chichimecas, que al parecer se trataba de varias tribus conservando la tradición, se agruparon bajo el nombre común de chichimecas. Por investigaciones arqueológicas recientes se ha llegado a establecer la existencia de invasiones de tribus de cultura inferior que habrían dominado el territorio hoy de México, entre el intervalo de la cultura Tolteca y la Azteca, ese tiempo parece que sería de un período de dos o tres siglos.

La edificación fue tomada a semejanza del sistema de los toltecas; se trata de un material compuesto de piedra arcillosa y unos fragmentos como amarre y alguna vez revestidas de piedra labrada. La decoración por lo general tenía como motivo principal la serpiente, presentando motivos ornamentales similares a los de Teziutlán.

La pirámide de Tenayuca puede considerarse, dadas sus dimensiones y la importancia que posee, la obra más destacada de esta civilización.

CAPÍTULO II

El imperio azteca



La historia de los aztecas es sumamente difícil debido a la cantidad de mitos religiosos muchas veces en contradicción unos con otros.

El período histórico puede contarse a partir del año 1375. Su área de difusión comprendía a la llegada de los españoles, la extensa comarca a partir de la meseta de México, países de América Central hasta Nicaragua y desde el Pacífico al Atlántico.

Gobierno

Junto al rey estaba un gran consejo que lo componían los representantes de los contingentes de estirpes. Tenía además el rey otros consejeros nobles que lo asesoraban.

Los sacerdotes gozaban de gran influencia, estando a la cabeza de todos ellos dos sacerdotes superiores, uno de ellos al servicio de Huitzilopochtli, que era el dios tribal y guerrero de los aztecas, y el otro al servicio del dios de la lluvia, Tláloc. Estos dos sacerdotes eran elegidos entre los miembros de la familia real.

Después de estas ramas superiores estaba la masa del pueblo libre compuesta de artesanos, agricultores, comerciantes, etc. Todos ellos estaban divididos en corporaciones. La masa inferior estaba compuesta por los esclavos que eran por deudas o los que habían sido condenados a la esclavitud por infracción a las leyes, a estos se les hacía trabajar en los servicios públicos o como peones del campo.

Economía

En la economía lo fundamental fue la agricultura, se cultivaba el maíz, el cacao, la calabaza, las batatas y el *manioc*. La labranza se hacía con instrumentos de madera, se conocía el abono y el riego artificial.

Realizaban un activo comercio de perlas, oro, plumas para decorados, vestidos de hombres y de mujeres, etc. Estas mercancías las conducían a partes lejanas de Centroamérica.

En la capital de los aztecas, dice Cortés, había un gran mercado donde se exponían los productos naturales del suelo, los cultivos, los productos de la industria y las artes, en todos los aspectos de la organización social, entre ellas joyas de oro, plata, de cobre, de latón, de plomo, estaño, de piedras labradas, de hueso, etc.

Entre las aves existentes se exponen perdices, gallinas, lavancos, codornices, tórtolas, palomas, pájaros, papagayos, águilas, halcones, etc., como así también algunas aves de rapiña; vendían el cuero con sus plumas, cabezas y uñas que lo utilizaban en la industria.

Vendían conejos, liebres, venados, perros que criaban para comer castrados, había en abundancia y exponían en los mercados frutas de distintas clases como ciruelas, cerezas, etc. Distintas clases de verduras como cebollas, puerros, ajos, berros, cardos. Allí se vendía la miel de abeja y cera y miel de caña de maíz que son tan dulces como las de azúcar, hacían miel y arropo de las plantas, fabricaban también el vino. Se vendía el algodón en madejas de todos los colores para tejer, cueros de venados con o sin pelo, también teñidos de diversos colores. Se exponían enlozados de muy buena calidad, vasijas como tinajas de distintos tamaños, de barro.



Moctezuma II, emperador azteca en México. Último emperador azteca tomado de rehén por el caudillo Hernán Cortés en México y muerto por este al ser derrotado por los súbditos aztecas en el célebre combate, al cual el conquistador hispano llamó la noche triste. Él simboliza toda una época.

Se vendía el maíz en grano o en pan, pasteles y empanadas de aves y pescados, tortillas de huevo e infinidad de productos. A cada producto tenían la costumbre de exponerlo en un lugar diferente, guardando una verdadera disciplina en este orden de cosas. Se dice que el intercambio se realizaba, a falta de moneda, con cacao, con el que hacían una bebida sana y útil.

No se conocía la ganadería, lo mismo ocurría en la mayor parte de América. Como animal doméstico estaba el perro, que criaban de distintas especies y que los utilizaban como alimento. La pesca y la caza fueron los renglones más importantes en los alimentos de origen animal.

En sus cartas de relación sobre la conquista de México, Cortés ha descrito:

Tiene esta ciudad muchas plazas, donde hay continuos mercados y trato de comprar y vender. Tiene otra plaza tan grande como dos veces la ciudad de Salamanca, toda cercada de portales alrededor, donde hay cotidianamente arriba de sesenta mil ánimas comprando y vendiendo, donde hay todos los géneros de mercaderías que en todas las tierras se hallan, así de mantenimientos como de vituallas, joyas de oro y plata, de plomo, de latón, de cobre, de estaño, de piedra, de huesos, de conchas, de caracoles y de plumas. Véndese tal piedra labrada y por labrar adobes, ladrillos, maderas labradas y por labrar de diversas maneras. Hay calle de caza donde venden todos los linajes de aves que hay en la tierra, así como gallinas, perdices, codornices, lavancos, dorales, zarcetas, tórtolas, palomas, pajaritos de cañuela, papagayos, búharos, águilas, halcones, gavilanes y cernícolos, y de algunas aves de estas, de rapiña. Venden los cueros con sus plumas y cabezas y pico y uñas. Venden conejos, liebres, venados y perros pequeños, que crían para comer, castrados.

Hay calles de herbolarios donde hay todas las raíces y yerbas medicinales que en la tierra se hallan. Hay casas como de boticarios, donde se venden las medicinas hechas, así potables como un unguento y emplastos. Hay casas de barberos donde se lavan y rapan las cabezas. Hay casas donde dan de comer y beber por precio. Hay hombres como los que llaman en Castilla ganapanes, para traer cargas. Hay mucha leña, carbón, braseros de barro y esteras de muchas maneras para camas y otras más delgadas para asiento y para esterar salas y cámaras. Hay todas las maneras de verdura que se hallan, especialmente cebollas, puerros, ajos, mastuerzos, berros, borrahas, acederas y cardos y tagarninas. Hay frutas de muchas maneras, en que hay cerezas y ciruelas que son semejables a las de España. Venden miel de abeja, cera y miel de cañas de maíz que son tan melosas y dulces como las de azúcar, y miel de unas plantas que llaman en las otras y estas, maguey, que es muy mejor que arroppe, y de estas plantas hacen azúcar y vino, que asimismo venden. Hay a vender muchas maneras de filado de algodón, de todos colores, en sus madejicas que parece propiamente alcaicería de Granada en las sedas, aunque esto otro es en mucha cantidad. Venden colores para pintores cuando se pueden hallar en España y de tan excelentes matices cuanto pueden ser. Venden cueros de venado con pelo o sin él, teñidos, blancos y de diversos colores. Venden mucha loza en gran manera, muy buena, venden muchas vasijas de tinajas grandes y pequeñas, jarros, ollas, ladrillos y otras infinitas maneras de vasijas, todas de singular barro, todas las más vidriadas y pintadas. Venden maíz en grano y en pan lo cual hace mucha ventaja, así en el grano como en el sabor, a todo de las otras islas y tierra firme. Venden pasteles de aves y empanadas de pescados. Venden mucho pescado

fresco y salado, crudo y guisado. Venden huevos de gallinas y de ánsares y de todas las otras aves que he dicho en gran cantidad venden tortillas de huevos hechas finalmente, que en los dichos mercados se venden todas cuantas cosas se hallan en toda la tierra, que además de las que he dicho son tantas y de tantas calidades, que por la prolijidad y por no me ocurrir tantas a la memoria y aun por no saber poner los nombres, no los expreso. Cada género de mercadería se vende en su calle, sin que entrometan otra mercadería ninguna, y esto tiene mucho orden. Todo lo venden por cuenta y medida excepto que hasta ahora no se ha visto vender cosa alguna por peso.

Hay en esta gran plaza una muy buena casa como de audiencia, donde están siempre sentados diez o doce personas, que son jueces y libran todos los casos y cosas que en el dicho mercado acaecen y mandan a castigar a los delincuentes. Hay de la dicha plaza otras personas que andan continuo entre la gente mirando lo que se vende y las medidas con que miden lo que venden y se ha visto quebrar alguna que estaba falsa.

Vivienda

Esta se usaba por lo general de piedra rústica y de adobe, según el lugar y linaje de quien la fuera a ocupar. La construcción de barro se hacía con mezcla hecha con paja y ramas siendo el techo de paja, por lo general de dos aguas sumamente inclinada, habiendo también la simple choza hecha con rama y paja en la campaña para la gente humilde.

Sin embargo, en las ciudades las construcciones eran tan importantes que dejaron asombrados a los primeros conquistadores hispanos en cuyos techos se hallaban grandes azoteas que en la época de la conquista sirvieron a los nativos como fuerte de operaciones.

Vestimenta de los nativos

Los vestidos se reducían a dos mantas que las ataviaban en forma de envoltura sobre el cuerpo, las cuales llevaban adornadas con objetos de oro.

El arte del tejido mexicano, si bien no alcanzó la perfección del peruano, fue también realizado con mucho gusto.

Se usaban igualmente las mantas de tejidos de plumas, estas por lo general se lucían en los cultos o como trajes de gala de guerreros y sacerdotes.

A los efectos del plumaje, se criaban cantidades de pájaros de distintos tonos de los más diversos en los jardines, con el objeto de cuidar el crecimiento de la pluma.

Se usaba como adorno el tatuaje. Las joyas estaban reservadas a la nobleza o a personajes de alto rango, consistiendo en oro y piedras preciosas. Calzaban zapatos como alpargatas.

La técnica azteca

La técnica alcanzó gran perfección. La industria del tejido estaba muy adelantada, a pesar de no tener fibras de animales, pues todo se hacía de algodón que se hilaba a mano y tejidos en telares.

La tintura se hacía con colores vegetales de plantas que se cultivaban de expreso.

La metalúrgica estaba desarrollada en gran escala, cuyo origen se atribuye a los toltecas, de acuerdo a algunos autores destacan que las hachas encontradas eran fabricadas de bronce, lo mismo que las agujas, puntas de lanza, etc. Con esto vemos que conocían el bronce y el plomo lo mismo que los naturales del Perú.

Esta coincidencia nos hace pensar en la influencia comercial que existía entre los distintos países, cuyo intercambio debía realizarse por vía marítima, dados los escasos medios de transporte terrestre y que, de haber existido, hubieran conocido los naturales de la meseta de Colombia estos metales.

Los instrumentos tallados de piedra son de una terminación completa; no hay duda de que en mucho se deba además de la habilidad artística de los naturales, de la calidad de la roca que disponían para su industria.

La madera que tanto abundaba en sus enormes bosques se empleaba en las edificaciones, especialmente en las ciudades cuyas construcciones se hacían sobre pilotes, fue también la materia prima para la fabricación de sus armas, arcos, tiraderas, lanzas, etc.

Por lo general no había gremios especializados para las construcciones industriales, sino que los hombres se suplían con sus habilidades para llenar sus necesidades, porque los profesionales en esta rama eran contados y los que había disfrutaban de muchos honores y bienestar.

Organización social

Los aztecas se componían de siete clanes. Son los Yopicas, los Tlacoachcalas, los Huitznahuacs, los Cihuatecpanecas, los Chalmecas, los Tlacatecpanecas y los Itzcunitecatls.

La justicia

Las leyes aztecas eran sumamente severas. Magistrados del clan o de la tribu, según el caso, eran los que las aplicaban. Mayormente no existían prisioneros, puesto que en su mayoría se aplicaba la pena de muerte, en los casos de robo, homicidio, adulterio, etc. Se usaba en muchos casos de robo que los delincuentes en lugar de ser muertos eran vendidos como esclavos, que en realidad el fin de ellos no era otro que la muerte, ya que se convertían en prisioneros y los destinaban a los sacrificios religiosos cuyo fin era la muerte.

Los aztecas y la guerra

Las armas eran varas de madera de dos gajos que tiraban como una especie de hondas, usaban lanzas con cuchillas cortantes como navajas, honderos con piedras rollizas y espadas. Llevaban como protección escudos de maderas forrados de cueros, ostentaban adornos de plumas emblemas que justificaban la jerarquía militar y los premios que había obtenido en la guerra.

Los ejércitos aztecas se componían de la división tribal, cada calpulli debía mandar un cuerpo con su jefe al frente agrupándose una vez reunido el grueso del ejército en cuatro divisiones que respondían las órdenes del soberano o del jefe supremo militar.

La guerra debía ser declarada por el superior consejo tribal no pudiéndolo hacer directamente el soberano, estas guerras se repetían en virtud de las exigencias extremas de su culto.

Comercio de los aztecas

La gran diversidad de artículos que tenían para la venta los aztecas prueban el intercambio comercial con los distintos pueblos del Anáhuac y otros

vecinos; existía además otro comercio con pueblos lejanos que se realizaba por intermedio de comerciantes viajeros.

A los viajeros solían acompañarlos soldados porque esas expediciones no fueron siempre de carácter comercial sino que debían denunciar su mercadería ejerciendo servicios de espionaje militar.

Religión azteca

La religión andaba sumamente mezclada en todos los órdenes aztecas, tenían el dios de la guerra, que intervenía en los asuntos guerreros; el dios de la agricultura, que ejercía las divinidades de la lluvia, del agua que corre o se estanca sobre la superficie de la tierra; estaba ligado al cultivo del maíz, era la divinidad del sacrificio y el desarrollo y a él le entregaban los infelices que destinaban al sacrificio de su culto.

El Sol, la Luna, Venus y la Morada de los muertos tenían también sus divinidades.

Calendario azteca

Quizá lo más notable de la cultura azteca era el conocimiento del calendario, ya que el complejo y difícil sistema de medir el tiempo les servía de meta para las ceremonias religiosas y para los actos de la vida pública y privada.

El calendario azteca se basaba en observaciones astronómicas de una prolija exactitud, siendo sus encargados los sacerdotes, lo que demuestra la afinidad del culto a la medición del tiempo. Los días y meses estaban representados por signos.

Escritura azteca

No se conocieron letras, en cambio se hacían dibujos figurativos. Los manuscritos se dibujaban sobre tiras de cuero de ciervo o de papel confeccionado con fibras. Los signos representaban objetos, haciéndose de distintos colores. Esta es pues, en síntesis, la llamada escritura azteca.

CAPÍTULO III

Primitivos habitantes de Yucatán

Con el nombre de mayas se agruparon varios pueblos de costumbres y cultura afines. Estos naturales del continente fueron los primeros pobladores del Yucatán, norte de Guatemala, Honduras y otras regiones limítrofes.

Estos pueblos alcanzaron una brillante cultura que han podido constatar los estudiosos, investigadores que el origen de los mismos puede contarse a partir del año 613 a. de C. y que se establecieron al norte de Guatemala y al occidente de Honduras británicas, donde prolongaron su estada durante varios siglos como para alcanzar una civilización tan perfecta que los distinguiera.

Economía de los mayas

Los mayas como los demás pueblos del continente americano tuvieron como fuente principal de su economía la agricultura. Entre las cementseras figuraba como renglón principal el maíz y las legumbres; los señores hacían trabajar sus tierras con la gente del pueblo, la que desmontaban quemando sus malezas y hecho esto se procedía a sembrar. La preparación de la tierra por lo general se hacía en los meses de enero y abril, fecha en que abundaban las lluvias, la operación de siembra consistía en hacer hoyos y enterrar la semilla.

Cultivaban diferentes clases de maíz y en distintas partes la precaución de que a falta de cosecha en algún lugar podía resultarles en otro; cosechaban diversas clases de habichuelas, habas, tubérculos de varias especies, calabazas de distintas variedades, árboles de vino, pimienta y algunas variedades de algodón que lo utilizaban para la confección de ropa para vestir, el cacao que fue el producto indispensable para la economía de estos países.

La caza y la pesca les proporcionaban alimentos de origen animal. En este sentido, había venados en abundancia, conejos y ciertas especies de puercos y aves. Para realizar las cacerías se reunían en grupos y tenían perros que les servían para rastrear, llevando como armas de caza sus arcos y flechas, etc. Había regiones donde abundaba la pesca; esos pescados los conservaban de diversas maneras y los vendían en las lejanas tierras donde no existía ese manjar.

El maíz, que era el alimento principal, era elaborado por las mujeres, poniéndolo a remojar en agua y sal y luego lo preparaban en distintas formas. Entre ellas, el pan, que salía de una calidad sumamente pesada y era menester consumirlo de inmediato. Fabricaban además con los residuos de la molienda una pasta que les duraba varios días y para consumirla la disolvían en agua agregándole ajíes que cultivaban en abundancia.

También el maíz lo consumían tostándolo y disolviéndolo en agua, agregándole ajís y pimienta, después, como se ve, eran muy afectos al picante. La bebida principal que usaban se las proporcionaba una planta que ellos llamaban el árbol del vino, poniéndolo en fermentación mezclado con miel en cubas de madera que fabricaban a propósito.

Vivienda maya

Las construcciones principales eran los palacios y templos. Las viviendas humildes eran construidas de madera y cubiertas de paja, y el techo los hacían a dos aguas con mucha pendiente; sus alrededores estaban completamente limpios de maleza y tenían grandes plantaciones de árboles. En el centro de los pueblos se levantaban los templos a los que circundaban hermosas plazas, contiguo a ellos se construían las casas de los señores, de los sacerdotes, y así sucesivamente se extendía la población, según la categoría era la distancia que les correspondía para la construcción de la vivienda.

Las construcciones grandes las hacían de piedra en general y madera, las cuales asombraron a los primeros hispanos que llegaron en la conquista poniendo en relieve la calidad de sus artistas, pues convertían la piedra en bloques de todas las dimensiones y hasta en pedregullos que utilizaban con otras mezclas de cal con lo que hacían fuertes murallas.

La madera la empleaban como simple auxiliar o en la construcción de viviendas sin importancia, especialmente en los pequeños pueblos de gente humilde. Las construcciones se hacían en forma de pirámides, levantándose sobre basamentos sólidos los grandes palacios para vivienda de señores sacerdotes y nobleza.

Las técnicas empleadas por los mayas en sus construcciones han sido formidables al pensar que esos edificios milenarios han llegado hasta nosotros y aún se conservan a pesar de la hostilidad de la naturaleza, que nos

demuestra la civilización alcanzada por estos naturales de nuestro continente, cosas que nos halaga sobremedida.

Es lamentable que el arte maya no haya ocupado aún un puesto privilegiado en la historia, pero como todo lo que proviene de esta raza cumbre del continente, el blanco por lo general lo ha desaparecido no habiéndose interesado más que por la conquista y llenarse de orgullo con una supuesta superioridad.

Vestimenta de los mayas

El vestido era similar al de los aztecas; se trataba de unas mantas que cubrían el cuerpo en forma adecuada y esto difería según la categoría del personaje que las usaba.

En las ceremonias usaban sacos de plumas con elementos decorativos, collares, narigueras; el calzado era una especie de sandalias de cuero y usaban también adornos en las piernas confeccionados con plumaje de distintos colores.

Técnica de los mayas

Las noticias sobre la técnica maya son admirables; se ve que han tenido un dominio absoluto en todos los oficios manuales y en ello están de acuerdo todos los antiguos cronistas.

La principal fibra textil que tenían fue el algodón que cultivaban en grandes extensiones. Una vez hilado y teñido, tejían sus mantas para el uso y sus vestidos para diarios y ceremoniales. Fue muy importante este tejido realizado por las mujeres, que les proporcionaba una buena fuente para el intercambio comercial con otros pueblos. Para teñir empleaban productos exclusivamente vegetales y para la decoración usaban el plumaje de las aves tropicales que al efecto criaban con todo esmero. A pesar de que en la región ocupada por los mayas eran escasos los metales, los objetos que se hallaban confeccionados en oro y plata demuestran la forma habilidosa con que consiguieron modelarlos con toda perfección.

En lo que se destaca una materia sin igual es en el modelamiento de la cerámica, vasos, estatuillas, torteros, braseros e infinidad de objetos de uso y de adornos. La alfarería estaba también desarrollada en la fabricación de

vasijas y utensilios en general, entre ellos se destacan vasos de distintos modelos, fuentes, platos y demás con una perfección de pulido que aparentaba a un vidrio, tal es en síntesis la técnica alcanzada por los mayas.

Organización social de los mayas

Estos estaban organizados y regidos por un jefe que llamaban *halach*, cuyo cargo era hereditario, a su vez tenían otro jefe segundo que llamaban *batab*, a quien nombraban gobernador. Este cargo también era hereditario siempre que el *halach* estuviera conforme; estos jefes tenían la obligación de preocuparse por la paz y el bienestar del pueblo que gobernaban, a quien debían proveer del sustento mediante el trabajo que también organizaban. Cuidaban mucho el linaje siendo esto controlado por sacerdotes a quienes se les encomendaba la averiguación. Los hijos heredaban el nombre del padre, en cambio las hijas no.

La organización de la familia maya

Esto estaba sumamente perfeccionado. Una vez cumplidos los 22 años, los padres se encargaban de buscarles esposas a sus hijos, pues era reprochable que cada uno lo hiciera directamente.

Había personas que se ocupaban que se llamaban *casamenteros*, estos profesionales se encargaban de la concertación del enlace, se estimulaba el dote que debía pagar el padre del futuro esposo, lo que se hacía en especies, y la madre era la encargada de tejer los vestidos para su nuera; la ceremonia consistía en la reunión de los familiares en la casa de la novia, donde se preparaba una fiesta concurriendo también el sacerdote, quien en presencia de los padres de los desposados hacía entrega de la novia al novio quedando así formalizado el casamiento. Era costumbre que el novio debía quedar en la casa del suegro, trabajar cuatro o cinco años, la falta de esto podía dar lugar a la anulación del matrimonio. En los casos de casamiento de viuda y viudo no se hacía ceremonia y bastaba con la conformidad de ambos ante el sacerdote.

Las mujeres eran sumamente trabajadoras y amantes del hogar, cuidaban a sus hijos, les exigían gran respeto sometiéndolos a castigo cuando desobedecían sus consejos, les enseñaban el hilado, los tejidos, las labores, el

trabajo de campo, el cuidado de las granjas y la atención de los pájaros que criaban para el suministro de la pluma.

Hacían fiestas sociales donde eran muy gentiles, tenían la costumbre de que cuando uno de los nobles o señores daba una fiesta, uno de los convidados debía retribuir de la misma forma; esta obligación pasaba a la familia en caso de fallecimiento. En las fiestas era de costumbre el obsequio de los invitados, de un ave asada, pan y bebida que hacían de cacao. En las fiestas eran las mujeres las encargadas de dar de beber, pero mientras el hombre cumplía, la mujer debía dar vuelta la espalda, es decir, no podía mirarlo.

Los bailes también gustaban a los naturales. Cuentan los cronistas que para ello tenían suma destreza, realizaban grandes reuniones donde bailaban ostentando en las manos banderas pequeñas, lo que hacían con aires guerreros.

La justicia maya

La justicia estaba desempeñada por el señor del pueblo y se castigaba con severidad el homicidio, aunque fuera involuntario; la muerte de alguno de los esposos por el otro, aunque hubiera causa; el incendio de heredades, colmenas o trojes. Cometido el hecho, el señor llamaba al ofensor a dar explicaciones al ofendido; en caso de no dar satisfacción y pagar lo exigido, los parientes tenían que prestar su ayuda. En los casos de hechos por malicia, debían satisfacerlo siempre con sangre, o convirtiéndose esclavo. El adulterio era lo que más severamente se penaba, traído el adúltero ante el señor, este llamaba al marido de la mujer delincuente y si él le perdonaba, quedaba libre, de lo contrario, debía matarlo de una pedrada en la cabeza, y para la mujer bastaba la infamia, que entre ellos era un hecho grave.

Los mayas en las guerras

La organización del ejército estaba a cargo de un jefe llamado Nacón, y en cada población había gente disciplinada. Los soldados debían concurrir a cualquier llamado a prestar servicios, estos ganaban soldada, lo que pagaba el pueblo en forma de comida.

Usaban como armas arcos y flechas cuyas puntas hacían de dientes de pescado o pedernal; los arcos eran de palos fuertes. Tenían lanzas largas y

hachas de metal con mango de madera, llevaban una coraza que hacían de caña que ellos tejían con algodón y cuero; los jefes además iban adornados con cueros de tigres para impresionar sin duda al enemigo.

En la pelea debían seguir las indicaciones del jefe Nacón, cuyas órdenes daba con signos; si llegaba a morir en la lucha, o si volvía la espalda, todo el ejército huía dando espantosos alaridos; en cuanto conseguían copar algún jefe contrario de importancia eran agasajados por toda la población; los prisioneros de guerra eran convertidos en esclavos.

El comercio maya

El intercambio comercial era de suma actividad, aunque les faltaba como a la mayoría de los pueblos de América, el medio de transporte con excepción de los peruanos, pues no tenían animales y debían hacerlo en forma personal. Las mercancías fueron en su mayoría mantas de algodón pintadas de diversos colores, labores y camisetas, espadas de madera con dos filos, navajas de pedernal, hachas de cobre para cortar leña, cascabeles, crisoles para fundir el cobre, almendras que usaban como monedas, el bastimento que era el pan de maíz, batatas y el vino que extraían de un árbol y también lo hacían de maíz que asemejaba a la cerveza.

El oficio de comerciante era de lo más importante, como así también el de los cazadores, que traficaban con sus canoas y ostentaban grandes ofrendas.

La religión

Las noticias sobre la religión de estos pueblos son escasas. El dios o señor de la muerte era el más temido, porque podía, según los creyentes, traerles la destrucción o el terror. La representación de ese dios es una calavera que remata un cuerpo en el cual se ven las costillas y demás huesos largos, su representación siempre es el terror. El dios de la guerra es semejante al anterior ya que también representa al terror humano. En contradicción con estos dioses, se encontraba el dios del campo que fue uno de los más importantes del panteón maya, el que representa la abundancia y la salud del hombre. Se hallaba siempre la diosa de los alumbramientos y de la medicina. En Izamal se encontraban los templos donde se adoraba a Zamma, que fue el rey o

padre de los dioses. Era tan vasta la religión que se hacía indispensable la realización de infinidad de ceremonias y ritos destinados a honrar a los buenos y apaciguar a los malos, teniendo que realizar sacrificios de la propia sangre.

El calendario maya

El calendario maya es similar al de los aztecas. También entre estos los encargados de medir el tiempo eran los sacerdotes. El período del año era de 260 días, además tenían el año solar de 365 días. Estos han sido llamados calendarios por los estudiosos e investigadores de los sistemas mayas. En ellos escribían su numeración con signos que componían y representaban los días y los meses, que dividían en trece y veinte días.

Escritura maya

Los jeroglíficos mayas son semejantes a los egipcios y chinos. En lo que se refiere a la escritura sagrada, se representaba por objetos, bastando muchas veces una cabeza, por ejemplo, para representar el cuerpo entero. Los estudiosos no pierden la esperanza de que algún día podrán descifrar la mayor parte de las inscripciones mayas.

Los pocos ejemplares que existen y que han sido estudiados prolijamente tratan solamente del calendario y de ceremonias que se refieren a este y a ritos religiosos.

CAPÍTULO IV

El archipiélago de las Antillas, primitivos habitantes de estas comarcas

En las Antillas se hallaban dos o tres pueblos que disputaban su predominio, al parecer, todos ellos invasores llamados araguacos y caribes. Los primeros se conocían como taínos y a ellos me referiré. Según los cronistas de la época de la conquista hispana y las investigaciones arqueológicas anteriores a estos pueblos invasores, al parecer, de Sudamérica, había otros primitivos de los cuales se encontraban pequeños grupos sometidos a los taínos.

Economía de los taínos

El maíz fue sin duda la base fundamental de la economía junto con la yuca, que eran los dos cereales primordiales para la elaboración del pan. Para sembrar, talaban primero la tierra con bastante anticipación y después procedían a la siembra de maíz que hacían mediante agujeros introduciendo en ellos el grano. Con la raíz de la yuca hacían el cazabe que hemos dicho les servía para la elaboración de pan.

Se producía además en abundancia la batata y otras legumbres como así también aprovechaban frutas silvestres que tanto se encontraban en aquella región privilegiada. En cuanto al origen alimenticio del reino animal no tenían otros, referentes a domésticos, que los pequeños perros que criaban con ese fin y que no solo constituían un renglón predilecto en la alimentación, sino que les servían para la caza de animales silvestres que también se encontraban en gran escala. Esto unido a la pesca era la base de su alimentación carnívora.

Vivienda de los taínos

Las viviendas por lo general eran de palos, con los cuales, puestos a poca distancia unos de otros, hacían la circunferencia de lo que querían edificar. Estas vigas, que eran de una prudente altura según el edificio, se trenzaban con caña colocándola en tal forma que asentaban los palos parados de mayor a menor hasta que cerraban la cumbre de la casa, sobre cuyas cañas tejían

una paja apropiada que servía para la corriente de agua; tal es, en resumen, algo parecido a la vivienda de nuestros primeros gauchos.

Las edificaciones se hacían en los pueblos de una forma conjunta, es decir, unas pegadas a las otras como formando grandes blocks. Constituían también grandes plazas donde tenían cancha de pelota para lo que eran muy aficionados y diestros teniendo a su alrededor asientos para los espectadores. Las casas de los caciques eran amplias y se hacían en medio del pueblo frente a la plaza.

Vestimenta de los taínos

Los naturales de estas islas en su mayoría andaban semidesnudos, no obstante conocer el algodón y ser hábiles para hilar y hacer tejidos.

Usaban unas mantas que se envolvían en ellas convenientemente y cuya calidad dependía de la categoría económica de quien las llevaba. A esto los cronistas y los historiadores no le han dado mayor importancia, por eso son pocos los datos al respecto.

Técnica de los taínos

En este tema poco es lo que hay escrito, pues se limita vagamente a la agricultura, caza y pesca. En cuanto al arte, solo se han conseguido datos con experimentos arqueológicos que nos demuestran alguna serie de objetos de piedra labrada y pulida artísticamente terminada, una serie de hachas de diferentes tamaños y modelos cuyo parecido se asemeja a las encontradas en la América Central. Tenían también un gran predominio en la escultura, en cuyas ejecuciones figuran objetos domésticos de piedra, formas de cabecitas e infinidad de objetos diversos; entre ellos, llamaban la atención los collares preciosos que hacían de piedra, esculpían la madera haciendo estatuitas, varas que representaban figuras humanas como así también unos asientos que quizá fuesen el elemento más característico de las artes manuales. Estos trabajos en forma de figurillas estatuitas no hay duda de que han tenido carácter religioso.

Fabricaban las canoas de una sola pieza, para lo cual empleaban un árbol de gran tamaño, al que trabajaban con hachas hasta modelarlo; usaban también el fuego, es decir, que con los golpes de hacha y piedra aflojaban toda

la madera que luego quemaban, cuidando el fuego, y así sucesivamente, hasta que conseguían el objetivo. Según los primeros cronistas que llegaron con los conquistadores europeos, encontraron una cantidad respetable de canoas.

Conocieron también la técnica del hilado y el tejido para lo que eran sumamente hábiles. Hilaban el algodón, tejían las mantas para la vestimenta, redes para la pesca y para hacer hamacas que usaban para dormir. La cerámica la trabajaban en la fabricación de vasos e innumerables objetos para el uso doméstico; eran también diestros en el decorado, hacían figuras en relieve en distintas variedades.

Organización social de los taínos

El rey que ellos llamaron cacique era el jefe y organizador del pueblo. Oficiaba también de sacerdote. En cada una de las islas había un cacique o rey que ejercía el gobierno. Este cargo era hereditario, el que recaía en el hijo mayor y en caso de que el difunto no dejara hijos, pasaba a los descendientes del hermano mayor. Se atribuye a algunos cronistas que tanto en Puerto Rico como en Haití existieron mujeres caciques aunque nada se sabe de su administración.

Religión de los taínos

Como todos los pueblos de América, los taínos tenían su religión. Para esto poseían una habitación amplia semivacía con algunas decoraciones y una estatua. A estos lugares les llamaban “Cemis”. Allí concurrían los naturales para adornar la esfinge siendo costumbre de estos ser rivales de los otros pueblos, disputándose entre ellos cuál era el más importante de los Cemis. Cada natural tenía entre sus ídolos sus preferencias de adoración, no siendo uniforme para todos. Creían al igual que todos los pueblos antiguos en los hechiceros que ejercían medicina y en su forma de curar, como así también en algo que hay en el cielo que es inmortal y que nadie puede verlo. El Sol, la Luna y todas las fuerzas de la naturaleza eran objeto de una veneración ferviente.

CAPÍTULO V

El imperio chibcha

Los chibchas estaban asentados en Bogotá, teniendo su área sobre toda Colombia, parte de Venezuela y Norte de Ecuador. Hay mucha discrepancia entre los autores sobre el origen de estos pueblos que llegaron a organizarse en forma tal, pudiendo apoderarse del temido reino de Quito.

Economía de los chibchas

La agricultura era uno de los factores principales de la economía chibcha. Se cultivaba el maíz en distintas clases: rojo, colorado, blanco y otro tipo que los primeros conquistadores hispanos llamaron el arroz. Los molían con piedras especiales prolijamente pulidas y morteros. Con el grano hacían la mazamorra y con la harina resultante de la molienda fabricaban una especie de torta que les servía de pan; haciéndolos en trozos que ponían a cocer en vasijas apropiadas, lo cual constituía una alimentación muy agradable. Conocían y cultivaban la papa que era un condimento que no faltaba en su menú, y también varias raíces, batatas y otras hortalizas que tenían en abundancia. Dado el carácter de los distintos climas, producían frutas de variedades, también cosechaban el tabaco que lo fumaban y mascaban.

La alimentación de origen animal estaba representada por el venado, las aves, como curias, perdices, tórtolas y patos que encontraban en suma abundancia en las lagunas, como así también la pesca. Exploraban también la sal sobre lo cual se realizaba un activo comercio.

La arquitectura chibcha

La arquitectura es solamente conocida por los estudios arqueológicos sobre los vestigios que aún quedan y que son bastante deficientes. La actual Bogotá, capital de los estados chibchas, estaba fortificada con estacas de madera dura, reforzadas y tejidas con cañas, las cuales ceñían con cuerdas que hacían de junco. En sus alrededores, con el mismo material, construían plataformas, las cuales servían para que se apostaran los centinelas, debiendo

cuidar el acercamiento de tribus que podían cometer algún ataque sorpresa. Todas las viviendas de estos pueblos se encontraban cercadas de la misma forma y sus poblaciones se hacían agrupadas.

El palacio de *zipa* o jefe que tenía doce puertas, todas ellas estaban convenientemente custodiadas con tropas fieles que constituían el cuerpo de guardia del cual disponía; el techo de estas casas, de un tipo piramidal, era de paja con mucha pendiente. Las casas como eran agrupadas unas a otras se comunicaban por medio de galerías que formaban especies de caminos debidamente amojonados de piedra pizarras, construyéndose puentes estables para lograr el paso de los ríos.

Los templos religiosos eran del mismo material, sus construcciones algo más grandes se hacían sobre pilares de madera dura; a la funeraria parece que le prestaban más atención, pues ellos rendían culto a los muertos y cuidaban más la vivienda de los difuntos que la propia.

Vestimenta de chibchas

El vestido de los hombres era de finas mantas de algodón, las que envolvían convenientemente sobre el cuerpo; ellas se distinguían por sus adornos según la categoría de quien las usaba y medio de vida que poseía. El vestido de las mujeres era similar al de los hombres, pues todo ello se componía de mantas y sobre la principal se colocaba otro manto más pequeño, el que adornaban con prendedores de oro o cobre. Los caciques llevaban corona de oro en la cabeza para asistir a los consejos. Por medio de pinzas se depilaban la barba, eran también muy adictos a llevar collares de piedra con diminuto de oro. Las mujeres de los grandes señores y caciques llevaban túnicas adornadas de oro.

Técnica de los chibchas

Fueron muy prácticos los trabajos de cerámica con la que hacían toda clase de objetos, destacándose como grandes alfareros.

Fabricaban hachas planas de piedra que empleaban en la agricultura, barretas, morteros y otros instrumentos similares. Lo más significativo eran las estatuas talladas que construían hasta de varios metros de altura representando figuras de imágenes.

Tejidos chibchas

El tejido de algodón estaba muy difundido entre los chibchas. Tejían al natural o en colores las mantas para el vestuario, para lo cual empleaban tinturas vegetales; este procedimiento lo hacían antes de tejerlas o después, teniéndolas en el suelo y pasándoles rodillos.

El arte metalúrgico de los chibchas

El oro y el cobre eran elaborados por los chibchas con toda precisión, ya fuera en forma separada o mezclados los dos metales. Para hacer las piezas usaban moldes que construían con cera recubierta de arcilla. La fundición del oro la hacían en crisoles de barro y después lo limaban mediante martillos de piedra.

Entre las armas de los chibchas no estaba el arco ni la flecha, sino que tenían la estófica y la lanzadera, también usaban la pica, teniendo en la punta una madera dura bien aguzada o de metal, y en la lucha cuerpo a cuerpo empleaban la maza. Para la defensa utilizaban escudos de madera dura o de cobre.

Organización social de los chibchas

El país estaba gobernado por un cacique principal a quien llamaban *zipa*, y lo sucedía el sobrino materno más cercano; este mismo sistema imperaba también para los caciques vasallos.

Los súbditos tenían un gran respeto a sus jefes a quienes adoraban, no pudiendo acercarse a ellos sin requerir previamente una autorización y justificar el motivo. En ese caso debían de hacerlo con la cabeza inclinada hacia el suelo como si fuera a ver algún rostro sagrado.

Los caciques vasallos se elegían entre las familias de la aristocracia y su poder estaba sujeto a la autoridad del cacique independiente o *zipa*.

En algunos cacicazgos se autorizaba el matrimonio con los parientes de segundo grado y en otros debía haber una distancia mayor, es decir, no se les permitía casamiento dentro del segundo grado. Para contraerlo era necesario ponerse de acuerdo en el precio que el futuro esposo debía pagar al padre de la novia. Puesto de acuerdo se le entregaba la novia y quedaba

formalizado el matrimonio, el dote de la desposada era, por lo general, algunas alhajas y una vasija de chicha que se consumía en la fiesta. En otros cacicazgos se usaba esta fórmula: el pretendiente mandaba una manta a la casa del padre o tutor de la novia, en caso de no devolverla remitía otra a la que agregaba una carga de maíz y medio venado. Al día siguiente se sentaba en la puerta sin hacer más ruido que el suficiente para que se apercibiera la novia que estaba allí; el padre preguntaba quién estaba fuera, si sería algún ladrón. El novio debía quedarse en silencio un momento, enseguida salía la futura esposa con la vasija de chicha con la que se le acercaba y probaba, pasándosela a él que bebía cuanto podía, con esto quedaba formalizado el matrimonio.

Las cuestiones penales como el robo, el homicidio, el adulterio, tenían la pena de muerte, en este caso se introducía al reo en un sótano echándose varias sabandijas venenosas y se lo dejaba sin comer, hasta conseguir así su muerte por hambre y atormentado. Para conseguir la confesión del reo aplicaban también la tortura.

Religión de los chibchas

Los chibchas tenían como símbolo a Bochica, que significaba el sol, y a su esposa Chía, que representaba la luna, también se les conocía bajo otros nombres. Su culto era sumamente complicado, estaba a cargo de una casta sacerdotal de mucha estima que se elegía de la familia de la nobleza, siendo el jefe de la religión el propio cacique *zipa*. Los sacerdotes eran encargados de los sacrificios rituales y solían tener un importante papel en las grandes fiestas religiosas que se hacían muy a menudo.

Los sacerdotes se ataviaban con disfraces rituales, unos figurando ser Bochica, otros su esposa Chía, y otros figurando ser un monstruo que significaba el espíritu del mal, a quien se representaba con un solo ojo, con cuatro orejas y una gran cola.

Al morir los caciques, se les enterraba con ellos alguna de sus mujeres vivas y separadas estas por una capa de tierra se procedía de la misma forma con sus esclavos, para que tanto las mujeres como los esclavos pudieran hacer frente con valor a la muerte; se los embriagaba dándoles de beber chicha, mezclada con tabaco y otras yerbas. A los *zipas* se los sepultaba de la misma manera, pero sentados en sillas de madera con grandes planchas de oro como para que esperaran en su trono el momento de seguir reinando.

La gente del pueblo se enterraba en el campo y sobre su tumba se plantaba un árbol con el objeto de que sus raíces protegieran el cadáver.

El arte chibcha

Entre los chibchas se conocían grandes cornetas metálicas, los tambores, los pitos, flautas de madera y de caracoles marinos recubiertos de oro que hacían sonar cuando marchaban en la guerra. La música era empleada en las grandes fiestas del sol, en las ceremonias del *zipa* o de los caciques, quienes gustaban al contar sus hazañas ante los súbditos entonar las marchas que levantaban los ánimos del pueblo.

La enseñanza chibcha

La enseñanza chibcha era rudimentaria en la clase inferior, solamente enseñaban a sus hijos sus vagos acontecimientos e ideas supersticiosas y el trabajo rudimentario del oficio para la lucha de la dura vida que debía llevar más tarde.

La educación aristocrática era de una marcada tendencia religiosa, que recibían los herederos del *zipa* o *zaque* así como de los grandes caciques. Desde chicos los presuntos herederos habitaban en los templos reclusos lejos de la vista de los profanos, solo tenían acceso a ellos los sacerdotes y los familiares, no les permitían tener trato con las mujeres y no podían comer sal ni ver el sol; la infracción a esta regla religiosa importaba la pérdida del derecho a la sucesión.

No se ha podido constatar si los chibchas tenían calendario, pero hace pensar que la realización de esas fiestas religiosas que hacían tuvieran fechas exactas. Los más de los autores modernos sostienen la inexistencia del calendario pese a los datos que se dicen suministró Domingo Duquesne en forma afirmativa.

Los chibchas en la guerra

Los chibchas, como todos los pueblos de América y podríamos decir del mundo, en esa fecha, se inspiraban en las rivalidades y guerras de conquista.

Al prepararse para una campaña, todos los jefes ocupaban un lugar demarcado en el campamento, los que se distinguían por las insignias y pabellones, que llevaban especie de bandera de algodón sembrada de estrellitas de oro. La lucha se realizaba empleando la pica y el palo, defendiéndose con los brazales y escudos de madera o bronce que usaban. A los guerreros les seguían las mujeres cargadas de chicha, que les suministraban para tener bríos, luciendo también sus mejores joyas con las que parece querían impresionar al enemigo. Antes de entrar en la guerra, concurrían a sus templos donde realizaban sacrificios de chicos y hacían adoraciones.



El inca Huáscar, pretendiente al trono del Perú. Su disputa a la sucesión del trono en el imperio incaico con su hermano Atahualpa sirvió al caudillo Pizarro obrando como tercero en discordia para apoderarse y erigirse en dueño y señor del imperio más grande del continente.

CAPÍTULO VI

El Imperio incaico

Los incas llegaron a formar un gran imperio después de la conquista de los otros pueblos a quienes sometieron, ocupando la mayoría del Ecuador, todo Perú, Bolivia, parte del norte de Chile y, según algunos autores, parte del territorio argentino, hasta los límites de la provincia de Córdoba. Tenían más de 12.000.000 de súbditos cuando los hispanos llegaron en tren de conquista. La historia de los incas se ha desarrollado en el término de cuatro siglos, XII a XV, estando en este último en una brillante prosperidad.

Economía de los incas

El maíz era el elemento principal de la economía vegetal, además para la alimentación se cosechaba la papa, la yuca, el zapallo, la batata, el poroto, el tomate, el ají, la algarroba, la palma y un sinnúmero de verduras. En el Ecuador se agregaba la banana, la sal era abundante en las cercanías de Cuzco. La alimentación era de origen animal; el más importante era la auchenia, que constituía cuatro especies: el guanaco y la vicuña, que eran salvajes, y la llama y la alpaca, que eran domésticas. Estos animales prestaban grandes servicios a los naturales, pues además de proveerles la carne les daban la lana; esta última de fina calidad que utilizaban para hacer delicados tejidos que confeccionaban para la nobleza inca y señores principales. La llama y la alpaca, aunque también les proveían alimento, no las sacrificaban hasta que no llegaban a una edad avanzada, pues se concretaban en sacarles la lana para el tejido de los súbditos. Estas bestias les servían para el transporte de carga pudiendo llevar hasta cincuenta kilos y hacer un trayecto de veinte kilómetros diarios. Estos animales que prestaban, como vemos, gran utilidad a los nativos, se mantenían con simple pasto de puna y su docilidad para formar rodeo no tenía otra necesidad que tender un hilo a la altura del pescuezo bastando esa operación para proceder a la carga de los mismos, ellos suplantaron al equino en esta parte del mundo donde este no existía.

Había también otros animales mansos de menos importancia; los guacayos, los canis, etc.; varias especies de patos y un inmenso número

de pájaros que tenían para el uso de la pluma cuidándolos en sus casas con sumo cuidado y atención.

La sementera la realizaban en forma primitiva, es decir, a base de hoyos donde esparcían el grano o semilla. En algunos lugares, sin embargo, ya se conocía una especie de arados que consistía en un palo de una brazada de largo al que aplicaban una reja de metal y sobre la misma asentaban un palo que sobresalía de ambos lados en uno de los cuales colocaba el pie el agricultor, a fin de que la reja penetrara abriendo el surco.

El trabajo era colectivo, cada habitante debía alistarse con los instrumentos de labor que poseía y así formaba un gran frente de agricultores a quienes circundaban las mujeres y hasta los chicos pequeños esparciendo las semillas y emparejando la tierra. Poseían un gran instrumental de cocina fabricado con cerámica, grandes ollas, platos, vasos de varios tamaños y todo lo relativo al ajuar de la misma. Tenían además grandes morteros y manos de morteros para amasar el maíz, aprovechando de este cereal hasta las hojas cuando eran verdes como legumbres. Con el maíz tierno hacían una especie de aceite, utilizaban cucharas de madera y en algunos casos usaban también parte de las calabazas de platos. Las carnes no eran consumidas frescas salvo en las grandes fiestas, pues se cortaban en trozos, se salaban bien y se hacían secar al sol, con ello se proveían de alimentos con gran reserva para afrontar la subsistencia en caso de escasez dado el origen del país sumamente pobre.

La arquitectura

La técnica era diferente en cada una de las regiones del imperio inca. Las construcciones se hacían empezando los cimientos con piedra, levantando hasta una altura de cincuenta centímetros, después se proseguía con adobe o ladrillo crudo o se hacía un armazón de ramas y de madera llenándose de tierra el molde, lo que una vez seco formaba un trozo de pared; esta era la vivienda de la gente sencilla del pueblo. Los edificios importantes como templos, palacios, fortalezas etc. se hacían de piedras cuidadosamente seleccionadas, las piedras eran de gran tamaño, el transporte de estas se realizaba por medio de rastras tiradas por llamas o las cargaban los naturales a la espalda. Hacían grandes fortalezas de piedra en los lugares altos, en las sierras mediante escalamiento de los cerros. A veces estas murallas encierran grandes pueblos en su interior para las guarniciones de sus familias, así por ejemplo es la antigua ciudad inca de Machu Pichu.

La arquitectura religiosa es un alto exponente de la ingeniería inca. El templo del sol de Cuzco que tanto llamó la atención de los intrusos blancos, el templo Wiracocha que ha sido nuevamente restaurado y tantos otros. Para darnos una idea de la arquitectura religiosa inca, no hay más que recordar que en los alrededores de Cuzco se encontraban más de trescientos adoratorios, lo que nos demuestra la religiosidad de la población inca.

Cada inca poseía un gran palacio en la Capital, cada soberano dejaba el suyo de propiedad personal. Los palacios del inca tenían en su interior grandes jardines y piletas de natación de agua fría y caliente. El agua natural caliente llegaba por medio de acequias de una fuente termal que había en las sierras.

Los caminos no solo eran una ruta, estaban diseñados bajo el punto de vista político. La ingeniería incaica nos demuestra toda su maestría al respecto. Los caminos en las llanuras son suficientemente anchos, bordados de árboles y en los valles son totalmente angostos, flanqueados de canales. Estas rutas salían directamente de la capital a la provincia del imperio, con ello el emperador solucionaba en cualquier momento el envío de tropas a las provincias en caso necesario y también le facilitaba los viajes que hacía habitualmente en gira de inspección.

Vestimenta de los incas

Los incas tejían telas, llamando la atención de los hispanos los uniformes que vestían de rojo y azul; los soldados de la escolta del emperador usaban también camisetitas y camisas sin mangas. El inca vestía cada día un traje diferente, de la más fina lana de vicuña, el que remitía después a los depósitos y periódicamente repartía entre los señores del imperio.

El pueblo se diferenciaba del vestido según el ejército al que pertenecían, algunos usaban aros en las orejas y también empleaban el tatuaje. El traje de la mujer del pueblo era sumamente simple, vestía una túnica que caía hasta los pies que cerraba con un alfiler de metal o de huesos; sobre esta, un manto que se cruzaba sobre el pecho. En cuanto al calzado, las clases superiores usaban las sandalias, de una doble plantilla de cuero y fibra de agave, las que decoraban de acuerdo a la categoría de quien las llevaba.

La técnica inca

La cerámica era trabajada con gran precisión. Con ella hacían toda clase de vasijas y útiles que les eran necesarios de los distintos tamaños y clases, estatuas y demás objetos decorativos.

En cuanto a los trabajos en madera, habían alcanzado un alto grado de perfeccionamiento, construían objetos diferentes, finamente labrados. Con ella hacían los armazones de los telares, palas, cuchillos, vasos de madera, cucharas. Hacían toda clase de instrumentos que usaban para la guerra, el material de hueso, aunque no tan frecuente, los hay trabajados también con mucha maestría.

En cuanto a la metalurgia, hicieron trabajos con suma habilidad en oro, cobre y la plata. Algunas de sus piezas son verdaderamente obras maestras. Con estos materiales contraían en cobre las hachas, dejando el vacío terminal para ser encabadas, los cuchillos, campanillas, sonajeros, agujas con ojos para enhebrar, buriles y alfileres grandes, sujetadores de la ropa, pendientes de oro, brazaletes y diversos anillos en los que enjuntaban piedras preciosas.

Tejido inca

Tanto el algodón como la lana hilaron y tejieron con mucha habilidad. Ya hemos visto el innumerable atavío destinado al vestido, en la variedad de gustos y adaptado a las continuas necesidades de la vestimenta, el adorno del hogar y ornamentación del mismo, con las redes que utilizaban para la pesca, etc. El telar era por lo general explotado en forma familiar, también se hacía por profesionales.

El arte plumario fue muy practicado, confeccionaban telas de pluma, las que eran de mayor estima y valor.

Tenían para la construcción unos telares grandes en forma de aparejos, en los cuales tejían las innumerables plumas pertenecientes a distintas aves de diversos colores que una vez terminados se asemejaban a la tela a un terciopelo. Estas aves eran criadas exprofeso para el suministro de la pluma en las casas particulares o de los señores del imperio.

La organización social de los incas

Desde el Inca al hombre del pueblo, dentro de cada clase, la organización social estaba debidamente reglamentada. El Inca era el jefe supremo; sin embargo, su poder no era absoluto; en los casos graves debía recurrir al asesoramiento, que lo daba un consejo de cuatro funcionarios, nombrando uno de cada región del imperio, los que contaban a su vez con un buen número de secretarios. El Inca además del poder político poseía un poder religioso. Todos los súbditos le debían acatamiento, para llegar a él tenían que hacerlo descalzos y después de haber obtenido el permiso correspondiente.

El soberano tenía escolta y ayudantes de corte según algunos autores de ocho mil personas. Se imponía a los grandes señores de las provincias, el envío de sus hijos temporalmente a la corte para los efectos de que observaran a su gran majestad renovándose en forma periódica.

El acceso a los puestos del gobierno y de la administración estaba reservado a los integrantes de la nobleza local y a la nobleza de los pueblos sometidos. Sin embargo, se estimulaba la capacidad; allí donde la encontraban, por ejemplo, en el ejército era frecuente que la bravura extrema concedía lo que había negado el nacimiento.

La familia del Inca se componía de una esposa principal llamada *Coya*, que por lo general era hermana, prima o sobrina, pues lo exigía la pureza de la sangre; después varias esposas secundarias de sangre real que eran criadas en los edificios llamados para las vírgenes del sol.

Sus funciones religiosas consistían en presidir cada año una gran reunión de notables de su corte de 24 a 26 años, a los que casaba con jóvenes de 18 a 20 años que reclutaba entre las que se educaban como elegidas del sol. En las demás provincias sus representantes hacían lo propio con los súbditos de la nobleza local. Entre la gente del pueblo, el matrimonio consistía en la compra de la mujer por el futuro esposo al suegro, el casamiento era obligatorio y estaba reglamentado con la edad, la casta y el lugar que se celebraba. El matrimonio era indisoluble, salvo que ocurriera el adulterio de la esposa, lo que debía hacer el Inca o un caraca.

Derecho de los incas

El jefe de la justicia estaba representado por el Inca. La justicia se caracterizaba por su severidad, la mayor parte de los delitos incluso el robo eran penados con la muerte, lo que se explicaba por el carácter divino que ejerce el Inca; toda infracción a una ley emanada de él era un delito de sacrilegio.

Organización social de los incas

El imperio recibía el nombre de Tahuantinsuyo, que abarcaba de las cuatro provincias de que se componía. Los hombres que pagaban el tributo eran los jefes de familias de 25 a 50 años de edad, que a su vez estaban organizados en grupos numéricos para lo que se tenían en cuenta la edad con lo cual se escalonaba la categoría de los individuos.

Para evitar los excesos de los funcionarios se nombraron inspectores que recorrían en forma secreta el imperio cada tres años. Cuando había quejas de funcionarios, aunque fueran de gran jerarquía, el Inca mandaba sus inspectores secretos para averiguar la verdad. Estas funciones se confiaban a agentes de suma confianza del monarca. En muchos casos el mismo soberano hacía unas inspecciones siendo así el inspector supremo del imperio; la existencia de funcionarios era de unos 1.300 por cada 10.000 hogares.

Religión de los incas

El culto solar se manifestaba en las más lujosas ceremonias rituales que exigían un nutrido servicio de sacerdotes, servidores de la divinidad. Inti, el sol era adorado en el famoso templo de Cuzco.

Estas fiestas, dado el carácter en que estaba ligada la vida civil con la religiosa, eran presididas por el sumo sacerdote, que debía ser hermano o tío del Inca. Este sumo sacerdote aparecía en el Cuzco durante las altas solemnidades para ocupar un lugar de preferencia al lado del monarca en las grandes festividades religiosas. En ellas aparecía ataviado con una vestimenta de blanco adornada de oro con plumas en el tocado y llevaba bajo la barba una media luna de plata. Su linaje debía ser puro y tener una versada educación en ciencias y literatura intelectual y oral. Igual que el Inca, mandaba por el imperio a los inspectores y en la misma

forma se reunía y deliberaba con el gran consejo que tenía doce sacerdotes principales.

Existía también como hemos visto, las vírgenes del sol, donde recibían instrucción las jóvenes de las familias nobles de todo el imperio.

Formación de los ejércitos incas

El ejército tenía una gran organización, estaba dividida en fracciones de 10, 50, 100, 1000 y 10.000 hombres que se reclutaban entre los habitantes que reunían la edad de 25 a 50 años; cada fracción tenía un jefe inmediato. El ejército entero era mandado por un general en jefe que debía ser hijo, hermano o tío del emperador. Cada región se presentaba con su distintivo y bandera, como así el uniforme, debiendo mandarlos un jefe diferente. Las armas eran los arcos, flechas, las hondas, las bolas y rompecabezas. La protección la hacían con cascos de madera que recubrían con algodón y grandes escudos, las armas en enormes cantidades se almacenaban en los depósitos del estado o fiscales.

La decoración la realizaban con toda maestría, en sus tejidos, pinturas, ornamentación, en su instrumental doméstico que deslumbró a los primeros conquistadores. La música se hacía con flautas construidas con distintos metales, tenían también combinaciones sonoras de varias especies y el tradicional tambor.

CAPÍTULO VII

Las comarcas del centro y norte argentino, sus primitivos habitantes

Los habitantes del noroeste argentino según los arqueólogos estaban considerados como parte de una sola entidad cultural.

Los nativos atacamas

Estos habitantes eran generalmente pobres por la inclemencia del suelo que poblaban, no obstante, cultivaban la agricultura cosechando el maíz, papas, quinoa y el poroto; lo más importante de la economía era la ganadería, poseían en gran cantidad llamas y vicuñas domésticas. Los instrumentos agrícolas eran palas de madera, azadones de piedra y morteros para la trituration del grano, tenían grandes silos para el almacenamiento de los productos agrícolas. El instrumental doméstico se componía de cucharas de madera, cántaros o vasijas para guardar el agua, la harina y demás productos, ollas y platos de cerámica, también los usaban de calabazas partidas que decoraban en forma conveniente. Las viviendas las hacían de piedra en forma conjunta donde se agrupaba todo un pueblo, de grandes dimensiones, tenían construcciones de importancia que debieron ser para las concentraciones ceremoniales.

La vestimenta consistía en tejidos de lana que teñían de diversos colores siendo de su predilección el rojo, amarillo y verde. Usaban camisa o túnicas del tipo andino, calzaban una especie de alpargatas o sandalias, gorros tejidos con precisión y también sombrero de copa alta y ala ancha que adornaban con plumas y con adornos de metal, usaban láminas de oro y plata que ponían sobre sus vinchas. Como adornos pectorales usaban brazaletes, collares, turquesas, fabricados con piedras finas.

Trabajaban en la alfarería con precisión. Fabricaban los útiles para el hogar y los objetos de distintos órdenes. Conocían también la metalurgia, hacían grandes cantidades de objetos de cobre poseyendo los respectivos hornos para su fundición.

El oro era igualmente trabajado y extraído de los ríos. La aplicación de la piedra la conocían en los distintos órdenes, con ella contraían puntas de flechas, rompecabezas, boleadoras y los instrumentos agrícolas a que hemos hecho referencia.

El tejido que en realidad era la industria de mayor desarrollo se hacía en telares primitivos, es decir dos palos sobre los cuales extendían los hilados del hilo que hacían con husos. Todo esto es de madera como así también cucharas para comer, los arcos que usaban de armas defensivas y los astiles de sus flechas.

Poco se sabe de la organización social de los atacamas, pero se cree que los caciques tenían el poder supremo de las tribus. Realizaban sus ceremonias religiosas en lo alto de los cerros donde se reunían para hacer las adoraciones. No se sabe si hacían sacrificios de sangre en sus adoraciones, tenían unos lugares que llamaban chulpas que eran construcciones funerarias en forma de colmenas hechas de piedra con lo que se demuestra que rendían culto a los muertos.

Los omaguacas

Su economía estaba basada en la agricultura que consistía en la siembra de maíz, su alimento principal, se cultivaban papas que se conservaban en graneros subterráneos y otras legumbres. El trabajo se realizaba con palas planas de piedra debidamente construidas, elemento que aún se usa entre las poblaciones primitivas del sur de Bolivia, norte de Chile y en las provincias argentinas de Salta y Jujuy, usando además mazas de piedra para demoler los cascotes que se forman, a fin de facilitar la siembra. También aprovechaban para la mantención el algarrobo y la tuna. La ganadería se componía de la llama, la vicuña, el guanaco, ciervos y gran abundancia de aves, patos, pavas de monte y otras distintas como perdices, etc.

Tenían las principales bebidas fermentadas, la chicha y la aloja; bebían en abundancia durante las grandes fiestas que realizaban en distintas fechas. Poseían el instrumental de cocina y sus derivados perfectamente construidos. Fabricaban cántaros, que les servían para la preparación y conservación de la chicha, los cuales eran de distintos tamaños, algunos de grandes dimensiones que demuestra que también los utilizaban para el almacenamiento del maíz en grano; ollas, platos y todo lo que se refiere al instrumental; las cucharas eran de madera como así también otros enseres, lo demás de alfarería se encontraban perfectamente confeccionada.

La arquitectura omaguaca

Su vivienda era construida de piedra, la mayoría de los casos se trataba de cantos rodantes, no obstante, se han encontrado piedras canteadas con gran precisión. Las casas eran de gran tamaño, aunque separadas, se construían una cerca de la otra. Las habitaciones las hacían en forma más o menos cuadradas de dos o tres departamentos todos ellos comunicables, no se guardaba con exactitud el nivel en la edificación, ni la línea. Se trataba de pueblos agrupados, unas poblaciones con otras. Algunas de las habitaciones, posiblemente de la aristocracia, se construían con nichos en paredes, siendo su techo también del mismo material de piedras cuyas construcciones eran realizadas con una gran perfección arquitectónica, en otros edificios menores el techo era de bóveda que se hacía con una madera y torta arriba de céspedes, es decir, de paja mezclada con barro asentado sobre la madera donde previamente colocaban un tejido de cañas.

Vestimenta de los omaguacas

La vestimenta de los omaguacas consistía en grandes túnicas y camisas, conocían también el poncho con flecos largos, todos ellos tejidos de lana que adornaban con plumajes y prendas de oro y plata, usaban collares de piedras finas y laminillas de oro y plata y algunos de hueso perfectamente trabajados. Los mantos eran cerrados con grandes prendedores de plata, oro y hueso que ellos llamaban topos.

La técnica de los omaguacas

Entre la técnica se encuentra la alfarería, que estaban muy adelantados, construían objetos de toda clase que terminaban con precisión, mediante un alisador que fabricaban de piedra. La metalurgia estaba bastante desarrollada, el oro lo trabajaban mediante la recolección de pepitas que machacaban hasta convertirlas en láminas con una perfección que la dejaba finísima y con ellas construían las figuras que se proponían. El oro se extraía de las arenas por medio del sistema del lavado, lo fundían haciendo los collares, brazaletes y demás objetos de su predilección. Hacían de la misma forma los objetos de plata o cobre y en muchas oportunidades los construían mediante combinaciones con los dos o tres mezclándolos. Fabricaban objetos de piedra como ser las puntas de flecha que usaban en la guerra o para cazar;

o el granito para las mazas, las hachuelas y otros objetos similares. El tejido se hacía en general con lana de llama y vicuña, el que pintaban con colores vivos, gustándoles en forma sobresaliente el rojo.

La organización social de los omaguacas

Cada tribu estaba gobernada por un cacique. Sobre este, había otro principal que tenía sometidos a los demás bajo sus órdenes. Era independiente cada uno con su tribu, bajo la superintendencia como hemos dicho del cacique principal que es el que dirigía la guerra. Sus armas fueron el arco y la flecha que era el arma común por excelencia en todo el continente; usaban también la lanza; la guerra la hacían cuerpo a cuerpo; recurrían a las mazas y hachas, las que estaban debidamente encabadas con madera. Tenían su religión por la que adoraban a distintos ídolos, realizaban sus ceremonias en altares y rendían culto a los muertos, los que enterraban en general en cámaras funerarias recubiertas de piedra.

Arte decorativo, música y danza omaguacas

En el arte decorativo se destacaron como grandes maestros, las decoraciones de figuras humanas las hacían con maestría y precisión. Reproducían en las paredes las llamas, figuraban estatuas de símbolos. Usaban la decoración en la alfarería que fabricaban dándole un aspecto señorial, el trabajo hecho en madera alcanzó un gran relieve. La música la practicaban con instrumentos fabricados de barro cocido, madera y hueso; tenían flautas, silbatos y cornetas, y no faltaba el tradicional tambor.

Los diaguitas

Este grupo poblaba la llamada provincia Diaguita, su ocupación primordial fue la agricultura, como de la mayor parte de los pueblos. Su principal fruto era el maíz, los frijoles o porotos, papas, zapallos. Tenían muchas raíces comestibles, el algarrobo, cuya chaucha comían como un buen alimento y también lo utilizaban para la fabricación de una bebida alcohólica, bebiendo abundantemente en las grandes fiestas que realizaban. La alimentación de origen animal estaba representada por la llama, el camélido, el ñandú, el avestruz, que había en abundancia, el primero lo utilizaban además como

bestia de transporte, tenían el pato, las pavas de monte, etc. Se hallaban animales feroces como el jaguar, el puma, el ciervo, y entre las aves el zureo, el papagayo; tal es en síntesis los animales que componían la fauna.

La arquitectura diaguita

Las viviendas de los diaguitas se dividían en viviendas militares, civiles y agrícolas, las primeras son poblaciones fortificadas al extremo de hacerlas inexpugnables, construidas con piedras, que parecen verdaderas fortalezas. Las civiles son casas de quinchas y de piedras y las demás construcciones de adobe. Los techos de las primeras son del mismo material de piedra y las demás de paja con trenzas de caña y ramas.

Vestimenta de los diaguitas

El vestido consistía en grandes camisas, camisetas y túnicas, usaban el tatuaje, los guerreros iban ornamentados con plumajes, grandes collares de plata y oro, llevando discos de este precioso metal en las sienas, cuidando sumamente el peinado, cuyas cabelleras largas protegían con esmero.

Técnica de los diaguitas

Trabajaban en forma brillante los objetos de cerámica, construían estatuillas y toda clase de utensilios del hogar que decoraban en forma habilidosa. En los trabajos realizados en piedra también dieron muestra de su capacidad, construyendo hachas de filo de mucha precisión, teniendo gargantas que facilitaban el enclavamiento con madera. Otros objetos tallados de piedra eran dedicados a fines religiosos como así idolillos, torteros, láminas, raspadores, perforadores, piedras para hondas y boleadoras, manos de mortero e infinidad de otros utensilios.

El tejido era confeccionado por los diaguitas en forma completa, hacían además de la vestimenta, canastos y pequeños platos tejidos en formas y técnicas variadas, las lanas las usaban con el color natural o teñidas con tinturas que extraían de las raíces vegetales. La metalurgia alcanzó un alto grado entre los diaguitas, construían placas frontales, hachas de diversas formas, torteros estrellados, punzones agujas, campanillas, campanas y otros similares. El mineral era trabajado en la forma que lo hacían los omaguacas introduciéndolos en los crisoles y moldes.

En cuanto a la organización social estaba su gobierno dirigido por un cacique principal cuyo cargo era hereditario sucediéndole los hijos y a falta de estos los hermanos; había otros de pequeña importancia, sujetos al cacique principal.

La religión de estos naturales se fundaba en la adoración del sol, tenían sacerdotes especiales que a su vez ejercían la medicina y creían en las supersticiones. El arte también lo cultivaron en forma de decoraciones con las cuales hacían composiciones de no mucho alcance artístico. La música por lo general era de tinte militar compuesto de flautas, tambor y silbato con la cual hacían danzas rituales.

Cultura de la parte chaco-santiagueña

La economía se componía del cultivo del maíz y la mandioca, había una gran cantidad de corzuelos, venados, pecaríes, cobayos y vizcachas que brindaban alimento a sus habitantes. Había otras especies como el jaguar, el gato del monte, numerosas aves, el ñandú, el chajá y la cigüeña. Del algarrobo aprovechaban la chaucha y la madera para la fabricación de utensilios.

Vivienda santiagueña

Las poblaciones eran construidas con barro que hacían en forma conjunta, techadas con maderas y cañas cubiertas de paja, en forma muy primitiva.

El vestido consistía en mantas tejidas de lana, ya sea de guanaco, vicuña o llama; generalmente de color amarillo, rojo o pardo; este trabajo estaba a cargo de las mujeres que eran hábiles tejedoras. Fueron buenos artesanos en la elaboración de utensilios de cerámica, con la cual construían toda clase de objetos con mucha precisión.

CAPÍTULO VIII

Las comarcas amazónicas y litoral argentino, sus primitivos habitantes

Estos autóctonos se esparcían en la Guayana Francesa, Brasil, Paraguay, Argentina, Uruguay, Bolivia, Perú y Ecuador.

Los tupí-guaraní

Economía tupí-guaraní

La economía de los tupí-guaraní estaba basada en su mayoría en la agricultura, cultivaban en abundancia la mandioca, el maíz, las papas, el poroto, diversas legumbres, pimientos, la caña de azúcar; las bananas y el ananá fueron sus frutas predilectas. El cultivo de la mandioca y de los cereales era común a las demás tribus como los oyampi, los chipayas y los omaguas; lo mismo todos ellos explotaban en gran escala el tabaco. Con los frutos de la caoba obtenían también una bebida alcohólica que consumían en las festividades.

Además de alimentarse con animales silvestres y fauna tropical que cazaban con el arco y flechas, adiestraban perros que además de ayudarles en las tareas de la caza les proveían de carne. Poseían loros que les enseñaban a hablar y varios pájaros de plumaje adecuado que anualmente desplumaban vivos y con ellos se tejían espléndidos mantos para el uso. Se alimentaban también de tortugas que había en gran cantidad, tenían grandes colmenas de abejas que les suministraban abundante miel y consumían el pescado en cuya industria se destacaron como hábiles pescadores.

Viviendas de los tupí-guaraní y sus derivados

La vivienda de los tupí-guaraní era de tipo común. Cada pueblo de unos quinientos habitantes se concentraba en poblaciones que por lo general construían alrededor de la una plaza, la cual rodeaban de estacas de madera, construyendo sus viviendas con el mismo material, es decir, de madera parada con cañas y techada de la misma forma con paja trenzada de ramas y hojas de palmeras; las puertas daban a la gran plaza. Además de estas viviendas hacían otras provisoriaas que les servían para los trabajos de caza y

también en los tiempos de guerra. Estas consistían en una especie de cabaña de tirantes de madera y techada de ramas y pajas debidamente acondicionadas para resistir los temporales de agua. Algunas tribus como los omaguas construían estas chozas sobre pilares evitando así la correntada de agua, a veces la altura excedía los tres metros.

El mobiliario de las familias era reducido debido a las migraciones periódicas, lo principal eran las hamacas fabricadas de tejidos de algodón sostenidas por maderas. Algunos pueblos, sin embargo, como los chiriguano y los caigua, poseían catres que debieron conocer en su contacto con los pueblos andinos. Sobre los catres o hamacas ponían colchones que hacían de hojas de palmeras unos y de cuero de animales otros, tenían también mosquiteros tejidos. Poseían bancos de madera rústica como asiento para los hombres, pues a las mujeres les estaba prohibido sentarse en ellos. Tenían bastones para marcar el tiempo y los útiles de cocina los guardaban en rinconeras de la misma choza en cajas de madera.

Vestidos de los tupí-guaraní

Debido a la temperatura, estos naturales andaban casi desnudos, no obstante, conocían el uso de camisa, mantas que se enrollaban en la cintura y bajaban hasta media pierna lo mismo sobre la espalda; igual era la vestimenta femenina que consistía en una pieza rectangular, que a la vez de servirles de vestido la usaban para llevar las criaturas de un lugar a otro. Por lo general estas tribus que estuvieron en contacto con las andinas adoptaron como vestimenta la camisa, como calzado llevaban una especie de sandalia. Usaban como adorno en sus vestimentas un plumaje de colores vivos, el que adherían a la ropa por medio de resina y a veces lo cosían. En la pintura empleaban el famoso palo llamado madera del Brasil. Es de destacar que, entre los tupí-guaraní, los tupí-nambá eran los que usaban el ornamento más completo de plumaje.

Técnica de los tupí-guaraní

La alfarería estaba muy adelantada, los viejos cronistas se admiraron de las grandes vasijas que tenían para la fabricación de bebidas fermentadas que extraían de la mandioca.

Construían objetos de todas clases y decorados admirables. El tejido lo hacían con suma habilidad en formas primitivas mediante el

hilado a mano por las mujeres con el huso y los telares que como hemos visto consistían en extender los hilos sobre dos maderas una sobre cada extremo. Fueron muy hábiles los tupí-guaraní en la fabricación de cordones, pero no habían desarrollado gran actividad en el tejido. Los caigua en cambio realizaban trabajos excelentes en la fabricación de cinturones y paños de una gran finura que tejían en fajas de todos colores. El trabajo lo hacían casi sin instrumentos salvo una especie de cuchillos que aparentaban la trama; los tejidos los hacían de algodón y fibras vegetales.

Los trabajos de madera y cestería eran en su mayoría destinados a la guerra y a la agricultura, como flechas, arcos, armazones del telar, cuchillos, cucharas, todo ello lo fabricaban con maderas duras con gran precisión. En cuanto a la industria cesterá empleaban hojas vegetales y hacían sacos que utilizaban para el transporte de harina en la guerra, este tejido era impermeable, lo hacían con hojas de palmera bien prensada y de otra planta que llamaban Caete. El material de piedra lo utilizaban para la fabricación de objetos como hachas, las que encavaban con madera y otros objetos decorativos. La metalurgia era casi desconocida, pues los elementos que poseían eran de origen andino que habrían obtenido de trueques con aquellos pueblos.

Organización social y familia tupí-guaraní

Estos pueblos estaban organizados por medio de tribus confederadas, aliadas muchas veces por vínculos de parentesco; todos ellos respondían a un jefe común, cuya autoridad por lo general la ejercía en toda su extensión durante las guerras. El cargo del cacique era hereditario, designándose como sucesor el hijo más apto. Formaban el consejo los hombres más ancianos de las tribus, que deliberaban en los patios centrales de sus pueblos donde tenían convenientemente colocadas sus marcas. Estas asambleas se hacían para disponer de las migraciones, alianzas con otras tribus o para declarar la guerra y también para hacer justicia en las disputas originadas por los grupos tribales de familias, y las resoluciones de estas asambleas debían ser cumplidas por el jefe. La vida familiar estaba bajo la dirección de la esposa más antigua, la que disponía de autoridad en ciertas tribus sobre las demás esposas y sobre los hijos de todas. Los hombres se casaban por primera vez a los 25 años y hasta ese momento los padres ejercían un dominio absoluto sobre ellos. En muchas tribus tenían la obligación antes de casarse de haber

tomado parte en la guerra o hecho algún prisionero al que consideraban como esclavo. Los matrimonios eran tratados entre los padres, aunque los hijos fueran pequeños, ya realizaban el convenio para cuando estos tuvieran la edad requerida. Las ceremonias matrimoniales se llevaban a cabo al cumplir la mujer la edad requerida, a quien previamente los padres le cortaban el cabello y le producían marcas especiales valiéndose de espinas, volcando sobre las heridas un tinte con el cual le hacían los tatuajes, que demostraba su nueva condición social. Una vez crecido el cabello y curadas las cicatrices que producía el tatuaje, se la entregaban al recién casado.

Religión tupí-guaraní

La religión de estos pueblos reside en las prácticas rituales que es la consumición de los enemigos muertos en medio de grandes fiestas y danzas. Creían en la divinidad que residía en el Tupa. Este era desconocido y misterioso, se manifestaba en el sol, el relámpago o en el juego. Creían también en la existencia de fuerzas sobrenaturales propiciadoras del bien que llamaban los dioses protectores de la vida. El arte tupí-guaraní comienza con la pintura o tatuaje de los mismos y también en los decorados, en la ornamentación de la cerámica, en los tejidos y en los complicados artes plumarios que realizaban. La música se manifestaba por el buen número de instrumentos que utilizaban: trompetas confeccionadas de madera agujereada, flautas de huesos, silbatos hechos con pepitas de algunos frutos, bocinas, tambores y otros.

Los llamados ges

Estos naturales formaban una de las grandes razas del Brasil, estuvieron en los reinos amazónicos antes de los tupí-guaraní. Su economía era sumamente primitiva. Obtenían el fuego por medio de rotación con bastoncillos adecuados y los transportaban en un trozo de caña tacuara o en vasos de arcilla. La cocina no era delicada, comían los animales sin limpiar sus tripas. Machacaban el maíz con morteros agujereados de troncos de árboles, tenían raspadores de mandioca y utilizaban las calabazas partidas como tazas o platos de cocina. Los trabajos agrícolas estaban a cargo de las mujeres. Entre los makuni, los hombres sembraban el maíz, en cambio las mujeres sembraban las papas y recogían sus tubérculos. La economía de origen animal estaba en la caza que los naturales obtenían con perros o por medio de trampas, la

pesca también la realizaban con redes especiales, usaban flechas que hacían con estacas de madera dura, tenían el arco.

Sus viviendas eran construidas como especie de cabañas de madera y ramas que hacían en los lugares despejados de la selva, tratando de estar siempre cerca del agua y donde hubiera abundante caza. La vestimenta era sencilla, andaban por lo general semidesnudos y en el invierno se cubrían con un mando que tejían con fibras; usaban el tatuaje como embellecimiento y se pintaban como adorno y también para protegerse de los insectos. Lucían el plumaje por lo general en las guerras, con lo cual consideraban impresionar al enemigo.

La técnica

En cuanto a la técnica, conocían la alfarería: construían toda clase de utensilios, hacían grandes vasijas donde preparaban bebidas fermentadas; el tejido y el hilado: fueron hábiles en la confección de cordeles que hacían trenzados de fibras vegetales; la industria de la piedra, con la cual hacían instrumentos diversos, por ejemplo las hachas, que construían con habilidad, las manganaban y decoraban en el mango.

Organización social

La organización social estaba constituida por grupos. Los hombres podían tener tantas mujeres como pudieran mantener. Los matrimonios se concertaban cuando la mujer apenas tenía 8 o 9 años, pero ellas quedaban en la casa hasta tener la mayoría de edad, cuando recién se entregaban al futuro marido. El casamiento se realizaba por la compra de la mujer a los padres o por la lucha entre las tribus.

La religión

Sobre estos datos hay suma confusión, según los autores más autorizados, los ges adoran a un dios llamado el Anciano Maret, que se presentaba con vestimenta de un anciano gigantesco, con cabeza blanca y barba roja; decían que era un animador del progreso de los pueblos, que los favorecía con la luz del sol. Los enfermos eran atendidos por los magos y hechiceros a los cuales adoraban, y sus conocimientos estaban basados en unas cerámicas mágicas. El arte de estos pueblos fue bastante escaso. Los hombres usaban también silbatos y otros instrumentos similares.

Los naturales del litoral argentino

Los llamados guaycurú, que se encontraban en las provincias de Entre Ríos, Corrientes y Misiones y en la República Oriental del Uruguay, no hay duda de que pertenecieron a la cultura de origen amazónica.

La economía

Estos autóctonos recolectaban los productos de la caza y la pesca, que tan prodiga fue la región que poblaron. Para la caza de venados usaban el fuego, a los cuales acosaban y llevaban de esa forma hasta la costa del río donde los perseguían con canoas y no podían escapar a la hábil puntería de las flechas que les dirigían desde tierra. Practicaban además una agricultura rudimentaria sembrando maíz, habas, calabazas y otros vegetales. Los guaraníes tuvieron una agricultura superior.

Viviendas

Los guaycurú construían sus casas de estera que hacían en las riberas de los ríos formando pequeños grupos. Tanto los grupos guaycurú como los guaraní andaban semidesnudos, con un paño de algodón que les cubría desde la cintura hasta las rodillas; usaban una especie de gorra y se ornamentaban con plumaje y adornos.

En la técnica trabajaron la alfarería, fabricaban los distintos objetos y utensilios de cocina de cerámica con precisión. Construían objetos de piedra, de madera y de hueso; las canoas que hacían eran de tronco de árbol y entre los objetos de hueso figuran los punzones y agujas.

En cuanto a la organización del pueblo y la familia, es poco lo que se sabe al respecto. Las tribus respondían a la autoridad de un cacique que era el jefe principal tanto en la guerra como en la paz. En cuanto a la religión poco se sabe, no obstante, sentían un gran culto por los muertos a quienes enterraban en urnas decoradas y se dice que las mujeres se cortaban una falange de los dedos por cada familiar que perdían.

CAPÍTULO IX

Los pueblos araucanos, huarpes y pampas

Araucanos

Estos pueblos estaban asentados al sur de Chile y en territorio argentino, ocupaban los ricos valles subandinos de Mendoza, de donde más tarde se extendieron a la gobernación del Neuquén y así fueron avanzando e introduciéndose en las llanuras del este, a medida que se extinguían los puelches y querandíes, llegando a ocupar hasta el sur y occidente de Buenos Aires y parte del Río Negro. Esta raza, que ha sufrido a través de cientos de años opresiones de toda índole y de mezclas extrañas, conserva aún sus costumbres, usos y juegos que ofrecen detalles de notable interés.

Ercilla, en su poema inmortal *La Araucana*, describió a estos autóctonos así:

Son de gesto robusto, desbarbados,
bien formados los cuerpos y crecidos,
espaldas grandes, pechos levantados,
recios miembros, de nervios bien fornidos,
ágiles, desenvueltos, alentados,
animosos, valientes y atrevidos,
duros en el trabajo y sufridores,
de fríos mortales, hambres y calores,
no ha habido rey jamás que sujetase
esta soberbia gente liberada,
ni extranjera nación que se jactase
de haber dado en sus términos pisada,
ni comarca tierra que se osase
mover en contra y levantar espada;
siempre fue exenta indómita, temida,
de leyes libre, de cerviz erguida.

La economía araucana

La economía de estos pueblos estaba basada en la agricultura que consistía en el cultivo del maíz, papas, de varias clases, y quinoa. Cosechaban el lleuque que daba un fruto riquísimo, como así también otras plantas frutales de origen silvestre, entre las que se contaba el avellano. La alimentación de origen animal estaba representada en el guanaco, el venado, cuya caza la realizaban con boleadoras, flechas y hondas, ayudados a veces por los perros; los pájaros los cazaban con trampas y la pesca con redes tejidas, usando también el anzuelo. Los animales feroces como el puma, el tigre y los gatos monteses los cazaban aprovechando el cuero. Preparaban como los demás pueblos andinos bebidas alcohólicas con la fermentación del maíz y de las frutas silvestres. El fuego lo conseguían mediante el rozamiento de dos palos de coliu o por medio de chispas obtenidas por percusión de una piedra con otra. Las viviendas eran colectivas, formaban grandes grupos de familias y construían sus moradas de madera y varillajes, el techo era del mismo material. Otras tribus edificaban sus viviendas en grupos pequeños de palo y paja, con mezcla de barro y el techo de cañas y paja, lo que fue reemplazado en las tribus argentinas después de la llegada de los intrusos blancos con cuero de vaca y caballo.

Vestimenta de los araucanos

Estos autóctonos usaban como vestimenta el chiripá y se protegían con un poncho tejido. Llevaban a su vez en la cabeza una vincha o pañuelo. Los jefes principales usaban un sombrero en forma cónica. Abundantes cueros de camélidos les servían de lecho, los que hacían con pequeños trozos de piel escogidas de vicuña o guanaco que cosían con tendones de avestruz, los cuales eran de una gran duración. Las mujeres se pintaban las mejillas de rojo y los ángulos de los ojos con trazos negros o azules. La vestimenta de las mujeres consistía en una gran manta, que se ataba al hombro izquierdo con una aguja grande que generalmente era de plata, dejando los brazos libres y el pecho descubierto. Los hombres usaban zumeles hechos de cuero de huemul, haciendo las costuras de estas botas con tendones de avestruz; más tarde las grandes espuelas de plata o de madera constituyeron un complemento del calzado al que nuestros gauchos se acostumbraron y llamaban botas de potro.

La técnica araucana

La alfarería la conocieron y trabajaron con habilidad. Estas labores estaban a cargo de las mujeres: construían con gredas grandes cántaros, ollas, jarros, tazas, platos y numerosos objetos de formas distintas; los secaban convenientemente al sol hasta que los perfeccionaban bien y una vez fabricados y secos les pasaban una piedra que llamaban uku, hasta quedar ambos materiales completamente mezclados. El trabajo en piedra fue escaso, solamente la utilizaban para la confección de agujas y raspadores que dedicaban a la industria del cuero. De la madera, sin embargo, hicieron muchos objetos para su instrumental doméstico. El trabajo en cuero lo ejecutaban con gran maestría; antes de conocerse el caballo y la vaca, trabajaban el cuero de guanaco y vicuña en la fabricación de quillangos. La práctica de la hilandería estaba muy adelantada entre los araucanos. Los hombres se encargaban de hacer las grandes cacerías de guanacos y vicuñas, después procedían a sacarles la lana que las mujeres hilaban a mano. Luego ovillaban en forma separada, es decir, cada ovillo debía pertenecer a un huso si es que se pretendía hacer el tejido simple y se hacía el ovillo con lana hilada en dos husos, cuando se quería hacer doble, debiendo previamente torcer los dos hilos nuevamente con un huso. La tintura la realizaban con raíces vegetales resultando admirable los tejidos por la combinación de los colores que hacían; las frazadas generalmente las decoraban con listas de diversos colores.

Metalurgia

En épocas primitivas los araucanos ya conocían la plata con la que hacían prendedores, pendientes, collares y anillos, haciéndose más tarde al tener contacto con los españoles unos verdaderos artistas plateros.

La organización social consistía en agrupaciones de tribus dentro de cada nación que estaban a cargo de un cacique que tenía a sus capitanejos. Estas tribus estaban confederadas y respondían a las órdenes de un jefe o cacique principal, y también estaban los caciques de segunda y capitanejos, con quienes se reunía el cacique principal para tratar los asuntos de las tribus confederadas. Estaban además los hombres ricos y notables llamados moce-tones, y en las reuniones periódicas que realizaban se trataban los asuntos de todas las tribus confederadas.



Mujer araucana. Vestido primitivo araucano y metalurgia, un prendedor y cadena de plata al costado, lo que nos demuestra el grado de civilización y cultura de estos pueblos primitivos.

Bajo la presidencia del cacique principal, quien concedía la palabra a los caciques y hombres notables para que intervengan en la discusión, en las reuniones se ponía de relieve los dotes personales y la capacidad de cada uno.

Religión

Los araucanos adoraban a sus dioses que ellos llamaban Toquiche y Gueculbu, que encarnaban la fuerza del bien y del mal. Rendían culto a los muertos, estos los enterraban juntamente con los mejores arreos y prendas. La mujer principal del cacique muerto tenía que volver al domicilio de sus allegados parientes donde debía permanecer por espacio de un año, so pena de muerte para ella y sus cómplices.

El arte consistía como hemos visto en el tejido y la fabricación de la platería y la alfarería. La platería es lo más destacado de su decoración en al

ajuar doméstico. Conocían la música, poseían trompetas y tambores, realizaban grandes fiestas donde bailaban. No se mezclaban en los bailes las mujeres con los hombres; se hacían en forma separada y por lo general en forma de círculo, teniendo como centro una gran hoguera.

Huarpes

Estas tribus se hallaban en la provincia de San Juan y sus límites. Su economía consistía en la recolección de frutas y raíces silvestres, las guardaban en silos subterráneos para la época de escasez. Conocían también el maíz que al parecer lo adquirían mediante trueques con otros pueblos, pues se ignoraba si tenían agricultura. Se alimentaban de la caza que la obtenían por medio de arcos, flechas y perros para la captura de pájaros acuáticos se disfrazaban con calabazas metiéndose en el agua hasta la altura del cuello. La vivienda de los huarpes se componía en la mayoría de los casos de un toldo construido de pajas o cueros que apoyaban sobre cumbreras de maderas en forma rudimentaria. El vestido consistía en un manto de pieles tanto para los hombres como para las mujeres. La técnica se componía de la alfarería, canastería y tejidos. En la alfarería realizaban trabajos con precisión, como así también construían canastas y cestas de paja tejida, tan fuertes que se hacían impermeables. El tejido lo empleaban en la vestimenta, se destacaba por las grandes fajas que hacían para el transporte de sus criaturas de un lugar a otro.

Pampas

Estos naturales se asemejaban a los araucanos, en tal virtud se los confundían con aquellos, es por eso que poco se los recuerda.

La economía estaba representada en la caza de avestruz, que se hallaba en abundancia y la obtenían por medio de boleadoras, también se alimentaban con carne de caballo cimarrón, de ciervo, de liebre y de otros pequeños animales de la región.

La vivienda fue muy simple, colocaban unos palos de horquetas hincados en el suelo y otro arriba que cubrían en los costados con cueros y a veces con caña y paja. Cada una de estas viviendas la ocupaba una familia, sus camas eran simples catres sobre los cuales ponían pieles.

La vestimenta era similar a la de los araucanos que ya hemos dicho.

La técnica consistía en la alfarería, que trabajaban con greda, y también la cerámica, con la cual hacían objetos y utensilios para el hogar. El material de piedra lo empleaban en las boleadoras, sobadoras de cuero y otros objetos de trabajo.

El tejido no estaba muy adelantado, los trajes hechos por las mujeres pampas eran realizados en telares, prendas semejantes a los araucanos. La organización social estaba a cargo de un cacique que se mantenía al frente de su tribu en forma independiente, sin mezclarse con los demás, lo que hacía solamente en las reuniones de las confederaciones cuando debían tratar asuntos de guerra o sobre los reclamos de las demás tribus.

Combatían con lanzas, arco, flecha o boleadoras de tres o de bola perdida. En cuanto a la religión, eran igual que los araucanos. Además, existían los patagones, los onas y los yámanas, que contaban con similares costumbres a las de los araucanos dada la afinidad que con ellos tenían.

CAPÍTULO X

Conclusión de la primera parte

Como hemos visto en los capítulos que anteceden, en el continente había una infinidad de pueblos a la llegada de los conquistadores, formados por varios imperios, con una organización que dada la época podemos considerarla bastante adelantada. Con gobiernos debidamente constituidos, como la economía, poseían el engranaje del comercio y una gran disciplina, y por encima de esto, en todos los pueblos sin distinción tenían constituida la familia dentro de su hogar, que diríamos son los cimientos donde se asientan los pueblos y se afianzan los gobiernos.

Poseían su religión como todos los pueblos nobles, tenían sus creencias de seres divinos y tenían un gran culto a los muertos; es decir, que se trataba de pueblos soberanos, llenos de iniciativa y esperanzas. Tenían la justicia que ejercían los jefes de tribu, similar a la justicia de la antigua Roma, que a la vez de ser jefes de estado eran también grandes sacerdotes y magistrados.

La organización de los imperios de América se regía por gobiernos que emanaban del emperador o cacique principal que ejercía la autoridad plena del pueblo o pueblos que gobernaba, delegando a su vez las facultades en otros jefes de menor jerarquía, que estaban a cargo de provincias o pueblos dependientes del imperio o cacicazgo principal; podemos ver también que los grandes sacerdotes eran elegidos de entre los familiares de más prestigio del emperador.

No se trata pues, de pueblos dispersos o perdidos, sino de colectividades en marcha por la ruta del progreso; eso es lo que podemos creer frente al desenvolvimiento de los imperios, principalmente el de los aztecas y el inca, que marchaban avanzando a pasos agigantados hacia la civilización, y que si esto fue detenido no existió otro motivo que los entreveros de la conquista.

Lo que más llama la atención de estos pueblos primitivos es la organización social que existía, el respeto mutuo entre nativos, la forma severa con que se aplicaban las penas a los delincuentes, el castigo con el máximo de la pena para los delitos de homicidios, el robo y el adulterio. Este régimen de respeto es digno de todo elogio, porque un pueblo disciplinado, es un pueblo que progresa, en todos los órdenes es grande y digno; en cambio el pueblo que carece de la disciplina necesaria es un pueblo anémico que se muere por asfixia.

En todos los rincones de América y en cada tribu por insignificante que fuere, vemos cómo estaba difundida la industria del hilo y del tejido, la alfarería, la agricultura que trabajaban en forma familiar. Las mujeres se preocupaban de enseñar a sus hijas desde pequeñas los trabajos de su especialidad; todos trabajaban, todos producían, en esa forma el progreso era seguro.

Estos pueblos, en general, se preocupaban de la organización de la familia como hemos visto. Los padres se encargaban del casamiento de sus hijos desde que eran pequeños, aunque después tuvieran que esperar la mayoría de edad, el cual se formalizaba, pese a la forma primitiva, con todo respeto y dignidad.

Estas entidades como todos los pueblos del orbe en aquella época eran de espíritu guerrero y su preocupación principal era estar listos para entrar en acción, por eso habían estudiado la forma de almacenar abundantes víveres en silos que al efecto construían.

Las mujeres no eran ajenas a la guerra, ellas personalmente acompañaban a los guerreros para alcanzarles lo necesario de comer y beber, como así también el suministro de material o instrumental de pelea; arco, flecha, etc.

Hemos dicho en los capítulos que anteceden que estos pueblos ya habían conseguido la medición del tiempo mediante el uso del calendario, que es un problema, que no hay duda de singular estudio, diciéndonos a simple vista que el grado de cultura de estos estados se acrecentaba día a día.

No debemos olvidar que todo lo que sabemos, salvo los descubrimientos arqueológicos, que dicho por los conquistadores y esto es público y notorio, que siempre han tratado de colocar a los naturales, en un estado inferior a los blancos y por lo tanto no se ha dado la importancia debida a las cosas que poseían en este gran continente, cuyos rastros imborrables nadie ha podido destruir.

Quiero referirme también al celo que tenían los emperadores o caciques principales por el bienestar de sus súbditos, en particular los incas, que esparcían inspectores de tiempo en tiempo, para recorrer las provincias y cerciorarse del cumplimiento y deberes de los funcionarios, para con la gente del pueblo y hasta el propio emperador lo hacía cuando las circunstancias lo exigían, esto demuestra el orden existente, haciendo lo propio los grandes sacerdotes.

Salvo en caso de guerra, los pueblos gozaban de toda libertad y sus esfuerzos los dedicaban al cuidado y educado de su familia porque, como hemos dicho, todos ellos sin distinción eran amantes del hogar.

Nuestras tradiciones provienen sin duda de los araucanos, pues debemos destacar que antes de la llegada de los intrusos blancos estos ya usaban el tradicional chiripá, como así el poncho, el sombrero de ala ancha, llevaban a su vez en la cabeza una vincha o pañuelo, usaban la tradicional bota de potro que la hacían de cuero de huemul, las cosían con tendones de avestruz, es decir, la vestimenta que fue tradicional de nuestros primeros gauchos.

El alma araucana vive pues, adentrada en la simpatía popular. Los héroes de la fiesta araucana son héroes propios de las noches donde estaban ubicados y si causa admiración la empresa conquistadora; si don Diego de Almagro, don Pedro de Valdivia, Francisco de Villagra y García Hurtado de Mendoza, han conseguido un lugar propiamente en la historia; los nombres araucanos de Lautaro y Caupolicán en Chile; Yanquetruz y Pichún Hualá en Argentina tienen un altar en el corazón de sus pueblos.

La leyenda y la tradición perpetúan sus anécdotas y sus hazañas que se han transmitido a través de muchas generaciones en el espíritu y la hidalguía de esta raza, indomable y poderosa que fue bendecida pero no iluminada.



Isabel I de Castilla. Conocida como Isabel la Católica, dictó severas leyes para evitar el infame comercio de los autóctonos por los aventureros conquistadores.

Segunda parte

La conquista de América

CAPÍTULO I

Llegada de los intrusos blancos y la conquista del continente

Al empezar este capítulo, quiero destacar que no me guían propósitos de menoscabar la importancia de las naciones ibéricas en la colonización de América; por lo que no estoy dispuesta a cometer ninguna ingratitud con los nobles pueblos de España y Portugal, cuya sangre de sus hijos corren por estos nuevos pueblos que hoy se levantan en la faz del mundo, llenos de bríos para llegar a colocarse en la historia a la cabeza de la civilización, sin rencores, sin espíritu de conquista, manteniendo la nobleza y valentía que nos legaron sus naturales primitivos, cuya fusión de sangre con el europeo engendró una nueva raza que mantendrá su hidalguía como ejemplo en el concierto de las naciones del orbe.

El descubrimiento de América no se debe a una casualidad, sino que los estudiosos europeos de la Edad Media hacían deducciones sobre que los mares debían comunicarse, y por tal motivo era posible que navegando sobre la inmensidad del mar del extremo oriente se podía llegar a tierras misteriosas y ricas con dirección al oeste. Tal era la tesis de don Cristóbal Colón.

Este navegante mucho tuvo que luchar para poder llevar a cabo su empresa de aventura y dado el significado del intrépido personaje quiero recordar aquí algunos antecedentes de su vida, por demás accidentada y penosa.

Colón o Colombo, el genio inmortal

Mucho se ha discutido y se seguirá discutiendo sobre la edad y nacionalidad del intrépido gran navegante. Los historiadores discurren sobre la fecha y lugar de su nacimiento, la mayoría de ellos han llegado a la conclusión, teniendo en cuenta las declaraciones contenidas en actas notoriales que se hallan en Génova, que puede indicarse la fecha del nacimiento, aunque no en forma exacta pero presuntiva, el año 1451, lo mismo puede aceptarse que el nacimiento tuvo lugar en la misma ciudad de Génova. En cuanto al cambio de apellido de Colombo a Colón, según el padre Bartolomé de las Casas el almirante adoptó el apellido a la forma española de Colón.

Cristóbal Colón, después de las fracasadas gestiones en Portugal, se dirigió a España llegando al monasterio de la Rábida donde trabó amistad

con los padres Juan Pérez y Antonio de Marchena, por intermedio de la influencia de estos padres se dirigió a Sevilla donde fue recibido por el conde de Medinaceli. En esa fecha los reyes se hallaban en Córdoba por lo que Colón se dirigió de inmediato a esa ciudad donde por intermedio del confesor de la reina, Hernando de Talavera y otros personajes influyentes de la corona consiguieron que Colón se entrevistase con los reyes y expusiera a los mismos sus proyectos.

Después de no pocos inconvenientes para la realización de la empresa, Colón consigue sus propósitos y se le entregan las tres carabelas, la Santa María, la Niña y la Pinta, saliendo desde Puerto de Palos, de donde se tuvo que dirigir a las islas Canarias para arreglar el timón de la Pinta que había sido roto al parecer en forma intencional. Así fue que reparado ese inconveniente pudo salir de puerto de Gomera el 19 de septiembre de 1492 rumbo a lo desconocido; prosiguiendo la ruta, los tripulantes de la Santa María pretendieron volver a España en los días 4 y 5 de octubre a los que calmó Pinzón con grandes esfuerzos, pues pretendían tirar al mar a Colón; siguiendo la tripulación su descontento, el día diez pudo Colón apaciguarlos hasta que por fin la noche del 11 de octubre, Colón vio una pequeña luz en el horizonte y al amanecer del día 12 desde la nave la Pinta, se disparó un cañonazo con lo cual se anunciaba el descubrimiento.

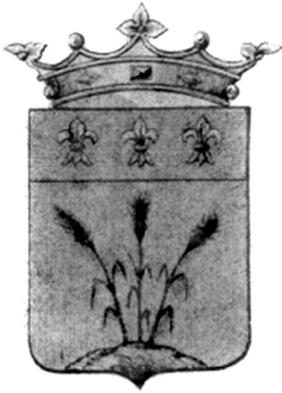
Llegada la expedición de Colón a suelo americano, los naturales de la isla de Guanahani, a la que Colón le dio el nombre de San Salvador, lo primero que hicieron fue ofrecerles a los intrusos los comestibles necesarios para su alimentación, colmándolos de atenciones. Estos como todos los encuentros que anotaré más adelante nos demuestran la nobleza de esta raza, y que si hicieron excesos muchas veces, ello se debe a los abusos que contra los mismos se cometían por los conquistadores.

Posteriormente hizo otros dos viajes, y el año 1506 fallecía en Valladolid. Colón, como muchos otros, consideraron a los naturales de América esclavos, alegando de que carecían de civilización. Así se explica el gran cargamento de esta masa humana que hiciera el propio Colón y otros expedicionarios para ser vendidos como esclavos. Esto dio lugar a que los reyes católicos dictaran severas instrucciones para evitar ese infame comercio de los aventureros, sancionando penas y castigos a los que violasen dichas disposiciones.

La propiedad jurídica de las tierras descubiertas

Una vez empezado el descubrimiento, España y Portugal se apresuraron a obtener la propiedad jurídica de las tierras a descubrirse, cuyo requisito debía requerir del Papa; único poder de esa época que podía discernir a una nación ese derecho de conquistar unas tierras y hacerlas suyas. Entre las dos naciones había cierta rivalidad, hasta que el 7 de junio de 1494 se celebró el famoso tratado de Tordesillas. Esta población se halla en cercanías de la ciudad de Valladolid y en las inmediaciones de Simancas, pueblito donde hoy se encuentra la fuente de los estudiosos en los asuntos de Indias, pues en esa pequeña villa está instalado el gran archivo que guarda con todo esmero el tesoro de las épocas coloniales.

En este tratado se estableció por los representantes de ambos gobiernos a cuyas actuaciones puso el visto bueno el papa Alejandro VI, la demarcación de la nueva línea imaginaria que quedaba a unas trescientas setenta



leguas al occidente de las islas de Cabo Verde. Al descubrirse el año 1500 el Brasil, eso dio margen a nuevas discordias entre las dos naciones signatarias del tratado referido de Tordesillas, porque de acuerdo a esa línea, el Brasil estaría dentro de la demarcación que correspondía a España. Esta última nación en nuevo tratado de Zaragoza, vendió a Portugal, las islas Molucas por la suma de trescientos cincuenta mil ducados, lo que al andar de los siglos, se llegó a establecer que las islas Molucas de referencia habrían correspondido primitivamente a Portugal y que España había percibido el precio de

la venta en forma indebida; de ahí que en 1750 se acordó el precio entre ambas naciones, de que el precio recibido por la España en pago de las islas Molucas quedara en retribución de la adjudicación por parte de Portugal del inmenso territorio que hoy es la progresista nación del Brasil. Con eso dejó de existir la famosa línea de Tordesillas.

CAPÍTULO II

Conquista de México y llegada a Sudamérica

Conquista de México

Francisco Hernández de Córdoba llegó en busca de indios a la península de Yucatán en cuyo lugar tuvieron las primeras noticias por los naturales de la existencia de grandes ciudades construidas de casas de piedra; traídas estas noticias, el gobernador de Cuba, que a la sazón era Diego de Velázquez, procedió a armar una expedición que componían 12 naves en las que se embarcaron 508 hombres de armas y unos 109 marineros; además llevaron unos 16 animales yeguarizos, este acontecimiento tuvo lugar en mayo de 1518.

Al frente de la expedición iba el hidalgo Hernán Cortés que de joven estudió jurisprudencia en la Universidad de Salamanca, lo que abandonó para dedicarse a la vida militar. Debido a disidencias surgidas, el gobernador Velázquez trató de quitarle el mando de la empresa, pero Cortés se apresuró e inició la marcha en febrero de 1519. Una vez salido de la jurisdicción que comprendía la autoridad de Velázquez, Cortés fundó la ciudad de Villa Rica de la Veracruz, en la que hizo un simulacro de reunión en un cabildo con la concurrencia de los expedicionarios eligiéndolos capitán general y justicia mayor, comunicándolo al rey y haciéndole saber que iba a emprender la conquista de un nuevo imperio.

Antes de proseguir este capítulo, quiero hacer una breve reseña del intrépido personaje don Hernán Cortés.

Nació en Medellín, provincia de Badajoz, en 1485. A la temprana edad de 14 años fue internado en la Universidad de Salamanca, de donde regresó dos años después, sin éxito alguno; lo que le indujo a renunciar de ser letrado, carrera en la cual lo querían encarrilar sus padres, don Martín Cortés y doña Catalina Pizarro. El fracaso de esta carrera le indujo a seguir las aventuras de la época en la vida militar, con la intención, sin duda, de largarse a la conquista de estos pueblos y labrarse una cuantiosa fortuna porque no hay duda de que eso fue el temperamento de los primeros conquistadores que vinieron a esta tierra pródiga en riquezas; así fue que se introdujo en la expedición de Alonso Quinteros y llegó a las islas occidentales, en el año 1504, cuando apenas contaba con 19 años. Participó en la conquista de Cuba con

el gobernador Diego de Velázquez, llegando a obtener su confianza y nombrándolo su secretario.

Advertido Cortés de la expedición de Yucatán por Hernández de Córdoba (1517), se apresuró a que su protector lo enviara como jefe de una misión para proceder a la conquista de México. El gobernador Velázquez accedió en principio a su nombramiento, pero posteriormente y no mereciéndole confianza, le ordenó que abandonara la empresa, orden que Cortés desató y se dio a la mar con la flota que había sido alistada y estaba a la espera de la orden de salida.

Nunca Cortés pudo explicar la rebeldía en que incurrió con su gobernador y que, a pesar de sostener que el desato lo cometió en defensa del emperador, no pudo convencer a nadie, pese a los méritos adquiridos en sus empresas de conquista, porque la desobediencia subsistía. El emperador Carlos I, si bien lo encumbró una vez en mérito de sus hazañas, en otras lo persiguió. No debemos olvidar que se trató de un elemento ambicioso y que aniquiló a mansalva a los naturales de Méjico, después de apoderarse de sus tesoros y ayudarlo a llevar a feliz término su empresa que jamás hubiera realizado sin la cooperación eficaz de los nativos.

El Consejo de Indias, en el año 1528, lo obligó a regresar a España, llegando al Puerto de Palos. Con él se llevó una partida de naturales y con ellos visitó a Carlos I, quien lo nombró marqués del valle de Oaxaca (el 6 de julio de 1526).

Al año siguiente volvió a México tan solo con mando militar, no así civil ni judicial, pues esto estaba a cargo de la Real Audiencia de Méjico, que era la única autoridad con quien debió luchar sin doblegarse, por cierto, pero no pudo entrar en la ciudad, tuvo que retirarse amargado dedicándose al fomento de la agricultura y a la explotación de las minas que poseía.

Su empeño de vida de hombre de acción no le permitía limitarse a esas explotaciones y seguía por medio de sus amigos y criados explotando las costas de México, logrando grandes resultados. Así fue que, por medio de Francisco de Ulloa, se consiguió el descubrimiento de California. Fue una lástima en realidad que este hombre de tan grandes méritos no sintiera más humanidad con los mayas y los aztecas, a quien diezmó a mansalva después del apoderamiento de sus tesoros. Esto sin duda le ha restado y le restará en la historia el mérito que en realidad pudo haber tenido. En cambio, frente a él, se levanta como un faro luminoso a la figura del hombre de su siglo, gran humanista reverendo padre don Bartolomé de las Casas, que en todo momento fue el bienhechor de la raza autóctona y su mejor defensor.

Cortés regresó a España en el año 1541 por última vez y acompañó al emperador en su infructuosa campaña de Argel, falleciendo el 2 de diciembre de 1547 en Castilleja de la Cuesta, Sevilla.

Los primeros actos de Cortés antes de emprender la conquista fueron el de asegurarse de los consejos de un náufrago que hablaba la lengua maya, y de una natural azteca que la convirtió en su mujer, la que fue su mejor compañía, sirviéndole también de intérprete. Obtenido esto procuró de hacer sublevar unas veinte o treinta tribus de naturales, tomando como medida previa para que sus compañeros no desertasen, la de quemar los barcos con el acuerdo de toda la expedición.

De esa forma, dejando a Juan de Escalante en Veracruz, se lanzó a la conquista, acompañado de unos cuatrocientos hombres blancos y cerca de dos mil naturales que previamente habían hecho amigos.

Los primeros encuentros fueron con los naturales tlaxcaltecas, los cuales eran enemigos declarados de los aztecas y se plegaron también a la expedición de Cortés, quien siguió la marcha sobre la ciudad de Méjico en septiembre de 1519. Llegados los aventureros a la ciudad, Cortés pensó que lo mejor era conseguirse como rehén al emperador Moctezuma, que consiguió sin resistencia, pues los naturales en principio obraban de buena fe. Cuando comprendieron la realidad de las cosas y sintieron los malos tratos de que eran víctimas de parte de don Pedro de Alvarado, los aztecas se sublevaron contra el emperador Moctezuma, que Cortés tenía como rehén, deponiéndolo del cargo y nombrando en su remplazo a su hermano. Atacaron a los intrusos blancos y sus aliados, los naturales tlaxcaltecas; en esa lucha Cortés huyó con todos sus aliados perdiendo la vida el rehén Moctezuma; a esta batalla le llamó la noche triste.

Derrotado Cortés por los aztecas, no le quedaba otro camino que seguir la organización del ejército con los naturales tlaxcaltecas, con los cuales formó un grueso cuerpo al que se unían los aventureros blancos. En julio de 1520 consiguió un triunfo sobre los aztecas en los llanos de Otumba. Después pidió más refuerzos a Cuba y alistó nuevos naturales tlaxcaltecas, a los que se sumaban aztecas que habían desertado de las filas del imperio, y así consiguió entrar nuevamente en México el 14 de agosto de 1521. Esta vez, por cierto, no con el propósito de imponer malos tratos a los naturales, sino, por el contrario, les reconocieron sus prerrogativas dándoles sus propiedades en base a que adoptaran las normas de vida europeas.

Como hemos visto aquí, en todos los lugares del hemisferio americano, la conquista si bien la promovían con la iniciación de los blancos, los

verdaderos conquistadores eran en realidad los propios naturales a quienes explotaban los aventureros, como carne de cañón y se llenaban de gloria a costa del sacrificio humano de esta masa de población nativa que en realidad ha sido la que en definitiva ha consolidado los triunfos de los dirigentes blancos.

El descubrimiento del Paraguay

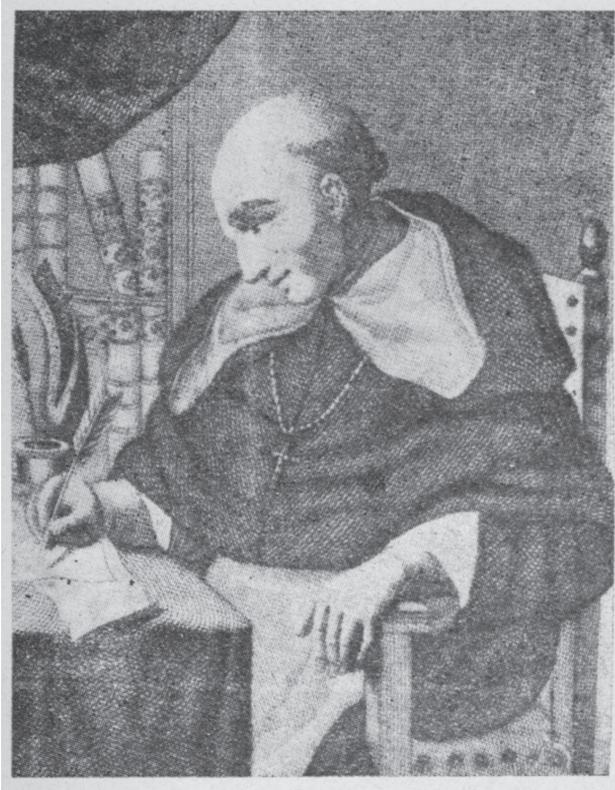
El descubrimiento del Paraguay fue hecho por uno de los náufragos de Solís, que se llamó Alejo García, entre los años 1521-1524. Este náufrago consiguió introducirse entre los naturales con quien convivía y les sentía hablar de un gran imperio maravilloso que poseía ciudades de casas de piedra y una sierra que brotaba plata, que había un lago donde dormía el sol y que tenía un rey que estaba cubierto de planchas de plata, y por eso lo llamaban el rey blanco.

Le mostraban también objetos de plata que decían haber traído sus antepasados de esa maravillosa sierra. Así fue que, llamado por la codicia, se reunió con varios cientos de naturales y dejó las costas del Brasil para introducirse tierra adentro, guiado por los mismos, algunos de ellos baquianos, llegando hasta las costas andinas. Allí se encontró con los nativos chanes y los chiriguano, estos últimos de los guaraníes, que descendían de otras tribus guaraníes o tupíes, quienes habían llegado a ese lugar por el año 1474, al ser perseguidos por el inca Yupanqui. Plantándose el objeto que lo guiaba a Alejo García, los chiriguano lo acompañaron al lugar donde tenían numerosos objetos de plata y oro, con los que cargó numerosos esclavos y con ello emprendió el camino de regreso, lo hizo con tanta mala suerte que encontró en el Paraguay una gran partida de naturales payaguas que quizás fueron los verdaderos dueños de los tesoros que traía y se lo quitaron, trabándose en combate.

Los araucanos en Chile y en Argentina

Las costas de Chile fueron divisadas por primera vez por Frey García Jofre de Loaysa, por el año 1526, cuya expedición no dio ningún resultado práctico. A pedido del clérigo Juan de Areizaga, Hernán Cortés, a quien le refirió la perspectiva de la conquista de un nuevo imperio, preparó una

expedición compuesta por dos carabelas y un bergantín y la envió en octubre de 1527 para socorrer a los compañeros de Loaysa, que defendían la ciudad de Tidre, pero no llegaron a realizar su conquista.



R. P. Bartolomé de las Casas. Ferviente defensor de la raza primitiva, propugnó y obtuvo leyes adecuadas que pusieron término al comercio de masas humanas.

Después de todos estos fracasos, se preparó otra expedición al mando de Almagro para la ocupación de Chile, que salió con la ilusión de hallar tanto oro como lo que encontrara Pizarro en Perú, cruzó por la punta de Jujuy llegando al valle de Copiapó y desde ese punto, atacó a los araucanos del río Maule, los que le repelieron la lucha y lo derrotaron, olvidándose así de la avaricia del oro que soñaba.

Don Diego Pedro de Valdivia, por el año 1541, se dirigió a Chile para colonizarlo. Fundó la ciudad de Santiago, actual capital chilena. Fundada esta ciudad, debió regresar al Perú para reducir a Gonzalo Pizarro, que se

había sublevado. De regreso a Chile fundó la ciudad de Angol. Después de varios encuentros con los araucanos, estos formaron un fuerte contingente al mando del cacique Caupolicán y ofrecieron batalla a los blancos de Valdivia, en la cual lo derrotaron tomándolo prisionero. Posteriormente el virrey del Perú mandó un cuerpo de ejército compuesto de españoles y naturales amigos del ex Imperio inca, los que presentan batalla a los araucanos, tomándolo prisionero al cacique Caupolicán que de inmediato mandaron a fusilar. No obstante la pérdida de su jefe, los araucanos prosiguieron la guerra contra el invasor, que habían determinado regresar al Perú o a España en la imposibilidad de continuar la lucha. En vista de esto, el rey Felipe III hizo suspender la guerra con los araucanos pactando una paz con los principales caciques, señalando como límite entre españoles y araucanos el río Biobío.

Vemos al comenzar este capítulo de los araucanos que los conquistadores soñaban con el oro y la plata, que en tanta abundancia habían encontrado en México y Perú. En las inmediaciones del Río de la Plata se decía que existía una gran sierra de ese nombre, la cual era el gran imperio del rey Blanco, cuyos comentarios tuvo en acecho a los aventureros de España y Portugal, que en secreto se preparaban para esa conquista. Así fue la preparación de la gran expedición, con una suntuosa armada de don Pedro de Mendoza, de quien me ocuparé en forma amplia en otro capítulo.

CAPÍTULO III

Conquista del Perú y Colombia

La conquista del Perú

Las noticias del Perú se obtuvieron desde varios puntos; el propio Colón había sentido hablar en el año 1503 de regiones ricas y muy pobladas.

Cuando Balboa se encontró en Panamá, en un hallazgo que había hecho de oro en el año 1511, y procedió a su reparto entre sus hombres, uno de los hijos del cacique Comagre les desparramó de la balanza todo lo que había y les dijo, extrañado: “¿Para qué se ocupan de ese oro si más allá hay enormes cantidades de ese metal?”. Para conquistar el Perú se unieron Francisco Pizarro y Diego de Almagro, ambos de la armada de Pedrarias Dávila. El primero en su niñez se ocupaba del cuidado de puercos y el segundo no aventajaba en mucho en cuanto a nobleza de origen a su compañero, pero en cambio, eran ambiciosos y constantes, capaces de vencer cualquier dificultad para conseguir el fin que perseguían.

Como la empresa demandaría gastos y ellos carecían de economías, un clérigo se ofreció a costearles los gastos de la empresa: el vicario del Darien, Hernández de Luque, haciéndose a la vela por el año 1524. En esta empresa tuvieron una infinidad de dificultades por lo que debieron regresar a Panamá para emprender nuevamente la empresa. Al llegar cerca de las costas vieron grandes concentraciones de nativos que les indujeron a creer la necesidad de más gente para hacer frente a la conquista. Almagro regresó de nuevo a Panamá y Pizarro se quedó a la espera en una isla llamada Gallo. A Almagro, entre un paquete que llevaba con unas frutas a la esposa del gobernador del Darien, le habían introducido unos versos hechos por unos soldados, en los cuales se quejaban de malos tratos que les daban los aventureros, lo que indujo al gobernador a ordenar la suspensión de la empresa, mandando a don Pedro de Tafur para que trajera a Pizarro y su gente. La llegada de Tafur y puesto de manifiesto Pizarro la orden, este trazó una raya en la arena con su espada y dirigiéndose a sus compañeros les dijo: “El que quiera ser rico y venir al Perú, que pase”, y los que quisieran ser pobres que se volvieran a Panamá; de todos ellos, solo trece cruzaron la raya y se quedaron con Pizarro en la isla.

Compenetrado Pizarro de la riqueza del futuro imperio se reunieron los tres socios de aventura y resolvieron que Pizarro regresaría a España, donde el rey le otorgó el título de capitán general, a Almagro de gobernador y a Luque de obispo de Tumbes, en el año 1530, regresando al continente en enero del año siguiente. Pizarro inició desde Panamá la conquista del Perú. Esta le fue favorable siguiendo la norma de todos los conquistadores del continente, es ingenuo creer que con ciento ochenta españoles como dicen, dominara un imperio que tenía varios millones de hombres y un ejército adiestrado y guerrero: lo real y lo exacto es que Pizarro, como los demás, se conquistó a los naturales del Inca y ellos le dieron el triunfo de la conquista y le entregaron el oro que él extrajo por un valor según los cálculos modernos de 200.000.000. En la época de la llegada de Pizarro, el Imperio inca se hallaba en apogeo bajo el mando de Túpac-Inca Yupanqui y Huayna Cápac. Ese imperio, poco antes de la llegada de Pizarro, fue dividido entre los hijos de Huayna Cápac, que se llamaban Atahualpa y Huáscar, disputándose la sucesión del trono en una lucha a muerte. Esa lucha fue en realidad la que dio el triunfo a Pizarro, uniéndose a uno de ellos y sometiendo como lo hizo a Atahualpa con la ayuda del ejército del hermano Huáscar y el enjambre de aventureros que traía.

Esa es pues la realidad de las cosas, en este y como en todos los casos se olvida por completo a los naturales de estas tierras que llenos de nobleza y valentía a la vez supieron encumbrar a más de un aventurero, teniendo como recompensa el desprecio de sus favorecidos, pero esto no puede persistir, la historia algún día deberá recoger a esta raza y colocarla en el lugar que le corresponde.

Esta conquista quedó terminada con la toma de Cuzco el 15 de noviembre de 1533. En esa fecha el famoso templo llamado del sol fue ferozmente saqueado y se dice que uno de los aventureros se jugó en la carpeta el gran disco de oro que representaba el sol. Con ello nos damos una idea de la trágica conquista de ese Imperio inca. Pero felizmente no se perdió todo, pues a ello siguió la unión de esos españoles formando sus hogares con mujeres nativas, con lo cual se creó pronto una nueva generación de españoles y mujeres autóctonas que fue la que representó la paz sobre la cual reposan los pueblos florecientes del Ecuador, Perú y Bolivia.

La conquista colombiana

Las costas de Colombia fueron recorridas por los mismos conquistadores del Perú en su paso por ese imperio. A esta región fue mandado don Gonzalo Jiménez Quesada, donde llegó el 6 de abril de 1536. Este imperio de Bogotá, se decía por los naturales, se trataba de una tierra riquísima de oro y plata. En el reino de Bogotá se conocía que el soberano tenía un mandato superior sobre los demás caciques chibchas y los países limítrofes. Uno de esos príncipes chibchas tenía su sede junto a un lago denominado Guatavita. En este lugar cada cinco años se sacrificaba un joven educado con esa finalidad.

El culto era el sol, la luna, la tierra, debiendo hacerse los sacrificios por los sacerdotes; los que eran a su vez enterrados en las montañas santas o en los lagos sagrados. Estas son pues las noticias sobre El Dorado que conmovió a los conquistadores para la búsqueda de oro. Por lo general, el rey sacerdote navegaba todos los años en una pequeña barca sobre el lago y se empolvaba con el polvo del oro y se sumergía haciendo honor al dios solar oro, bañándose en el mar, donde hacía desaparecer dicho polvo. Este dorado dio margen a que los conquistadores se apresuraran a recurrir a las tierras de Bogotá en busca de esa riqueza fabulosa.

En ese momento de la historia del dorado, fue cuando llegaron en forma simultánea las expediciones de Jiménez de Quesada, Francisco Pizarro y Sebastián de Belalcázar. Pero no obstante esa imaginación, Gonzalo Jiménez de Quesada tuvo la fortuna de descubrir los templos de Sogamoso y de Tunja, este último era el más famoso de los dioses miscas. Encontrado esto se procedió al saqueo sin piedad, los soldados según el relato de los oficiales reales amontonaron las riquezas en el templo dando gritos de alborozo por la presa.

Acumularon tanto oro y joyas que su recolección duró desde las seis de la tarde hasta las nueve de la noche. Llegaron a levantar, dicen, una pila que los que estaban de un lado no podían ver a los que estaban del otro lado. Después de ese saqueo, se dice, que dos soldados rompieron las puertas del templo y ayudados con la luz de las antorchas contemplaron infinidad de cadáveres secos que se hallaban adornados de telas ricas y joyas de oro. Enfurecidos al contemplar tanta riqueza, dejaron las antorchas para proceder a recolectar joyas, pero con tanta mala suerte que como el piso era de espartillo, comenzó a arder y tuvieron que salir desesperadamente. Hay quien afirma que ese incendio duró aproximadamente cinco años.

El oro y la plata recogido por los aventureros de Quesada les indujo a conquistar las tierras del cacique de Bogotá, siempre con la esperanza de encontrar el famoso Dorado del que nos hemos ocupado, pero en lugar del oro lo que encontraron fueron otras expediciones como las de Sebastián de Belalcázar, que había venido con el mismo fin desde Santa María, y otra de Nicolás Federmann, enviado por el gobernador de Venezuela. Allí se juntaron tres expediciones en busca del dorado, así fue, que las tierras de la meseta del cacique de Bogotá en Colombia, fueron exploradas por las tres expediciones referidas teniendo la desilusión al fin de que tal dorado no existía.

De todo esto comprendemos cuánto era la avaricia que guiaba a los aventureros conquistadores, pues lo único que a ellos les interesaban eran los medios de fortuna.

Otro caso curioso fue el descubrimiento del Amazonas. Se sabía por noticias recogidas por el propio Cristóbal Colón que había islas habitadas por mujeres guerreras. Más tarde se supo por los naturales que había mujeres que vivían solas en muchos pueblos y se unían una vez por año con los hombres guardando consigo a las niñas que les nacían. Se referían sin duda estos naturales a las clases escogidas que había o habitaban, como Vírgenes del Sol, a que no hemos referido en la primera parte de este libro. Esto pues, como decimos, era la costumbre ritual que tenían antes de la llegada de los conquistadores hispanos, el albergue de las niñas como mujeres escogidas, las que titulaban Vírgenes del Sol y cuya civilización se interrumpió con la llegada de los blancos.



Emperador Carlos V. A pedido del insigne R. P. Bartolomé de las Casas, constituyó juntas de letrados en Toledo para terminar con los repartimientos de autóctonos, dictando las famosas y humanas *Nuevas leyes de 1542*.

CAPÍTULO IV

España y la colonización de América

La situación de España al principio de la colonización de América se hallaba sumamente complacida, a cuya unión no se pudo llegar, con matrimonio de los reyes católicos de Castilla y Aragón. Con ellos no se realizaba la unificación de los reinos en lo que respecta a la vida política, jurídica y administrativa. Mientras Castilla comprendía el núcleo vital de España con las energías que le daba la anexión de Granada, Navarra, y por encima de todo esto, todo el territorio de América hispánica. Aragón, sumido en la pobreza, se impuso a Castilla a fin de que le siguiera ayudando en las guerras internacionales, lo que dio por resultado más tarde la formación del gran imperio de Carlos V, que además de ser soberano en Indias, era también de los Países Bajos, Artois, Flandes, Franco, Condado, Tirol, Cerdeñas, Sicilia y Nápoles, teniendo así bajo su mandato el inmenso orbe que abarcaba una coalición de razas, idiomas y credos distintos.

La corriente hispana en el continente produce primero el choque de razas, generando luego una mezcla; ese proceso de conjunción debía surtir sus efectos en la organización de las instituciones, como así también en los sistemas políticos. Frente a una minoría insignificante de españoles que estaban en forma decorativa al frente de las directivas de todos los órdenes, se encontraba la raza autóctona y los negros, que se habían introducido como esclavos. De allí la otra nueva raza, los mestizos que germinaban y que más tarde se pusieron a la cabeza, dando independencia a distintos pueblos que hoy florecen en el continente, programando el derecho y repudiando las guerras de conquista. Pese a los abusos y excesos de los conquistadores, no podemos olvidar la hidalguía de los reyes y sus preocupaciones por el bienestar de los autóctonos dictando leyes adecuadas para su mejoramiento. Así, por ejemplo, en las cabeceras de los pueblos primitivos, se permitía el gobierno de los caciques principales, a quienes se les corregían sus excesos por medio de comendadores nombrados al respecto. A estos jefes, se les reconocía también el derecho de sangre para la sucesión. Así vemos que, por la real cédula de 1549, se disponía el nombramiento entre los nativos de jueces, regidores, alguaciles, escribanos y otros cargos para que, a su modo y de acuerdo a sus costumbres, administraran justicia de menor cuantía.

Debido a protestas de los virreyes, fundadas en que los caciques cometían excesos por el abuso de sus vicios, una real cédula dada en Toledo el año 1602, disponía que los caciques que fueran malos, se les castigase, pero que no se alterara la forma de sucesión como estaba reglamentado por la legislación.

Este castigo consistía en la destitución de los cargos, que debían ser remplazados por algunos de sus hijos, hermano o pariente cercano; prohibiéndose el nombramiento por simple elección. A esto debemos agregar que los hijos de los principales caciques debían ser adoctrinados y se les internaba en colegios para enseñarles las prácticas políticas de los conquistadores.

Podemos anotar la diferencia existente entre la colonización sajona y la ibérica. En la primera se despreció en forma tal a los autóctonos que se llegó a ponerles precio a su cabeza, en cambio en la segunda, pese a los excesos de algunos aventureros, se procuró en lo posible de levantar las razas nativas hasta la alta esfera de la vida, la religión, la política y en el orden económico. Felizmente, estas expresiones las tenemos de los propios historiadores norteamericanos al destacar la dominación hispánica en este continente. Entre ellos podemos citar a Eduardo Gailor Bourne, eminente profesor de historia de la Universidad de Yale. En el segundo congreso de historia de América, reunido en la ciudad de Buenos Aires en julio de 1937, justamente los historiadores norteamericanos Clarence H. Harling y Alvy Percy Martin se refirieron a la preferente atención que se presta en los departamentos de historia de las universidades al estudio de la historia de América Latina.

La sociedad de la época colonial

En América sabemos que había tres razas principales: la autóctona, la blanca y la negra, introducida por los conquistadores. De estas tres razas, debía fusionarse una raza nueva y para ello contó con el apoyo integral de los reyes, al dictar las ordenanzas que se leen en la *Recopilación de Indias*:

Es nuestra voluntad que los indios e indias tengan como deben entera libertad para casarse con quien quisieran, así con indios como con naturales de estos nuestros reynos, o españoles nacidos en la india y que en esto no se le ponga impedimento. Y mandamos que ninguna orden nuestra que se hubiere dado, o por nos fuera dada puede impedir ni impida el matrimonio entre indios e indias, con españoles o españolas ni que tengan entera

libertad de casarse con quien quisieres y nuestras audiencias procuren por así se guarde y cumpla.

La conjunción de razas preparó el advenimiento de los nacidos en el continente, el mestizo en su mayoría, dado que, en los primeros tiempos, era sumamente escasa la venida de mujeres blancas, lo que recién ocurrió a partir del siglo XVI que el rey ordenó que los casados que salieran debían hacerlo con sus respectivas esposas.

Las audiencias de América

El Consejo de Indias muy acertadamente creó las audiencias, compuesta por un presidente y oidores que fallaban los pleitos de acuerdo con las leyes. Además, debemos observar las garantías que se daban a los habitantes con estas audiencias. Las que estaban facultadas para nombrar jueces pesquisadores para corregir los excesos de los corregidores y otras justicias de menor cuantía. Correspondía también a estas audiencias velar por el buen tratamiento de los naturales, intervenían en la tasa de los aranceles, bienes y espolios que dejaban los obispos a su muerte, retención de las bulas apostólicas, podían también recurrir con virreyes y gobernadores cuando alguna de las partes se sintiera agraviada. Los oidores debían ser hombres de honor honrados por el rey y el Consejo de Indias, y también debían ser respetados por el pueblo. Estas audiencias no solamente eran altos tribunales de justicia, sino que también se convertían en cuerpos consultivos de los virreyes y gobernadores.

La cultura hispana en América

Si bien los reyes no implantaron el uso de la lengua castellana obligatoria, se preocuparon de la política moral del pueblo, convirtiendo a los naturales a la fe católica. Para ello a principios del siglo XVI, se implantó la primera imprenta para la impresión de libros religiosos, diccionarios y gramáticas en idioma de los naturales. Se publicaron en ese idioma textos legales para la enseñanza y se crearon numerosos establecimientos educacionales. En México y Lima, se fundaban las universidades para estudios generales, que daban a sus graduados los mismos derechos con los que contaban los que lo

hacían en la Universidad de Salamanca. La ley respectiva proclamaba como un preámbulo “Para desterrar de las indias las tinieblas de la ignorancia”.

La decadencia colonial

A fines del siglo XVII era evidente la decadencia, lo que indujo a España a cambiar su legislación por otra más liberal. Puede llamarse a este cambio un triunfo de los economistas de Indias como diríamos juristas o historiadores indianos. Los publicistas que estudiaron el sistema económico de España y América se compenetraron en una forma tal que llegaron a la conclusión de que, para desaparecer el fenómeno de la despoblación, era indispensable una política liberalísima, destacando que no era posible un crecimiento de población sin que hubiera un desarrollo amplio de la industria y el comercio, y que esto no puede subsistir cuando se lo agobia con gabelas impositivas.

La corriente revolucionaria del continente

El florecimiento legislativo no fue ajeno a crear una corriente revolucionaria y de emancipación independiente, a lo que se debe agregar la imprevisión política de España sobre sus colonias, debido a la política internacional en que se encontraba, interrumpiéndose a veces por las guerras en que se hallaba envuelta hasta las comunicaciones con sus colonias. De allí pues que nació la tendencia separatista que emprendiera Túpac Amaru en 1780 y otras que se sucedieron.

Como hemos visto, los gobiernos de España cada vez concedían más libertades a estas colonias, pero en ellas se había creado el ambiente de independencia, que desde la llegada al continente estaba en el espíritu de los autóctonos. En un principio no lo realizaron, dado el estado de confusión en que se encontraba esa raza, que posiblemente iba en decadencia, pero su sangre se esparcía por las venas del pueblo constituyendo así una nueva, llena de bríos y amante de la libertad e independencia del suelo.

CAPÍTULO V

Conquista del Brasil por los portugueses

Después del año 1492 se abrió el horizonte del Atlántico, cuando los navegantes ibéricos se lanzaron de lleno con sus carabelas, surcando los mares para llegar a saber sobre los misterios del océano.

Para esta empresa el rey de Portugal nombró a don Pedro Álvarez Cabral con una expedición compuesta por catorce naves, la que llegó a la isla que denominó Monte Pascua el 22 de abril de 1500. El 1° de mayo del mismo año daba cuenta a S. M. el rey de Portugal, describiendo el lugar y a los pobladores como habitantes pacíficos, que se aproximaron mansamente a los portugueses.

Desde la primera hora el Brasil se colonizó y se instalaron grandes ingenios de azúcar, en los cuales emplearon numerosos capitales portugueses y un gran número de judíos holandeses que estaban sedientos de fortuna.

De la colonización portuguesa se engendró una nueva raza con la mujer autóctona, la mestiza que, una vez familiarizada con las costumbres europeas, trató de superar a los hombres primitivos y hasta llegó a imponerse.

Como en los demás lugares del continente, en Brasil también existió la leyenda del oro. Tomé de Souza llegó con las instrucciones de su rey de buscar el precioso metal. A fines del siglo XVI, se encontró y se fundió una buena cantidad en San Pablo. Más tarde se halló también en la sierra de Paranaguá, lo que llenó de esperanzas a los bandeirantes para seguir hurgando en su busca.

Hubo una época llamada civilización de oro en que los aventureros se aglomeraban en busca del precioso metal, habiendo instalado una fundición en Taubate. De esta forma se amasaron grandes fortunas seguido de tragedias ambiciosas que se desarrollaban en el río que arrastraba las pepitas de oro, sobre las cuales se lanzaban como perros de presa; esta preocupación entorpeció el timo floreciente a que habían llegado los ingenios de azúcar.

Dada la codicia del precioso metal, la población llegó a dividirse por la disputa de la presa, estallando una guerra civil, estando de un lado los intrusos forasteros y del otro los bandeirantes paulistas. Los forasteros en esa fecha vencieron, dado sus grandes capitales y el número de negros africanos esclavos que habían traído para esa explotación. Pero los naturales no cejaron en su empresa y prosiguieron la extracción del preferido metal con

instrumentos manuales como la batea agujereada sobre el aluvión del río. Los portugueses lo hacían mediante desmontes hidráulicos, con los cuales producían el desvío de las aguas, para ello habían traído del África una inmigración considerable de esclavos.

A partir de 1683 hubo disturbios entre los gobiernos de Portugal y de Buenos Aires, y en 1705, en momentos en que España se hallaba en guerra, Portugal, plegándose al partido del archiduque de Austria contra los franceses, se apoderó de la Colonia. Esto obligó al gobernador de Buenos Aires, Valdez Inclán a concurrir con una expedición compuesta de dos mil soldados regulares y cuatro mil naturales guaraníes, desalojando a los portugueses. Una vez pacificadas las dos naciones, le fue restituida dicha Colonia en 1737; más adelante se levantó por el brigadier José de Silva Paes un fuerte que dominaba la hallada Laguna de los Patos, llevando cien matrimonios, azorenses mestizos, iniciando con ellos una colonia ente Río Grande y San Pablo. Esos cien matrimonios isleños fueron el origen de los primeros gauchos del Brasil, con lo que se creó una inconfundible población llena de heroicas costumbres y esperanzas para la futura vida militar, que más tarde pusieron a prueba en los actos de su independencia. Otro conflicto de la época brasileña fue el de las misiones, ocupadas por la Compañía de Jesús de Roma, de quien dependían los guaraníes que se habían sublevado y preferían morir antes que capitular. Esto dio motivo a que los gobiernos de España y Portugal tomaran parte en el conflicto, solicitando los padres una prórroga para desocupar las misiones en tres años. No fue aceptada por los naturales, lo que originó un conflicto armado. Los autóctonos se hallaban al mando del cacique Sepé y, dada su potencia, obligó a unirse a los ejércitos españoles y portugueses, que solo así pudieron vencerlos, después de una gran matanza de nativos. Pero no se perdieron todos los naturales, pese a su derrota, consiguieron la expulsión de la Compañía de Jesús del Brasil y de Portugal. El Sumo Pontífice procedió por su parte a la extinción en 1759.

Los primeros síntomas de emancipación brasileña

La inquietud de los nativos por la explotación de los forasteros dio motivo a la expulsión de los judíos holandeses y de las misiones jesuíticas, engendrando la rebelión de Bequimao, la que dio por resultado la deposición del gobernador, declarando caduca a la compañía y expulsando a los jesuitas. La corona de Portugal nombró un nuevo gobernante, Gómez Freire, logrando

después apaciguar la rebelión y con ello apresar al jefe de la misma Manuel Bequimao, a quien de inmediato hizo ejecutar.

El nuevo gobernante, después de la ejecución de Bequimao, favorecía los monopolios y subía los impuestos a tal punto que a los habitantes se les hacía imposible la vida, originando otra insurrección que encabezaba un juez y un agitador. Al poco tiempo se supo que Río de Janeiro había sido tomada por el corsario francés Dugay Trouín. Ese acontecimiento dio motivo a que se levantara el pueblo en masa para expulsar a los intrusos franceses, los que abandonaron de inmediato la ciudad. El gobernador no obstante hizo procesar y deportar a los nuevos cabecillas del segundo motín. En este estado se siguió un largo tiempo con una vida de sobresaltos, que se traducían día a día por la madurez del sentimiento nativo, que había engendrado esa raza gaucha que no toleraba los intrusos adinerados que explotaban el hambre del pueblo natural, a quien se le imponían las ideas extranjeras frente a la inteligencia brasileña.

Cuando estalló la guerra de España y Portugal, en virtud de la alianza francesa, los nativos aprovecharon y al mando de un capitán de dragones Francisco Barreto Pereira organizaron una partida de gauchos, al frente de los cuales entró y conquistó las misiones incorporándolas a Río Grande. La mestización del pueblo se fue multiplicando a medida que avanzaba la industria del ingenio y la escasa emigración de mujeres blancas. Se fusionó la nueva raza mestiza que se distinguió de la europea, manteniendo su predominio en las tradiciones militares, en las que eran hábiles y valientes exponentes de la nueva generación. La que sentía a su vez el peso de los privilegios para con los europeos, que absorbían todos los puestos de las directivas del gobierno. Esas rivalidades tomaban cuerpo, pues debemos destacar que, en el Brasil, solo la aristocracia se mantenía exenta de mezcla, es decir, con la raza negra proveniente del África, no así con los naturales, pues hicieron la mayoría de los casamientos de esta aristocracia con nativas de origen tupí.

CAPÍTULO VI

Conquista del Río de la Plata

Sobre la conquista del Río de la Plata había una gran expectativa, no solamente por los soberanos de España, sino que también la ambicionaban los de Portugal, por las leyendas y comentarios de la época, sobre las sierras de plata y el imperio de los Césares. Esto guió a Carlos V a despachar la fabulosa expedición al mando de don Pedro de Mendoza, hombre noble de toda confianza del monarca, que a su vez era poseedor de una inmensa fortuna. Dada la trascendencia de esa expedición y el interés que despertó el continente, quiero dedicarle un capítulo destacando la figura y procedimientos de su adelantado.

No pudo ni por la imaginación esta empresa asimilarse a las fabulosas conquistas de México y Perú que con un puñado de heroicos forajidos derribaron dos imperios, claro está, asociándose a los naturales descontentos de sus monarcas. La trabajosa ocupación del suelo argentino, áspera y fugaz sobre el oscuro horizonte del bregar diario, a lo que debía asociarse el hambre y la desolación de la intemperie, se hacía completamente inferior a la conquista de Chile pese a la guerra áspera de Arauco.

Don Pedro de Mendoza

Don Pedro de Mendoza nació en Guadix, perteneciente a la provincia de Granada, en una fecha que no ha podido establecerse con seguridad, pero puede asegurarse que en el primero o segundo año del siglo XVI. Era hijo de don Fernando de Mendoza y de doña Constanza Luxán, de cuyo matrimonio nacieron cuatro hijos, dos varones —don Diego y don Pedro— y dos mujeres. Don Pedro de Mendoza no dejó descendencia conocida, se apuntó desde temprana edad a los oficios del palacio. No hay duda de que le abrió ese camino su pariente don Pedro González de Mendoza, que era a la sazón mayordomo de Carlos V en el año 1521.

En esa fecha don Pedro de Mendoza, figuraba como paje de cámara, ascendiendo en los años siguientes a gentilhomme, admitiéndosele en 1524, en la orden militar de Alcántara. La gran fortuna que adquiriera Mendoza debió provenir del saqueo de Roma por los imperiales en mayo de 1527.

No obstante ser Mendoza caballero del rey, no dio muestra de los conocimientos guerreros, criticados por Osorio y demostrados en la fracasada expedición que encabezó.

El territorio que se concedía a Mendoza bajo su gobierno no es solamente las tierras y provincias del llamado “río de Solís” y las que estuvieran es su paraje, sino que la real cédula de su nombramiento decía podréis entrar por el dicho río de Solís, que llamaban “de la Plata”, hasta el mar del sur, donde tengáis doscientas leguas de luengo de costa de gobernación que comience desde donde se acaba la expedición de Almagro. Como vemos, a esta expedición se le asignaba una gran importancia, otorgando al adelantado la promesa de diez mil vasallos, con su dotación territorial correspondiente, como así también el título de conde y la facultad de elegir el heredero del cargo. Todos estos privilegios concedidos a esta expedición descansan en la supuesta riqueza metálica que se asignaba a la comarca y la codicia que sobre la misma tenían los portugueses.

Repletas de naves de pertrechos y bastimento, al alistamiento de la tripulación transcurrieron algunos meses sin que se diera el día de embarque. Esta demora no era otra que el postramiento en cama de Mendoza, delicado de sus campañas anteriores, pero hostigado por el Consejo de Indias, el enfermo tuvo que dejar el lecho y proceder personalmente en Sanlúcar a practicar las últimas operaciones, en donde después de otorgar su testamento ante escribano, mandó levar anclas y tender velas saliendo en consecuencia del puerto de Bonanza el 24 de agosto de 1535.

La importancia de la expedición, sus elementos

De acuerdo a los historiadores modernos, la expedición se componía de doce naves y dos mil trescientos tripulantes; hay historiadores que se exceden sobre esta cantidad.

Emprendido el viaje, Mendoza llegó a las islas Canarias en los primeros días de septiembre, donde procedió al abastecimiento, y para mejor realización de ello, dividió la armada en las tres islas más occidentales. Así fondeó en Santa Cruz de Tenerife la Capitana, con la carabela Santa Catalina y con El Patache, en la isla de San Sebastián de la Gomera atracó la Santantón y la Trinidad y en Santa Cruz de la Palma, la embarcación alemana, la Concepción de Diego García y la Anunciada.

No faltaron en esos días de parada en las islas, los incidentes consecuentes, quizá, de una expedición tan numerosa. Mientras estos contratiempos se sucedían, don Pedro de Mendoza daba término en Tenerife a un importante convenio con el adelantado de las Canarias don Pedro Fernández de Lugo, que consistía en la adquisición de tres naves con su correspondiente tripulación y bastimento respectivo.

Completado el cargamento se elevó anclas dejando las islas del cabo Verde en dirección a las costas del Brasil. Allí se puede decir que empezó la navegación de altura.

A los pocos días del viaje se dio principio a un oscuro proceso, el 25 de octubre, contra el capitán don Juan Osorio, que era el maestre de campo del adelantado, el que llegaría a tener serias consecuencias.

Al empezar la organización de la expedición de don Pedro de Mendoza, había nombrado a Osorio su maestre de campo, y en tal carácter se ocupó este de reclutar la gente y distribuir los cargos en las milicias con toda libertad, pues don Pedro, según manifestaciones suyas, había estado postrado diez y ocho meses en cama mientras se organizaba la expedición. Osorio, al parecer, había alistado en la expedición muchos parientes y vecinos de su pueblo, lo que puso de manifiesto Juan de Ayolas al adelantado, de que Juan Osorio había declarado que la gente de la armada no debía obedecer a don Pedro.

Para el melancólico Mendoza, tan deprimido como estaba debido a su enfermedad, postrado en la cámara de popa sin relación directa con la gente de a bordo, salvo Juan Ayolas y sus cómplices, Osorio se convirtió en una presa segura para la intriga. Tal fue la cabeza del proceso. El 3 de noviembre, o sea a los tres meses de la salida del puerto de Sanlúcar, la Capitana Magdalena, la Santa Catalina, la Anunciada y la Alemana fondearon en la bahía de Janeiro, la que se hallaba habitada por nativos tamoyos. Ya en esta fecha el adelantado había dictado al escribano de S. M. don Martín Pérez de Haro la inhumana sentencia cuyos términos eran los siguientes: que donde quiera y en cualquier parte que sea tomado el dicho Juan Osorio, mi maestre de campo sea muerto a puñaladas o estocadas o en otra cualquier manera que lo pudiera ser, las cuales le sean dadas hasta que el alma le salga de las carnes, al cual declaró por traidor y amotinador, y le condenó en todos sus bienes. La sentencia llevaba la firma de don Pedro de Mendoza, los testigos que después debían ejecutarla y el escribano según la orden también escrita del Adelantado que dice: “Mando a vos Juan de Ayolas, mi alguacil mayor, y a vos Pedro de Luxan, Juan de Salazar de Espinosa y Galaz de Medrano, mis

capitanes que veáis una sentencia firmada de mi nombre, dada contra Juan Osorio, y ejecutadla como en ella se contiene”.

Llegado al puerto Juan Osorio al desembarcar estaba formada la guardia que la componían unos sesenta hombres formando un cordón entre el Adelantado y su tienda, de la cual lo separaban unos veinticinco pasos. Al acercarse Osorio Mendoza lo llamó y a una señal de este Ayolas le dijo, sed preso y tomándolo del brazo derecho y Medrano del izquierdo, lo llevaron hacia la tienda a quienes seguía Luxan Salazar y con toda alevosía Juan de Ayolas con la propia daga de Osorio lo apuñaló por la espalda sosteniéndolo los dos que lo llevaban por el pescuezo hasta obtener así su muerte. Dejaron su cadáver al descubierto con un letrero que decía “Por traídos y amotinador”. Los naturales del Brasil tuvieron que cumplir con la humanitaria obra del entierro que lo hicieron como era su costumbre, al lado de un árbol. Así terminó la primera fase de esta desdichada empresa de aventureros. Esa expedición si bien no se sabe a ciencia cierta el día fijo de su llegada al Río de la Plata, puede afirmarse que debió ser en los primeros días de febrero de 1536. Sobre el nombre de Buenos Aires hay en verdad muchas hipótesis, hay quienes sostienen que se debió al azar de un navegante Sancho del Campo que se le atribuye esta frase “qué buenos aires son los de estos suelos”. El nombre oficial no hay duda de que debió ser deliberado antes de la llegada del Adelantado y sus principales hombres y puede asegurarse que su primer nombre fuera “Puerto de nuestra señora Santa María del Buen Aire”, que más tarde se redujo a La Santa María de Buenos Aires, para quedar posteriormente en el nombre actual.

Instalación de Mendoza y los naturales de la tierra

Instalados en la tierra, los expedicionarios acamparon en las costas del Riachuelo procurando lo necesario para la alimentación. En la comarca abundaban las manadas de venados un poco ariscos, avestruces, cuyos huevos les servían de una agradable alimentación; aves comestibles había también en abundancia, a lo que se agregaba la pesca, con ello se surtían de la alimentación de origen animal.

Lo que en realidad eran pobres son los materiales de construcción, para la instalación de las viviendas, las que debieron construirse de paredes de barro y techo de totora. Temiendo el agotamiento de los víveres que traía la expedición, el Adelantado mandó a don Gonzalo de Mendoza al Brasil en

busca de bastimento. Mientras los artesanos se ocupaban de la construcción de las viviendas, otros salían a explorar el campo a caballo y a pie en busca de alimentos o de habitantes que se los proporcionaran.

Según relata el bravo Schmidl, componente de la expedición y a quien le debemos interesantes datos de la misma, encontraron a cinco o seis leguas una población de naturales que él llamó “carendíes”, de unos dos mil habitantes con sus mujeres e hijos, con los cuales entraron en trato consiguiendo que estos les suministraran los alimentos durante catorce días, faltando a ello durante ese período solo un día. Agrega el bravo que habiendo ido a reclamar el juez Juan Pavón y dos de a caballo por esa falta, salieron bien escarmentados, haciéndoles saber que le retiraron el tributo debido a los abusos que cometían los hispanos.

Mendoza, ensoberbecido del mal tratamiento dado por los naturales a sus emisarios, originó el combate de Corpus Cristi, del que nos ocuparemos más adelante. La primera fundación de Buenos Aires por Mendoza constituía una planta sumamente sencilla, de unas ciento cincuenta varas de cada lado a lo cual circundaban una pared hecha de tapias de barro con parantes de madera, es decir, una palizada de adentro y afuera. En el centro se edificó una casa, fortaleza para el Adelantado, y alrededor de esta las demás casas que pasaban de un centenar de varios tamaños, en las cuales podían habitar todos los integrantes de la expedición. La edificación no hay duda de que era semejante a nuestros ranchos tradicionales, que quizá nuestros gauchos copiaron a Mendoza, de paredes de chorizos compuestas de barro y estacas y el techo de madera con cañas, totora o junco; para las puertas y ventanas se usaban el algarrobo y el sauce, tan abundante en aquella región. El pavimento o piso no sería otro que el suelo limpio. Estas tareas estuvieron encomendadas a los artesanos que traía la expedición: herreros, carpinteros, adoberos, etc.

Por falta de alimentación, la expedición se estaba decepcionado, debido a que los naturales se habían resentido por la exigencia de los intrusos a que les suministraban alimentos, amenazándolos con la fuerza. Fue así que Mendoza quiso dar un escarmiento a los autóctonos poniendo a don Diego al frente de su gente que se componía de trescientos soldados de infantería y de unos treinta o cuarenta a caballo. Al salir a presentarle combate, se hallaron con que las tribus se habían unido presentándoles batalla, en la cual derrotaron a los intrusos. Resultaron muertos, entre otros, don Diego de Mendoza, Pedro y Luis Benavidez, sobrinos del Adelantado, los capitanes Medrano, Manrique y varios otros hidalgos.

Según Schmidl se cuenta que Pedro de Luxán, herido fue a morir a orillas del río que después tomaría su nombre.

Así fue la terminación trágica de esta expedición, donde vemos que al Adelantado don Pedro de Mendoza, le faltó la táctica que usaron sus colegas los conquistadores de México y el Perú, que en la conquista y para batir a los naturales usaron los propios hijos de la tierra para conseguir sus fines. No hay duda de que si aquellos hábiles guerreros hubieran procedido con sus propias fuerzas les habría pasado lo que al infortunado Mendoza. Porque quiero aquí recalcar que los naturales de esta tierra, además de tener una nobleza a toda prueba, estaban poseídos de una valentía férrea para afrontar cualquier situación por difícil que sea, cuando ellos lo creían justo.

Así se justifica con los relatos del bravo Schmidl al decir que los naturales, al solicitarles alimentos, estos se suministraron sin objeción durante catorce días todo de buen corazón y nobleza que les distinguía, pero cuando esto se exigía por el imperio de la fuerza, las cosas cambiaron y esta raza que no admitía imposiciones no hizo otra cosa que defenderse del agresor derrotándolo y expulsándolo con todos sus bagajes.

CAPÍTULO VII

La creación del Virreinato del Río de la Plata

La creación del Virreinato del Río de la Plata fue una consecuencia por un lado de la gran extensión que abarcaban estas provincias y la codicia de Portugal a estas tierras, que daba lugar a continuas reyertas sobre confusión de límites. También existía el temor de las expediciones inglesas que pretendían ocupar las costas de la Patagonia y los franceses que se habían apoderado de las islas Malvinas, las que después de ser devueltas a España por esta nación las ocuparon los ingleses. No hay duda de que influía en estas circunstancias en gran parte la colocación estratégica en que se encontraban, como así también una utilización de las mismas para la pesca de ballenas y otros cateos.

En octubre de 1777 se construyó un virreinato y se hizo cargo del mismo don José Vértiz, creándose la intendencia del Ejército y Real Hacienda de Buenos Aires, organizándose la aduana. En 1782 se dictó la ordenanza de ejército y provincia y en 1794 se fundó el Consulado. Como vemos, en poco tiempo se formaron paulatinamente las instituciones que dieron a esta comarca un gran crecimiento de progreso.

Creado el Virreinato, empezó la época de la corriente de independencia, creándose un ambiente revolucionario que prosiguió su proceso en forma continuada. Así vemos que los autóctonos procedieron a la amenaza constante, haciendo incursiones hasta las puertas de la misma ciudad de Buenos Aires. Lo que obligó la construcción de fuertes para poder asegurar una línea de fronteras, creándose el cuerpo llamado “de blandengues” para contener el avance de los naturales, el que era impotente para cumplir con este cometido. Así fue que construyeron fuertes en Chascomús, Montes y Rojas y fortines en Ranchos, Lobos, Navarro y Areco, que pese a las gruesas sumas empleadas en esas construcciones no dieron mayor resultado, pues no tardó en que los naturales prosiguieran en sus intentos de excursiones.

A esta raza autóctona de corriente revolucionaria e independiente se unió la sublevación de los quichuas en el Alto Perú, al frente de la cual iba el cacique de la provincia de Tinta, descendiente de los incas don José Túpac Amaru. Ella se formaba de unos sesenta mil hombres. Los naturales se quejaban de los trabajos de las minas. Esta rebelión fue sofocada y ahogados sus esfuerzos en su propia sangre por los grandes contingentes llevados a ese

lugar por el virrey Vértiz de Buenos Aires y otro del virrey del Perú. Túpac Amaru fue ejecutado y masacrada su expedición. La causa del autóctono se mantuvo en pie, pero las corrientes humanitarias se imponían. Así podemos ver al fiscal de la audiencia de Charcas, don Victorian de Villalba, que afirmó el principio de la libertad del indio, no menos fue el espíritu de nuestro prócer Mariano Moreno, quien al doctorarse escribió su tesis *Disertación jurídica sobre el servicio personal de los indios en general*.

Como se ha visto, la idea de libertad estaba en marcha, la sangre autóctona ya por otra parte había germinado, porque, aunque ella se reducía, su sangre se mezclaba con la europea fecundando una nueva raza, destinada más tarde a ser la dominadora de los países de América entera. Así vemos que, al correr de los años, a los hijos de los españoles y de mujeres autóctonas se les consideraba como españoles de raza pura, y estos contingentes formaban el nervio vital de las colonias y reemplazaron a los viejos conquistadores. A esta nueva corriente se les encomendaban las expediciones más peligrosas, ellos fundaban nuevas ciudades como tenemos el ejemplo de Santa Fe, tomaban parte en la vida pública en la que inoculaban un espíritu valiente y decidido. Del seno de esta nueva raza nacían los historiadores, los futuros gobernantes provistos de una individualidad que marcaba un sello de independencia selvática, que constituía un pueblo nuevo con todos sus defectos y cualidades.

La América hispana, no hay lugar a duda que en su primer tiempo fue poblada por una mayoría de aventureros intrépidos y rapaces, y en esto puede atribuirse en parte su fracaso. El mismo Colón, el gran navegante que pese a su elevación moral proponía que los habitantes de esta tierra fueran tratados como país conquistado y como esclavos. Pero para honor de la humanidad se levantó la voz de una mujer que no podía estar ausente en ningún acto que contrariara las reglas humanas, esta fue la reina Isabel la Católica. Así fue que el primer navegante que llegó a América poseído de ideas tan estrechas, terminó como un fracasado colonizador de las Antillas.

Tres razas pues, fueron las que concurren a la formación de estos países de América: la europea, la autóctona o americana y, en escasa proporción, la etiópica, traída aquí por el europeo para el servicio doméstico. De su fusión salió la nueva raza mestiza y a cuyo lado la mixta o sea la del negro y el blanco que se asimiló a las cualidades física y morales de la raza superior.

Las dos razas superiores, la de los conquistadores y la autóctona de América, no tardaron en mezclarse, ambas llevaban la contribución

de sus elementos étnicos formándose el nuevo tipo humano que debía modelar su unión.

El español, por ejemplo, venía dotado de su carácter heroico y lleno de aventuras, dotado de un espíritu inquieto que veía acrecentar sus instintos de independencia, en un ambiente cargado de energías contagiosas, que al fin asimilaron al aventurero y soñador de fortunas.

Los autóctonos americanos añadieron a estos su valentía y nobleza, contribuyeron a la formación de la nueva raza de una naturaleza férrea, formándose el hombre que había concebido un tipo medio, que fue el gaucho de la campaña.

Este nuevo tipo heredó la hidalguía, la generosidad y la bravura de la raza española y por otro lado el amor al suelo, el dominio de la llanura y la valentía que se le infiltró con la sangre generosa de la raza autóctona de América. Este nuevo tipo se sentía orgulloso de ser hijo de este suelo al que defendía con ahínco olvidándose de lo europeo.

Ese hijo de esta tierra mantenía incólume su tradición, en el siglo XVII se generalizó el uso del chiripá con el cual se sustituyó el pantalón, el sombrero con anchas alas dio lugar al clásico sombrero de fieltro negro, el que se aseguraba con el barbijo y asentado sobre un ancho pañuelo que encerraba la cabellera de aquel hermoso vástago. La tradicional vincha araucana se conservó como una pieza de adorno.

El inolvidable gaucho cultivador de nuestras tradiciones conservó y desarrolló los instintos que requería su vocación. Fue domador hábil, rastreador y baqueano, que son los tres aspectos más destacados e interesantes de su dominio sobre la naturaleza.

El gaucho domador daba muestra de una agilidad y entereza superior, al diestro árabe o al cosaco, al reducir su potro con maestría y habilidad sin igual.

Ensillado el bagual y calzadas las espuelas, el gaucho con el talero en la mano, las boleadoras en la grupa y generalmente el rollo del lazo en los tientos, montaba al animal y una vez largado por los que lo sostenían del bozal, su primera operación era clavarle las lloronas espuelas y laziarlo con el talero por el pico, para que saliera a los corcovos que era su predilección para demostrar su agilidad y pericia. El hábil jinete preveía todos los movimientos del animal enfurecido y para demostrar su destreza tenía la costumbre de darle con el talero en la nuca y al darse vuelta el potro, el gaucho salía airoso con el cabestro en la mano, tan fresco como si nada hubiera sucedido, procediendo a bajarle los cueros, como él dice, al desensillar.

El gaicho rastreador era el que con suma habilidad seguía el rastro de cualquier animal, aunque fuera entre la selva. Esa habilidad descansa en el secreto de interpretación que solo él advierte y se funda en la silenciosa observación y agilidad de la vista, que es muy propio de los hombres del campo.

Él, lo mismo sigue el rastro en el pastizal que en el camino trillado por haciendas, en la arena como en el guadal. Él sigue las pisadas del animal que va solo o se ha confundido en la tropa, así busca en su marcha y hasta da razón si es caballo o yegua, vaca o novillo.

El baqueano es el gaicho que conoce el lugar en la división de los campos, de la selva, del llano o de los caminos. Enseguida traza un plano con las distintas direcciones valiéndose del tradicional facón, que usa en el cinto con el cual raya en el suelo con tanta facilidad, como un artista lo haría con el lápiz o pincel. Estos hombres eran de suma utilidad en los tiempos primitivos, cuando los medios de comunicación eran escasos y difíciles. Ellos se dirigían a los distintos lugares llevando chasques urgentes o acompañaban a los viajeros. Tenían el secreto de saber dónde había agua y pasos fáciles en la selva, pudiendo así hacer menos penosa las largas travesías. El baqueano pues, era el que resolvía al instante cualquier dificultad, era capaz de seguir cada uno de los senderos, indicando el curso completo. Él conocía las vertientes y lagunas, los senderos en los montes, era el hombre de gran utilidad de la época.

Estas tradiciones muy nuestras no pueden ser olvidadas por los hijos de estas tierras porque ellas están representando nuestro pasado, el presente y deben mantenerse en el futuro.



Ex princesa ranquelina, doña Josefa Baigorria de Manquillán. Hija del último cacique general ranquel, don Luis Baigorria, conocido por Baigorrita, que a la muerte de su hermano Manuel se sometió a las tropas nacionales en Chos Malal en agosto de 1879, en cuya fecha Josefa contaba con 3 años de edad. A ella le corresponden las manifestaciones históricas vertidas en el acta que transcribimos a continuación.

Tercera parte

Los ranqueles pampeanos

CAPÍTULO I

Un relato familiar

Relato de la señora Josefa Baigorria de Manquillán, hecho ante el juez de paz de Santa Rosa, cuya actuación obra en mi poder y que transcrita dice así:

En Santa Rosa, capital del Territorio Nacional de La Pampa Central, a los diez y siete días del mes de diciembre del año mil novecientos cuarenta y uno, compareció ante el señor Juez de paz y secretario autorizante, la señorita Josefa Poncela acompañada de su señor padre don Dionisio Poncela, domiciliada en la calle 9 de julio doscientos setenta y expuso: Que este comparendo tiene por objeto levantar un acta de un relato histórico que hará su señora abuela, doña Josefa Baigorria (o Baigorrita), la que presente deja constancia de que el verdadero apellido es Baigorria, no obstante figurar en su acta de casamiento Baigorrita, que es hija del ex cacique don Luis Baigorria. Que el carácter invocado lo justifica con la partida de casamiento de su padre realizada en el Odre el año mil novecientos cinco en la que consta ser este hijo del cacique Pichún Hualá y de Rita Castro. Se acompaña al acta de casamiento de la señora Josefa Baigorria con Justo Manquillán, registrada en los libros de casamiento del Odre del año mil novecientos, partida de nacimiento de la hija de este matrimonio y madre de la compareciente doña Juana Josefa Manquillán de los libros del Odre del año mil novecientos tres y la de nacimiento de la recurrente con transcripción de la de casamiento de sus padres del Registro Civil de Toay, del año mil novecientos veinticuatro y de esta Oficina del año mil novecientos treinta y ocho. Abierto el acto por el señor Juez y en presencia de los testigos presentes: Dr. Pedro Fernández de Acevedo y don Arturo Castro, se le hacen las siguientes preguntas a pedido de la señorita Josefa Poncela a doña Josefa B. de Manquillán.

PRIMERA: SI SABE CÓMO LLEGÓ EL CORONEL MANUEL BAIGORRIA AL CAMPAMENTO DE SU BISABUELO.

Contestó: que lo que sabe es por haberlo sentido contar a su señor padre Luis Baigorria y a sus tías Celia y María Baigorria, estos me contaban que el coronel Baigorria llegó al campamento de mi bisabuelo el cacique Yanquetruz y le pidió que lo socorriera, porque venía disparando de los federales y que, si lo dejaba, lo ayudaría en todo lo que pudiera mientras viviera.

SEGUNDO: ¿QUIÉN FUE LA SEÑORA MADRE DE LOS CACIQUES MANUEL Y LUIS BAIGORRIA? Y ¿CÓMO LLEGÓ AL CAMPAMENTO DE SU ABUELO PICHÚN?

Que cuando llegó el coronel Baigorria al campamento de mi bisabuelo Yanquetruz y después que le tomó confianza le prestó a su hijo Pichún para que lo acompañara a Baigorria a San Luis a rescatar a su familia y como no pudieron rescatarla trajeron de vuelta varias familias cautivas de los federales y entre ellas venía Rita Castro, que era una chica joven y se casó con mi abuelo el cacique Pichún, porque los principales caciques tenían hasta doce mujeres.

¿CUÁNTOS HIJOS TUVO EL CACIQUE PICHÚN CON RITA CASTRO?

Tuvo cuatro hijos, dos varones y dos mujeres llamados Manuel, Luis, Celia y María.

TERCERO: SI RECUERDA EL CASAMIENTO DEL CORONEL BAIGORRIA CON UNA HIJA DE IGNACIO COLIQUEO.

Mi abuelo Pichún le compró la hija del cacique Coliqueo para el coronel Baigorria, en pago le dio prendas compuestas de frenos, espuelas, riendas y demás enchapados para el recado, paños para chiripá y otras cosas que era costumbre pagar.

CUARTA: ¿DESPUÉS DE CASARSE CON LA HIJA DE COLIQUEO DÓNDE FUE EL CORONEL BAIGORRIA?

Que después lo mandó el abuelo Pichún para que se uniera en Rosario con el general Urquiza.

QUINTA: ¿SI DESPUÉS EL CORONEL BAIGORRIA VOLVIÓ AL CAMPAMENTO DEL CACIQUE PICHÚN?

Después de ganar la guerra con Urquiza el coronel Baigorria volvió al campamento de mi abuelo Pichún en compañía de la madre de Rita Castro y la acompañaba un tío de ella que decían era coronel de apellido Puebla. Pichún le entregó a la señora, pero no los hijos, los que llevaron los cuatro el apellido de Baigorria.

SEXTA: DESPUÉS DE ESA FECHA, ¿CUÁNDO VOLVIÓ EL CORONEL BAIGORRIA AL CAMPAMENTO DE SU ABUELO PICHÚN?

Después que volvió fue cuando falleció mi abuelo Pichún y después él mismo se fue a San Luis a traer a la abuela Rita Castro para que criara los hijos porque eran chicos, después no se fue más la señora, murió en Nahuel Mapá.

SEPTIMA: CUANDO LA EXPEDICIÓN AL DESIERTO, ¿QUÉ HICIERON?

Esta fue la guerra grande y mi suegro Justo Manquillán venía de capitanejo de Relinqueo a favor del gobierno y traía un chasque de los caciques Coliqueo y Relinqueo para los Baigorria, para que se sometieran al gobierno estos se querían entregar, pero tenían otros hermanos de otras mujeres de Pichún que les decían que se querían entregar porque eran de otra raza, así fue que siguieron hasta que mataron a mi tío Manuel y también mataron a mi suegro que defendía al gobierno. Después de la muerte de mi tío Manuel, mi padre mandó un chasque con el lenguaraz al jefe del Gobierno que se encontraba en Chos Malal y allí se entregaron, después nos llevaron a Mendoza dejando en Río 4° las hermanas Celia y María Baigorria, yo tenía tres años según me decían.

OCTAVA: DESPUÉS DE BUENOS AIRES ¿A DÓNDE FUERON?

En Buenos Aires estuvimos un tiempo hasta la revolución del ochenta y mi padre fue con toda su gente a la revolución a favor del gobierno y peleando en los corrales de Buenos Aires le pegaron un tiro en un brazo y lo llevaron al hospital, entonces mandó llamar un pariente a los Toldos y me mandó a lo de Coliqueo para que estuviera hasta que sanó. Después que se sanó se vino a los Toldos y se fue a buscar a las hermanas que había dejado en el Río 4°. En los Toldos estuvimos varios años hasta que el gobierno le dio un campo en La Pampa, yo ya tenía trece años. Primeramente, le dieron el campo denominado Miauco Grande y a los dos años se lo cambiaron por el lote veintiuno donde están todavía mis hermanos.

NOVENA: DESPUÉS DE QUE VINIERON A ESTE CAMPO, ¿NO HACÍAN FIESTAS COMO ANTES?

Todos los años hacían fiesta para que lloviera, al principio cuando vinieron tenían un toro negro a propósito, se ponía en el centro de la fiesta en la mañana antes de amanecer, salían cincuenta o cien hombres a caballo para correr decían el gualicho y después salía mi padre con el mejor caballo ensillado, con las mejores prendas y llevando la bandera sobre una caña. Salía

al encuentro de los jinetes y estos lo acompañaban en una fila y se acercaban donde se hallaban el toro negro, allí se encontraban otros bailando vestidos a la antigua, con plumas y pintados y se ponían a rezar. Después le echaban yerba y otras cosas sobre el lomo del toro y seguía otra vez la gente con el cacique a la cabeza, dando toques de corneta y con el tambor que les seguía el paso de los caballos, así duraba la fiesta cuatro días, no solamente concurrían los paisanos, sino que también iban los extranjeros, esta fiesta se hacía el mes de febrero.

No siendo para más el acto se da por terminado, firmado: D. Poncela, Josefa Poncela. Tgo. Dr. Pedro Fernández Acevedo. Tgo. Arturo Castro. Cornelio Garay Vivas. Juez de paz. Ramón R. Lema. Secretario. Hay un sello del Juzgado.

CAPÍTULO II

Origen del ranquel, formas de gobierno y participación en las guerras de la independencia

El origen del ranquel

El origen ranquel correspondió sin duda al de los araucanos, pues como hemos visto en la primera parte de este libro, al referiros al reino de Arauco en Chile, este se extendía hasta la provincia de Mendoza y territorios limítrofes de La Pampa y Río Negro.

En un trabajo presentado por el señor Ricardo E. Latcham en el que hace un minucioso estudio al IV Congreso Científico Pan-americano, que se celebrara en Chile el 25 de diciembre de 1908, llega a la conclusión que primitivamente, la inmigración de razas se habría producido de la Argentina en dirección a Chile, en donde se encontraba un pueblo de una cultura superior a la de los incas, y que los españoles hallaron en sus conquistas. Este pueblo desapareció debido a la gran inmigración y a quien dejó su idioma. Es por eso, continúa el etnógrafo, que Chile, lejos de haber tenido una unidad de razas, debió unir y confundir a muchas de ellas llegando, en esta razón, a hacerse imposible su clasificación. De allí resultó el nombre de pueblos de araucanos, que se llamó al conjunto, al que después volvieron a desprenderse pueblos enteros, que sería, la Pampa y Patagonia llevando consigo el idioma chileno (Ricardo E. Latcham, "Antropología Chilena. Memorias del primer Congreso Científico Pan-Americano", Santiago de Chile, 1908).

No podemos pues señalar la época, como hemos visto, siempre sería de tiempos remotos y prehistóricos, fenómenos naturales de todos los pueblos que colaboraron por evidentes razones de orden étnico y etimológico con lo que se refiere a los pueblos de la Patagonia, porque en lo referente a los ranqueles y demás pueblos de La Pampa, su descendencia araucana, ya nos hemos ocupado al principio de este capítulo.

Los querandíes que ocupaban el litoral desde San Borombón hasta el Carcarañá, siendo su fondo el hermoso archipiélago de nuestras pampas. Estos pueblos, con la fundación de Buenos Aires, se vieron conturbados en el centro de su cámara; su resistencia, aunque tenaz, no pudo resistir por mucho los elementos defensivos de los españoles y se retiraron, confundándose con los llamados pampas, que ya dueños del caballo se hacían grandes

jinetes, con los que recorrían la provincia de Buenos Aires para preparar batalla a los intrusos blancos.

Estos naturales, así, habían formado lo que denominaremos “nación”. Los pehuelches ocuparon la zona norte del Neuquén para después descender a la llanura de Mendoza, poblando la parte sur de esa provincia, hasta el río Tunuyán, llegando por el este al río V, donde se dedicaron a la agricultura. Estaban también los puelches, los huilliches y tehuelches, la parte central de La Pampa la ocupaban los ranqueles y encontrábase también los vorogas.

Desapareció el pueblo querandí, y confundidos los demás, con los ranqueles y vorogas, quedaron en contacto con los pueblos de Buenos Aires, Córdoba, San Luis y Mendoza.

En el año 1800 estos pueblos se confederaron todos para aunar, sin duda, su defensa contra quien ellos creían el invasor, proclamando por unanimidad como cacique general al valiente Yanquetruz (el coronel Baigorria lo llama Llanquetruz, al ocuparnos más delante de sus memorias proseguiremos citando a este gran cacique por su nombre Yanquetruz). Fue tan grande el prestigio de este jefe, tanto por su valentía como de hombre de bien, que le llamaban Vuta Yanquetruz o Yanquetruz el Grande.

Los gobiernos de la Confederación ranquel

Quiero referirme aquí al gobierno de los ranqueles y la forma de las sucesiones desde esa fecha hasta la ocupación del desierto por las tropas nacionales. En numerosas publicaciones, la mayor parte de tinte literario se cae en errores resultantes de la falta de conocimiento real de las cosas. Para ello me guiaré de las memorias del coronel don Manuel Baigorria, publicadas en la revista de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza (tomo X), que, por el hecho de haber sido el hombre de confianza de los caciques generales, Yanquetruz el Grande primero y del hijo heredero de este caciqueo Pichún Hualá después, por un período de veintidós años, está en condiciones de aseverar la verdad de las cosas.

El gobierno de la Confederación se componía de tres estados independientes, el primero estaba presidido por el cacique general Yanquetruz el Grande, que estaba instalado en el paraje Nahuel Mapá, y se extendía su población hasta Poitague, en el departamento Leventuel. Este cacique, además de representar a su gobierno, era el cacique general de las tres naciones

confederadas, tenía varios caciques de segunda que a su vez también eran independientes y una cantidad de capitanejos que eran los jefes inmediatos de los lanzas.

Otra de las naciones tenía su jefatura a cargo del cacique principal Caniucuíz. Este se hallaba instalado en Salinas Grandes, Departamento de Atreuco. Él era el jefe independiente de esta nación, dependiente de la autoridad del cacique general Yanquetruz, además tenía varios caciques de segunda que como hemos dicho eran independientes y los capitanejos respectivos.

La otra nación estaba ubicada en Leuvucó, en el Departamento de Rancúl, su jefe inmediato era el cacique principal Paine; dicha nación, dependía también del cacique general Yanquetruz y, como los demás, tenía los caciques de segunda con sus capitanejos correspondientes y lanzas.

Al cacique general Yanquetruz lo sucedió en el mando, como tal, su hijo el cacique Pichún Hualá en el año 1838, que falleció Yanquetruz. Luego lo sucedió su hijo el cacique Manuel Baigorria. Antes de hacerse cargo este cacique, hubo una regencia del cacique de segunda Yanquetruz (chico), que era sobrino de Pichún Hualá, cargo que desempeñó hasta que el primero tuvo la edad necesaria para asumir el gobierno de acuerdo a sus leyes naturales. A Manuel Baigorria lo sucedió su hermano Luis Baigorria en el año 1879, al fallecimiento del primero; a este varón le correspondió el sometimiento a las fuerzas nacionales en Chos Malal.

El cacicazgo de Caniucuíz lo heredó, es decir, lo suplantó la Confederación, nombrándose a Callvuncurá por haberse sometido a Rosas en su expedición al desierto (1833), siendo fusilado por traidor. A este le sucedió a su fallecimiento su hijo el cacique Manuel Namuncurá, teniendo este cargo hasta el año 1879, que al someterse Luis Baigorria se presentó también a las fuerzas nacionales en Río Negro.

El cacicazgo de Painé a su fallecimiento fue ejercido por su hijo Galván; al fallecimiento de este, lo heredó su hermano e hijo de Painé el cacique Mariano Rosas; a este lo sucedió su otro hermano Cabral o Platero, que se sometió a las tropas nacionales antes de iniciarse la expedición y a la que acompañó.

En esta forma estaba establecido el gobierno de la Confederación ranquel, que formara el ex imperio de ese nombre, cuya federación se mantuvo durante casi un siglo y cabe a La Pampa haber sido el asiento de sus autoridades, cuyas fronteras se extendían desde Tierra del Fuego, sur de las provincias de San Luis, Córdoba y Mendoza.

No podemos pasar por alto la forma de gobierno democrática, aunque de época primitiva; para tomar las resoluciones de importancia, como las de hacer la guerra o la paz, estaba supeditada a asambleas donde concurrían todos los caciques de primera y segunda, sus capitanejos y los hombres notables, teniéndose mucho respeto por los de mayor edad (Ver Lucio V. Mansilla en su libro *Una excursión a los indios ranqueles*).

En esas asambleas se discutían, previo permiso del cacique general, que es el que preside, y si en el día no se terminaba se proseguía al día siguiente. Las resoluciones que se tomaban eran aceptadas por los caciques principales y el general, y ellos como autoridad máxima eran los encargados de hacerlas cumplir.

La Confederación ranquelina y nuestra independencia

La creación del Virreinato del Río de la Plata dio lugar, como hemos dicho, a una unión de los autóctonos, la que tuvo lugar, aunque no podemos afirmar en forma expresa, pero sí presuntiva, en los últimos años del siglo XVI-II o a principios del XIX. Los ranqueles no cesaron en su intento de libertad e independencia de su suelo. Así veremos que nuestros hombres de primera fila en el orden de nuestra emancipación y más tarde de nuestra organización nacional, se apoyaron en estos varones porque los sabían henchidos de patriotismo, valentía, amantes de la libertad. Podemos anotar con toda satisfacción a nuestro héroe máximo General Don José de San Martín parlamentando con ellos, solicitándoles su apoyo para la campaña libertadora que debía emprender, traspasando las fronteras de la patria, para asegurar así, en ella, su propia independencia; más tarde las dos figuras sobresalientes de nuestra organización nacional, los generales don Justo José de Urquiza y don Bartolomé Mitre, de quienes nos ocuparemos en capítulos más adelante, hacían lo mismo.

Composición del Ejército de los Andes. El general don José de San Martín y parlamentos de los ranqueles para apoyar la empresa libertadora

Una vez que nuestro prócer se hizo cargo del gobierno de Cuyo, se dedicó a la formación de un ejército que con él fuera capaz de emprender la empresa

libertadora que, con tanta felicidad, debía llevar a cabo, llenándose de gloria en batallas memorables, dando así libertad a pueblos hermanos y asegurando nuestra propia independencia.

La población en esa fecha era sumamente escasa en las provincias de Cuyo, ocupadas en su mayoría por mestizos que fueron los gauchos de ley que nos describe Hernández y por otra parte se hallaba la población ranquelina, que era numerosa y se extendía como hemos dicho en todos los territorios del sur y provincias vecinas.

San Martín vio en el ranquel su más ferviente aliado para formar ese gran ejército que él soñaba, y requirió su apoyo a los principales caciques, los que en un parlamento memorable que se realizó en las costas del río Atuel resolvieron la Confederación, apoyando la causa libertadora de nuestro héroe y jurando morir por él.

Terminada esa asamblea ranquelina, la Confederación, como era su costumbre, remitió un número de caciques y capitanejos que representaban a las tres naciones confederadas, para informar a San Martín su resolución y apoyo incondicional.

San Martín recibió a esa delegación con los brazos abiertos en el campamento de Plumerillo abrazándolos como un ferviente y leal amigo, como siempre resultó serlo (a fines del año 1816). El coronel Manuel Olazábal, en sus memorias, cuenta que fue testigo presencial de esa entrevista, oyó la siguiente frase de San Martín: “Yo también soy indio”, a lo que los caciques y capitanejos respondieron con vivas a nuestro héroe “a quien abrazaron prometiéndose morir por él”; efectivamente así esta raza prefiere morir por su jefe antes de entregarse.

Sobre las frases que he transcripto anotadas por el distinguido militar coronel don Manuel Olazábal, se han hecho interpretaciones de tinte literario sin duda y antojadizas, porque quien conozca a esta raza, como a los sentimientos del héroe máximo de nuestra independencia, no puede dudar de su sinceridad.

Se dice por algunos autores que San Martín dirigió esa frase a los ranqueles para engañarlos y que fueran a contarlo a los españoles, nada más injusto y torpe al pretender dar esas interpretaciones que significan un agravio al prócer máximo de nuestra gesta libertadora.

Toda persona honrada que conozca la trayectoria de la vida límpida del prócer, no puede dudar de la sinceridad del mismo, porque sería incapaz de recurrir a la mentira para conseguir sus triunfos, que solo se deben a su abnegación y perseverancia y a la bravura de su ejército formado por ranqueles

y mestizos en su mayoría, cuya sangre indiana bullía por sus venas sedientas de libertad y justicia, y que no hubo fuerza humana capaz que pudiera detener su avance libertador en cada una de las batallas que les tocó intervenir.

¿Cómo se puede dudar o darle otra interpretación a esas frases que no sea la sinceridad con que fueran pronunciadas?, ¿acaso se ha puesto en duda por alguien, de quien nuestro héroe no fuera un ardiente americano en todos los actos de su vida?

Un americano sincero como nuestro gran capitán jamás puede atribuírsele el desprecio hacia la raza autóctona, porque justamente ella es la más auténtica de América con todos sus defectos y cualidades. El menosprecio por la misma significa atentar contra nosotros mismos y contra nuestra historia. Debemos recordar aquí a los griegos que tenían como honra pasar como autóctonos, en contraposición a los colonos.

En capítulos anteriores, en la primera parte de este libro me he referido a las distintas culturas primitivas y he dicho que, dada la época, se podían considerar buenas, porque no debemos olvidar que, en materia de civilización y barbarie, cada uno lo entiende de acuerdo a las ideas que profesa o a los intereses que defiende.

Así por ejemplo yo diría que los europeos son unos bárbaros y salvajes, pudiendo también agregar otros calificativos, porque están arrasando ciudades enteras, matando millares de inocentes, mujeres, niños y ancianos; estos por su parte dirán “los indios o los negros de Sud América son unos salvajes”, porque no dudemos que el europeo se considera un superhombre. Planteado así el problema, yo, por ejemplo, lo resolvería de la siguiente forma: la civilización europea se asienta sobre un sistema egoísta, que forzosamente degenera en hechos de fuerza, que es en realidad lo que podemos considerar un sistema bárbaro. En cuanto a la nuestra, es una civilización bajo normas sinceras y sin egoísmos, por eso es duradera y a mi juicio, es la civilización de los hechos.

Si esto, que yo creo así, lo resolviera un europeo con otras razones, lo expresaría en el sentido contrario, tal es el problema del “indio entre nosotros”, a quien la mayoría de los autores tratan de deprimir en sus leyendas literarias, muchos de ellos ni conocen de cerca a ese vástago de nuestra tierra.

En cambio, yo digo y creo no equivocarme. El indio es el símbolo de nuestra raza, ellos han sido los cimientos donde se han asentado las generaciones sucesivas de estas comarcas fecundas, en las venas de sus hijos, corre su sangre llena de hidalguía, generosidad y bravura. Ellos nos dieron una patria grande y generosa, conociendo estas cualidades nuestro gran Capitán

¿cómo no van a pronunciar esa frase sincera: “Yo también soy indio”. Porque en realidad era indio de corazón y como los griegos él también se sentía autóctono sincero y sin desmedro.

Los ranqueles y la guerra del Brasil

Al declarar la guerra el imperio del Brasil, en el año 1825, el gobierno, que atravesaba por una época de confusión debido a las pretensiones de los caudillos, le era necesario la colaboración de todos para poder hacer frente a las circunstancias del momento.

En esa fecha, se encomendó el general don Juan Manuel de Rosas a una misión con los ranqueles, consistente en la celebración de un tratado de paz con ellos, y a la vez pedirles su colaboración para la formación del ejército que debía formar parte de la expedición.

El general Rosas se puso al habla con algunos de los caciques de la frontera y estos dieron cuenta a sus superiores, y así se concretó y se celebró un parlamento al sur de Tandil. El delegado del gobierno que concurrió a ese parlamento solo dice “para inspirar más confianza en esa reunión, se resolvió apoyar al presidente y celebrar la paz que se les proponía”.

Vemos pues que, pese al nombre de *salvajes bandidos*, etc., que se da a estos autóctonos, concurría con toda frecuencia, como en este caso, una persona sola a quien no se molestaba, dándole toda clase de garantías, colmándola de atenciones en su estada.

Por eso nos da que pensar que la mayoría de los malones, que tanto se comenta exhibiéndolos como fantasmas, para desprestigiar a esta raza auténticamente nuestra, hayan sido llevados a cabo por falta de cumplimiento de los pactos, o inspirados las más de las veces por los propios blancos, que se introducían hasta sus campamentos con el propósito de venganza y conseguían a estos como instrumentos para llevar a feliz término sus bajos propósitos.

CAPÍTULO III

El coronel don Manuel Baigorria

Antes de seguir con la tarea que me he impuesto y formando parte de ella este ilustre personaje que, en realidad llegó a ser uno de nuestros héroes más destacados en lo que respecta a nuestra organización nacional, quiero pues, dedicarle este capítulo para explicar los motivos que le obligaron a buscar amparo ante sus benefactores los ranqueles.

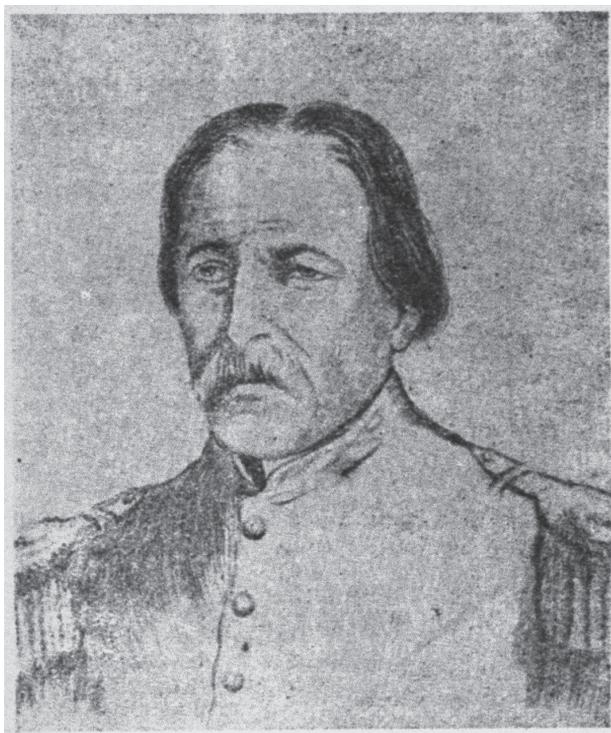
Por el año 1827 estaba en San Luis, su provincia natal. En esa época era gobernador de esta don José Santos Ortiz, que cometió una de las imprudencias enormes, que más adelante le ocasionara serias consecuencias. Llegado un conjunto de ranqueles para asilarse en las orillas de la frontera, este, atendiendo una falsa información, ordenó la exterminación de los mismos, medida que fue ejecutada haciendo matanza de esta gente, y algunos que quedaron los tomó prisioneros. El gobernador, que creyó haber obtenido un triunfo, ordenó que las fuerzas continuaran tierra adentro para perseguirlos, pero con tan mala suerte que los ranqueles impuestos de las matanzas de sus hermanos, le presentaron batalla derrotando completamente a las fuerzas expedicionarias que mandaba el sargento Luciano Anzorena.

Con este triunfo los ranqueles prosiguieron el avance sobre la frontera, la que destruyeron. Esto dio por resultado, dada su importancia, la renuncia del gobernador, quien delegó el mando en el coronel don Luis de Videla. En esta época fue cuando aparecieron los partidos Unidad y Federación. El coronel Videla, que había sido el protector del coronel Baigorria, lo llamó y lo nombró como persona de confianza para sus secretos políticos. La primera medida que tomó Videla fue la de liberar a los ranqueles cautivos por el gobernador Ortiz y de inmediato hizo la paz con ellos. Esta paz con los ranqueles fue interrumpida por una revolución que le hicieron los federales a Videla obligándolo a retirarse hacia Mendoza.

Después del triunfo en La Tablada por el general Paz, en 1829, el 22 y 23 de junio, se organizó una nueva revolución en San Luis por los unitarios, los que llamaron al coronel Videla para ponerse al frente de la misma. En esas circunstancias se sumó a ellas el coronel Pringles, pero, como hacía tiempo que no estaba en San Luis, le pidió a Videla que le diera dos hombres de confianza para que lo acompañaran; uno de estos fue el coronel Baigorria y el otro don Andrés Lucero. Siguió así hasta el año treinta, cuando volvió de

nuevo con el coronel Videla y se retiró a Córdoba, temiendo un asalto de Quiroga o Aldao que estaban organizando un fuerte ejército en Mendoza para atacar al general Paz, que se encontraba triunfante en Córdoba. Videla, que al retirarse de San Luis no tenía el hombre de confianza para el cuidado de sus intereses, lo dejó a Baigorria en el paraje denominado Ramaditas, en cuyo lugar el comandante Rodríguez y el ayudante Molina lo tomaron preso. Lo llevaron a la comandancia donde le intimaron la entrega de una caballada que decían tenía oculta bajo pena de ser fusilado.

Después de probar la inexactitud de la denuncia le concedieron la libertad y fue a ponerse a las órdenes de Videla quien, como hemos dicho, se encontraba en Córdoba.



Coronel don Manuel Baigorria. Hombre de toda confianza de los ex caciques generales ranqueles Yanquetruz el Grande y Pichún Hualá, con quienes convivió por un período de más de veinte años. Tuvo una destacada actuación en las batallas históricas de nuestra organización nacional, al frente de los ranqueles pampeanos, que pusiera a sus órdenes el cacique Pichún en apoyo del general don Justo José de Urquiza y más tarde en Pavón a las órdenes del general don Bartolomé Mitre.

Nuevo triunfo del general Paz en la Laguna Larga

Destacado Quiroga en la orilla del río V, se propuso previamente establecer las fuerzas unitarias para presentarle batalla al coronel Videla. Este hacía lo propio por intermedio de Baigorria, quien le entregó el número aproximado de las fuerzas, las cuales suministró al general Paz que las recibió con satisfacción. A los pocos días se realizaba la batalla de Laguna Larga triunfando las fuerzas unitarias.

Quiroga a Buenos Aires en busca de refuerzos

Después de la derrota, Quiroga regresó a Buenos Aires en busca de refuerzos. En esa fecha San Luis ya se hallaba en poder de los unitarios, como así también Mendoza. El coronel Pringles se ocupó en San Luis de la formación de un cuerpo de soldados puntanos para resistir y perseguir a los federales. Quiroga ya había regresado de Buenos Aires y en una incursión que realizaban el coronel Pringles y Echeverría, se encontraron en el río IV, donde los cercó Quiroga y los tuvo varios días hasta terminar las municiones, debiendo en la noche romper el cerco y retirarse a San Luis donde estaba Baigorria al frente de un destacamento.

Quiroga se dirigía a San Luis con el ejército de Buenos Aires; el gobernador dispuso que el comandante Videla y Cuadras se dirigieran al sur incorporándose a las fuerzas del coronel Pringles.

Una vez que pasaran, se les tomaría la retaguardia. Para esta operación se había nombrado a Baigorria, pero no se pudo realizar porque antes de la incorporación de las fuerzas de Videla y Cuadras se encontraron con la noticia de que el general Pringles había sido derrotado y muerto.

Fusilamientos en masa. La casualidad salvó a Baigorria

Después de la toma de San Luis y Mendoza por Quiroga quedaron prisioneros el auditor de la guerra sargento mayor don Blas Videla y veintiocho oficiales más, incluso Baigorria. Todos ellos fueron condenados a muerte. Cuando se llevaron a los veintiocho oficiales para ser fusilados, Baigorria se introdujo sin ser visto en la prisión del mayor Videla, allí sintió el estruendo de la descarga donde caían sus compañeros. Salió y con un peine en la mano

se paseaba por el corralón en la prisión, mojándose el cabello y peinándose en el momento en que entraba un oficial con cuatro hombres, estos se dirigían a la prisión donde no encontraron a nadie, teniendo que regresar nuevamente. Así se salvó la vida este benemérito ciudadano, que tantos servicios prestara después a su patria.

Prosiguió preso varios meses, hasta que dirigiéndose al gobernador le pidió su libertad, con tanta suerte que al momento se la concedió. Una vez libre se preocupó por su jefe el coronel Videla, que en compañía del comandante Cuadras fueron fusilados, el primero en San Nicolás de los Arroyos y el segundo en Villa del Salto. La vida así se hacía imposible para los unitarios, de esta forma Baigorria perseguido tenazmente resolvió introducirse a los ranqueles. En compañía de él, se encontraba una muchacha a quien le aconsejó se volviera explicándole su decisión de introducirse a los ranqueles y que, si le iba mal, la podían hacer cautiva, contestando esta con toda entereza que prefería ser cautiva de los ranqueles y no sirvienta de los federales, tal era la persecución en esa época confusionista de nuestra organización, donde también con toda valentía y altivez tomaba parte la mujer argentina amante de la libertad y bienestar de su pueblo.

CAPÍTULO IV

Llegada y recibimiento del coronel Baigorria a los ranqueles

No pudiendo convencer a la muchacha de que se quedara, se internó en su compañía en el desierto, dirigiéndose a la residencia de los ranqueles. Pudo llegar a la casa del capitanejo Raimán, quien lo recibió —dice el coronel en sus memorias— con mucha ternura, y la esposa del capitanejo de inmediato le preguntó a la muchacha si no acostumbraba a comer carne de caballo, mandado en el momento traer un cordero para hacerle agasajo. Esto nos demuestra la hidalguía de esta raza, de todo corazón recibían al viajero, al que no saben si mañana los traicionará pero, lo atienden con toda diferencia, lo respetan, le dan lo mejor de lo que poseen, aunque para ellos la vida sea estrecha, esa generosidad y hombría de bien fue la que infiltraron en la sangre de nuestros gauchos de ley.

Después de la llegada de Baigorria a la casa del capitanejo Raimán, este le hizo las comunicaciones del caso al cacique general, que a la sazón era Yanquetruz el Grande, como lo llamaban. Este mandó decir que los pasaran, aunque fuera de noche, porque no les tenía demasiada confianza. Debemos recordar aquí que no era la primera vez que habiendo protegido a quienes creyeron sus amigos, después los masacraron sin piedad: el caso de los hermanos Saá. El capitanejo Raimán le advirtió que dormiría con ellos y que al otro día se los pasaría. El cacique lo aceptó, pero en las primeras horas le mandó diez ranqueles para que lo acompañaran, entre ellos un lenguaraz, así estuvieron seis días en observación haciéndoles concurrir a reuniones.

Pasado los seis días el capitanejo Raimán le dijo que era preciso llevarlo ante el cacique principal que era Yanquetruz, pues quería presentarlo y hacerlo conocer, poniéndose en camino al día siguiente.

Pasaron la noche en lo del cacique Llibil, este cacique les dio al otro día a su hijo para que los acompañara. Una vez llegado y presentado al cacique Yanquetruz, este los recibió con mucho interés. Después de ser presentado por Raimán a Baigorria, llamó al lenguaraz Neira para conferenciar con este. Después de las explicaciones que Baigorria le dio al cacique principal sobre su venida, este le dijo “yo tengo quinientas lanzas para que vayan a vengar a tus compañeros”. Aquí transcribo el párrafo siguiente de las memorias del coronel Baigorria por estar en contradicción con la

relación hecha por la hija de Luis Baigorria, doña Josefa Baigorria, que se transcribe en esta parte del libro. Dice: “Baigorria después de agradecerle le dijo, yo no trato de vengarme, solo quiero conservarme con ustedes, pero si ustedes tienen un enemigo sea cual sea, yo seré el primero que me exponga al peligro para defenderles, pues ya estoy aquí, y no duden de mi amistad”.

Terminado esto, Yanquetruz, haciendo prueba de su generosidad, lo invitó para que fuera a pasear con su señora, y que se estuviera uno o dos meses para presentarles a todos sus hijos. Siendo la hora del almuerzo, le hizo pasar sentándolo a su mesa con los demás acompañantes. De allí Baigorria llegó a la casa de su primer protector el capitanejo Raimán, donde permaneció cuatro meses.

El cacique Yanquetruz, debiendo defenderse de una invasión, mandó pedir a Baigorria al capitanejo Raimán, haciéndole saber que quería que acompañara a su hijo Pichún en la vanguardia de la expedición, remitiéndole Pichún el caballo de pelea a Baigorria. Este, una vez recibida la comunicación y el caballo ensillado, se puso a las órdenes del cacique Pichún, no pudiendo seguir la expedición porque a los dos días de camino llegaron al cruce de los ríos el Salado y el Atuel, el agua estaba intomable y resolvieron volverse.

De vuelta, se reunieron en un parlamento con las demás naciones confederadas y en esa asamblea Baigorria se encontró con un ranquel amigo llamado Ancanao, que estuvo al servicio del comandante Cuadras cuando este iba a incorporarse al coronel Pringles el día que murió por las armas del Tigre de los Llanos.

El ranquel Ancanao le dijo al cacique principal Yanquetruz que presidía el parlamento quien era el coronel Baigorria. Aquí quiero transcribir literalmente lo que este dice en sus memorias:

Malli, este era el alferez de Baigorria que le encargó el coronel Videla cuando se quedó en el Río IV, entonces Llanquetruz después de algunas conferencias con Ancanao, se dirigió a Raimán y le dijo; amigo Baigorria había sido pues un oficial que mi hermano el coronel Videla me encargó y precisamente lo llevó a mi casa, pero, no por esto dejara de ser tu amigo. Regresaron a casa de Raimán y a los dos días se fue a lo de Llanquetruz dejando a Neira con su primo bienhechor. Cuando llegó a lo de Llanquetruz, ya tenía toldo hecho en que iba a descansar. Con Llanquetruz ya por mucho tiempo eran largas y frecuentes las conferencias que tenían por medio de lenguaraz.

Los hijos de Llanquetruz entraron a quererle, muy en lo particular Pichún Carripilú y Pailla, después de un largo tiempo y algunas invasiones, Baigorria andaba siempre en todas.

Como hemos visto, esa fue la forma en que llegó el coronel Baigorria a los ranqueles. Se instaló en la casa justamente del cacique general en Nahuel Mapá, Departamento de Leventuel, desvirtuando así muchas de las leyendas que lo hacen parecer como un cacique al frente de un regimiento unitario, etc.

Así, por ejemplo, el padre R. Roberto J. Tavella en su libro *Las misiones salesianas de La Pampa* dice:

Después de la derrota de los unitarios infligida por Quiroga, el “Tigre de los Llanos”, pavorosa sombra de los unitarios del interior, Baigorria bajó al sur de Córdoba y se internó en las tolderías ranquelinas. Su prestigio fue cada día en aumento. Lo acompañaban en sus ranchos de Trenel, cerca de Leuvucó, algunos oficiales más entre los que se distinguieron los tres hermanos Saá. Baigorria tuvo a sus órdenes más de trescientos cristianos. No era de mal corazón; como lo permitían las circunstancias favoreció en Trenel las prácticas cristianas, donde un viejo Echeverría, sin más libro que un Ancora de Salvación, presidía algunos actos de culto, dirigía la oración en común que hacían los más devotos, especialmente las mujeres, y también, a falta de sacerdote, bendecía a su modo los matrimonios que se contraían en aquellos desamparados yermos entre los soldados y las cautivas.

En su libro *El indio del desierto*, Schoo Lastra dice: “Destacábase entonces en la región el cacique blanco Baigorria, jefe de un conjunto de cristianos alzados e indios. A él se unió Painé con sus lanceros”.

El coronel Baigorria, durante el tiempo que estuvo con los ranqueles, o sea desde 1830 hasta 1838 en que falleciera Yanquetruz, se radicó en las poblaciones de Nahuel Mapá y fallecido este como veremos más adelante, siguió radicándose en el mismo lugar como hombre de confianza del cacique general Pichún Hualá, hijo y sucesor de Yanquetruz. De aquí salió al mando de los ranqueles que le proporcionó Pichún, o sea las tribus de Coliqueo. No ha estado pues en Trenel como se dice al mando de cristianos.

En cuanto a las intervenciones que realizó con el cacique Painé, ya nos hemos ocupado en el capítulo primero de esta parte del libro de la forma en que se componía la federación de los pueblos. Siendo Painé el cacique

principal de su pueblo, estaba obligado a concurrir con los lanceros del cacique general Yanquetruz primero y después Pichún, en ayuda de su defensa, y en esta forma era la intervención que él mismo tenía con el coronel Baigorria. Más adelante y siguiendo las memorias del mismo, dejaremos aclarado este punto.

La recomendación del amigo a que se refiere Yanquetruz debe haber sido el tratado de paz que realizaron con el coronel Videla, cuando este se hizo cargo del gobierno de la provincia de San Luis, por delegación del ex gobernador don José Santos Ortiz al ser derrotado por los ranqueles, de lo que nos hemos ocupado en esta parte del libro.

CAPÍTULO V

Cómo preparó el general don Juan Manuel de Rosas su ascensión al poder

Poco antes de terminar su mandato en la provincia de Buenos Aires, el brigadier don Juan Manuel de Rosas mandaba a la Legislatura un extenso mensaje solicitando con toda urgencia los recursos necesarios para emprender la campaña contra los ranqueles y sus federados, lo que ocurrió en noviembre de 1832.

Para esa empresa había solicitado la cooperación de los gobiernos de Mendoza y San Juan, la del general Quiroga, Estanislao López y de los gobiernos de Córdoba y San Luis.

Esta campaña si bien lo retiraría momentáneamente del gobierno, acrecentaría su prestigio militar que era en realidad lo que le interesaba para el futuro. La creación de un fuerte ejército entusiasmaría a los grandes hacendados y estaría Rosas en un contacto estrecho con los caudillos del interior, cuyo prestigio necesitaba. Una cosa le interesaba en forma primordial y era la elección del sucesor. Este necesitaba una personalidad de prestigio entre la gente de Capital y que fuera del gusto al mismo tiempo de los federales.

Buscaba una persona de categoría pero que no tuviera pretensiones de caudillo y que con sus medios pudiera conquistarse a la plebe. Es decir, que no debiera alzarse con el caudal popular del partido, cuya influencia pudiera dar lugar al entendimiento con los demás gobernadores y socavar con ello su prestigio.

Conveníale pues que el reemplazante se solidarizara con su política, que fuera una garantía de lealtad y acatamiento a su influencia. Con esos antecedentes eligió al general don Juan Ramón Balcarce. Este prestigioso jefe de cuna ilustre estaba vinculado por su familia al patriarcado de Buenos Aires; eran cualidades bondadosas y honorables. A su vez carecía de táctica para la política, por lo que su acción era sugestionable. Tal era el candidato que Rosas insinuaba para su reemplazo como gobernador de Buenos Aires.

Elegido gobernador Balcarce, Rosas se ponía en marcha el 22 de marzo de 1833 desde Guardia del Monte hasta la costa sur del desierto, cuya división que era la izquierda llegaría hasta los ríos Colorado y Negro. El general Ruiz Huidobro en la Pampa Central y la de los Andes estaba a

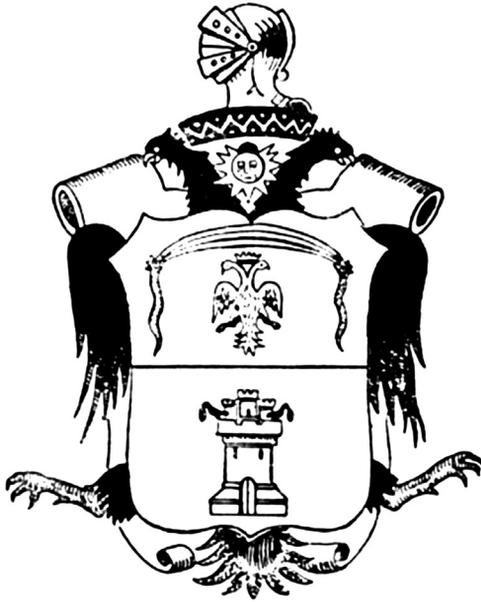
cargo de Aldao. El comando supremo, Rosas se lo había conferido a Quiroga, “el Tigre de los Llanos”, pero este se negó diciendo que no entendía las guerras contra los indios, pero Rosas lo mantuvo con este título para ganarse la simpatía del gran caudillo.

Desde su salida, Rosas marchó disgustado con el gobierno de Balcarce, había escrito al ministro de Guerra que la razón era el general Enrique Martínez y se quejaba de la conducta del gobierno. Lo que obligó al ministro a remitirle la carta que a continuación transcribo, que lleva fecha del 28 de marzo de 1833, cuyo original se encuentra en el Museo Mitre. Dice la misiva:

Desearía que me citara Ud. algún hecho en que hubiera desmentido mi relación hacia Ud., a no ser, mi amigo, que se entienda que la amistad es para cerrar los ojos a todo cuanto se le antoje al amigo. Si a esto le llama Ud. no haber estado de acuerdo con la amistad no negaré que así ha sido, porque teniendo opinión propia, esta habría estado en oposición a medidas que yo no miraba como Ud. [...] Mi marcha no ha sido otra que respetar la ley y al encargado de ejecutarla. Ud. sabe bien esto, pues en el período de tres años que ha sido Ud. gobernante no he tenido en la inspección del Ejército más que el título y jamás dije una palabra porque las leyes estaban calladas; pero mi posición hoy como ministro es diversa y, además, como hombre, discurro o no me dejo en nada arrastrar sin ser convencido. Si a esto Ud. le llama haberme unido a sus enemigos que no conozco, no lo entiendo, más repito que yo no sé hacer la guerra en secreto... En los asuntos que he tenido que entenderme con Ud., he puesto siempre sumo cuidado, porque conocí que era Ud. muy delicado y se fijaba en la cosa más pequeña.

La guerra contra los ranqueles

Como hemos visto, la persecución de los gobiernos confederados de los autóctonos se hacía por tres partes. La división que dirigía el general Huidobro presentó batalla a los ranqueles de Yanquetruz el Grande, en la laguna Las Acollaradas, como hay disparidad de criterio entre los autores, creo prudente citar la opinión de los mismos. El Dr. Ramón J. Cárcano dice en su libro *Juan Facundo Quiroga*:



Seis horas de combate en el mismo sitio; fue necesario romper una muralla de hombres, caballos y lanzas. La confederación Yanquetruz, Carragué, Painé, Eglans, Pichún y Calquin, en fuga desesperada, abandonaron armas, heridos y más de setecientos caballos, ciento sesenta muertos quedan en el campo, entre ellos el famoso cacique Pichún hijo, sucesor de Yanquetruz el Grande, no murió en esa batalla como veremos en capítulos más adelante, él mismo sucede a su padre en el cacicazgo general.

El padre R. Tavella, en su libro *Las misiones salesianas de La Pampa*, dice al respecto:

El general Huidobro salió de San José del Morro, dirigiéndose a la laguna de Las Acollaradas. Yanquetruz fue sorprendido por la sorda preparación que tuvo la campaña, él se hallaba a veinte leguas al sur de Melincué dirigiéndose con mil combatientes al encuentro del general Huidobro, después de una desesperada lucha de seis horas, la batalla se decidió a favor de las tropas de Huidobro desbandándose los guerreros de Yanquetruz.

El coronel don Manuel Baigorria es lacónico en este caso, dice al respecto: “El año treinta y tres cuando las entradas de Rosas pelearon con Ruiz Huidobro, en Las Acollaradas allí perdió Llanquetruz sus dos hijos Rulco

y Pailla que estos conservaba a su lado”. Por la pérdida de estos Baigorria ya quedó haciendo lugar de ellos en la casa. Al mes y días fueron invadidos en el Salado por Aldao y salieron al escape para los ranqueles; Aldao permaneció algún tiempo en Limen Mahuida hasta que Yanquetruz rehecho, volvió sobre él y le mató a ochenta hombres de una vanguardia, entonces se retiró.

La copia textual de las memorias del coronel Baigorria nos demuestra claramente que en ambos combates estuvo presente y que los ranqueles en un principio fueron derrotados y después tomaron la revancha con la división de Aldao que la obligaron a retirarse. Vamos a estudiar ahora la división a cargo del general Rosas. Este general, cuya astucia es conocida, empezó por hacer sublevar a los naturales poniendo a su lado grandes contingentes. En su libro *El indio del desierto*, Lastra dice:

A su paso por el arroyo Napostá, había hecho Rosas, en un parlamento, comprender a los indios Vorogas que si querían ser reconocidos como amigos de los cristianos, según ellos se declaraban, era preciso lo demostraran, marchando con la fuerza del teniente coronel Manuel Delgado al ataque de los caciques Yanquetruz y sus ranqueles, lo que estos así hicieron. Los perseguidos, tras una fuga de 21 días, ganaron los montes, abandonando familias, toldos y haciendas. Los caciques Marileo, Antibil, Mairqueo, Gueli y Painé, Carrané con 300 de los suyos, la mayoría a pie, se presentaron al teniente coronel Delgado pidiendo merced, a cambio de lo cual este les reclamó la cabeza de Yanquetruz, que ellos no podían conseguir, puesto que el cacique había huido con 60 hombres adictos.

En la página 90 del mismo libro se lee:

Sin incluir los indígenas de toda clase y edad que perecieron ahogados, de hambre y de frío, huyendo en las travesías a través de la cordillera y los heridos que sucumbieron en la misma forma sobre cuyo total incalculable el general del ejército de la izquierda llamaba la atención de las autoridades, se registraron 1415 indios muertos, 382 hombres de armas y 1642 individuos de ambos sexos prisioneros y 409 cautivas y cautivos cristianos rescatados. Quitáronse a los naturales 2200 animales vacunos, 1600 lanares y 4.255 yeguarizos.

Como vemos, los ranqueles habían perdido mucha gente y se les había confiscado todas sus haciendas y familias. La amenaza de la traición de los

que se habían plegado a la causa de Rosas era una cuestión que les tenía aviso. El coronel Baigorria relata en sus memorias que una de las mujeres de Yanquetruz pudo fugarse de Bahía Blanca y le contaba la trágica muerte de su hijo, de una edad de tres meses, que tenía la madre en brazos y un sargento se lo arrebató diciéndole con torpeza estas terribles palabras: “Este salvaje se ha de criar y saber que es hijo de Baigorria, y entonces arrebatándoselo de los brazos lo botó al patio y subiendo a caballo, se ocupó de pastorearlo hasta devorarlo”.

Por lo visto, no solamente los ranqueles cometían atrocidades y robaban haciendas, por lo transcripto más arriba vemos que en poco se diferenciaban con los demás; claro está que son argumentos de guerra de montoneras de época ya lejanas.

La sustracción de las haciendas a los ranqueles por las tropas del general Rosas obligó a estos a resarcirse de ellas para hacer frente a la vida, que es una consecuencia del derecho humano, y procedieron a dar un combate avanzando sobre el río IV. Aquí derrotaron a los dragones de la guarnición, se introdujeron en las provincias de Córdoba y Santa Fe para procurarse haciendas y caballadas para el consumo. Esto tuvo lugar el 13 de marzo de 1834, guardándose un severo secreto sobre el particular, el cual no pudo sustraerse al público y *La Gaceta Mercantil*, lo publicó en su número 3247 del 26 de marzo del mismo año.

CAPÍTULO VI

Los ranqueles desconcertados

El cacique general Yanquetruz el Grande cae enfermo tullido en los avances del general Rosas con los vorogas y ranqueles que traicionaron la raza indiana, le llevaron toda la familia de Yanquetruz a Bahía Blanca, quedando al cuidado del enfermo el coronel Baigorria, quien le prestó ayuda como puede hacerlo el mejor hijo al padre.

Considerándose poco seguro, Yanquetruz decidió retirarse a la costa de la cordillera. En esa fecha le habían devuelto una de sus mujeres, que pudo fugarse de Bahía Blanca quedando a cargo del enfermo. Entonces mandó al coronel Baigorria con cuarenta hombres para que en combinación con su hijo Pichún, que había ido en compañía del cacique Antibil a lo del aliado Callvucurá, pudieran seguir la lucha contra Rosas.

Rosas había mandado a sublevar a los caciques de segunda de Yanquetruz: Marileo y Painé. Los caciques traidores Guenuan, Elan, Rinque y Guete debían llevarle la cabeza de Yanquetruz. Se formó un parlamento para concretar la entrega. Painé concurrió con cincuenta hombres notables de los suyos siendo bien recibido por los cabecillas citados, los cuales le regalaron varios animales. Después de esto se retiró dejando en la conferencia a su hermano para que acompañase a Marileo, que representaba a Yanquetruz por ausencia de Pichún.

Los emisarios de todas las reuniones proponían la muerte de los principales y la conducción en calidad de presos de Baigorria y el capitanejo Guichal para entregarlos a Rosas.

Un día llegó por intermedio de una china parienta del capitanejo Guichal la noticia de la celada que les tenían a él y a Baigorria, haciéndole ver que de toda la planta mayor de capitanejos y caciques que se reunían solamente Marileo era el que se oponía a los planes de Guenuau, representante de Rosas. Guichal le comunicó la novedad a Baigorria; este sin darle mayor importancia le contestó que creía muy íntegro a Marileo cuya entereza no podrán quebrar. No obstante le dijo: “Vivamos con cuidado y si es que debemos morir lo haremos peleando, yo desde muy atrás tengo la resolución hecha de no rendirme a nadie” (párrafos de las memorias del coronel). Baigorria recibía adhesión de los hombres notables al correrse la voz de alarma, entre ellos el capitanejo

Guaique que era casado con una sobrina de Yanquetruz acercándose a él le dijo: “Cumpa si te pasa algo o te ves en algún conflicto te acompañaré y si nos toca morir moriremos juntos”.

A los pocos días, los emisarios de Rosas que encabezaban Guenuan en imposibilidad de convencer a Marileo para la entrega se fugaron de noche llevándose toda la caballada que había en el campo. Entre ellas iba una tropilla de un indiecito y este se propuso seguirlos para lo que pidió el permiso correspondiente al cacique y de no alcanzarlos en el camino se llegaría hasta Bahía Blanca. Entonces el cacique le dijo: “Que en caso de llegar a Bahía Blanca le dijera al cacique Magñin de su parte que Pichún y Antibil se habían ido en busca de fuerzas a lo de Callvucurá y que piense lo que hace, si es que no quiere morir como traidor”. Llegado el chasque a Bahía Blanca y hecha la relación dio por resultado que Magñin se sublevó matando a Coñuepán y algunos cristianos, retirándose para los ranqueles a la cabeza de seiscientas lanzas fuera de las familias prisioneras, arreando también un gran botín de haciendas. El coronel Baigorria solo se sostenía a la espera de Pichún con cuarenta lanzas.

En una avanzada del coronel Sosa sobre el Arroyo del Sud, en el paraje denominado Cuchi Corral, fue herido de gravedad el coronel Baigorria, la lucha fue tenaz resultando dos muertos y quince heridos, pero la batalla se definió a favor de los ranqueles. Baigorria recibió un gran tajo en la mandíbula, la cual le desfiguró el rostro. Esta herida que lo retuvo en cama un buen tiempo y sin recursos le originó grandes disgustos, pues siempre pensaba en la familia de su bienhechor Yanquetruz, que era numerosa y se hallaba desamparada debido a la invasión de Rosas.

Es por eso que antes de componerse y en la imposibilidad de que otros lo hicieran, preparó un caballo para ensillar y salir en busca de subsistencia. Para mayor comprensión del lector transcribo un párrafo de las memorias del coronel Baigorria:

Dijo: “¿sobrino que te has aburrido de tu vida? ¿Cuando todavía no puedes subir solo a caballo y te animas a marcharte a unas distancias tan largas y por travesías como las que tienen que pasar?”. Baigorria le contestó con aire de desgano: “Señor, yo nunca he omitido sacrificio por mis bienhechores, sé que la familia de Llanquetruz anda muriéndose de necesidad, él ya no existe, y a mí me toca sacrificarme por ella en recompensa de tantas veces que han prolongado mi vida, tanto él como sus hijos”.

Pese a los consejos de Guichal, no pudo contener a este hombre de bien, que sabía apreciar el hospedaje que le dieran con calor familiar en épocas difíciles para su vida, un hombre con estas condiciones excepcionales merece el respeto y la consideración de sus semejantes.

La muerte de Yanquetruz causó al coronel Baigorria una consternación penosa, pues pensaba en la numerosa familia de su protector, de quien había recibido tantos servicios. Por la ausencia de Pichún, que como hemos dicho se encontraba en busca de gente para sostenerse, fue que salió aun enfermo para poder socorrerlo. Cuando llegó al Salado ya se encontraban ocho ranqueles que había mandado el cacique Pichún desde Llaima, de donde venía con un número contingente que le había facilitado Callvucurá.

Encuentro de Pichún con el coronel Baigorria y el testamento de Yanquetruz el Grande

Dado lo interesante del relato del coronel Baigorria en sus memorias, lo transcribiré íntegramente, tanto en lo que se refiere al encuentro como al testamento. Dice:

De allí mandó al día siguiente a traer a sus compañeros que habían llegado en Nahuel Mapá. A los cuatro días después llegó un chasque de Pichún a buscarlo porque había soñado, verse con él juntos. Efectivamente, a Pichún le salió cierto el sueño; Baigorria arribó al campamento triste al recordar, viéndose reunidos, cómo y por qué fue la separación de uno y otro.

Pichún se había arrojado dejando a su padre enfermo a buscar fuerzas con que sostenerlos; y Baigorria para otro lado por buscar el alimento para el mismo anciano por largo tiempo y en medio de las Aduanas gemía en una larga y penosa cama y que cuando habían regresado no le encontraron. Llanquetruz, al tiempo de espirar, en audiencia de estos dos, le dijo a su capitanejo y sobrino Güiral “dimele a Pichún que si Baigorria vive no me le excluya nunca del derecho de mi familia porque ni en mis hijos ha habido quien tome por mí los afanes de él”. Güiral cumplió exactamente con el mandato de su tío. A Pichún, que poseía un alma generosa, le hacía crear una imprecación de dolor a la memoria de su padre; y a su hermano adoptivo le hacía el lugar que a los que habían nacido de una misma

madre; como dio prueba más tarde hasta que también desapareció. Pasaron unani[me]mente algunos tiempos o [años] en sus operaciones vandálicas de las que no hace referencia. Baigorria sufría las persecuciones tenaces de Rosas, pero Pichún lo sostenía como el fiel amigo.

Cuando satisface encontrar hombres dotados de tanta hidalguía, de tanto amor recíproco, hombres así son inmortales. La historia debe recoger sus nombres y colocarlos como un crisol frente a las nuevas generaciones, para que sirvan de ejemplo, porque una sociedad munida de varones de ese temple es una sociedad triunfante. Así terminó la obra de este gran capitán conductor de las muchedumbres de esta raza y que, si tuvo a raya a los gobiernos, él creyó que defendía una causa noble y justa. No debemos olvidar que estos autóctonos puestos aquí, por mandato de la naturaleza, con sus gobiernos constituidos a su usanza, son actos los que realizan perfectamente consagrados por el derecho natural, motivo que debemos tener en cuenta los civilizadores, porque como ya lo han sustentado más de una vez nuestros representantes diplomáticos con toda valentía, de que la conquista no da derechos.

CAPÍTULO VII

Reorganización de los ranqueles y llegada de La Madrid

Paces con Rosas

Los ranqueles se fueron reorganizando, después de la persecución de Rosas, obligando a este a concertar la paz. Rosas mandó al general Pacheco y en el año 1838 las hostilidades se paralizaron.

El general La Madrid en Córdoba

A fines de 1839, el general La Madrid venía a Córdoba. El gobernador de esa provincia y sus comandantes federales mandaron a los caciques Pichún y Painé un mensaje por intermedio del oficial Lucero a fin de que prestarán cooperación al gobierno federal con quien había concertado la paz.

Impuesto el mensaje, convocaron a un parlamento con el cacique, capitanejos y hombres notables, a fin de resolver el pedido del gobernador de Córdoba. El coronel don Manuel Baigorria, que era el hombre de confianza del cacique general Pichún Hualá, en el camino de regreso de Portague, lugar de residencia de ambos, le dijo: “Mira cumpa, una golondrina no hace verano, así es que yo no soy más que un hombre, permíteme quedarme, no me comprometas a ser inconsecuente. La Madrid ha sido mi superior y compañero de armas y yo desearía que no pudiendo prestar mi cooperación al menos no ser su enemigo, ten en vista que la suerte de las armas es variable y que yo manteniéndome neutral, puedo serte más útil”. Pichún le contestó: “No temas de que vamos a pelear con La Madrid, pues ha llegado el momento de aprovecharnos de Rosas, para que nos pague siquiera una de las tantas que nos tiene hechas” (de las memorias del coronel Baigorria).

A los cuatro días que habían resuelto reunirse en parlamento, Baigorria recibió comunicaciones de La Madrid por intermedio de un joven Rodríguez, en la que le comunicaba sus propósitos de deponer al gobierno y pronunciarse por la causa unitaria.

El cacique Pichún prometió a su hombre de confianza, Baigorria, arreglar la situación con Painé, que estaba organizando la marcha para

reunirse con su gente. Así fue que dirigiéndose al capitanejo Guaiquequir, hermano de Painé, le impuso de lo que sucedía y de las comunicaciones que Baigorria había recibido de La Madrid y por lo cual convendría pronunciarse a favor de la causa unitaria, en contra de Rosas.

En la reunión que se realizó, el coronel Baigorria aprovechó en primer término a dar lectura de una carta que le remitía el general La Madrid de Córdoba, la cual estaba concebida en los siguientes términos:

Mi estimado compatriota y amigo: con un placer indecible tomo la pluma para dirigirme a Ud., haciéndole saber que me hallo en la capital de Córdoba y siempre ocupado en defender los derechos de nuestra causa y no dudo que Ud. como liberal de corazón no dejará de trabajar cuanto le sea posible por nuestra causa y patria, que tan caro nos cuesta; espero también, que a la mayor brevedad, me anoticie lo que haga al respecto, por esos mundos; Ud. que me conoce, también mi modo de ser, ofrézcame a mi nombre a Pichún y a Painé. Por su mejor amigo de Ud. como siempre. Gregorio Araos de La Madrid.

Carta transcrita en las memorias de Baigorria y dado lo interesante voy a transcribir los siguientes párrafos de las mismas, referentes a conversaciones que siguieron a la lectura de dicha carta, dice:

Baigorria se aprovechó de leerles esta carta en medio de la reunión y Pichún espresándoles punto por punto cuanto Baigorria le había dicho: todos adhirieron a la opinión de Baigorria y después de palabras más, que se añadieron entre ambos, Painé y Baigorria, Painé se dirigió a Pichún y le dijo: “Chescüí, Guaiquiquir me ha manifestado tu pensamiento; yo apruebo y quiero que vos encabeces y vamos todos a acompañarte a nuestro amigo y así él será de más valor para con sus jefes, y nosotros también, por medio de él nos juntaremos con las familias que nos tienen en Córdoba los federales y mandaremos de acá mismo una comisión si es que Baigorria hallase por conveniente. Nosotros marcharemos con él para San Luis”. Baigorria no trepidó en aceptar la disposición de Painé. Desde aquellos momentos Pichún encabezó la marcha y Baigorria esa tarde misma despachó los chasques contestando la nota que había recibido, y diciéndole a Videla, lo esperase en Chischaque para que tuviese entrevista con Pichún y Painé y acordasen cómo iban a obrar. Al día siguiente contestó a La Madrid.

Al día siguiente arribaron a Chischauque en el lugar que lo esperaba el comandante Videla con varios compañeros de la causa. Antes de empezar el avance sobre San Luis, Videla comunicó a los caciques y a Baigorria que el pueblo estaba a favor de la causa y solamente se resistía el gobernador, el ministro y algunos altos funcionarios. El cacique Painé propuso que para asegurar el orden una vez tomada la ciudad fueran fusilados el gobernador y los demás, que se resistían. El comandante Videla le explicó que era conveniente no fusilarlos para que rindieran cuentas.

El cacique Pichún interviene proponiendo un nuevo temperamento que en buena hora aceptaba la proposición del comandante Videla, pero una vez tomados los prisioneros debían remitirlos donde se encontrara el general La Madrid con una escolta segura. Videla aceptó, sin prever dice Baigorria, que conocía a los ranqueles, que una vez prometido debía cumplirlo.

Rendidas las autoridades, Baigorria pidió para entrar en la ciudad que se le dejaran veinticinco hombres de los de la casa de Pichún por ser de su confianza y los demás se fueron a unas cuantas estancias vecinas en compañía de cuatro cristianos de confianza y arrearan las haciendas de los federales, para la subsistencia; todos aplaudieron la propuesta de Baigorria. Mientras tanto Videla y él se dirigían al centro de la ciudad y de inmediato se hicieron cargo de las instituciones provinciales. El comandante Videla dio escape a los gobernantes federales, lo cual motivó una sublevación de los ranqueles que exigían el cumplimiento de lo pactado. Sin esperar la voz de Pichún, que era el cacique general que mandaba la marcha, se dirigieron al pueblo por su cuenta y riesgo.

Al dirigirse al campamento, Baigorria se encontró con el cacique Pichún, quien le recriminó que al no cumplir el comandante Videla lo prometido, los ranqueles se le habían sublevado. De inmediato lo mandó donde estaba acampando Painé para que prestara su influencia con la gente de él y poder evitar así los estragos consiguientes. Llegado Baigorria a donde estaba Painé, este mandó a su hermano el capitanejo Guaiquiguir y a Guenchul en compañía de Baigorria para que pudiera persuadir a los ranqueles a desistir de su intento.

Calmados los ánimos la gente se puso a preparar la comida con las haciendas confiscadas a los federales. Un tanto disgustado por lo sucedido, Pichún llamó a Baigorria y le dijo: “Llame a Painé que me haga el gusto de venir un momento”, a cuyo encuentro se produce el siguiente diálogo anotado por el coronel Baigorria en sus memorias:

Painé en el momento acompañado de Baigorria fue a su encuentro y tratando de disculparse con Pichún por lo que había sucedido, este le dijo: “Chescüi”. Pichún con tristeza, le dijo: “Chescüi, inútil fue a Llanquetruz; mi padre haber pedido cinco hijos por sostenerlos a Uds., y después a mí, tantos afanes por lo mismo, Uds. nunca valoraron lo que un hombre es y puede ser, nada les había parecido el desobedecerme. Mi me enseñó a sujetarme al que encabeza una marcha como esta como siempre le he dicho”. Painé le dijo: “Es verdad, Chescüi, pero qué hacerle después de lo hecho, vuelve a tomar el mando para que no perdamos del todo la empresa, que creo no te desobedecerán más”. Pichún le dijo: “Así lo será, marcharemos lo que pase el sol: después de reunirnos prevenirles el orden que es preciso conservar”. Painé se retiró a su alojamiento y Pichún se quedó con Baigorria acordando lo que debían hacer. Mandaron inmediatamente al pueblo dándole cuenta a Videla, de lo sucedido y se ocuparon como de costumbre de darles algo a los caciques y capitanejos. Baigorria había traído algunas prendas que le habían dado sus amigos y algunos caballos de pesebre, de propiedad de los comprometidos; en primer lugar, del gobernador no fue esto todavía suficiente, Pichún sacó las espuelas de plata que tenía para darles, Baigorria dio también un freno con herraje que le habían dado más antes de su casa. En la tarde, después de la reunión, se marcharon al pueblo en bastante orden. Antes de llegar los encontró el comandante D. Eufrazio Videla con alguno de los suyos y los hizo acampar en los potreros de la fábrica, fuera de las calles hacia el naciente. Después de acampar Pichún, Videla con Baigorria se fueron al centro a disponer de reses para que comiera la indiada y también de algunos géneros para darles. Peñaloza ofreció su tienda y varios de los liberales hicieron lo mismo. Se le llevó primero un número de novillos gordos que había en un potrero. Pichún no quería, primero, agradar a los Painé: les mandó el arreo a que enlazaran y carnearon ellos primero, de los que no le volvieron uno solo para los indios de él. Se les trajo también cuatro carros de géneros: Pichún le mandó tres a Painé para sus indios y él dejó uno para los de él. Esa noche volvió Baigorria a dormir con Pichún. En la tarde algunos indios de Painé, por un indio que estaba allí prisionero, habían salido a la calle y habían quebrado algunas puertas de algunas casas que sabían eran de los federales, y también varios habían ido a donde estaba Pichún pidiéndole porción de cosas. Pichún, en vista de esto, como a las dos de la mañana, habló a Baigorria y le dijo: “Cumpa, sé que los indios han roto varias puertas y han hecho algunos daños y a mí también han

venido a pedirme innumerables cosas que será imposible darles a todos y que mientras más les demos, más nos han de pedir, anda y velo al comandante que venga y antes que aclare hagamos salir la indiada de acá para evitar una porción de males y que vayan a arrear haciendas, que si a mí me puede dar un poco de harina y vicios me mandará al río V, de allí vos te volverás con sesenta o cien indios de los míos, cosa que puedas dominarlos para sostener a los tuyos hasta que sea necesario y que se pongan de acuerdo con La Madrid”. Baigorria compenetrado en la integridad de Pichún se fue al centro esas horas acompañado de un indiecito llamado Alcaman, quien le servía como de asistente.

Posteriormente se formó un escuadrón de ranqueles y puntanos que se titulaba escuadrón de voluntarios para defender la ciudad. El coronel Baigorria se dirigió a Córdoba donde habían ido varios ranqueles y encontró a estos con un cargamento dado por el general La Madrid que constaba de varias carretas cargadas de víveres y ropa para los mismos.

La derrota de Lavalle en Quebracho Herrado por las fuerzas federales creó la confusión nuevamente en los unitarios.

Cuando el general Paz triunfó en Cagarani, en 1842, mandó tierra adentro al sargento mayor don Agustín Freites y el capitán Echeverría. Baigorria mandó al capitán Gorordo para que hablase en persona con el general Paz, y comunicarle que se hallaba en la bajada del Paraná. Baigorria se puso en marcha acompañado por el cacique Pichún y su amigo Coliqueo, en busca de incorporarse en la causa, pero había llegado tarde, Juan Saá con sus dos hermanos se encontraba en el campamento del cacique Painé. El capitán Domingo Gatica se dirigió a Chile, posteriormente los hermanos Saá huyeron y se fueron a presentar a San Luis. Así fracasa una vez más la causa de los unitarios.

CAPÍTULO VIII

Las artimañas de Rosas y su posterior caída

Las artimañas del general don Juan Manuel de Rosas

Prosiguiendo la persecución de los unitarios, Rosas no sabía cómo conseguir la entrega del coronel Baigorria, cuya amistad con el cacique general Pichún era tal que conseguía cualquier cosa de este.

Después del desbande unitario al que nos referimos en el capítulo anterior, Rosas con suma habilidad y bien premeditado remitió como incógnita una nota para el comandante de Bahía Blanca en la que, entre otras cosas, decía: “No tenga cuidado con Baigorria, él está con nosotros y solamente espera lograr la cabeza de Pichún y Painé para venirse con ellas”. Como todo debió estar de acuerdo a los conductores de la nota, los tomaron en el Azul, allí le dieron lectura en presencia de los ranqueles y vorogas presentes, de inmediato estos remitieron un chasque al cacique Pichún. A la llegada del mensajero, le impuso a Pichún el mandato que traía de parte de los caciques destacados en el Azul y se convino una reunión a la que también invitaron a Baigorria. En esa reunión se dio lectura a la nota; Baigorria no contestó ni levantó los cargos, pero en el camino, entre el cacique Pichún y su hermano adoptivo Baigorria, se produjo el siguiente diálogo que lo transcribo:

Regresaron de la reunión y al llegar a sus toldos, Pichún le dijo: “Cumpa, más antes he tenido en contra tuya dos relatos; no los habría creído, pero, ahora sí lo creo, refiriéndoselo todo al acontecimiento”. Llegaron a sus toldos y después de estar sentados, Pichún concluyó. Baigorria, que le había escuchado, sin hablar una sola palabra, le dijo: “Cumpa, yo no te digo que no es así, porque no tengo probabilidades con que convencerte, pero, desde que tú lo has creído como dices, hasta lo que quieras. ¿No tengo acá padre? Ni madre quien me sienta, nada tienes que temerlo de mí, ni que aguardar con matarme has concluido”.

Un día tardó sin resolución. Al día siguiente el cacique Pichún lo manda a llamar a Baigorria que se hallaba en un toldo contiguo. Este contestó: “Luego voy a ir”. Al rato volvió el mensajero diciéndole: “Andá sin

cuidado, tu cumpa ha dicho que no se anima a matarte”. Baigorria fue al toldo de Pichún y se volvió a realizar el siguiente diálogo que transcribo dada su importancia:

Al otro día a las ocho de la mañana, vino la chinita Montiguana, mujer de Pichún, y se acercó a él con el pelo suelto y los ojos colorados demostrando la noche intranquila que había pasado; y le dijo: “Dice tu cumpa que vas”. Baigorria le contestó: “Luego voy a ir”. Pasándose corto intervalo, volvió a venir y después de repetirle lo que, de antes, añadió, “anda sin cuidado, tu cumpa ha dicho que no se anima a matarte y te espera para almorzar”. Baigorria dijo: “No temo a la muerte, lo mismo es allá que acá”. Se levantó tras la china, entró en el toldo de Pichún y sentándose a su lado como de costumbre, Pichún le dijo: “Ven, cumpa, almorzaremos”. Baigorria, como estaba siempre su espíritu airado, le acompañó muy poco. Pidió agua, tomó y se puso a fumar un cigarro. Pichún, después de que acabó de almorzar, dejó pasar un intervalo y entonces le dijo: “Cumpa, ayer nos enojamos, ¿no?”. Baigorria le contestó: “Sí, pero como te he dicho, el tiempo te lo dirá”. Pichún le dijo, entonces, “yo te he dicho para que veas que, para vos, no tengo reservas. Tu saber cómo saben ser mis operaciones y si hubiera tenido la intención de matarte, no te hubiera dicho, lo creo cierto, y si vos sois ingrato y quieres hacerlo, aunque sea dormido, puedes hacerlo; pero yo no lo haré, no puedo olvidar lo que Llanquetruz nos dejó encargado al tiempo de morir con Gual, cuando vos y yo estábamos”. En esto concluyó y terminó la cuestión para siempre.

Vemos pues la hermandad que profesaban, ninguno de ellos se olvidaba del testamento memorable del viejo Yanquetruz, a quien recordaban en todo momento. En cuanto a Rosas, pese a su habilidad, todo fracasó, porque cuando en los hombres impera la serenidad y amistad de corazón, estas no pueden alterarse, pese a las artimañas que se inventen o realicen. Lo contrario sucedería cuando mediara el egoísmo o la ofuscación; en ese caso, con una encrucijada como esa bastaría para romper lanzas al sentir relatar semejante noticia.



General Don Justo José Urquiza. Vencedor de Caseros, dando por tierra la dictadura de Rosas, fue el propulsor de la magnífica Carta fundamental del año 1853 que con pocas variantes nos rige. Gran amigo del cacique general ranquel Pichún Hualá, que puso a su disposición un conjunto de caciques y capitanejos, con sus mejores lanzas, al frente de los cuales iba su fiel amigo el coronel don Manuel Baigorria para dar las batallas más grandes de nuestra organización nacional.

La caída de Rosas en 1852

Nada dice Baigorria en sus memorias si intervino al frente de los ranqueles en la batalla de Caseros, pero podemos observar que los vorogas de Callvucurá, confederados con los ranqueles, rompieron su alianza con Rosas y se introdujeron en la provincia de Buenos Aires.

Mansilla también sostiene su intervención en Monte Caseros en su libro *Una excursión a los indios ranqueles*.

Nos induce a creer esto en virtud de que, una vez en el gobierno, el general Urquiza pidió que fuera Baigorria a visitarlo con una comisión de ranqueles, la que se compuso de los capitanejos Yanquetruz, sobrino del

cacique Pichún; Coche, primo del cacique Galván que había reemplazado a Painé a su fallecimiento; Epusdeo y otros cien ranqueles notables. Llegada la comisión a Buenos Aires, el general Urquiza los recibió en Palermo con todas atenciones según dice Baigorria: “Porque sabía valorar aquel puñado de hombres que Baigorria le presentaba”. El general Urquiza le encargó a Baigorria la frontera desde los Andes hasta el Plata, entregándole vestimenta para todos los ranqueles que lo acompañaban diciéndole Urquiza: “Conviene que se vayan contentos”.

Cuando aún estaban recibiendo los vestuarios, tuvo lugar la revolución del 11 de septiembre. Galán llamó al coronel Baigorria y le hizo saber que el ejército entrerriano se retiraba.

Baigorria junto con Waldino Urquiza marcharon durante la noche para amanecer en Santos Lugares, y de allí marcharon a San Nicolás donde le dice el general Urquiza:

“Amigo, no me quieren los porteños, me voy a bailar a Entre Ríos, váyanse, llévele sus indios a Pichún, agradézcale de mi parte y si quiere volverse a Entre Ríos, véngase que allí tiene un amigo para Ud. y cuantos traiga”. Baigorria contestó: “Señor, yo agradezco mucho y no está distante, según los tiempos se nos presenten, pero ahora será imposible dejar a Pichún y venirme; más sin dejarlo en paz”. Concluidas estas palabras, Urquiza le preguntó si tenía caballada suficiente. Baigorria le dijo: “Sí señor, tenemos suficientes para ensillar y algunos de reflexión, pero como no son aguerridos, no sé si [los] alcanzarán llegar”. Urquiza le dijo: “En este momento voy a hacerle entregar doscientos cincuenta caballos para que lleve y luego mande por un pasaporte”, y se despidieron dándose un abrazo entrando a las calles de San Nicolás.

Es por eso que somos de opinión que los ranqueles han tenido pues una actuación destacada en la caída de Rosas como la tuvieron más tarde en la organización nacional a la que nos referimos en capítulos siguientes.

CAPÍTULO IX

Encuentro con unitarios, comisión a Buenos Aires y regreso a San Luis

Comisión del general Oroño y coronel Gorordo a Baigorria y su comisión de capitanejos

Después de salir de San Nicolás para el campamento del cacique general Ranquel Pichún Hualá, la comisión que presidía el coronel don Manuel Baigorria fue alcanzada por un chasque. Comunicáble que esperaran al general Oroño y al coronel Gorordo, ambos unitarios que habían peleado conjuntamente por la causa.

Atendiendo a eso, el coronel Baigorria les hizo saber que les esperaba en el paraje denominado El Desmochado.

Al día siguiente llegó la comisión que la componían además el general Oroño y el coronel Gorordo varios compañeros más. El primero era enviado por el gobernador de Santa Fe y el segundo por el gobernador de Buenos Aires. El coronel Baigorria no dejó de disgustarle la visita. Los visitantes le dijeron de inmediato el motivo que les llevaba con estas palabras: “Coronel, no necesitamos a Entre Ríos para constituir nuestros pueblos, porque Buenos Aires, con su poder, Santa Fe con su contingente, el general Paz que ya había llegado a Buenos Aires con Córdoba su país y Ud. con San Luis y los ranqueles, no tendremos quien nos haga oposición”. Baigorria escuchó guardando silencio, así lo invitaron para dirigirse a Buenos Aires con los representantes ranqueles.

La comisión ranquel se opone al principio, pues no aceptaban que después de haber sido recibidos y ayudados por el general Urquiza fueran a traicionarle uniéndose a los de Buenos Aires. Se discutió toda la noche entre Baigorria y los representantes ranqueles; este les aseguró que el viaje a Buenos Aires no significaba la unión con ese gobierno, ni retirarse del general Urquiza, a quien seguirían sosteniendo. De esta forma resolvieron volver a Buenos Aires, previa comunicación al cacique general Pichún.

Llegada de la comisión ranquel con Baigorria y Gorordo a Buenos Aires

Llegada la comisión ranquel a Buenos Aires, el coronel Gorordo los hizo alojar en Palermo y al día siguiente los presentó al gobernador Pintos; después de escuchar al gobernador, los capitanejos ranqueles regresaron a Palermo. Al coronel Baigorria lo invitó a comer a su casa el general Hornos, hermano del jefe de las fuerzas, donde momentos después llegó el coronel Gorordo, haciéndole saber a Baigorria que una señora muy unitaria le quería hablar, prometiendo acompañarlo.

Aceptada la propuesta, se dirigieron también en compañía de Hornos a la casa de la distinguida dama unitaria; allí, después de servirle mate, se realiza este diálogo que transcribo de las memorias de Baigorria: “Compañero Baigorria, una señora muy unitaria se ha empeñado conmigo que no deje de llevarlo a su casa y entraremos a tomar un mate de pasada”. Efectivamente entraron. La respetable señora tenía reunidas muchas amigas y entre ellas muchas niñas. La señora brindó asiento a Baigorria, cerca de ella Gorordo y Hornos se ocupaban en conservar las muchachas, mientras se servían mate. Baigorria atendía con cuidado la conversación que le brindaba la ilustrada señora, la cual le dijo “Ya verá Baigorria, el proceder de Urquiza, si él hubiera puesto las leyes como era muy justo a disposición de la soberanía de los pueblos, precisamente él debía haber sido presidente, pero se ha constituido otro tirano, y quiere por lo visto hacerse nombrar presidente por medio de las armas”. Baigorria le dijo: “Señora, yo a pesar de no haber tenido la dicha de ser educado me ha cabido la desgracia de vivir veinte años entre los indios, lejos de la sociedad. Con tal motivo no estoy impuesto de las leyes que rigen en los pueblos civilizados; sin embargo, que atribuyó a que Urquiza habría tal vez tenido en vista algunos escollos que tendría que pasar, y esto le habrá obligado a faltar a las leyes y que, precisamente, alguna de estas dos debía abandonar”. La señora, con un aire generoso y alegre, le sirvió un mate que a ella le presentaban y le dijo: “Baigorria, yo creo que vos olvidando tu causa te has constituido en defensor de Urquiza”. Baigorria le contestó: “No, mi causa no la olvidaré, pero no podré tampoco dejar de ser grato a quien me ha sacado de la desgracia en que me hallaba”. La señora riéndose concluyó la conversación y acercándose Gorordo le dijo, “señora, yo ya he cumplido”, y despidiéndose le dijo: “Ya es tarde, Baigorria tiene que regresar a Palermo”.

Entrevista del general Paz con el coronel Baigorria

Al día siguiente de estar en Buenos Aires, Baigorria fue invitado por el general Paz para una conferencia, la que se realizó en la casa del aludido general en Buenos Aires. Dado lo interesante de la conversación, transcribo esta parte de las memorias de Baigorria:

Al dirigirse para Palermo, los alcanzó un ayudante del general Paz y preguntando quién era el coronel Baigorria, le dijo: “Señor, le hace decir el general que tiene deseos de hablar con Ud. y que si no tiene inconveniente, le mandará caballo para que venga”. Baigorria le dijo: “Dígamele que yo no tengo menos deseos de verlo y que no tengo ningún inconveniente, que a la hora que me mande caballo iré, vendré”. Y se despidió. Al otro día muy temprano estuvo en Palermo con un muchacho que tiraba el caballo que le llevaba. Ensilló el caballo y con el ayudante se vinieron a la ciudad. Llegaron. El general ya estaba en pie. Lo recibió y el ayudante le dijo: “Pase para otra pieza, y entraron”. Después de darle asiento, tiró una silla al medio de la pieza y se sentó con bastante majestad y después de un intervalo, le dijo: “Teniente coronel, cuando he llegado a esta capital se me ha dicho que se le ha oficiado y se le ha hecho chasques personales, y no ha querido quedarse con sus compañeros”. Baigorria le contestó: “Es verdad mi general, pero recordará V. E. que el año treinta en la Capilla de Cosme, provincia de Córdoba, al ceñirme la espada de alférez, el coronel don Luis de Videla, bajo los auspicios de V. E. yo cuidé de preguntar qué programa iba a defender con la espada que se me ceñía. V. E. que estaba paseándose así inmediato volvió al frente y me dijo: ‘Alférez Baigorria, la causa que va a defender con la espada que se le ciñe es la organización de nuestra Patria y si somos felices, hasta verla constituida’. Estas palabras, señor, he tenido presentes veinte años entre los salvajes deseando que mi sangre le costase a mi patria para constituirse, y hoy que un vencedor de la tiranía me ofrece leyes, en mi país, a este le he ofrecido mis servicios: y conforme no pude serle inconsecuente a V. E. así también no podré serle a este otro”. Entonces el general se levantó y le dio un abrazo, Baigorria correspondió y después de volverse a sentar ambos, le dijo: “¡Ah! Amigo qué poco somos los hombres. En ese momento se me viene de tropel la memoria de su coronel. Después del triunfo en la laguna La Larga por aquella revolución que Vd. iba a entrar en acción; al otro día, le pregunté si había sido militar. Me dijo, ‘no señor, no ha sido ni soldado, pero es un jovencito de toda mi

esperanza'. Cuando yo estaba en Brasil y cuando estaba en el Paraguay oía decir que Baigorria estaba entre los indios siempre combatiendo a Rosas, entonces decía '¡ah!, no se había engañado Videla'. ¡Qué buen amigo perdimos! Yo estaba preso en los altos de Santa Fe, cuando lo pasaron a San Nicolás en donde fue sacrificado. En fin, Baigorria, yo soy su amigo, no quiero comprometerlo, sírvale a Urquiza que para mí es esa gloria que mis subalternos ayuden a constituir el país, ya que nosotros no hemos podido, costándonos tantas vidas hacerlo". Entonces llamó a su hijo José y se lo presentó diciendo, "conoce a este amigo, que ha sido un fiel servidor a tu padre", y acá concluyeron, y después de preguntarle algo en orden sus padecimientos, se separaron, Baigorria se fue para Palermo.

Regreso de la expedición ranquel a San Luis

Al regresar la comisión fue encontrada por un mensajero de nombre Apolinario. Este conducía comunicaciones del general Urquiza para el cacique Pichún y Baigorria, en la cual les comunicaba que se entrevistarán con el gobernador de San Luis, general don Pablo Lucero. Antes de llegar la comisión a San Luis, el gobernador les mandó un secretario y unos oficiales para recibirlos, los cuales le ofrecieron la casa para alojarse.

Una vez en San Luis y dado cuenta al general Urquiza, este le ordenó que se hiciera cargo de la frontera de Córdoba, donde se encontraba el gobernador Guzmán, cuyo trabajo era radicarse para conservar buenas relaciones con los ranqueles.

Al poco tiempo el general Urquiza llegó a Córdoba y se pusieron a estudiar las nuevas fronteras, estableciendo los nuevos fortines de la línea que se diseñara para ratificar más tarde el gobierno y los ranqueles, cuya amistad estaba cultivando el general Urquiza por intermedio del coronel Baigorria, dada la amistad que lo ligaba a ese militar con el cacique general Pichún Hualá, a quien consideraba este como hermano adoptivo, después del famoso testamento de su padre Yanquetruz el Grande en el año 1838.

CAPÍTULO X

El general Urquiza en trato con los ranqueles

A fin de asegurarse la cooperación de los ranqueles, el general Urquiza ordenó la firma de un tratado con estos, en el cual les prestaría toda la ayuda posible para su bienestar. Este tratado debía ratificarse por el gobernador Guzmán de Córdoba y representantes ranqueles; en esta misión debía intervenir Baigorria.

Encomendada esta misión, el coronel Baigorria se puso de inmediato en contacto con los ranqueles, dirigiéndose a lo de su amigo Pichún. Como tenía que pasar por Leuvucó, asiento del cacique Galván, entró a saludarlo y este lo primero que le dijo fue: “Chescüi, vos y el general Urquiza nos están sosteniendo con palabras de constitución. Rosas y López aun cuando eran enemigos nos daban yeguas, ropas”.

Terminado el saludo con Galván, Baigorria se dirigió a lo de Pichún, y llegado a su campamento empezó la conferencia que dada la importancia de la misma la voy a transcribir tal como figura en las memorias del Coronel Baigorria:

Arribó a lo de Pichún y como este tenía depositada toda confianza en su hermano Baigorria, no trepidó en aceptar las propuestas que el gobierno nacional le hacía por medio de él, le dijo, “quiero que vayas a verte con Calfucurá llevando a su lado a Llanquetruz y a mi hijo, tu tocayo”. Baigorria, que conocía las costumbres de los indios sin pedirle a su gobierno proporcionó tres prendas de plata que le llevaba como era costumbre, entró en conferencias con Calfucurá respecto a su comisión. Calfucurá, sin observación alguna aceptó, acordaron también que él mandaría uno de su parte a acompañar al que eligiese Pichún para la ratificación de los tratados en el gobierno nacional, les indicaba. Al otro día, al despedirse, Calfucurá le hizo poner por delante a Baigorria un par de espuelas, en retorno de la estribera que él le había dado como era de costumbre. Baigorria le dijo a Calfucurá: “esté presente lo doy a mi tocayo y deposito en él como más joven para que algún día si vive no se olvide estos tratados que va[mos] [su padre] a ratificar con el gobierno nacional, por medio de su amigo y hermano Baigorria”. Se retiraron dejando a Calfucurá en la mejor disposición. Pichún después de su regreso dijo a Galván se reuniesen

para tratar del asunto de pases en que estaban. A los cuatro días por la tarde se reunieron en el punto indicado. Pichún presentó en medio de cuatrocientos indios a Baigorria, a conferencias con Galván respecto a su comisión. Baigorria después de ponerlo por delante a Galván un par de espuelas que llevaba dedicadas para él, entró hacerle relación de las disposiciones del presidente de la república, respecto a la frontera y cuando llegó en el punto en que se iba a formar la línea de la Frontera, en el Río 5°, Galván dijo con aire de disgusto: “yo no permitiré que se pueble el Río 5° Sta. Catalina, porque allí se han hecho tierra los huesos de mis parientes”. Baigorria le dijo: “Sí, chescui, así será, pero habrán sido invasores y que por que Angorina con los suyos murió en la Laguna de Chañares, habrá de ser ese suelo de los puntanos”. Galván le dijo: “Yo te he oído acordar varias veces con el difunto de mi padre, que por un árbol que te había hecho cortar el gobernador Ortiz, se habían hecho rivales”. “Sí —le dijo Baigorria—, pero esas prioridades eran de mis padres desde que se fundó tal vez ese pueblo y tus abuelos nacieron en la Cordillera de los Andes y no acá. Como también si vos has triunfado en esa Frontera habitada por los cristianos, no los has habitado y sostenido”. Galván contestó con un aire de disgusto: “Puedo triunfar también algún día”, [y] con esto quedaron en silencio. Después de un intervalo, Pichún invitó a Galván a que siguiesen la discusión. Galván contestó, “no se me oculta que poblado el Río 5°, más tarde vendrán a quitarnos esto”. Pichún, después de otro intervalo, volvió a invitar a Baigorria que siguiese; Baigorria le dijo: “Yo he concluido”. La indiada desde la oposición de Galván se empezó a hablar en secreto”. Pichún entonces dijo: “Baigorria es un enviado y hace solo lo que su Gobierno le manda. Yo y mi sostenedor que es Calfucurá, hemos aceptado la disposición del Gobierno Nacional. Si hay quien tenga que defender derechos, vaya donde está Urquiza; pero yo no sostengo a nadie. El viejo Nigrifil, dijo Galván, sobrino, a Pichún como mayor, es a quien le corresponde, no a vos, el aprobar o desaprobar”. Pichún dijo entonces: “Retirémonos a descansar, mañana muy temprano nos volveremos a reunir”, y se retiraron hasta el otro día. Cuando aclaró, se volvieron a reunir. Reunidos que estuvieron, Pichún volvió a incitar la Conferencia de Baigorria con Galván. El primero le dijo: “Chescui, yo ya había concluido con la conferencia de (mi) Comisión, pero ya que nos volvimos a reunir, hablaré de mi a Ud. como amigos —y les dijo hablando con todos—, yo conozco que los sucesos y asesinatos que han tenido lugar en otros tiempos, los llena a Uds. de desconfianza, como han sido

en Mendoza en los tiempos de Aldao, en tiempo de Ortiz. En Córdoba, en tiempo de López. En Buenos Aires en tiempo de Rosas”.

Terminaron el tratado después de varios años. En 1855 fallecía el hermano adoptivo del coronel Baigorria, cacique general Pichún Hualá en Nahuel Mapá, donde concurrió este para arreglar los asuntos de la familia de su gran amigo. De acuerdo a la sucesión en el mando del cacicazgo general correspondía al hijo de Pichún Hualá. Manuel Baigorria, tocayo del coronel, pero sucedía que este no tenía la edad necesaria para hacerse cargo del mismo, debiendo por lo tanto llamar a una reunión de caciques y capitanejos, quienes decidieron que sucediera en el cargo del cacique general el sobrino de Pichún y hombre de confianza del mismo Yanquetruz. Este debía permanecer en el cargo hasta que Manuel Baigorria, que como hemos visto en el relato de la señora Josefa Baigorria de Manquillán, que transcribimos en el capítulo I de esta tercera parte del libro, llevara a la madre de los Baigorria, Rita Castro, a San Luis, volviere en su busca y la trajese de nuevo a Nahuel Mapá para que terminara de criar a sus cuatro hijos que eran aún pequeños.

En esa fecha también falleció Galván y tocó hacerse cargo del cacicazgo principal a su hermano Mariano Rosas, con quienes prosiguieron la paz y el cumplimiento de lo pactado con el gobernador Guzmán.

CAPÍTULO XI

Intervención de los ranqueles en la célebre batalla de Cepeda

En 1855 el general Urquiza nombró al coronel Baigorria comandante en jefe de las tropas del río V. Como él estaba olvidado de las tácticas, le pidió un segundo que fuera capaz de desempeñarlo. Urquiza le mandó entonces al general Pita y al comandante Policardo López, como no congeniaba con el primero se quedó con el segundo, allí permaneció algunos años. El coronel Emilio Mitre había salido con una expedición de Buenos Aires por el norte de la provincia y por el sud, salió otra del mismo gobierno al mando del coronel Granada, haciéndose sentir el primero, varios días antes que el segundo, teniendo el propósito de perseguir a los ranqueles y vorogas.

El general Pedernera, jefe de las fuerzas de Urquiza en río IV, le comunicó la novedad al coronel Baigorria sobre el conocimiento que tenía de las expediciones de Buenos Aires. Este, que ya había prevenido algo, tenía tierra adentro un oficial Rodríguez quien debía comunicarle cualquier movimiento.

Dado lo interesante de la batalla con fecha 23 de octubre de 1859, transcribimos aquí parte de las memorias del Coronel Baigorria en la forma que el distinguido militar relata el acontecimiento:

Más tarde, cuando se trató de la Campaña a Cepeda, D. Pedro Rosas como era amigo de Catriel y Baigorria de los ranqueles, fueron nombrados para ir a mover las indiadas. Habiéndose reunido estos dos en el Río 4° Baigorria le dijo a Rosas “Ud. encabeza una comisión, es preciso que pida mi regimiento si no es el todo al menos trescientos hombres que así los indios marcharán con más confianza”. Rosas lo pidió y Pedernera, poniendo algunos obstáculos, no los proporcionó. Más tarde hubo una nueva disposición: que Rosas volviese a Rosario y Baigorria que ya había perdido a su amigo Pichún y faltó [de] elementos, creyó imposible conseguir esta empresa. Entonces tocó el medio de tomarle la hija a Coliqueo que se la tenía ofrecida: para este, a falta de Pichún, lo ayudase siendo ya su yerno. Efectivamente así lo hizo: se la tomó y mandó a Tres de Febrero, ellos se marcharon a vanguardia y de día en día iban alcanzando a los demás. Baigorria, que todavía no era mozo, marchaba a las órdenes de Yanquetruz que gobernaba todos los muchachos de su casa.

Mariano mandó a la cabeza de sus indios a su hermano Epuger. Estuvieron algún tiempo a las puertas de Buenos Aires mientras se preparaba el Ejército. Baigorria no tenía más fuerza cristiana que al alférez D. Plácido Laconcha, quien le servía de ayudante, y siete hombres de tropa, incluso un trompa. Estando en el bajo del Pedernal, cerca de Melincué, le fue preciso mandar una partida de indios a traer hacienda de la provincia de Buenos Aires, sabía, también, que en el fortín Mercedes había unos treinta o cuarenta hombres quienes podían interrumpir a los que habían mandado. Por la tarde Laconcha, con cien indios y cuatro soldados, asaltó el referido fortín para proteger la empresa de los otros. A Laconcha le dijo: “Va Ud. a asaltarlos a la madrugada y si consigue entrar desármelos y permanezca hasta que vea pasar la polvareda de los que han ido a traer hacienda y entonces los larga a todos y se retira”. Laconcha consiguió, a favor de la oscuridad de una neblina, entrar al foso del fuerte sin ser apercebido. Tomó a todos y en la tarde se retiró dejándolos a los del fortín, como se le había ordenado. Más tarde revivió órdenes de Pedernera que en tal fecha debía llegar a la Horqueta con la indiada. La epidemia en la provincia de Santa Fe era extraordinaria. Baigorria que tenía en vista iba a entrar en un campo que no solo era más la distancia sino que no había pasto ni agua suficiente. Urquiza se hallaba en Gorondon. Baigorria le dijo a Coliqueo, haciéndole notar todos estos obstáculos, “mejor será que yo me vaya a ver con el general Urquiza, tengo tiempo de ir y volver antes de que se llegue el día que se me ha ordenado la marcha”. Coliqueo, después de aprobarle, le dijo: “ya no tenemos carne para todos los días”. Baigorria le dijo: “pedí un baquiano al comandante de Melincué y manda una partida que vaya a buscar”. Coliqueo pidió el baquiano y cuando reunió a los caciques para mandar la partida los indios de Epuger que todos querían ir. Coliqueo por esto se disgustó y les dijo: “pues entonces yo mandé a nadie”, y se retiró a su alojamiento. Un viejo que había venido con un chico que estaba allí les dijo a los indios de Epuger, “yo soy baquiano a la provincia de Buenos Aires, si quieren yo les acompañaré”. Los indios aceptaron y se marcharon como en el número de doscientos. De estos no volvieron todos al campo. La mayor parte se fueron de allí nomás, con hacienda para sus tierras. Baigorria volvió con nueva disposición de marcharse hacia las puntas de Pavón. Coliqueo le dio cuenta de lo sucedido y Baigorria haciendo llamar al referido viejo lo tomó preso y se lo mandó a Pedernera, que estaba con su división en Montes Flores, dándole sobre el hecho de tal, el que fue fusilado en el Campo de Pedernera. Llegado el

día de marcha partió en dirección a los puertos de Medina, allí acampó y estuvo como tres o cuatro días.

Entonces un día muy temprano dio orden de mudar el Campo sobre el arroyo abajo porque allí estaba muy talado. Baigorria, Coliqueo y Camú que campaban de un lado del arroyo, se movieron primero y enseguida, Llanquetruz con Baigorria quienes acamparon al frente de ellos como acostumbraban, Baigorria se movió con los de él en el número de treinta y tantos, solamente los de su propia casa, Llanquetruz con su suegro y dos hijos de él. Como a las doce del día, vieron levantarse polvo en donde estaban los demás y creyeron que estaban ensillando para mudarse cuando después de un rato, Baigorria vino y les dijo: “Tocayo, el polvo parece que se retira al sud”. Entonces hablando a Coliqueo y a Camú, fijándose en el polvo vieron que así era. Mandó alcanzar a Epuger, contestó que era cierto pero que le había dado la sonsera y no volvía. El indio Naguel volvió con su hermano solamente, quienes se asociaron a Llanquetruz. Baigorria inmediatamente dio cuenta, a Pedernera, de lo que sucedía. Pedernera ordenó que al día siguiente se marchase buscando la incorporación de su división Baigorria con Coliqueo, tiraron la marcha incorporarse al ejército Epuger como con cuatrocientos indios andaba robando por el departamento de Pergamino y Rojas. A los días, en la tarde, pasó por retaguardia del ejército al costado izquierdo, donde estaba acampado ya Pedernera. Esto fue en la Cañada Rica. Al otro día, muy temprano, se movió el Ejército sobre el Arroyo del Medio y en la tarde se dio la célebre batalla. Baigorria estaba con sus indios a la izquierda de Pedernera. Luego tuvo la orden de descubrir la extrema izquierda. Se marchó pasando por delante de la división que manda Lagos. A las cuadras le mandó decir Pedernera que hiciera alto. La artillería e infantería rompieron fuego sobre la fuerza enemiga y Baigorria acuchilló la caballería que disparó tal vez, sin tocar un tiro.

Con algún rato de noche volvió Baigorria a ocupar su colección en el campo de batalla en los momentos que el enemigo salía en retirada. Algunos cuerpos de caballería le persiguieron y Baigorria como no hallase a Pedernera, se mantuvo en su puesto hasta el otro día. Lo que amaneció después de reunírsele algunos que le faltaron esa noche, en persona, se dirigió al alojamiento del general y le dio cuenta a él por no estar su jefe inmediato. Urquiza después de agradecerle la conducta que había observado le dijo: “Vaya, dé de comer a sus caballos y prepárese que tiene que marcharse por el sud acompañado de Bustos”.

Después de esa batalla Baigorria remitió nota al cacique Mariano Rosas, poniendo en conocimiento la desertión de sus hombres, pues los que correspondía a la gente de Pichún seguían con él, al mando del cacique interino Yanquetruz y del sucesor su tocayo Manuel Baigorria.

Terminada la batalla era menester consolidarla y a Baigorria con sus ranqueles se le ordenó que lo acompañara a Bustos que era bien conocido en Bragado. A la llegada de Pergamino, se topó con una partida de gauchos a los cuales tuvo que hacer frente en cuyo entrevero muere el sargento Gil. Prosiguiendo la marcha llegó Rojas y por intermedio del comandante Luzuriaga recibió una nota del general Urquiza. Aquí transcribimos los párrafos más salientes de las memorias de Baigorria:

Baigorria le dijo: “Señor, si cree conveniente mandaré una nota por el Rosario para que llegue a los indios, de avisándoles de esta jornada porque los indios que se me han ido sublevados han de llevar muchas mentiras”. Urquiza le dijo: “Dice bien, pues yo no me había acordado”. Se retiró a su alojamiento y a la tarde recibió órdenes de marcharse en alcance de Bustos, que ya se había ido por el punto que le había indicado. Del Pergamino tomó razón que Bustos había tomado la dirección a los manantiales. Durmió al lado de abajo del Pergamino: allí perdió al valiente Sargento Gil, su pariente y compañero que desde el año cuarenta que solo dos años estuvo separado de él (en aquel espacio), el que habiendo ido con un amigo al pueblo a su regreso fue asesinado por una partida de gauchos. Al día tomó al Arroyo abajo. De la estancia de Lagos, más allá en una casa, encontró a un negro que dijo que era de la Escolta de Urquiza y como tenía ropa militar, lo hizo marchar con él y a poca distancia campó. El dicho negro se había ido con unos cuantos indios sin que él ni Coliqueo tuvieran conocimiento, los que habían ido a saquear en una estancia. Esa tarde recibió orden de Urquiza de ir por Rojas en donde estaba el comandante Luzuriaga. No marchó en el momento, porque los expresados indios no aparecían. Coliqueo esa noche averiguando supo que algunos de los indios habían vuelto y a los otros los habían tomado Baigorria que supo por Coliqueo, preguntó dónde estaba el individuo que había ido con ellos, le dijeron que en el alojamiento de Raniqueo. Mandó a pedirlo cuando ya amanecía, viniendo a su presencia después de hacerles cargos porque se habían ido a robar, lo mandó a fusilar. Ensililaron y tiró marcha hacia Rojas. Llegó y por el comandante Lusuriaga recibió una nota de Urquiza en la que le ordenaba que de allí despachase a los indios que se fueran y

que Lusuriaga le entregaría yerba, azúcar, tabaco y hacienda con concepto de mandarlos contentos. A él ochocientas cabezas de ganado y que se regresara a su cantón y le decía que con ello recuperase algo de los gastos que había en la movilización de los indios. Se acampó en la Loma Negra, allí recibieron las haciendas para los indios y los demás artículos. A Coliqueo no le alcanzó la hacienda para algunos y manifestándole a Baigorria le dijo: “En el Fortín de Mercedes me van a entregar una hacienda, déjalos conmigo que yo les daré de ella.” A los que quedaron les dio cuatrocientas cincuenta y el resto lo arrió para el Tres de Febrero con lo que pagó a D. Adolfo Ortiz cuatro mil doscientos pesos en que se había empeñado para gastos de los indios.

Consecuencias de la batalla de Cepeda

Después de la caída de Rosas en la batalla de Caseros, la provincia de Buenos Aires no había aceptado la Constitución del año 1853, aprobada por el Congreso General Constituyente el 1° de mayo y reunido en Santa Fe el 20 de noviembre.

Como vemos, la separación de Buenos Aires del resto de las provincias ocasionaba malestar nacional y tuvo como consecuencia la batalla memorable de Cepeda, con la cual, por el tratado de San José de Flores, que se celebró el 11 de noviembre, después de la renuncia de Alsina, quedó resuelta la incorporación de la provincia de referencia al resto de la nación, previo examen de la Constitución de 1853 a través una asamblea que se reunió en febrero de 1860, prolongando sus sesiones hasta el mes de mayo, cuando concluyeron con la introducción de algunas modificaciones en el texto primitivo de 1853.

CAPÍTULO XII

La presidencia del doctor Santiago Derqui

Terminada la presidencia del general Justo José de Urquiza, correspondió la primera magistratura al Dr. Santiago Derqui, siendo el vicegeneral Esteban Pedernera, cuyas relaciones con el coronel Baigorria fueron siempre tirantes.

La revolución de Córdoba

Llegado a la presidencia el Dr. Derqui, estalló una sublevación en Córdoba y de allí la controversia con el coronel Baigorria, que dio por resultado desligarse de la causa del general Urquiza y unirse con el general Mitre, el cual proseguía con la causa de Buenos Aires, que pareció en principio había quedado solucionada con la aprobación de la Constitución en forma definitiva, pero resultó que los primeros diputados al Congreso Nacional, mandados por la provincia de Buenos Aires, fueron rechazados por no haberse ajustado la elección a lo que disponía el art. 37 de la carta fundamental, y así se sucedían los hechos, en un mar de conspiraciones.

Dadas las razones del coronel Baigorria, a quien seguimos en sus memorias, vamos a transcribir literalmente esta parte de las mismas hasta la unión con el general Mitre:

Pedernera le dijo: "Sí, coronel, Ud. llama veteranos, pero entre esos, hay potros que domar". Baigorria le contestó: "Sí, mi general, es verdad que los hay, pero son los que nosotros mismos hemos vuelto potros". Pedernera le dijo: "¿Cuáles son esos?". Baigorria contestó: "Son señor los que tiene V. S. en su establecimiento, los dos que tiene el comisario en el de él, los dos que tiene el comandante López en el de él, los que tiene el comandante Varela en su servicio, fuera del Cuerpo. El que tiene de custodio Acosta. Todo esto hace más de dos años que no forman y no será extraño que hayan perdido la disciplina". El general le dijo con desagrado: "No es la primera vez que me da con esto, pero voy a buscar peones para conchar". Baigorria le contestó: "Es como debemos hacerlo". Concluida esta disensión, se despidieron y Baigorria tiró su marcha para el Tres de

Febrero. López vino al Río 4° y murió en de una enfermedad. En el tiempo que Derqui se recibía de la presidencia y Pedernera de la vicepresidencia, tuvo lugar la revolución, en Córdoba, al gobernador Frageiro. El coronel Domínguez, jefe de E. M., residía en el Fuerte Constitucional y (después Villa de Mercedes) provincia de San Luis, Baigorria recibió una nota del Coronel Oyarzabal, le decía en su nota: “En estos momentos acabo de recibir parte que ha habido una revolución en Córdoba. El gobernador ha sido tomado preso estando fuera de la ciudad y yo me marcho con la Guardia Nacional, a cuidar de los desórdenes que puedan haber. Le aviso para que tenga cuidado al respecto”. Baigorria contestó en estas palabras: “Nunca he dudado de la juiciosidad y patriotismo del señor coronel”. Baigorria había recibido del ministro de Guerra una orden (general) por duplicado, a fines del cincuenta y cinco y a principios del cincuenta y seis en que decía: “los Comandantes de Cuerpos del Ejército Nacional, destacados en las provincias, observarán esta conducta. [Si] el gobernador de la provincia hubiese tenido una revolución en el interior de la que manda, u otro caso semejante, los comandantes prestarán su cooperación, dando cuenta inmediatamente, a la inspección general”. El mayor del cuerpo de Tristán Calderón, que se había quedado en el Rosario ocupado, llegó en esos días al Río 4° y se apresuró a imponer al coronel de la revolución. Baigorria le contestó que inmediatamente arribase al fuerte Calderón, dio cumplimiento a la orden. Baigorria que con impaciencia esperaba que el gobierno le pidiera su protección, llegó don Alfonso Ortiz, enviado por el Dr. Peña, quien había quedado de gobernador cuando el propietario salió a la campaña y fue tomado, pidiéndole protección. Baigorria en cumplimiento de las órdenes que tenía, en el acto se puso en marcha con su fuerza que constaba de doscientos y tantos hombres. Oyarzabal ya se había marchado a Córdoba. Baigorria llegó al Río 4° y repuso las autoridades que Oyarzabal había mudado y pasó por detrás de Oyarzabal. Del Río 4° los partidarios hicieron volar un chasque dándole cuenta que Baigorria iba por retaguardia. El chasque llegó a los altos de Córdoba en los momentos que Oyarzabal disponía su línea de batalla para atacar al pueblo. Cuando el enviado llegó, Oyarzabal estaba al frente de su línea y en alta voz le preguntó qué es lo que hay; el enviado dijo: “El coronel Baigorria viene por su retaguardia y deben ser aquellos polvos que aparecen por sobre la huella que V. S. ha venido”. Oyarzabal se quedó en silencio y a la fuerza, se empezó a disolver en grupos. Sin más que estos Oyarzabal hizo lo mismo y fue a dar al Rosario. Hubieron solo unas pocas

pérdidas, por las primeras guerrillas, Baigorria en Tegua tuvo la noticia de la disolución de las fuerzas enemigas pero continuó su marcha por saber el resultado del gobernador del Río 4°. Había dado cuenta a la inspección como se lo tenía ordenado y también lo hizo al día siguiente que llegó a Córdoba. A los cuatro días de permanecer en aquella capital, recibió una orden del jefe de E. M. en la que terminantemente le ordenaban se volviese a su cantón, haciéndole responsable. Baigorria contestó la nota diciéndole que ya hacía cinco días a que estaba en aquella ciudad habiendo venido a protección del gobernador legal y que ya había dado cuenta a la inspección general. El gobierno le dio a Baigorria ochenta y tantos hombres de los prometidos para que remontasen su cuerpo. Se retiró a la frontera y al pasar por el Río 4° hubo de haber un levantamiento por los restos que llevaban, fueron descubiertos por unos de los mismos. Al comandante Varela fue quien se le descubrió este secreto, él inmediatamente redobló la guardia y aseguró a los cabecillas denunciados. Después de esa operación, se fue a lo del coronel y dándole cuenta de lo que sucedía, le dijo: “Señor, estos pícaros deben ser quitados ahora mismo”. Baigorria le dijo: “No, me haré padecer un inocente por culpable. Se averiguará la verdad y se castigarán a los que hayan encabezado”. Se formó un Tribunal Militar, compuesto por don Adolfo Ortiz, comandante de la G. N., el D. Ramón Clara, comandante de cívicos, Varela, el coronel y [presidente], Calderón, fiscal. Se hizo comparecer a los cabecillas de uno por uno: se interrogaron de lo que se levantó un acta e inmediatamente de concluirse fueron confesados y fusilados. Rocha había sido soldado del cuerpo de López y tenía veintiuna deserciones. Merlo del 7° tenía cuatro deserciones, todas con gravedad. En la última se ganó tierra adentro con otro desertor del 4° a quien lo mandaron los indios a San Luis y el coronel Isgas lo tomó e inmediatamente lo fusiló, y Merlo fugó con los indios, fue a Buenos Aires, se echó el vapor Pinto y al frente del Paraná se sublevaron matando a Moratorio, capitán del buque. Desertó de allí y fue a entrar en la revolución de Córdoba. El otro había sido soldado, pero quien había tocado los demás fueron fusilados los tres. Como la revolución había sido por disposición del nuevo presidente, a Baigorria se le desaprobó y fue llamado a contestar cargos Pedernera como jefe más inmediato de Baigorria, le pidió las causas por las que había fusilado a aquellos tres individuos. Baigorria en la nota que contesta, hizo poner el acta que se había levantado para la ejecución, además añadió que en su cuerpo se habían fusilado a otros, sin la menor tramitación. Saliendo de su fuerte, en el Río 4° a las doce de la

noche lo alcanzó un chasque de Coliqueo diciéndole que era de urgente necesidad verse con él antes que fuese al Paraná, nombrándole el punto de guero para su entrevista. Baigorria, como no podía saber por qué Coliqueo le pedía la entrevista con tanta exigencia, se volvió al Río 4° y dio cuenta. A los chasques de Coliqueo los despachó derecho al guero y él se fue al fuerte para salir de allí a la entrevista con Coliqueo. Habiendo llegado al Tres de Febrero por la noche. Al otro día de mañana recibió un golpe de un caballo lo que impidió su partida. Inmediatamente avisó a Coliqueo por lo que no podía personarse. Coliqueo inmediatamente se puso en marcha para el Tres de Febrero con sus cuarenta indios de lanza. Coliqueo cuando arribó donde estaba Baigorria, le dijo: “Amigo, habiendo andado unos indios de los míos en el Río 4° y entre ellos un lenguaraz, estaban en la tierra de los Arguellos comprando algunas cosas, donde estaban varios sujetos reunidos y uno de ellos le dijo: ‘Me dicen que Baigorria se va pa’ el Paraná’. Otro contestó: ‘Sí, se va pero si [es que] llega, no volverá’. Los indios por el momento se fueron y me dijeron esta noticia y es por lo que te he mandado alcanzar y no conviene que tu vayas, ¿qué haré yo después, con saber que te hayan muerto?’. Baigorria le dijo: “No temas amigo, yo estoy seguro de que no he dado motivos para que el gobierno me castigue”. Coliqueo le dijo: “Urquiza no te castigará pero si otros te matasen, ¿quién va a remediarlo después de lo hecho?”. “Mandemos a Antonio —le dijo— a donde Urquiza y según que él diga entonces irás: yo no me moveré de acá con los indios que he traído sin saber el resultado”. Baigorria, al ver a su amigo tan alarmado y que no podía disuadirlo, mandó a Antonio, su sobrino, por condescendencia con Coliqueo. Antes que el enviado hubiese llegado, recibió Baigorria una nota de Victorica, ministro de la Guerra, y una carta del general Urquiza, su amigo: “Coliqueo todavía desconfiaba, dudaba si esa fuese la firma de Urquiza”. Baigorria le dijo: “Yo la conozco, es la firma de él, además, como te he dicho, yo no tengo nada que temer”. Coliqueo le dijo: “Bueno, amigo, anda que yo me quedo acá, hasta que vuelvas”. Baigorria se marchó y en el Rosario una orden del capitán general que se fuera tierra adentro porque había sabido por el cónsul chileno que mil seiscientos indios habían pasado la cordillera encabezados por Rínque y se dirigían a lo de Calfucurá, su hermano, para invadir Buenos Aires, y que sin omitir sacrificios era preciso contenerlos, nada menos que él y el presidente, iban a marcharse para Buenos Aires, a tener una entrevista con el gobierno. Baigorria, teniendo en vista que no podía ir sin llevarle algunos regalos, le escribió para

Calfucurá y demás caciques en un mismo tenor. A Calfucurá le dice: “Pepe, viniendo en marcha yo para el Paraná, en este punto encuentro la disposición de Urquiza que vaya a verlos y contener la invasión que se sabe viene, con dirección a Buenos Aires encabezada por tu hermano el cacique ranquel: y como el capitán general y el presidente Derqui están para salir para tener una entrevista con el gobierno de Buenos Aires, el capitán general me dice que bajo la amistad que se han profesado, espera no le comprometan. Yo por mi parte te diré: que es preciso que a toda costa contengan la referida invasión. Ten en vista, Pepe, que aunque sea tu hermano, yo como lo conozco te digo: ellos solo vienen a robar y se van y el compromiso queda para Uds. Yo como encargado de la relación, si Pichún mi hermano, no hubiera muerto, él sería de estos afanes, pero cuando él ya no existe a vos Pepe, es a quien le pertenece hacerlo. Esta te escribo, por no perder tiempo. En pocos días estaré con Uds. en este tiempo el general Pedernera ya no era jefe de la circunscripción militar, había recaído en el general Virasoro”. Baigorria, después de escribir a Coliqueo, hiciera pasar volando la comunicación para Calfucurá, se fue al Paraná y viéndose con el ministro de Guerra le hizo ver que era la necesidad llevarles regalos a los indios, más cuando era una entrevista de tanta trascendencia. Victorica no trepidó, le dio por todo el valor de tres mil pesos, con orden de que lo que no llevan de allí sacase en el comercio de Río 4° y pasase la cuenta para ser abonado. En estos días que Baigorria se estaba equipando, el capitán general, el presidente y el ministro se fueron a Buenos Aires y quedaron en el mando el vicepresidente y el general Francia de ministro. El comandante Varela también había salido del regimiento 7° y se hallaba allí. A los tres o cuatro días de haberse recibido Pedernera de la presidencia, el diputado don Ramón Gil Navarro presentó una interpelación en contra de Baigorria y en favor de los tres que había fusilado en Río 4° el sábado de Dolores del mismo año. En la noche empezó a correr la noticia de la interpelación, [el Dr.] Campillo y otros tantos amigos de Baigorria de los senadores vinieron a verle y ofrecerle. Baigorria les agradeció y les dijo: “Hago muy poco caso de esta interpelación”. Al día siguiente el ministro de Guerra le pasó el expediente ordenándole informarse al respecto. Baigorria le dijo a Calderón, su mayor que andaba con él: “ponga el informe omitiéndome el acta que se levantó en el Río 4° porque esa ya está en poder de Pedernera y el capitán general”. El ministro le dijo que si a medianoche se concluía, a esas horas se mandase tocándole la ventana para recibirlo. A la una de la mañana le fue entregado. A las

ocho de la mañana lo hizo llamar y le dijo: “Coronel, he recibido el expediente, está bueno, pero le falta lo esencial que es el sumario seguido en el Río 4° por cuanto eso tiene que servir de cabeza de proceso y como Ud. tiene que marcharse yo tendré que contestar y me hace falta”. Baigorria le dijo: “El acta levantada en el Río 4° que se levantó para fusilar a los tres reos a que se refiere el expediente. El vicepresidente como jefe de la circunscripción, me la pidió y está en una nota, que en cumplimiento de una orden que recibí de él, le remití. Pídase esa nota inclúyase el expediente y se encontrará”. El ministro le dijo que aun cuando la hubiese dado, era preciso ponerlo. Baigorria le dijo: “Señor, será imposible por la distancia en que está el archivo de mi regimiento, en donde están esos antecedentes”, y con esto se despidieron. Al otro día temprano pasó el ministro por el hotel y preguntando a Baigorria le dijeron los asistentes que estaba durmiendo. El ministro les dijo: “Despiértenlo y díganle que digo yo vaya por mi casa que lo preciso”. Baigorria en el momento se prendió la espada y salió. El ministro que estaba en preparativos para el 9 de Julio, se encontraba reunido con varios jefes. Al presentarse Baigorria, el ministro le dijo: “Coronel, anoche ha llegado el vapor y sale a las cinco de la tarde, prepárense pa’ marchar y ya está despachado”. Baigorria le dijo: “Señor, yo no podré marcharme”. El ministro le dijo: “Ud. está en comisión por el capitán general y se marcha”. Baigorria contestó: “Es verdad, señor, pero no puedo, reempláceme”. El ministro le dijo: “Yo se lo ordeno y se marcha”. Baigorria le contestó: “Aunque me lo ordene no quiero ni puedo”. El ministro le dijo: “¿Y qué desconoce Ud. la acción del gobierno nacional?”. Baigorria le dijo: “Sin desconocerla no puedo, mi reputación está ajada y quiero vindicarme. Sabe, pues ese señor diputado interpelante, ¿a quién ha tratado de carcelero en su interpelación?”. Baigorria después de esto le dijo: “Señor ministro, mucho le molesto, me retiro a mi alojamiento a esperar las órdenes de V. S.”, y tomó la puerta. Luego el ministro mandó al mayor Calderón que vivía con él a fin de que este hiciese ceder a Baigorria, como Campos y amigos Calderón; escuchó todo lo que le dijo de Baigorria, que era que le había desobedecido, Calderón entonces le dijo: “Sí, señor ministro, le ha desobedecido, ¿qué me dirá a mí que soy más subalterno?”. Entonces el ministro le dijo: “Lo mandaré, vaya, dígame que no le ordeno que como de José M. Francia a Manuel Baigorria le suplico a mi compañero que ceda”. Cuando Calderón le hizo esta relación, Baigorria le dijo: “Vaya entonces Ud. mayor y dígame al señor ministro que estoy arrepentido, que me dé sus órdenes y que se haga cargo que en tales casos

como se halla el alma de un soldado ofendido quien nunca se ha parado en medio por su honor”. Con esto concluyeron y más tarde fue en persona a despedirse de él. Baigorria se marchó, en el Río 4° encontró a su amigo Coliqueo que había andado en Córdoba de paseo. Su amigo se fue a los Toldos y él a los pocos días en mulas de su propiedad, alzó diez cargas para agasajos para los indios y se marchó tierra adentro sacando de lo de Coliqueo a un capitanejo de lo de Mariano, otro, y de lo de Llanquetruz, a su tocayo, pasó a lo de Calfucurá quien por las cartas de Baigorria había hecho regresar a su hermano Rauque, quien encabezaba la invasión enunciada. Durmió muy inmediato de los Toldos de Calfucurá y en la mañana cuando se movió, mandó al capitanejo de Coliqueo y a un cuñado de Baigorria a saludar a Calfucurá y a anunciarle su arribo. Calfucurá, que había pasado la noche tomando, lo hizo regresar, y en el momento mandó a su hijo Namuncurá con un corneta y dos más, a encontrarle. Estos le condujeron a Calfucurá que por disipar la embriaguez se había lavado la cabeza, Baigorria acompañado de Namuncurá, entraba al toldo de Calfucurá goteando agua su pelo y envuelto en un quillaqui de cuero, se precipitó y abrazándolo, le dijo: “Ah, Pepe, me parece que abrazo a mi amigo Pichún que ya no vive”. Se sentaron después del saludo de costumbre, Calfucurá le dio cuenta de haber cumplido con lo que le recomendaba en sus cartas anteriores. Baigorria después de algunas insinuaciones más como amigo, le agradeció a nombre de su Gobierno. Calfucurá le dijo: “Si me traes algo, dame primero dos botas de aguardiente y un poco de tabaco para mandarle a Reuque, que todavía está cerca y se me va un poco disgustado, después te contaré cuánto he trabajado para hacerlo volver”. Baigorria abriendo un rollo de tabaco, le acomodó la mitad, las dos botas de aguardiente, una arroba de yerba y otra de azúcar y un poncho de dos paños para que le mandase. Baigorria le entregó de todo: dejó solo un barrilito chico y una bota de aguardiente para sus relaciones particulares. Calfucurá hizo reunir a toda la indiada incluso las chinas, a estas empezó a repartirles primero de una carga de harina, otra de pasas de higos, otra de bizcocho y yerba y azúcar, a todos un poquito. Calfucurá con tal alegría como un padre de familia reparte a sus hijos y después se sentaron en la playa y se emborracharon hasta el día siguiente. A los tres días, Baigorria se retiró con sus compañeros dejando a Calfucurá muy contento, él no iba menos por haber llenado con buen éxito su comisión. Después de estar algunos días en lo de su amigo Coliqueo, regresó al fuerte y luego pasó a San José a dar cuenta de su comisión al capitán general. En el

momento que llegó al fuerte, dio cuenta por una nota, pero tenía que ir a satisfacerlo [particular] personal del Rosario se fue por el Uruguay. Llegó como siempre y extrañó que Urquiza no hiciese entrar a hablar con él, hasta el otro día. A las ocho de la mañana mandó decirle con su ayudante que entrase, Baigorria entró y después de hablarle detalladamente en orden a su misión, Urquiza le dijo: “No, si tuvo miedo, pero yo le conozco muy bien, es Ud. muy patriota y muy hombre de bien, pero nos hacen errar los doctorcillos”. Baigorria le contestó: “Señor, yo he servido algunos años, debía saber en qué he faltado a mis deberes y no saliendo deseo se me haga conocer”. Urquiza le dijo: “La ida a Córdoba no fue buena”. Baigorria le dijo: “En orden a eso, señor, en mis anteriores notas, he dicho que no estaba arrepentido, lo repito, no lo estoy y me basta con haber conocido desde que tuve uso de razón que en un país constituido el ejército nacional, es centinela del orden y yo no tengo a quien preguntar por quién es criada una revolución para repelerla”. Urquiza contestó con silencio y se separaron. A los diez y ocho días, de regreso por el Rosario con el fin de obtener del general Virasolo que era ya el jefe de la circunscripción, orden para reclamar unos haberes para sus soldados, pasó al Paraná y allí permaneció algunos meses sin despachar. En este tiempo se tuvo lugar de observar la conducta del presidente Derqui hacia él. Al partir Derqui para Córdoba se le despachó dándole algunos meses de sueldos y vestuarios para sus soldados. En el Rosario por López Jordán, recibió una nota del gobierno en campaña en que le ordenaba que, en el momento de llegar a su fuerte, le diera cuenta de su arribo para darle órdenes. Llegó al Río 4°. Allí encontró al hijo menor de Coliqueo con tres indios más, que iban para el Paraná a buscarlo. Los hizo detener para irse con ellos al fuerte. A los dos días de estar allí se supo de las fuerzas de Juan Saá que habían llegado a Achiras. La villa se ponía en gran movimiento. A este tiempo recibió también carta de un amigo, desde Rosario, en que le avisaba que Olibencia había sido nombrado para ir a ponerse a la cabeza de la relación con los indios. Estos y otros puntos más, le hicieron conocer el pensamiento de sus adversarios. Por la tarde el comandante Ortiz, salió con la Guardia Nacional hacia el camino de Achiras. Él con Calderón ya habían trazado en silencio su tirada. A los indios de Coliqueo hizo tomar sus caballos y a la oración cerrada fue el indio Cristo a su alojamiento y llamándolo a secreto, le dijo: “Quiero que me digas hermano, que es lo que hago pues yo, he estado a tus ordenes de ponerme a las del coronel Oyarzabal”. Baigorria le dijo: “Desde que sean órdenes del ministerio de

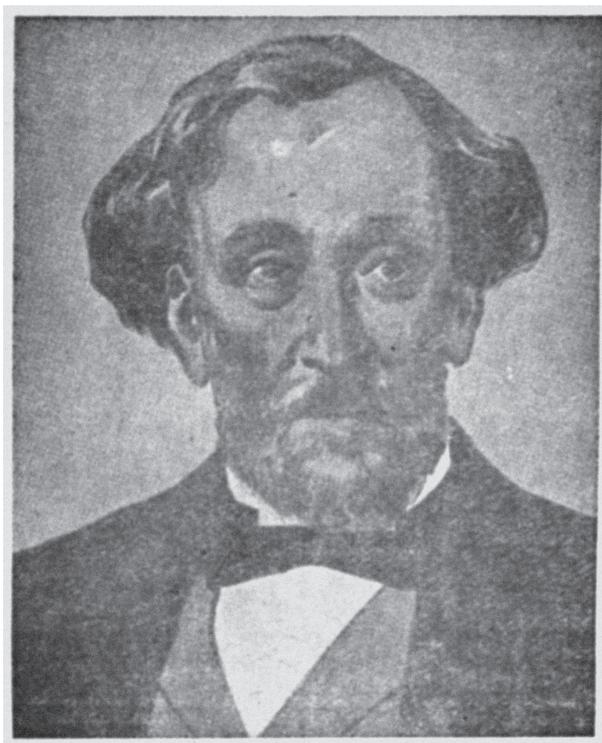
Guerra o del presidente, debes cumplirlas sea como sea”. El indio se separó haciendo conocer vivamente el enajenamiento que le causaba y se fue. Un amigo le proporcionó veinte y tantos caballos para su marcha y otro le ofreció dos que tenía a pesebres, en su casa. Luego supo que Cristo había salido con todos sus indios de la población. A la una de la mañana salió sin avisar a nadie, solo a Calderón, y se fue con los otros cuatro indios, Coliqueo y dos asistentes para el fuerte. Oyarzabal antes de aclarar entró a la plaza, tomó el cuartel. A Baigorria le buscaron con interés y ya no le encontraron. Arribó al Fuerte y encontró a un enviado de Baigorria diciéndole: “Tocayo, con un oficial que ha mandado Juan Saá, con este le manda a decir a Mariano que vos no debes volver al fuerte por ningún título que él lo deshaga de una vez a Coliqueo. Esto te aviso para que no te descuides y si no te hallasen a vos, que le avisen, le digan a Antonio para que él te avise donde quiera que estés”. Baigorria, posesionado de todo esto, inmediatamente mandó a un indio con un cristiano a llamar a Coliqueo. Este inmediatamente se puso en marcha para el fuerte con Ranquileo y cuarenta indios. Las entrevistas fueron de bastante alegría, por hallarse reunidos, Baigorria estando solo con Coliqueo y Ranquileo, le dijo a Coliqueo: “Chescui, nosotros nunca como amigos, hemos acordado de traicionar al gobierno nacional y refiriéndose todos los datos que había tomado”. Le dijo: “En vista de todo esto, a Buenos Ayres amigo”. Coliqueo le dijo: “Vos sabés que yo no me he de separar por nada, iremos a donde vos digas, pero te diré, hay una seca extraordinaria en los campos y no hallaremos agua”. Baigorria le dijo: “Llevaremos herramientas para cavar, pero es preciso irnos cuanto antes que recibamos algún contraste por estos o por aquellos”. Raniqueo fue de la misma opinión.

Llamó a Calderón, dispusieron mandar al ayudante Pueblas y a Simón, hijo de Coliqueo a Buenos Aires. Coliqueo con estas disposiciones ese mismo día se regresó dejándole catorce indios en su compañía. Baigorria le dijo a Coliqueo: “Mañana o pasado lo que escriba para el Gobierno de Buenos Aires, te mandaré al ayudante para que los despaches vos de allá”. El día que partió el mencionado ayudante llegó el teniente Ledesma, su sobrino que lo tenía en Río 4° en observación entró a su alojamiento y le dijo: “Señor, ¿qué ha mandado a Buenos Aires?”. Baigorria le dijo: “¿Sí, y que le parece?”. Ledesma le contestó: “¿Es posible señor que se pierda y nos pierda a todos? Sublevándonos del Ejército Nacional se nos ha de poner fuera de la ley. Se dice más, que los cuerpos enteros se están viniendo de la provincia de Buenos Aires, tal vez harán algún tratado y

nosotros quedaremos aislados”. Baigorria le dijo: “Teniente, qué chico es Ud. amigo, que tiene presente la revolución de Fraguero por lo mismo, presidente de la república, la disolución del cuarto por un gobernador de la provincia, los asesinatos en San Juan y que el asesino en lugar de ser castigado ha sido elevado, ¿en premio a sus delitos?, ¿y no se desengañará Ud. que nuestro gobierno es una farsa?, no amigo, el hombre verdaderamente patriota observa las leyes, cumple con ellas y cuando las ve violar, si puede las hace respetar. Si somos desgraciados como Ud. dice, nos quedará la satisfacción que, por no lavarnos las manos en la sangre de nuestros pueblos, hemos dado el paso que vamos a dar: yo seré por cierto el verdugo de mi patria, el que no se anime a ir conmigo quédese que yo con los que sean de mí mismo modo de pensar me voy; tengo siempre al indio Coliqueo, mi amigo que me acompaña como ha hecho siempre en tiempos de Rosas”. Escuchando todo esto, Ledesma se convenció y le dijo: “Señor, donde vaya iremos”. La orden de ponerse a las órdenes de Juan Saá. Esto lo había conocido y lo esperaba desde que estaba en Paraná donde tuvieron bastantes conferencias, bajo la máscara de amigos, con Felipe, a quienes tres hermanos el año cuarenta, por ser hijos políticos del sargento mayor D. Blas Videla, los sacaron de la carpeta y los elevaron al rango de oficiales y el señor presidente Derqui tuvo a bien ponerlo a las órdenes de Saá sí que le hubiera dado motivo por lo que Baigorria considerándose vejado por su gobierno tuvo que sublevarse. A Urquiza como vencedor de la tiranía sentía dejarlo, pero no pudo menos que hacerlo. En Calderón, su compañero en aquella actualidad, conocía que vacilaba mucho y como este había sido criado por Aldao no dejaba de desconfiarle. Un día de estos estaba Baigorria paseándose muy temprano en la puerta de su cuarto, cuando el mayor vino con el parte y después de recibirlo le dijo: “Mayor, ¿ya se ha puesto para marchar?”. Calderón contestó: “Señor, nos faltan tantas cosas que lo menos que tendremos que demorar serán quince a veinte días, porque tenemos que llevar seis cajones de municiones fuera de uno que ya está principiado y no tenemos ni aparejos, ni látigos”. Baigorria vaciló sobre esto y separándose de él llamó a un asistente que comprendía la lengua, sabía hablar la lengua del indio y le dijo: “Tome tales caballos y se va volando a lo de Coliqueo y dígame a solas que no me mande los chasques hasta que yo no le avise”. Después de esto hizo llamar al mayor y le dijo: “Mándeme al teniente Rodríguez y a este le dará los hombres que él elija y Ud. me hace sacar los cajones de munición a la plaza. Este que dice está comenzado, repártalo a la tropa”. Vino Rodríguez a

quien encargó como más práctico de las cargas diciéndole “pida Ud. los hombres que considere más capaces, entre ellos el cabo y mande tomar de mis mulas, las que haya mejores para cargar, se va a lo de Arriero y le pide a mi nombre todos los aperos que precise preguntándole lo que valen y me pasa la cuenta para abonarle”. Entre las dos y las tres de la tarde, Rodríguez se marchó. Entonces llamó al mayor y le dijo: “Señor mayor, mande a llegar la caballada y haga echar llamada y ensillar”. Cuando la tropa llegó a la plaza con sus monturas, paseándose a caballo por delante de las compañías les dijo en persona: “Soldados, el que tenga mujer sin familia y quiera llevarla tómelas. Tal vez demoraremos algunos días”. Los soldados llevaron en el número de cincuenta y tantas mujeres. Al entrarse el sol tiró su marcha para tierra adentro, anduvo como legua y media y acampó en la noche. A Rodríguez mandó orden de que fuese a pasar el otro día a una laguna conocida en distancia de dos leguas. Llegan allí después de acampar, mandó nuevo chasque a Coliqueo diciéndole hiciera salir a los enviados. Sus jornadas fueron muy cortas, porque iba ocupándose en preverse de haciendas y para el sostén, las que arrió de su puesto y también algunos caballos que les proporcionaban los suyos. A los seis días llegó al Cuero, en donde estaba su amigo Coliqueo, allí pasaron quince días antes de partir a Buenos Aires. Allí recibió sesenta y ocho caballos que le mandó de su puesto la chinita Ichivan para su marcha. Mandó a uno de sus sobrinos a lo de Mariano a pedirle una entrevista, la que ese le negó. Recibió también carta del general Urquiza, la que contestó en estos términos: “Mi general, con nadie estoy más resentido que con Ud. porque ha permitido, siendo capitán general, ver vejar a su subalterno y no ha definido su derecho, sabiendo que él no es capaz de hacerlo. Como amigo, mucho le debo, desearía serle útil en cualquier distancia o espacio. Pero como a jefe nada le debo, señor no me ha correspondido. He salido de mi cantón con la resolución de que si no encuentro asilo en los pueblos civiles preferir de nuevo los desiertos hasta morir. A Dios, mi general. A Dios”. Antes de partir del Cuero para Buenos Aires, llegó también una comisión mandada por Juan Saá. El contesto de Baigorria fue que ya habían contestado una carta del general Urquiza, y que no tenía más que contestar. Al indio Cristo también lo habían mandado como para que persuadiese a Coliqueo, el cual tampoco no consiguió nada. Al día siguiente de regresar la predicha comisión, llegaron el ayudante Puebla y el hijo de Coliqueo, de regreso de Buenos Aires. El gobernador Mitre aceptó a Baigorria en todas sus partes y le prometía mandarle encortar con caballadas.

Como hemos visto, todo héroe tiene sus contratiempos y sus rivales, así en la mayoría de los casos se malogran grandes aspiraciones de hombres sanos, pero aquí felizmente la suerte de las armas protegió a quien se quiso menoscabar como veremos en el capítulo siguiente.



General don Bartolomé Mitre. Vencedor de Pavón y primer presidente de la República después de esa batalla con la que se selló la unión nacional. Sincero amigo de los ranqueles, a quienes recibió después de la disidencia de estos con el presidente Dr. Santiago Derqui. Se preocupó de la atención médica del distinguido cacique don Ignacio Coliqueo y contó con el decidido apoyo de estos varones pampeanos para dar la célebre batalla.

CAPÍTULO XIII

La unión de los ranqueles con el general Bartolomé Mitre

El coronel Baigorria mandó a Buenos Aires una comisión que la formaban un hijo de Coliqueo y un ayudante de nombre Pueblas, los cuales regresaron con la noticia de que el gobernador Mitre los aceptaba y de inmediato les remitió caballadas para que se pusieran en marcha.

Para mejor comprensión del pacto y batalla, vamos a transcribir tal como lo relata el coronel Baigorria en sus memorias:

Emprendieron sus marchas rompiendo todas las dificultades porque los campos estaban en una seca extraordinaria. Baigorria, con el hijo mayor de Coliqueo, marchaban a vanguardia. Cavando agua, y los demás por provisiones de día en día seguían el movimiento. Como era de necesidad en algunas partes, paraban algunos días. Calderón se afligía y cuando ya emprendieron la marcha le decía al coronel: “Señor, imposible es que si el cuerpo no se subleva al menos deje de disolverse. Los hombres dejan su país, muchos sus familias y otros sus afecciones y es imposible no tengamos algún contraste”. Baigorria le dijo: “Mayor, vayan Uds. adelante a Buenos Aires y déjeme por las caballadas, no se puede llevar una marcha precipitada, porque tendríamos que quedarnos a pie. Yo abrigo las esperanzas de que mis soldados no han de sublevar, ni desertar”. Calderón se adelantó y en el momento que se marchó, Baigorria hizo formar a sus soldados, se prendió su espada, se presentó ante ellos y les dijo: “Soldados del regimiento 7, el año cincuenta y cinco fuisteis creados para centinelas del orden en el suelo donde nacisteis. Contribuisteis también con tus esfuerzos para instalar un congreso por el cual han sido dictadas leyes que hasta entonces no lo habían sido en la República Argentina. Más tarde habréis tenido el pesar como vuestro jefe inmediato quien os crió y tiene el honor de mandaros. Lo tiene, al ver las leyes que se han dictado pisoteadas, nada menos que el asesino de San Juan cuando debió ser castigado ha sido elevado. El hombre patriota debe siempre ofrecer su sangre para defender la tierra donde nació”. En la plaza de Buenos Aires se oyó la voz entre numerosos grupos, “venganza, venganza por la sangre de la desgraciada San Juan a Buenos Aires”. “Soldados, que allí está la libertad y la gloria. Viva la República. Viva el General Mitre”. “¡Viva!”, gritaron todos contestando

unánime demostrando la decisión de patriotismo que los alimentaba. Continuaron su marcha lenta, dilatada, sin que uno solo desertara. Coliqueo, como desgraciadamente iba muy enfermo, marchaba siempre un día después que el regimiento y su hijo que llevaba en la vanguardia con Baigorria. En el lugar denominado Lencarlobo, encontraron ochocientos caballos y un carro cargado de víveres que conducía el ayudante Pueblas y su compañero Simón Queo, quienes conducían siempre toda comunicación hasta incorporarse al ejército porteño. Baigorria, por no perder tiempo, alcanzó a Coliqueo que iba a Rojas, donde se hallaba el general Mitre con su ejército. Allí conoció Baigorria al gobernador de Buenos Aires y general en jefe de las fuerzas D. Bartolomé Mitre. Se dieron fuertes abrazos y se hicieron serias propuestas de amistad. Baigorria ese mismo día volvió a apresurar la marcha de sus compañeros. A Coliqueo, que venía ya en un estado de no poder marchar, lo alzó en el carro y lo llevó a Rojas donde lo dejó asistido por un doctor que Mitre había elegido para su asistencia quien le volvió la vida. Baigorria, por no haber llegado a las demás indiadadas, marchó con su regimiento y los hijos de Coliqueo con veinticuatro indios a incorporarse al ejército y se incorporaron en el arroyo Dulce. El general Mitre, al anunciarle su arribo, salió en persona a encontrarle, le saludó henchido de agradecimiento. En tanto se campó el regimiento ordenó el pago de cuatro meses al regimiento que por gratitud les había prometido. El general Mitre continuó su marcha hasta dar la batalla en el arroyo de Pavón. La corta división que Baigorria mandaba se le dio por colocación la extrema izquierda del ejército donde el día de la batalla, hizo conocer su decisión y valor. Baigorria, después de algunas cargas, por la muchedumbre de fuerzas enemigas que se le interponían, no pudo replegarse a la infantería. Se vio en la necesidad de retirarse a la Mar Chiquita donde estaban llegando sus compañeros, los demás indios. Baigorria en el ejército fue puesto a las órdenes del general Hornos, este a los cuatro días de la batalla, arribo con un poco de fuerza al Pergamino. De allí pasó orden a Baigorria para que se le incorporara con la fuerza, traía a su mando a este como en Pavón. Para salir del campo de batalla le fue preciso repasar el arroyo y en el laberinto de una parte y otra, que se dispersaban muchos no lo vieron, adonde volvió para el sud y fueron a dar al Río 4°. El comandante D. Martiniano Charras con la G. a N. al de Junín también se dispersó la mayor parte, sin embargo, cuando recibió la orden de Hornos con lo que Charras pudo reunir el resto de su regimiento y sesenta indios más de los que ya habían llegado, se puso en marcha

por la tarde y durmió antes de llegar a Rojas. Al otro día, mientras los indios acompañaban a Moarras a algunas lanzas que le dieron, se fue con el juez de paz a almorzar a un hotel. Allí estaba cuando recibió esquila del juez de paz de Pergamino, que por orden del general Hornos le decía que acelerase su marcha que el enemigo se le presentaba por el lado norte de aquella población.

A Hornos lo habían tenido sitiado todo el día. Baigorria emprendió su marcha y sin hacer alto en ninguna parte, al ponerse el sol, entró al Pergamino sin ser atacado. Los enemigos que le vieron entrar cuando anocheció se habían retirado. Al aclarar recibió orden de Hornos de descubrir el campo que el día anterior ocupaban los enemigos. Baigorria se movió llevando en vanguardia a un oficial con su mitad a quienes hizo se diesen vuelta los ponchos para no ser apercibidos de los enemigos. Los colorados habían tenido una avanzada sobre el camino de San Nicolás, a la que al irse no la habían retirado. Del Rosario había venido un chasque con comunicaciones para Laprida y el sargento de la partida en persona conducía al chasque, los que fueron tomados por la descubierta desfigurada. Fueron los mencionados conducidos a donde venía Baigorria a la cabeza de su columna después de interrogarlos, el chasque le entregó un gran bulto de comunicaciones, Baigorria llamó al ayudante Puebla y le dijo: “Tome cuatro hombres y conduzca al general Hornos estas comunicaciones y esos dos individuos y dígame que se acaban de tomar”. Calderón le dijo: “Señor, creo que debe abrir las comunicaciones y enterarse de ellas antes de mandarlas”. Baigorria le dijo: “No mayor, tendría el derecho de abrirlas cuando me hallase en otra distancia pero en esta no”. Después de mandarlos continuó su marcha y no encontraron más enemigos en el campo, dio cuenta. Baigorria, mientras hizo caer los frenos a sus caballos, mandó descubiertas en todas direcciones. Como a las dos horas recibió orden de camparse en las primeras quintas antes de entrar a las calles. Esa noche al otro día le llegó al general Hornos otra fuerza de infantería de San Nicolás. A los cuatro días marcharon a incorporarse al general en jefe sobre el Arroyo del Medio. Después de reunidos, Mitre continuó su marcha con dirección al Rosario, pasando por el campo de batalla. El general Mitre pasó al arroyo Saladillo a las puertas del Rosario y sabiendo que no había oposición mandó una sola corta división a hacerse cargo de la ciudad y él, después de acampar a su ejército, penetró en ella con sus edecanes. Luego mudó al ejército de campo, a la costa del Paraná, sobre la margen izquierda de la ciudad. Allí permaneció algunos días. Más tarde

Baigorria se entrevista con el general, este le dijo: “Mándase los indios donde está Coliqueo que después irá a traer otros dos”. Otros días antes se marchó el general Flores a la Cañada de Gómez. Mitre lo llamó y le dijo: “Váyase a traer cuarenta o cincuenta indios y venga a incorporarse sobre el Carcarañá al cuerpo del ejército que va a marchar al interior”. Baigorria, en El Desmochado, se incorpora al general Paunero, quien lo mandaba. La de Gómez ya había pasado la que se encontró su cuerpo, menos él. En la guardia de la Esquina, el general Paunero le dio la vanguardia. Al despacharlo, Baigorria le dijo: “Me parece conveniente irme por la Carlota por ser más derecho para tomar el Río 4°”.

Paunero le dijo: “No debemos ir por Villa Nueva, allí recibirá nuevas instrucciones y tenga entendido que yo soy su protección y Ud. es la mía”. Baigorria continuó su marcha. Del Saladillo de Ruiz Díaz por disposición del general se desprendió el comandante de guardias nacionales D. Victorino Ordoñez con doce hombres del Regimiento 7° con dirección al Río 4° por la ruta de la Carlota y él continuó su marcha. En el Fraile Muerto tomó unas comunicaciones que venían del Río 4° por la posta para Virasoro de Allende y Oyarzabal, las que después de imponerse de ellas las remitió al general Paunero. Llegó a Villanueva sin oposición alguna. Allí permaneció hasta el arribo del general y después de recibir nuevas órdenes tiró la marcha con dirección a San Luis por villa del Río 4°. Al otro día recibió parte del comandante Ordoñez que Saá, Allende y Oyarzabal con una poca fuerza habían salido del Río 4° con dirección a Achiras. Antes de entrar al Río 4° le encontró otro, del mismo Ordoñez, que los mencionados sin hacer alto, se dirigían a San Luis. A Ordoñez ya se habían reunido, entre guardias nacionales y algunos de líneas dispersos en Pavón, ciento y tantos hombres, con lo que sentir por la retaguardia de Saá. Baigorria le ordenó hiciera alto, antes de pisar la provincia de San Luis. El comandante, sin respetar la orden que recibió, avanzó hasta la ciudad. Baigorria con los regimientos nacionales y los indios, continuaba su marcha. En Achiras lo encontró el comandante D. Carmen de Adaro enviado a su encuentro por Dn. Justo Daract, a quien había dejado Saá de gobernador poniéndose a sus órdenes. Baigorria tuvo que respetarle, antes de entrar a San Luis recibió orden del general Paunero de ponerse a las órdenes del coronel Rivas, quien iba por la retaguardia con más fuerzas para entrar en operaciones sobre las provincias de Cuyo. Baigorria en cumplimiento de la orden que recibió, permaneció en San Luis hasta la llegada de Rivas y se puso a sus órdenes. En los días que estuvo allí,

como Oyarzabal, había sido tomado en la provincia, el gobernador se lo entregó con tres oficiales más e inmediatamente lo remitió a las órdenes del general Paunero. Después de ponerse Rivas a la cabeza hicieron con- tramarchar a Ordoñez al Río 4° y se marcharon sobre Mendoza. Entraron sin oposición alguna. Saá y demás pasaron a Chile. De Mendoza, Sar- miento casi sin fuerzas se fue a San Juan, Rivas cuando recibió el parte de Sarmiento del buen recibimiento en San Juan se marchó también con el coronel Sandes y algunas fuerzas dejando los demás cuerpos a órdenes de Baigorria.

Este, antes de marcharse Rivas, de acuerdo con él, pidió licencia al general Paunero para volver él solo. El general estaba en Córdoba, le concedió la licencia y le ordenó también trajese los indios en su campaña. Baigorria, como lo tenían acordado con Rivas cuando obtuvo el permiso, puso los cuerpos a las órdenes del comandante Ruiz, dio cuenta a Rivas y se mar- chó. Del Río 4° pasó a Córdoba a tener una entrevista con el general. Este en sus conferencias, le dijo que ya había mandado orden que el Regimien- to 7° se regresase al Tres de Febrero. Baigorria se marchó a Buenos Aires, pasando por Junín donde estaba Coliqueo. A los seis días de estar en la Capital, el presidente Mitre le llamó y le dijo: “Coronel, en su cuerpo ha habido una sublevación encabezada por su sobrino Antonio, le ha quita- do el mando a Calderón”. Baigorria le contestó: “Lo siento demasiado”. Después del intervalo, el general le dijo: “Coronel, es preciso no afec- tarnos, si es posible mañana se va su cuerpo y sin dejar impune el hecho, castíguelos, pero no con la última pena. Ellos han defecionado, pero no han traicionado a su gobierno ni a su patria”. Baigorria le dijo: “General Paunero es, señor, quien debe ordenarlo, yo soy subalterno”. Se marchó al Río 4° y de allí por medio de una nota que condujo el ayudante Pueblas, pidió órdenes al general Paunero que se hallaba en la ciudad de Córdoba. El regimiento entonces se hallaba en la provincia de San Luis, en perse- cución de las montoneras de Peñaloza. Por el ayudante Pueblas recibió una nota del general concebida en estos términos: “Se ha ordenado que el Regimiento de su mando regrese al Río 4° y en los momentos de ponerse a la cabeza, me manda a los capitanes Antonio Baigorria y José Ledesma y a los oficiales que considere más culpables de la sublevación o que Ud. no quiera tenerlos ocultándoles para promover a otros en su defecto, dación de ellos la dejo a su prudencia”. El Regimiento volvió al Río 4° y Baigo- rria estando a la cabeza de él, llamó a su alojamiento a los dos capitanes mencionados y a los alféreces Baigorria, Martínez, Ledesma, y dándoles la

posta les ordenó fuesen a presentarse al general Paunero y puso también una nota para el general en estos términos: “El que firma en cumplimiento de la orden que ha recibido con esta fecha, ordena vayan a presentarse ante V. S. a los capitanes Antonio Baigorria y José Ledesma y a los alféreces Francisco Barroso, Modesto Martínez y Anacleto Ledesma, estos tres últimos no los considera tan culpable en la sublevación como lo dice pero los considera como a todos los que se hallaron presentes y no supieron cumplir con sus deberes, en sostener sus jefes o morir: la sublevación mencionada ocasionó la muerte de Calderón, desbande de varios soldados y algunos oficiales que también pidieron sus bajas. Baigorria permaneció en el Río 4° y en este tiempo estando en acefalía la mayoría del cuerpo se dirigió a la General pidiéndola para reponerla a los capitanes, a uno de los capitanes Benavidez u O’Gorman. Benavidez ya había sido ocupado de mayor con el coronel Álvarez y se les mandó a O’Gorman, del mayor, al cuerpo. Cuando el general Paunero se estableció en Villa Nueva le llamó y estando con él le dijo: “Coronel, están en el proyecto de poblar el Fuerte y como me conoce quiero que me dé su parecer”. Baigorria le dijo: “Mi general, por ahora no me parece oportuno”. En esto se presentó otra ocurrencia al general que le impidió la conferencia. Baigorria se retiró y en la tarde volvieron a reunirse. El general le dijo: “¿Por qué cree que no convenga por ahora poblar las Tunas?”. Baigorria le dijo: “Sí señor, le diré, el general Urquiza dio principio a esa operación por datos tomados de mí. Yo me permití darlos, pero era en tiempo que estábamos de paz con los indios. Contábamos con la buena fe de Pichún, Coliqueo y Canue, pero hoy no hay eso, nos están invadiendo consecutivamente y no tenemos elementos para repelerlos”.



Don Domingo Faustino Sarmiento. Gran maestro, presidente de la República (1868-1874), fue un colaborador decidido en la famosa batalla de Pavón, cuya opinión sobre los ranqueles transcribimos:

La batalla de Pavón y sus consecuencias

La batalla de Pavón, que tuvo lugar el 17 de septiembre de 1861, era una necesidad como lo fue la de Cepeda, solo así se pudo organizar definitivamente la vida de la nación y por ende el progreso de la misma. Esta batalla tuvo como consecuencia la deposición del gobierno del presidente Dr. Santiago Derqui y del vicegeneral Esteban Pedernera. El general Urquiza se retiró a Entre Ríos siendo respetado en el cargo que ejercía de gobernador.

El general Mitre fue proclamado presidente provisorio y después, elegido por unanimidad presidente de la República, siendo el vice el Dr. Marcos Paz. Ambos presentaron el juramento respectivo el 12 de octubre de 1862. Todavía quedaba algo por terminar y esto era la federalización de la ciudad de Buenos Aires como Capital de la república, a lo que se oponía la Legislatura provincial (más tarde en otro capítulo veremos cómo también los ranqueles intervinieron en forma decisiva en esa otra batalla).

En la batalla de Pavón hubo muchos comentarios elogiosos en la forma decidida en que intervino el coronel Baigorria al frente de los ranqueles. Quiero transcribir la opinión de nuestro prócer, el genial don Domingo Faustino Sarmiento quien dijo al respecto:

Baigorria tuvo la gloria en Pavón de ser el único cuerpo de caballería que peleó con éxito, saliendo reunido del campo cuando el resto de la caballería había flaqueado por todas partes. Sin su oportuna aparición en el Pergamino, cuando el general Hornos hacía frente con trescientos hombres a setecientos mandados por Prida, logra este penetrar en la campaña de Buenos Aires, entregarla a saco, reuniendo sus filas diez mil dispersos armados que solo buscaban un centro y jefes para proclamar la federación triunfante (Citado por el doctor Estanislao Zavallos en su libro *Callvucurá*, y según él, publicado en el diario del primer cuerpo del ejército de Buenos Aires).

Con toda satisfacción podemos demostrar cómo nuestros autóctonos, que con tanto desprecio se les cita muchas veces, han contribuido con la punta de sus lanzas y vertiendo su sangre como un reguero a la consolidación de nuestra organización nacional, vaya pues, para ellos, nuestro respeto y gratitud.

CAPÍTULO XIV

Cacicazgo de Manuel Baigorria, conocido como Baigorrita

Terminada la batalla de Pavón y restablecido el orden en las provincias, Manuel Baigorria ya había alcanzado la edad para hacerse cargo del cacicazgo general, que heredaba de su padre Pichún Hualá y que ejerciera el interinato su primo Yanquetruz.

Vuelto a Nahuel Mapá, se instaló de nuevo en su morada y se interesó en construir su nación que había sido reducida con la retirada de Coliqueo con su tribu y Relinqueo, que el gobierno nacional les había dado campo en la provincia donde quedaron definitivamente.

Antes de proseguir quiero referirme al origen de Manuel Baigorria como así también al de sus hermanos. Manuel Baigorria fue hijo del cacique general Pichún Hualá y de una cautiva Rita Castro, hija de una distinguida familia de Morro, provincia de San Luis, que en uno de los entretresos entre unitarios y federales cayó prisionera de los ranqueles. Con esta señora se casó a su usanza el cacique general Pichún Hualá hermano adoptivo, como se llamaban con el coronel Baigorria, que también en este asunto tuvo su influencia, conforme al relato que en el primer capítulo de esta parte del libro hace la nieta doña Josefa Baigorria.

De esta unión nacieron cuatro hijos, dos varones y dos mujeres, el mayor era Manuel y le seguían sus hermanas María y Celia y el último era Luis. Como era costumbre entre los ranqueles, los hijos no guardaban el apellido de los padres y adoptaban el del padrino; todos ellos acristianados por el coronel Baigorria llevaron su apellido, y es posible que esto lo conviniera para el futuro entre Pichún y el coronel Baigorria, pudiendo ser los herederos del cacicazgo, como así resultó; después de la muerte de Pichún, el coronel Baigorria se interesó para que esto se cumpliera.

Como lo relata la señora Josefa Baigorria de Manquillán, a la señora Rita Castro la llevó la madre, que vino al campamento acompañada del coronel Baigorria y otro que dijo ser hermano, y también por un coronel de nombre Puebla, y la llevaron a San Luis, pero al fallecer Pichún, el mismo coronel Baigorria se preocupó por traerla otra vez para que terminara de criar a sus hijos. Después siguió en el campamento hasta que falleció en el año 1866, según resulta de la partida de casamiento de su hijo Luis Baigorria.

Ese es el origen del apellido de los cuatro hijos de Pichún con Rita Castro. No hemos tenido a la vista documentación alguna de Manuel Baigorria que demuestre este hecho, pero en cambio las tenemos de Luis Baigorria. Este último se casó en el año 1905 en El Orde con doña Juana Galván, nieta del cacique Galván, que era el hijo mayor de Painé. En el acta de referencia declara ser hijo del cacique Pichún Hualá y de Rita Castro. Debemos notar que la mayoría de sus hijos llevan el apellido Baigorrita, no obstante, en la preciada partida de casamiento los reconoce como Baigorria, cuyo apellido ostenta, pese a decir que es hijo de Pichún, lo que hace pensar en la tradición y usanza que ellos tenían en sus leyes naturales. Aclarando el origen del apellido seguiremos en el transcurso de este libro citando el apellido Baigorria, porque en realidad lo que interesa son las personas que nos proponemos tratar.

Voy a hacer aquí una rectificación al ilustre coronel Mansilla en su libro *Una excursión a los indios ranqueles*, que dice que “Paine Cacique General, murió trágicamente el año 1856 y que su hijo mayor Mariano Rosas, heredó entonces el gobierno y el poder”.

En el capítulo III de esta parte me he referido de la forma en que estaban organizadas estas naciones federadas como así también cuáles fueron sus gobiernos en cada una de las tres naciones. En ello se destaca que Painé no fue cacique general sino principal de su nación, como ellos lo llamaban, y que el hijo mayor que heredó a Painé fue Galván, y a este le sucedió su hijo segundo que era Mariano Rosas. Según las memorias del coronel Baigorria, Painé falleció en 1851 antes de la batalla de Caseros, pues en ese año ya lo cita a Galván en una reunión donde interviene Pichún como cacique general y un representante de Callvucurá y Galván, donde no triunfó la tesis de este último. Dejó así hecha la aclaración.

El cacicazgo de Manuel Baigorria después de la organización nacional quedó en decadencia, pues la civilización avanzaba y las grandes extensiones de tierra eran necesarias para el progreso de la nación y por encima de todo, para el control de las fronteras. Claro está que esa conquista debió hacerse en lugar de las bayonetas, con el arado y la escuela.

Mansilla en su libro, y pese a sus términos que no comparto, porque entiendo que no es desprestigiando a los autóctonos que se engrandece una nación, ha podido constatar y no lo niega, la generosidad con que fue recibido, la hidalguía manifiesta para que su estada fuera lo mejor posible, las garantías que se le dieron a él y a su reducida comitiva, poniéndole a su disposición todo lo que en los toldos tenían, ¿dónde estaba, entonces la barbarie y la pelgrosidad de esta gente?

Dice Mansilla: “Los caciques debían ser verdaderos políticos para conformar a sus súbditos en los parlamentos, como lo demuestra su compadre Baigorria: ‘No hablé en el parlamento porque me dirían que estaba a su favor’”.

Esta gente, pese a sus defectos, son los que la naturaleza puso aquí, sus costumbres son respetables, porque además están llenas de tradiciones muy nuestras y por ende superiores a las que nos puedan traer los forasteros.

Esta raza que nos dio los primeros gauchos de ley, como los describe Hernández en *Martín Fierro*, nos ha legado una patria grande y fecunda y en cuya organización, hemos visto en los capítulos que anteceden, como han intervenido en forma decidida con su esfuerzo a construirla, vertiendo su sangre en batallas memorables; entonces, deben merecer por lo menos, el respeto de sus compatriotas.

Expedición al Desierto

En el año 1879, como una medida natural, se realiza la Expedición al Desierto. En esa fecha ya había fallecido el padre adoptivo de los Baigorria, el coronel del mismo apellido (21 de junio de 1875), y solamente le quedaba a esta gente los amigos Coliqueo y Ralinqueo en la provincia de Buenos Aires.

Esos dos caciques que apoyaban la Expedición a favor del gobierno nacional enviaron a Baigorria y su familia un chasque con uno de sus capitanejos y que iba como oficial del ejército Justo Manquillán. Este cumplió su cometido y trató de convencer a los Baigorria de que se entregaran, prometiéndoles la seguridad, de parte de Coliqueo, de que el gobierno nacional les prestaría su protección en la forma que les había prestado a ellos.

Debo hacer notar que los caciques Coliqueo y Relinqueo pertenecían a los ranqueles de Pichún, que fueron los que este cacique le facilitó al coronel Baigorria para su intervención en la provincia de Buenos Aires, quedándose finalmente a disposición del gobierno.

Todo hubiera terminado con la entrega inmediata, pero la resistencia de uno de los medio hermanos de Baigorria, el cacique de segunda, Caomuta, se oponía tenazmente y les reprochaba a los demás su cobardía, diciéndoles hasta que no eran de la raza. Esto sin duda movió al jefe a mantenerse y salió con ocho o diez de sus notables al campo, a los que también

acompañaba el oficial capitanejo Justo Manquillán, y encontrándolos un piquete los confundió, sin duda, haciendo fuego sobre ellos. De esta forma terminó la vida de este varón y en forma tan lamentable y desdichada murió el capitanejo Manquillán, pagando con ello su intervención.

CAPÍTULO XV

El capitanejo Justo Manquillán

Voy a hacer una breve reseña de este valiente oficial de nuestro ejército, que hemos visto en el capítulo anterior cómo perdió la vida en la forma más lamentable, después de haberse batido en innumerables batallas al frente de su piquete.

Justo Manquillán fue capitanejo del cacique general Pichún Hualá y estaba a las órdenes del cacique de segunda Ignacio Coliqueo.

Hemos visto en los capítulos anteriores y en el relato que hace la señora Josefa Baigorria de Manquillán, que damos a conocer al comienzo de esta parte, que Pichún Hualá mandó al frente del coronel Manuel Baigorria al cacique Coliqueo con su tribu y otros contingentes, para unirse en el Rosario con el general Urquiza y dar la batalla de Caseros. En esa época, este ciudadano ejercía el cargo de capitanejo de esa expedición.

Así fue que actuó en ese enterezo prestando sus servicios con toda felicidad, siguiendo después en la provincia de Buenos Aires hasta que se promovió la expedición al desierto.

Manquillán era yerno de Ignacio Coliqueo, es decir, casado con una hermana de la esposa del coronel Manuel Baigorria, y que de acuerdo a lo que manifiesta la señora Josefa B. de Manquillán, se la comprara el cacique Pichún Hualá, como era de costumbre entre los ranqueles. Esta se llamaba Inocencia Melinqueo y falleció en general Viamonte el 28 de noviembre de 1927 a los 92 años. De esa unión tuvieron dos hijos, Justo e Isidoro Manquillán.

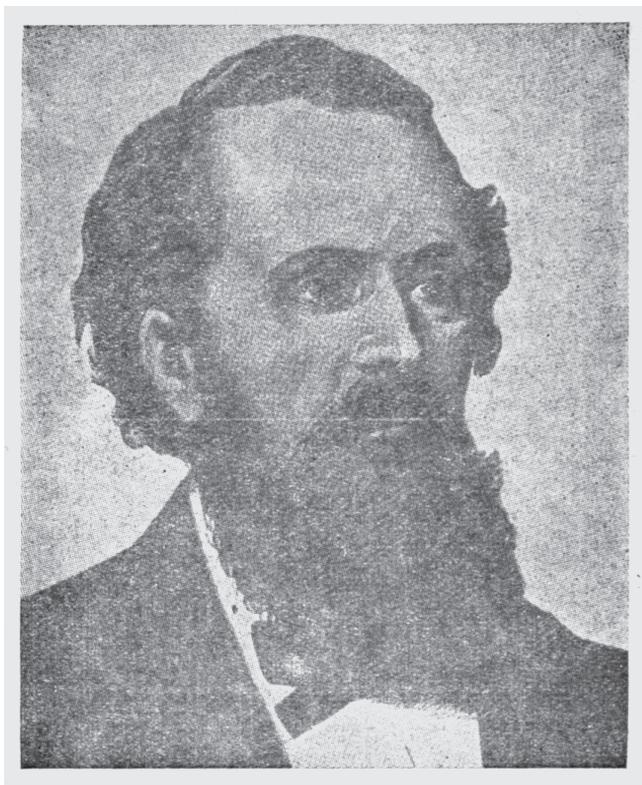
Siguiendo con Coliqueo y con el título de oficial del ejército, intervino en la histórica batalla de Cepeda, a las órdenes del coronel Manuel Baigorria, sosteniendo el gobierno del general Urquiza con el resultado que hemos visto (25 de octubre de 1859).

Posteriormente, y con el mismo título oficial, intervino en la famosa batalla de Pavón, de la cual ya vimos la opinión de Sarmiento, sosteniendo el gobierno de Mitre, también a las órdenes de Baigorria.

De esta forma, ya el cacique Coliqueo se posesionó en la provincia de Buenos Aires, donde el gobierno le entregó un campo, del cual a Justo Manquillán le correspondió una parcela, en posesión de la cual estuvo su hijo Isidoro hasta que falleciera en General Viamonte, otorgándole el gobierno nacional una medalla por su distinción en esta última batalla.

Debido a incidencias que no he podido constatar, Justo Manquillán se disgustó con Coliqueo y se retiró para el campamento de Relinqueo, también cacique ranquel del ex cacicazgo de Pichún, donde entró a prestar servicio con el mismo grado de oficial del ejército nacional.

En este período se levanta en armas el general Mitre contra el gobierno nacional (septiembre de 1874), y a fines de octubre de ese año, después de hacerse cargo el Dr. Avellaneda de la presidencia, se daba la batalla La Verde, en la cual le cupo una actuación destacada al oficial Justo Manquillán, donde el gobierno le otorgó una medalla y posteriormente una parcela de tierra (que digamos de paso no se han hecho cargo de la misma todavía sus herederos).



Dr. Nicolás Avellaneda. Presidente de la Nación (1874-1880). A él le tocó sofocar la revolución encabezada por el gobernador de Buenos Aires, Dr. Carlos Tejedor, y en la cual tuvieron actuación destacada, en los viejos corrales de la Capital, los ranqueles pampeanos al frente de su jefe el cacique don Luis Baigorria, que resultó herido en este entrevenero. Terminada la revuelta se federalizó la ciudad de Buenos Aires como Capital de la república, con el asentamiento de la legislatura provincial.

Vemos aquí, que, si bien estos valientes ranqueles se han batido, unas veces contra Mitre y otras a su favor, siempre lo han hecho defendiendo al gobierno nacional, con la salvedad de que en Caseros lo hicieron para derrocar la tiranía de Rosas, contra quien habían luchado más de veinte años. En la de Cepeda acompañaron a Urquiza, que ejercía el gobierno de la Confederación; luego se plegaron a Mitre en Pavón. Ya hemos visto con la transcripción de las memorias del coronel Baigorria los motivos que este tuvo para unirse al Gobierno de Buenos Aires y conseguir así la unión nacional.

Después de esta batalla y otras expediciones que Manquillán hiciera al sur de Bahía Blanca con el ejército nacional, cuando se decidió la Expedición al Desierto, fallecido ya el coronel Manuel Baigorria, se le encomendó a Manquillán un mensaje para los Baigorria a fin de que se sometieran al gobierno, garantizándoles la protección debida, y así se internó con el ejército como oficial del mismo. Al cumplir el mandato que llevaba, fue cuando lo sorprendió la muerte en la forma que lo hemos expuesto en el capítulo anterior.

Por pura casualidad me encuentro aquí al escribir este relato que mis dos bisabuelos maternos, es decir, por parte de mi abuelo estaba Justo Manquillán, que luchaba como oficial del ejército nacional, justamente en contra del otro bisabuelo por parte de mi abuela don Luis Baigorria que defendía sus derechos de posesión. Al primero se le había encomendado el mensaje de paz, y que andaba en esos trámites cuando murió en virtud de que un piquete del ejército los confundió, y allí murió, como he dicho, también el hermano de mi otro bisabuelo don Manuel Baigorria, que ejercía el cacicazgo general ranquel.

En consecuencia: Justo Manquillán, representando al gobierno, murió en el entrevero, pero obtuvo lo que buscaba, es decir la paz. Porque muerto Manuel Baigorria, su hermano, previo a un parlamento, despachó una comisión para gestionar la paz ante los representantes del gobierno que se hallaban en Chos Malal.

Ya me he referido en este libro a la calamidad de las revoluciones que siempre provienen de las incomprensiones, aquí como en todas las luchas se realizan entre hermanos y familiares.

Como ya vimos en los capítulos anteriores, Yanquetruz que era nieto de Yanquetruz el grande, como lo llamaban, en consecuencia, primo hermano de los Baigorria y que, también a la muerte de Pichún Hualá, se hizo cargo en forma provisoria como regente del cacicazgo general, por

no tener Manuel Baigorria la edad necesaria de acuerdo a sus leyes; en la Expedición al Desierto estaba en contra de estos. Es de tener presente que tanto Yanquetruz como los Baigorria, Manuel y Luis, se habían batido juntos, en Cepeda y Pavón en compañía del coronel Manuel Baigorria; pertenecían a una misma familia y a un mismo gobierno, pero esta vez los había separado el destino.

En efecto, Yanquetruz, que después de esas batallas había obtenido el grado de teniente coronel del ejército nacional, pelaba en contra de sus familiares y hermanos de causa, lo mismo ocurría con Manquillán, de aquí quizá partió el interés de someter a los Baigorria sin originarles pérdidas de sangre y sacrificios.

Felizmente todo terminó, todos pelearon por una causa que creyeron noble y sin vencidos ni vencedores la nación triunfó, que es lo que está por encima de todo.

Así terminó la vida de este varón pampeano que supo hacer honor a su tierra, derramando su sangre en su propia patria chica, cumpliendo órdenes como un buen oficial del ejército de su patria.

CAPÍTULO XVI

Cacicazgo de Luis Baigorria, conocido también como Baigorrita

Muerto el hermano Manuel, correspondió el cacicazgo general ranquel a don Luis Baigorria, a quien llamaban Lucho.

Una vez tomado el cargo del cacicazgo, Luis Baigorria llamó a un parlamento en el cual se resolvió presentarse a las fuerzas del gobierno, destacando una comisión con un lenguaraz para que se trasladara a Chos Malal y resolviera la rendición.

Una vez en Chos Malal, los trasladaron a Mendoza y de allí a Buenos Aires. A la pasada del Río 4° se le permitió a Baigorria dejar a sus dos hermanas María y Celia, hasta que el gobierno resolviera su situación.

A Buenos Aires llegaron los ranqueles a fines del año 1879 alojándose en la isla Martín García, y debido a una epidemia de viruela, ese contingente se fue reduciendo.

Como dijimos en el capítulo XIII de esta tercera parte, con la batalla de Pavón se incorporó la provincia de Buenos Aires a la Confederación Nacional. Pero quedaba en pie el pleito de la federalización de la ciudad de Buenos Aires para Capital de la República. En aquella época se dictó una ley de compromiso, en la cual se establecía que las autoridades nacionales residían en Buenos Aires durante cinco años, vencido dicho plazo, se resolvería definitivamente la cuestión. Este pleito prosiguió latente hasta 1880.

En 1880 se encontraba próximo a terminar el mandato presidencial el Dr. Nicolás Avellaneda y había dos candidatos que se disputaban la futura presidencia de la República. Ellos eran el Dr. Carlos Tejedor, gobernador de la provincia de Buenos Aires, y el general Roca, ministro de Guerra de Avellaneda, ambos candidatos de gran prestigio por cierto. El primero se imponía ante la opinión como estadista y codificador, pues era el autor del Código Penal y su candidatura surgía frente a la segunda. El general Roca, que acababa de realizar la Expedición al Desierto, renunció al ministerio de Guerra para preparar su candidatura, reemplazándolo en el cargo el D. Carlos Pellegrini.

El Dr. Tejedor, gobernador de la provincia, había movilizó a la Guardia Nacional y organizado militarmente a asociaciones y cuerpos urbanos. El gobierno nacional se hallaba complicado y dictó una ley prohibiendo a

las autoridades la realización de actos subversivos en vísperas electorales. Carlos Tejedor se levantó en armas en junio de 1880 contra el gobierno nacional, el cual tuvo que trasladarse a Belgrano.

Los ranqueles, como dijimos, estuvieron unos meses en la isla Martín García, y al sentir los rumores de revolución de parte del gobernador de Buenos Aires, se los preparó para que empuñaran las armas en defensa del gobierno nacional. Don Luis Baigorria, que a los 16 años se batió al lado de su padrino el coronel Baigorria en la memorable batalla de Cepeda y más tarde en la no menos histórica de Pavón, con la admiración del genial Sarmiento, participó en esta última al frente de sus ranqueles. Empuñando su lanza bien templada se entreveró en los viejos corrales de la Capital, luchando como un patriota por la causa de la unión nacional, como siempre lo hizo, y allí regó con su sangre un pedazo del suelo patrio que ocupaba el ser herido de un balazo en el brazo izquierdo.

Triunfante el presidente Avellaneda en la lucha contra el gobernador Tejedor, de inmediato remitió un proyecto de ley al Congreso de la Nación en el cual pedía la sanción de una ley que declarara a la ciudad de Buenos Aires Capital de la República. El 20 de septiembre del mismo año 1880, se sancionaba la ley que federalizaba el territorio del municipio de Buenos Aires, contando también con el asentamiento de la Legislatura de la provincia. Así se complementó de una vez por todas nuestra organización nacional.

Terminada esta otra etapa de su vida y compuesto de su lesión del brazo, este varón ranquel se dedicó a organizar a su contingente, que se hallaba en los campos de su amigo Coliqueo en Viamonte, donde también había mandado a la única hija que en esa fecha le quedaba, doña Josefa, y de allí se trasladó a Río 4° en busca de sus dos hermanas.

Reunida toda su gente y hasta tanto le resolvieran el lugar definitivo para la entrega del campo, le dieron un lugar en forma provisoria en las inmediaciones de Catriló. Allí estuvo algunos años hasta que le entregaron un lote en el paraje Miauco Grande, y a los dos años se lo cambiaron por el lote 21, letra C, sección 18, La Pampa. En ese lugar, después de haber contraído enlace con la señora Juana Galván, vivió con su numerosa familia hasta que el 3 de febrero de 1933 en que falleciera. Así terminó la vida memorable de este patriarca ranquelino, que se batió en las históricas batallas de Cepeda, Pavón y Los Corrales, hechos memorables de nuestra historia con los que se logró de una vez por todas la organización definitiva de la nación. Con esto también terminó la dinastía ranquelina de La Pampa, y

el desierto de ayer es la comarca fecunda que no ha de tardar en confundirse en el orden nacional como una nueva provincia llena de esperanzas.

Don Luis Baigorria dejó al fallecer cinco hijos varones y tres mujeres, ellos son: Pedro, Francisco, Juan, Santos, Julián, Josefa, Cecilia y Marcelina y su esposa que aún vive, doña Juana Galván, que sigue ocupando el campo del lote 21 con varios de sus hijos.

Cuarta parte

**Independencia, organización y gobiernos
de las repúblicas americanas**

CAPÍTULO I

Reseña histórica de la República Argentina

Ya nos hemos ocupado en capítulos anteriores, en la segunda parte de este libro, de algunos de los motivos que inspiró a los patriotas la idea de emancipación e independencia.

La Revolución de Mayo es un hecho magnífico de nuestra historia. No fue el año 1810 únicamente sino los años que habían antecedido y cuya idea libertadora estaba encarnada en la masa del pueblo soberano que se encontraba con capacidad propia para dirigir sus destinos. De allí salió la chispa que inflamó a los nativos, los cuales desde ese momento se batieron sin cesar hasta conseguir los fines deseados. Entregaron al concierto de las naciones un nuevo Estado, que más de una vez hemos visto con satisfacción a sus representantes proclamar en grandes asambleas internacionales la igualdad de derechos de todos los pueblos del orbe.

No hay duda de que a estos entusiasmados se agregaron la situación en que se encontraba España con la invasión napoleónica y la codicia que sobre estas tierras tenía el imperio inglés, que ya se había apoderado entonces de las islas Malvinas, las cuales aún las mantenían en forma ilegal. En dos oportunidades llegaron a nuestros puertos para invadirnos pero fueron abatidos por los nativos dándoles su merecido. De allí la creación sin pérdida de tiempo del primer gobierno patrio precedido por don Cornelio Saavedra, teniendo como secretarios al apóstol de la revolución Mariano Moreno y a Juan José Paso y como vocales a Juan José Castelli, Manuel Belgrano, Miguel Azcuénaga, Manuel Alberti, Juan Larrea y Domingo Matheu, tomando posesión de sus cargos en un acto solemne en la sala capitular.

Hecha la revolución, depuestas las autoridades virreinales y constituido el primer gobierno, se hacía necesario consolidar esa independencia, a cuya tarea se pusieron los nativos con decidido empeño y valentía. La sangre indiana se inflamaba en sus venas llenándolos de esperanzas.

El 26 de junio, mediante un decreto, se nombran a los reemplazantes de los oidores y fiscales, mandando la Junta de Gobierno, inspirada en un sentido democrático que estos no tendrán otro trato ni otro traje que el de abogado. En diciembre, un decreto suprime los honores del presidente de la Junta, en este decreto se estampan estos principios: “La libertad de

los pueblos no consiste en palabras”, “los hombres de bien, no siempre están dispuestos ni en ocasión de sostener una batalla en cada tentativa de los bribones”, “el pueblo no debe contentarse con que seamos justos, sino que debe tratar de que los seamos forzosamente”. Vemos con lo transcrito las ideas laudables que guiaban a los primeros patriotas, los cuales manejaban el primer timón de la nave en marcha, con ejemplo magnífico para las nuevas generaciones.

La Junta de Gobierno, para consolidar la independencia, envió sin pérdida de tiempo la salida de tres ejércitos que debían dirigirse uno al Alto Perú, otro al Paraguay y un tercero a Montevideo.

En el segundo período de la etapa de la independencia, que podemos contarlo entre 1814-1820, se destaca la actitud romántica de un cuerpo del ejército español que debía embarcarse en la ciudad de Cádiz con dirección a este continente y se levanta en armas en el puerto, malográndose así la expedición y dejando a los realistas sin esperanza de resistir. Con la batalla de Ayacucho en 1824 quedó consolidada la independencia.

A nuestro héroe, el General Don José de San Martín, le correspondió la gloria de la ofensiva en la lucha por la emancipación del continente. Así se marca en la historia americana el glorioso triunfo en la batalla de Chacabuco, el 12 de febrero de 1817, día en que San Martín entró triunfal a la ciudad de Santiago, actual capital de Chile. De allí se prosiguió la campaña libertadora. En Maipú se da la nueva batalla, que es la confirmación de la anterior en Chacabuco, y de la que surge la consolidación de la independencia en Chile el 5 de octubre de 1817.

Con el fin de no derramar más sangre, San Martín se dirige mediante oficio al virrey Pozuela del Perú y le propone la cesación de la guerra mediante la libertad de América, proposición que fue rechazada. Cuando vuelve a Buenos Aires es aclamado por el pueblo y, en febrero de 1819, se firma el pacto de alianza entre el gobierno de Buenos Aires y el de Chile.

A fines del mismo año, el estado político de las provincias unidas era insostenible debido a la anarquía reinante. El nuevo director Rondeau, lo mismo que lo había proyectado Pueyrredón, ordenó que todas las fuerzas bajaran a Buenos Aires para defender la ciudad. Belgrano, jefe del Ejército del Norte, se dispuso en principio a cumplir la orden del director, pero en Arequito su ejército se sublevó. En ese trance, el general San Martín se encontró en un dilema, o continuaba la campaña emancipadora del Perú, que creía necesaria para la consolidación de la independencia, o bajaba a Buenos Aires con su ejército cumpliendo la orden del director.

San Martín, que jamás pensó en combatir contra su pueblo, amante de las libertades, como lo demostró con un gesto genial, desobedeció esta vez la orden del director y emprendió un camino llenó de gloria, que continuaba y terminaba con la emancipación del Perú, afianzando así la propia independencia del suelo patrio.

Este genio desapasionado, sereno en la lucha como en la paz, antes de emprender el camino de Lima, dirigió una proclama a los pueblos del Río de la Plata, el 22 de julio de 1820, en ella explicaba lo aventurado que era la implantación de la federación que él juzgaba inadecuado en un país semidesértico y sin rentas para mantener un gobierno, a su vez justificaba su desobediencia al no haber “contribuido a aumentar nuestras desgracias porque este habría sido el resultado si yo hubiera tomado una parte activa en la guerra contra los federalistas”.

Desde Pisco otra vez San Martín se dirigió por oficio al Cabildo de Buenos Aires y al gobernador de Córdoba llamándoles a la comprensión y unión de las provincias. He aquí las comunicaciones dirigidas al Cabildo: “Hablo a V. E. como un americano que colocado a una inmensa distancia no aparta su corazón de la suerte de estas provincias sin otras pretensiones que la de verlas felices”. En términos similares se dirige al gobernador de Córdoba, haciéndole ver la necesidad y urgencia de reunir al Congreso para construir la autoridad central.



General Don José de San Martín. Héroe argentino, primera figura de nuestra independencia, quien para consolidarla traspasó las fronteras de la patria y dio libertad a otros pueblos hermanos, llenándose de gloria en batallas memorables. Su desinterés y abnegación lo han exaltado para ocupar un lugar en la historia de primera fila.

Así, el 9 de julio de 1821 San Martín entraba triunfante en Lima y el 28 del mismo mes se proclamaba solemnemente la independencia del Perú. Allí permaneció con su ejército, en el ejercicio del protectorado del Perú, donde realizó una provechosa labor financiera, creó la Biblioteca Nacional y tomó las medidas conducentes para la buena marcha del gobierno.

Las fuerzas del general Bolívar, que se desenvolvían en Venezuela y Colombia en una campaña libertadora, se aproximaban triunfantes hasta las líneas donde había llegado San Martín. En el Ecuador resistían los realistas con un fuerte ejército, lo que indujo a Bolívar a mandar una división al mando del general Sucre. Este general, al acercarse el momento de la batalla que debía ser decisiva, comprendió que el ejército realista era

potente y más poderoso que el suyo, por lo tanto, le podía crear una situación difícil. En esas circunstancias San Martín puso a su disposición y bajo sus órdenes una división de más de mil hombres del ejército argentino, con la cual enfrentó a las tropas realistas librándose la famosa batalla de Pichincha, donde el ejército combinado, argentino y venezolano, se llenó de gloria con el triunfo en 1822.

Mientras tanto la anarquía imperaba en las provincias argentinas. Después del traslado del Congreso de Tucumán a Buenos Aires en 1817, se adoptó un reglamento provisorio hasta dictarse la Constitución de 1819. En esa Constitución se establecía un gobierno unitario del que dependerían los ganadores de las distintas provincias. Este gobierno, opuesto a las aspiraciones del pueblo, cuyo sentimiento era federalista, dio lugar a las luchas internas y por consiguiente a la anarquía.

Al terminar su mandato, el general Pueyrredón entregó el cargo al general Rondeau, que fue vencido en Cepeda en febrero de 1820 por Estanislao López, caudillo de Santa Fe, y Francisco Ramírez, de la provincia de Entre Ríos. A su vez en alguna de las otras provincias hubo motines de corte autonomista.

Caído este régimen, la provincia de Buenos Aires elige gobernador a don Manuel de Sarratea, firmando el Tratado del Pilar, que consistía en la amistad y unión con los gobernadores de Santa Fe y Entre Ríos. A este gobernante le siguió don Martín Rodríguez.

En 1824 se reúne en Buenos Aires el Congreso General que tenía la investidura de la soberana nacional con facultades legislativas y constituyentes; en él estaban representadas la mayoría de las provincias. Este Congreso dictó la ley fundamental que declaraba la autonomía federativa de las provincias en 1825 y, al año siguiente, se produjo el serio conflicto con el imperio de Brasil, debido a la ocupación de la provincia de la Banda Oriental. Creóse entonces el Poder Ejecutivo para que organizara la defensa del país.

Al dictarse la Constitución de 1826, la asamblea se dividió en dos bandos: los representantes de Buenos Aires, con Bernardino Rivadavia a la cabeza, sostenían el sistema unitario, mientras que los de las provincias defendían el sistema federal. Dadas las dificultades surgidas, Rivadavia renunció y se nombró en su reemplazo, interinamente, a Vicente López. Rivadavia fue el estadista de acción, el constructor que echó las bases de las reformas económicas de la patria naciente, el que estimuló la enseñanza, creando la Universidad de Buenos Aires, dotado de ideas democráticas. En suma, adelantó el porvenir de la Argentina.

La provincia de Buenos Aires volvió con carácter autónomo, eligiendo gobernador en 1828 a Manuel Dorrego, gran animador del sistema federal. En su gobierno se firma la paz con el Brasil, en la cual se declara independiente la ex provincia oriental, de la cual nos hemos ocupado en la reseña histórica de este país.

Llegada a Buenos Aires, la comisión que comandaba el general Juan Lavalle pidió la renuncia del gobernador Dorrego, este salió de inmediato a la campaña en busca de fuerzas, mientras Lavalle era elegido gobernador de Buenos Aires.

Lavalle persiguió a Dorrego, derrotándolo y ordenando su fusilamiento, lo que dio lugar a disgustos entre los provincianos. Lavalle emprendió la lucha contra los caudillos de las provincias de San Juan, Córdoba, Santiago del Estero y Santa Fe, en esta última fue derrotado por las fuerzas combinadas del caudillo santafesino y las del comandante de campaña de Buenos Aires, don Juan Manuel de Rosas, que le obligó a dejar el gobierno, haciéndose cargo del mismo Juan José Viamonte.

Don Juan José Viamonte dejó el gobierno de Buenos Aires al poco tiempo, haciéndose cargo del mismo el brigadier don Juan Manuel de Rosas, el 8 de diciembre de 1829. Ya hemos hablado en la tercera parte de este libro sobre la campaña al desierto de Rosas, como así en la forma en que llegó al gobierno el general Balcarce. No hay duda de que los motivos de la dictadura de Rosas, como el gran período que permaneció en ella, estriba en la anarquía que se había apoderado del país. La mano enérgica de Pueyrredón apenas si pudo contenerla en parte. La turba interna proseguía y daba por tierra la administración memorable del insigne patriota Bernardino Rivadavia, organizador, ecuaníme, cuyo gobierno doctrinario y tolerante marcó rumbos en su época.

El fusilamiento de Dorrego apasionó más aún los ánimos del pueblo, que veía correr torrentes de sangre. Esto y la delicada situación internacional indujo al pueblo a poner en sus directivas una mano fuerte, capaz de salvar la unidad nacional a costa de cualquier sacrificio. Así fue que en un plebiscito elegían los ciudadanos de Buenos Aires gobernador a Rosas, otorgándole la suma del poder público. Período cruento, cruel, pero quizás en principio necesario, porque felizmente el período crudo pasó y en cambio hoy tenemos, con el sacrificio de otros patriotas que vinieron después, una nación organizada, unida y pujante que marca rumbos en el concierto de las naciones del orbe.

Durante la tiranía de Rosas, aunque imperó el terror, no se pudo por cierto dominar la anarquía. Este pueblo es de espíritu rebelde y si bien sus hombres directrices debieron un día emigrar del suelo patrio, no por eso se amilanaron y lucharon sin tregua, hasta obtener el propósito perseguido, que no era otro que la caída del régimen de fuerza. En la tercera parte de este libro nos hemos referido a la forma en que lucharon sin tregua los ranqueles pampeanos contra este régimen, en las provincias de San Luis, Córdoba, Mendoza y Buenos Aires, y cuya consecuencia lógica no fue otra que la batalla memorable de Caseros, cuya primera figura, el brigadier don Justo José de Urquiza, se llenó de gloria y marcó una nueva era en las páginas de nuestra historia.

Terminada la revolución, con la caída de la tiranía de Rosas se produjo, como en todas las organizaciones, un desacuerdo entre la provincia de Buenos Aires, decidida siempre por el sistema unitario, y el triunfador de Caseros, a quien le respondían el resto de las provincias, por el federal.

Realizado el acuerdo de San Nicolás, se resolvió en el mismo convocar a un congreso constituyente, para dictar el estatuto constitucional, designándose la ciudad de Santa Fe como el lugar donde se harían las sesiones. El Congreso se realizó sin la presencia de los representantes de Buenos Aires y tuvo lugar la inauguración el 20 de noviembre de 1852. Al año siguiente ese Congreso se llenó de gloria al llegar a la nación una Constitución. Solamente ha sufrido dos pequeñas reformas esta carta casi centenaria, obra de nuestro gran pensador don Juan Bautista Alberdi, cuyo bosquejo realizó en su libro titulado *Bases*. En el año 1860, a pedido de la provincia de Buenos Aires, se suprime la limitación en lo referente a los derechos de exportación y mediante otra modificación se aumenta el número de ministros en 1898.

Ya hemos hablado de las batallas de Cepeda y de Pavón en la tercera parte de este libro, no queremos aquí repetirlo, y dado la importancia de la Constitución Nacional haremos una breve referencia, destacando las partes más salientes de la misma.

La Constitución de la Nación Argentina

El primer ensayo constitucional argentino fue el reglamento provisorio, de octubre de 1811, obra que correspondió a la Junta y que contenía el principio de la división de los poderes; al mes siguiente, la misma Junta dictó otro sobre iguales bases. Posteriormente la Asamblea que se constituye el

año 1813 sanciona un estatuto, en el cual daba por constituido el Poder Ejecutivo provisional, reglamentando su ejercicio. Otra junta de observación formula otro estatuto provisorio en 1815 que si bien no alcanzó a entrar en vigor, sirvió de base al reglamento provisorio para la dirección y administración del Estado que sancionó el Congreso del año 1817.

En la tendencia unitaria que estuvo frente al sistema federal correspondió la Constitución del año 1819, que apenas si se puso en práctica, y la del año 1826, que no llegó a sancionarse. Quiere decir que la labor constituyente propiamente dicha no se reanudó sino después de la caída de Rosas, que lo fue la del año 1853, completada en 1860, que es la que queremos reseñar.

La Constitución del 53 establece un gobierno federal constituido por tres poderes independientes, dos de ellos emanan del pueblo de las provincias y de la Capital (hacemos esta salvedad porque, desgraciadamente, los territorios nacionales no tienen este derecho). Estos dos poderes son: el Ejecutivo, que lo ejerce el presidente de la república y ocho ministros secretarios, nombrados por él mismo, teniendo un vicepresidente que lo sustituye en caso de acefalía. Este poder es el encargado de la administración del Estado. El presidente es el jefe supremo de las fuerzas armadas y el encargado de hacer cumplir las leyes y tratados de la república. Su período constitucional es de seis años (art. 74 y siguientes).

El Poder Legislativo está compuesto por la Cámara de Diputados de la Nación y por la de Senadores de las provincias y de la Capital Federal. Este poder es el que tiene a su cargo la Legislatura del país dictando leyes. Tiene las atribuciones que le establece el artículo 67 en 28 incisos. El período de mandato de los diputados es de cuatro años, siendo reelegibles, renovándose la Cámara por mitad cada dos años (art. 42). Los senadores duran en su cargo nueve años y como los diputados son nuevamente reelegibles, renovándose la Cámara por terceras partes cada tres años (art. 48).

El Poder Judicial es ejercido por una Corte Suprema de Justicia y por tribunales inferiores (art. 94). Sus miembros son inamovibles mientras conserven su buena conducta (art. 96); son nombrados por el Poder Ejecutivo con acuerdo del Senado (art. 86). Este poder es el que tiene a su cargo la interpretación de las leyes y a su pedido el Poder Ejecutivo le presta la fuerza pública para hacer cumplir sus resoluciones.

El artículo 15 establece que en la Nación Argentina no hay esclavos, los pocos que existieron quedaron libres desde la jura de la misma. No se admiten prerrogativas de sangre, fueros personales ni títulos de nobleza

(art. 16). La prioridad se declara inviolable (art. 17). Ningún habitante de la nación puede ser penado sin juicio previo, declara inviolable la defensa en juicio. Queda abolida para siempre la pena de muerte, toda especie de tormentos y los azotes. Las cárceles serán sanas y limpias, para seguridad y no para castigo (art. 18). Proclama la libertad de culto, aunque el gobierno federal sostiene el culto católico apostólico romano (arts. 2 y 4).

Pasado el entrevero de Pavón, se consolidó la Unión Nacional, allí se resumió el unitario con el federal, el porteño y el provinciano, allí triunfa Urquiza y Mitre y con ellos la nación entera, porque todos han luchado por el mismo ideal, por los mismos principios y salió como una luz divina la nación pujante, llena de esperanzas marchando a pasos agigantados en busca del porvenir.

El primer gobierno que se constituyó después de Pavón fue asumido por el general Mitre en su doble carácter de gobierno provisional y nacional que, en principio, constituyó su sede en la ciudad de Paraná, en virtud de la controversia con la provincia de Buenos Aires sobre la actual Capital, sobre la que ya nos referimos en la tercera parte de este libro. Este gobierno fue de orden y de progreso para el país al que algo retrasó, la guerra del Paraguay a la cual el gobierno debió hacer frente con los resultados conocidos.

El general Mitre que, por disposición del tratado de la Triple Alianza del 1° de mayo de 1865, era el general en jefe de los ejércitos aliados, debió dirigirse al frente delegando el mando al vicepresidente de la república, el Dr. Marcos Paz. El general Mitre se vio obligado a volver a Buenos Aires por la muerte del vicepresidente en 1868, dejando al frente del ejército aliado al marqués de Caxias.

Antes de terminar la presidencia el general Mitre, la política estaba sumamente agitada con la proclamación de varios candidatos, que por último la Asamblea eligió al inmortal Domingo Faustino Sarmiento y Adolfo Alsina para la presidencia y vicepresidencia, respectivamente, para el período 1868-1874. Durante este gobierno progresista enlutó al país el asesinato del vencedor de Caseros, en abril de 1870.

El general Mitre escribió desde el diario *La Nación* que él fundara un sentido artículo en el que se destaca lo siguiente: “El general Urquiza, libertador de un pueblo y fundador de una confederación, ha muerto a mano de los suyos, traicionado por sus partidarios y herido por sus más íntimos amigos”. El general López Jordán se hizo responsable de ese hecho asumiendo la gobernación de la provincia de Entre Ríos. Para restablecer el imperio de

la Constitución, el gobierno nacional intervino la provincia. El gobernador se resistió a esa intervención por la fuerza, lo que obligó al gobierno federal a la remisión de las fuerzas militares al mando del general don José Miguel Arredondo, estando también el general Conesa al mando de las fuerzas de la intervención. Así fue reducido el general Jordán, derrotado en Arroyo de Santa Rosa. Pero no quedó con esto tranquilo, tres años después invadió la provincia de Entre Ríos y fue nuevamente derrotado.

Pese a estos inconvenientes, la presidencia de Sarmiento fue un gobierno de progreso en todos los órdenes. Fue él quien creó la primera escuela normal de la Argentina, como hemos visto en la reseña histórica de Chile, también le tocó dirigir la primera escuela normal de aquel país vecino, con razón, se le llama con cariño maestro. Fundó la Biblioteca Nacional de Maestros, reorganizó las escuelas primarias, el Colegio Militar, aumentó la construcción de redes ferroviarias, se crearon numerosas instituciones de crédito como el Banco Hipotecario de la Provincia de Buenos Aires, el Banco Nacional, etc.

Presidencias de Argentina, período 1874-1910

Terminada la presidencia de Sarmiento, correspondió el triunfo al Dr. Nicolás Avellaneda como presidente y a don Mariano Acosta como vicepresidente. Las elecciones fueron apasionadas, el triunfo del presidente Avellaneda se debió sin duda a la fusión del partido del Dr. Adolfo Alsina que representaba la fuerza autonomista. De allí resultó el partido Autonomista Nacional.

El general Mitre, que era el candidato de la oposición, no se conformó y se levantó en armas; fue derrotado en La Verde, donde firmó la capitulación. Poco después era sofocada en todo el país la revuelta.

Durante esta presidencia se fomentó la inmigración, en cuyo período entraron al país cerca de trescientos mil inmigrantes. El movimiento comercial fue extenso, se empezó con la exportación de carnes congeladas desde el puerto de San Nicolás.

A esta presidencia le tocó la última disputa de la organización nacional, o sea, el pleito de la Capital que originó la revolución del gobernador Tejedor, cuyos pormenores ya lo hemos explicado en la tercera parte de este libro, destacando la intervención de los ranqueles con su jefe al frente, el cacique Luis Baigorria, donde triunfó la causa nacional.

Terminada la presidencia del Dr. Avellaneda, fue elegido el general Julio A. Roca y como vicepresidente don Francisco B. Madero. Este gobierno continuó la obra constructiva del anterior. Se dictaron leyes orgánicas de los tribunales, del Consejo Nacional de Educación Primaria y la ley orgánica de la Capital Federal, cuya intendencia fue ejercida por el ilustre ciudadano Torcuato de Alvear.

Al término del período presidencial del general Roca (1880-1886), se agitaron los ánimos políticos y surgieron varios candidatos. Entre ellos, el Dr. Bernardo de Irigoyen, el general Victorica, el Dr. Dardo Rocha, don Manuel Ocampo; pero contra todas estas candidaturas, estaba la del Dr. Juárez Celman, ex gobernador de Córdoba y ligado por lazos parentescos con el presidente Roca.

Inició el período de gobierno el 12 de octubre de 1886. En esta administración presidencial se resolvió la antigua cuestión de límites con el Brasil, mediante el tratado de arbitraje, en el que se designó como árbitro al presidente de los Estados Unidos de Norteamérica. También se firmó el tratado de derecho internacional privado de Montevideo, donde se robusteció la personalidad de los Estados del continente, con aplicación de reglas jurídicas uniformes. Se promulgó la ley de Matrimonio Civil, se aprobó el Código Penal, de Comercio, de Minería y el de Procedimiento en Materia Criminal. En el orden político, fue un gobierno fracasado; causó el germen de los odios y la revolución como consecuencia. En el Senado le presentó batalla el gran tribuno Aristóbulo del Valle, donde lo criticó diciendo que “era una administración político-financiero verdaderamente desastrosa”. Así cundió día a día el descontento y el desorden. En un mitin en abril de 1890, Leandro N. Alem, caudillo austero de la revolución, dio forma de organización al partido Unión Cívica, que fue la oposición civil al gobierno. Esto dio lugar a la renuncia colectiva del gabinete, pero no bastó, el presidente seguía y la oposición se manifestaba hasta que, en julio, estalló la revolución y el 6 de agosto, el presidente presentaba la renuncia de su cargo.

Obtenida la renuncia, asumió el poder el Dr. Carlos Pellegrini, quien se rodeó de un Ministerio respetable y por ende consiguió la normalización. Este Ministerio estaba formado así: Interior, general don Julio A. Roca; Hacienda, el Dr. Vicente López; Relaciones Exteriores, Dr. Eduardo Costa; Guerra y Marina, general Nicolás Lavalle; Justicia e Instrucción Pública, José María Gutiérrez.

La situación financiera, como lo dijera Del Valle, era desastrosa. Este gobierno fundó el Banco de la Nación Argentina, esa

institución llevó como consecuencia lógica la tranquilidad y confianza al vecindario.

Próximo a terminar el período se agitaron de nuevo los ánimos, surgió la fórmula Bartolomé Mitre - Bernardo de Irigoyen, que proclamó la Unión Cívica. Esto dio lugar a una división partidaria que tuvo como índice la renuncia de los candidatos, y con la unión de esas fracciones se proclamó la fórmula Luis Sáenz Peña - José E. Uriburu, triunfando en las elecciones de 1892. Un caso curioso se presentó en esta lucha que es digno de señalar por el valor moral que el mismo significa.

Una agrupación reciente, creación de jóvenes, con el título de modernistas, había proclamado la candidatura a la presidencia del Dr. Roque Sáenz Peña, la cual este declinó en virtud de que otras agrupaciones habían proclamado la candidatura de su señor padre.

El hijo se adelantó a escribir a su padre, y entre otras cosas le decía lo siguiente: “porque quiero que sea mi firma, dijo, la primera en facilitar sus sacrificios que no son comunes [...] creo que nos abraza en estos momentos una aureola de honor para el padre y para el hijo, pues ninguno de los dos ha iniciado trabajos individuales buscando o ambicionando la presidencia de la república”.

Esta presidencia fue convulsionada, el partido que encabezaba el Dr. Leandro N. Alem mantenía un clima revolucionario y los motines se sucedían, dando lugar a la declaración del estado de sitio. Por último, la renuncia del presidente. Así se inicia otra era de conmoción y consecuentemente de desprestigio nacional. Porque no debemos olvidar que las revoluciones, por más bien intencionadas que sean, por más razones que esgriman sus hábiles promotores, son una lacra para los pueblos, cuya cultura se retrasa y su economía se resiente. Los malos gobiernos deben perseguirse con la indiferencia, que es el arma moral más poderosa y de mejores resultados.

Aceptada la renuncia del presidente, asume el poder el Dr. José Evaristo Uriburu. En este período se reformó la Constitución Nacional en el sentido del número de habitantes que se debe tener por cada diputado que se elija, es decir, el anterior era de veinte mil y se elevó a treinta mil, aumentándose también el número de ministros a ocho. Se produjo también el fallo del presidente de los Estados Unidos en la cuestión de límites con el Brasil, el cual fue acatado y así dio solución al conflicto en febrero de 1895.

Al terminar la presidencia del Dr. Uriburu, ya desaparecido el Dr. Alem, resultó electo para la nueva presidencia el general Julio A. Roca, el

12 de octubre de 1899 (y hasta 1904). Fue vicepresidente el Dr. Norberto Quirno Costa. A este gobierno corresponde la solución del tratado de límites con la vecina república de Chile, el afianzamiento del orden, y se siguió la marcha ascendente del progreso.

Antes de terminar la presidencia del general Roca, surgieron varias candidaturas. Entre ellas la del Dr. Carlos Pellegrini, que proclamó el partido autonomista, la del Dr. Marco Avellaneda, que auspiciaba un grupo de la Capital, la del Dr. Manuel Quintana, que contaba con el apoyo del gobierno, y la del Dr. José Uriburu, que la apoyaba el Partido Republicano. Triunfó el Dr. Manuel Quintana llevando como vicepresidente al Dr. Figueroa Alcorta (período 1904-1910).

El Dr. Quintana, hombre de experiencia y criterio, lo habilitaban para ejercer con independencia el cargo. A los cuatro meses de estar en el poder, se levantó en armas el partido radical, que acaudillaba el Dr. Hipólito Yrigoyen, quien más tarde se convirtió en la figura trascendental de la política. Este movimiento de vastas ramificaciones en todo el territorio de la república llegó a apoderarse de las provincias de Córdoba, Mendoza y Santa Fe. En la primera de estas provincias tomaron como rehén al vicepresidente Dr. Figueroa Alcorta. El Dr. Quintana reprimió con energía el movimiento de inmediato en la Capital y al poco tiempo en todo el país.

En este período se creó en el orden nacional la Universidad de La Plata, cuya organización estuvo a cargo del eminente hombre público Dr. Joaquín V. González. Por encima de la oposición que se le hizo en el gobierno, el Dr. Quintana fue un gran estadista de talento y organizador que dignificó la universidad, el parlamento y el gobierno. Las oposiciones desmedidas a su gobierno le privaron de desarrollar la obra constructiva que al asumir el cargo se había propuesto.

Fallecido este varón ilustre, correspondió el ejercicio de la presidencia al Dr. Figueroa Alcorta. La oposición seguía en la misma forma, el Congreso no le prestaba cooperación, negándose hasta dar el presupuesto de la nación. En este período se realizó la conmemoración del Centenario de la Revolución de Mayo, acto al que asistieron con representaciones todas las naciones civilizadas. Pese a la convulsión que se vivía en el país, se descubrió el primer pozo petrolífero en Comodoro Rivadavia, que más tarde llegó a ser una fuente de riqueza extraordinaria, y se aumentó en gran escala la red ferroviaria.

Presidencia de Roque Sáenz Peña - Victorino de la Plaza

En el período 1910-1916 correspondió el ejercicio de la presidencia al Dr. Roque Sáenz Peña y como vicepresidente al Dr. Victorino de la Plaza. Después de la anarquía del año 1820, la práctica electoral estaba al margen de la política oficial y, valiéndose del caudillo matón, el agente negociador de votos y otras triquiñuelas, desvirtuaba la verdadera voluntad del pueblo elector. A esta presidencia le cupo el honor de dictar la famosa ley que lleva el nombre de este insigne magistrado y que se registra bajo el número 8871. Esto trajo aparejada la tranquilidad del país basada en la verdad electoral.

Esta ley creaba una nueva era en la política. Ella daba las garantías al elector, con la institución del voto favorable. El ex diputado Dr. Ramón J. Cárcano decía: “Hemos visto contiendas armadas, pero propiamente no hemos visto luchas electorales [...] No le basta al país el vuelo de sus industrias, el ganado inmenso de sus campos, las espigas repletas que derraman sus caudales. Se sabe ahora el pueblo fuerte y consciente y quiere votar como elector soberano”.

Al fallecimiento del Dr. Roque Sáenz Peña, en agosto de 1914, asume la presidencia el Dr. Victorino de la Plaza. Durante su gobierno se produjo la guerra europea, acontecimiento que tuvo una gran repercusión; primero en el comercio y las industrias, lo que paulatinamente se fue normalizando hasta que el país llegó a disfrutar de una respetable prosperidad económica, en virtud de la valorización sensible de la producción. Esto dio margen al aumento considerable de las exportaciones y por ende trajo como consecuencia la riqueza general.

Este gobierno fue de orden y próspero. Antes de terminar la presidencia, los partidos que, por primera vez en la historia aplicarían la ley magnífica del voto secreto y obligatorio para elegir a los primeros ciudadanos que manejarían las directivas del gobierno, se dieron a la proclamación de sus candidatos. Surgió la de Hipólito Yrigoyen - Pelagio Luna por el partido radical; Ángel de Rojas - Juan E. Serú por el Partido Conservador; Lisandro de la Torre - Alejandro Carbó por el Partido Demócrata Progresista; Juan B. Justo - Nicolás Repetto por el Partido Socialista. Así la lucha, el veredicto correspondió a la fórmula radical.

Presidencia de Hipólito Yrigoyen - Pelagio Luna (1916-1922)

Esta presidencia, que se inicia en una era de prosperidad en el país, se desarrolla con normalidad; no obstante, tuvo algunas dificultades por las huelgas y cuestiones obreras que se plantearon, las cuales se solucionaron con un criterio de justicia y ecuanimidad. En este gobierno imperó el criterio intervencionista de las provincias, pues durante ese período todas ellas, a excepción de Santa Fe, fueron intervenidas llegándose al caso de que algunas lo fueron hasta tres veces. Este sistema causó el descontento consiguiente a lo que se unía la anarquía por la resistencia que se hacía a los interventores.

En su gobierno es digno de destacar la defensa de los Yacimientos Petrolíferos Fiscales, poniendo así barreras a los capitales extranjeros que se iban adueñando de los resortes del gobierno.

Otro hecho magnífico fue su decidida posición en conservarse neutral frente al conflicto europeo. Se creó en ese período la Universidad del Litoral con las facultades de Derecho y Química Industrial en la ciudad de Santa Fe; de Ciencias Médicas y Ciencias Económicas en la ciudad de Rosario; de Ciencias Educativas en Paraná y de Agricultura y Ganadería en Corrientes.

Presidencia de Marcelo T. de Alvear - Elpidio González (1922-1928)

Al terminar el período el Dr. Yrigoyen, triunfó la fórmula Alvear-González que auspiciara el partido radical. Esta presidencia se caracterizó por su respeto a la ley y a la Constitución. Fue en realidad un gobierno de orden, no se recurrió a las intervenciones de provincias y se estimuló el progreso del país cuya época era fructífera debido al excesivo valor de la producción.

En el período de ese gobierno visitaron al país personalidades descolantes extranjeras, como el príncipe heredero de Italia y el príncipe de Gales. Se prestó gran atención a las instituciones armadas, dotándolas de armamentos adecuados; se creó la fábrica de aviones de Córdoba; se establecieron las escuelas de armas. En la agricultura, se fomentó el cultivo de algodón, se encaró en forma completa la perfección de la semilla, el fomento de la producción de la manteca, la fabricación de quesos. Se organizó el servicio de trenes de propaganda granjera. Se prestó también especial atención a la enseñanza universitaria y cultura pública.

En vísperas de la terminación del mandato, la agrupación antipersonalista levantó la fórmula Leopoldo Melo - Vicente Gallo y el partido radical personalista la del Dr. Yrigoyen - Francisco Beiró, que después la convención lo sustituyó a este por fallecimiento con la elección del Dr. Martínez; esta fórmula resultó electa por gran mayoría de votos.

Presidencia de Hipólito Yrigoyen - Enrique Martínez (1928-1930)

Si bien la presidencia se inició con la defensa de las industrias principales del país, no tardó en sentirse un malestar debido a la paralización de los trámites administrativos, lo que originó una reacción del pueblo ocasionándole a ese partido hasta la pérdida de las elecciones en la Capital Federal en marzo de 1929; y en San Juan y Mendoza la anarquía había hecho presa. Todo ello repercutió creando el ambiente de la revolución, que como hemos dicho, es el desastre y el apropiado de los pueblos civilizados.

Gobierno provisional del general José Félix Uriburu

Triunfante la revolución, se hizo cargo del poder el general Uriburu. Disolvió el Congreso e intervino todas las provincias con excepción de San Luis y Entre Ríos, siguiendo así con el gobierno de fuerza y convocó a elecciones. En ellas presentaron las siguientes candidaturas: por los radicales impersonalistas y demócratas nacionales el general Agustín P. Justo - Julio A. Roca; por la alianza de los socialistas y demócrata progresistas Lisandro de la Torre - Nicolás Repetto; y por el partido radical personalista el Dr. Marcelo T. de Alvear - Adolfo Güemes, esta última fórmula fue vetada por el general Uriburu.

Presidencia Agustín P. Justo - Julio A. Roca (1932-1938)

El triunfo correspondió a la fórmula encabezada por el general Justo, que se hizo cargo de la presidencia el 20 de febrero de 1932, siendo uno de sus primeros actos el levantamiento del estado de sitio. Ruda tarea en realidad le tocó afrontar a este gobierno, con los ánimos exaltados, originarios de toda revuelta armada, pero supo afrontarlos con decisión, tolerancia y

energía cuando se requería. No faltaron los conatos revolucionarios, todos ellos sofocados.

Durante su período, el general Justo visitó la república del Brasil en octubre de 1933, donde fue recibido con grandes pruebas de simpatía. Esta visita fue retribuida por el presidente del Brasil Dr. Getulio Vargas en mayo de 1935. El pueblo de la Capital recibió a los viajeros con gran júbilo; estas visitas, por cierto, dignificaban las relaciones y estrechaban los lazos de amistad entre los Estados.

Este gobierno se interesó en forma amplia en la cuestión pacifista de América. El ministro de Relaciones Exteriores, Dr. Saavedra Lamas, dio pruebas inequívocas de ser un gran diplomático en el asunto armado entre Paraguay y Bolivia en 1936. En este período se encaró el problema de obras públicas, bajo un aspecto intenso en todo el país. Se surcó con caminos carreteros adecuados a la república que es un orgullo nacional.

Al finalizar el período, surgieron las candidaturas del Dr. Roberto M. Ortiz - Ramón S. Castillo por los partidos de la concordancia y por el partido radical personalista las del Dr. Marcelo R. de Alvear - Enrique Mosca. Triunfó la primera fórmula.

Presidencia Roberto M. Ortiz - Ramón S. Castillo (1938-1944)

Al hacerse cargo del período 1938-1944, el Dr. Ortiz inició un gobierno de amplia orientación política y social; para las elecciones de gobernadores consagró las garantías necesarias y con ello consiguió el aplauso de su pueblo. Su gobierno fue de orden, tuvo buenas iniciativas para afianzar nuestro sistema democrático y con tal motivo envió al Congreso un proyecto de ley sobre organizaciones de los partidos políticos, que sería el estatuto de los mismos, con lo cual se extirparía el caudillaje que tanto daño hacía al país.

El Congreso no ha dado esa ley, que en realidad sería la continuación y consolidación de la llamada Sáenz Peña, porque nada se puede hacer con asegurar los comicios en las elecciones nacionales, si en los organismos partidario el fraude se practica en la forma más desvergonzada, llevando muchas veces a las oposiciones públicas a bribones. Es necesario pues, moralizar las prácticas dentro de los partidos para que de allí salgan los auténticos ciudadanos, limpios, inteligentes y capacitados que ejerzan el cargo como un honor y no como un medio de vida o de satisfacciones

personales. No ha sido atendido por el Congreso en esa moralizadora iniciativa, toda su buena intención se malogró y quedó en las aguas de borrajas.

La enfermedad que lo aqueja lo alejó del poder, haciéndose cargo de la presidencia el vicepresidente Dr. Ramón S. Castillo, hombre maduro, reposado y de gran energía, hecho en la magistratura. A él le cupo el proyecto de la ley de quiebras que nos rige en su período senatorial.

Su gobierno se encarrila dentro de las normas legales, no hay a la fecha ningún estado provincial intervenido, lo que significa la normalidad nacional.

Extensión y población de la República Argentina

Los llamados diaguitas y calchaquíes fueron la población autóctona en la gobernación de los Andes, provincias de Jujuy, Catamarca, Tucumán, La Rioja, San Juan, parte oeste de Salta, Santiago del Estero, parte norte de Córdoba, Mendoza y San Luis. Los timbúes, mocoretás y charrúas en el litoral de las provincias de Entre Ríos y Corrientes, litoral santafesino y la gobernación de Misiones. Los querandíes y araucanos en Buenos Aires, Gobernación de La Pampa y los archipiélagos magallánicos.

La extensión de la república es de 2.950.520 kilómetros cuadrados, siendo su población actual unos 12.000.000 de habitantes, que da una densidad aproximada de 4 habitantes por kilómetro cuadrado.

La población mestiza en su mayoría se encuentra en las provincias, en donde se conservan las tradiciones incólumes; allí como dijera el gran tribuno Belisario Roldán, es donde uno se siente argentino. Las sucesivas generaciones han formado ese criollo patriota, amante de su tierra y sus costumbres, que cultiva y siente, en forma superior y por encima de todo lo que nos traen de afuera por simpático y bonito que se lo pinten.

En la Capital Federal es donde más se han confundido las razas, debido a la gran corriente inmigrante, como así también en la mayoría de los territorios nacionales.

CAPÍTULO II

Reseña histórica de la República de México

Los territorios conquistados por Hernán Cortés formaron más tarde el virreinato que se llamó la Nueva España, asignando como capital a la Ciudad de México. Esta ciudad fue el centro de absorción de todas las colonias que poseía España en América del Norte, disputándose su rivalidad con la ciudad de Lima. En esta ciudad se asentaba lo mejor de la cultura española, estableciéndose más tarde la universidad, que en poco tiempo alcanzó gran celebridad. En la capital virreinal se construyeron de inmediato grandes edificios que aún siguen embelleciendo la aristocrática capital mexicana.

En 1810 se levantaron en armas los naturales en contra de la representación española, al frente de los mismos estaba el R. P. Hidalgo, llegando a apoderar del país, pero poco después las tropas peninsulares con la ayuda de algunos criollos pudieron sofocar la revuelta y tomar prisionero al cura Hidalgo que fue fusilado. El espíritu revolucionario prosiguió, quedando al frente de la rebelión el lugarteniente de Hidalgo, Morelos. Este siguió la lucha con los autóctonos, teniendo en jaque a los españoles hasta el año 1815, que al fin pudieron restablecer el orden por completo.

En esa fecha, se continuaba la lucha en toda Sudamérica, donde triunfaba la causa revolucionaria y, por el contrario, en México quedaba como perdida la tentativa de la independencia. En 1820 llegaron las primeras noticias de Veracruz sobre el estallido de la revolución en España, lo que produjo una fuerte conmoción en todo el país. Estos acontecimientos renovaron la causa de la revolución, grandes contingentes de nativos se amotinaron contra las tropas del rey y se llegó al caso, del coronel Iturbide, que fue enviado para sofocar la revolución y se pasó a los revolucionarios, arrojando de México al virrey y proclamándose emperador, adaptando el nombre de Agustín I.

Este emperador duró poco, por supuesto la causa revolucionaria iba más allá que el encumbramiento de una persona en cambio de otra, y en 1823 fue depuesto, constituyéndose un triunvirato que lo componían tres generales a quienes se les encargó la Constitución y reformas a introducir en el gobierno. En el año 1824 se puso en práctica la Constitución,

adaptándose la forma republicana de gobierno con el nombre de Estados Unidos de México.

En la organización nacional posindependencia hubo una época de revoluciones que degeneraron en la anarquía, se producían los levantamientos con pasmosa rapidez. Estos conatos provocaron la separación del Estado de la provincia de Tozas declarándose independiente, más tarde fue absorbida por los Estados Unidos, ocasionando esto la guerra con ese país que tuvo consecuencias desastrosas para México, costándole la pérdida de las provincias de Carolina y Nueva México.

En el año 1861, debido al estado desastroso de la hacienda, el gobierno se vio en el trance de decretar la suspensión de los pagos, teniendo como consecuencia la intervención de los gobiernos de Inglaterra, Francia y España, concurriendo con fuerzas a ese país.

A la llegada de las fuerzas aliadas, encontraron en el presidente plena satisfacción a sus requisitorias; de esa forma, las tropas inglesas y españolas se retiraron, pero no así las francesas por mandato de su emperador Napoleón III, cuyo interés estribaba en establecer en México la monarquía y exigir como emperador al archiduque Maximiliano de Austria, cosa que llegó a conseguir y fue puesto en posesión de su elevado cargo en el año 1864.

Restablecida la monarquía en ese pueblo bizarro, que se encontraba dividido en fracciones, las cuales se tenían un odio feroz, terminaron por unirse como un solo hombre para batir al intruso extranjero que en forma sorpresiva se había erigido en regidor de sus destinos. El espíritu patriota de los mexicanos despertó en la masa del pueblo nativo un entusiasmo sin igual y la expedición resultó un completo desastre, obligando a los intrusos a retirarse en desbandada; el emperador Maximiliano fue fusilado, con lo cual terminó el intento de monarquía.

A esto siguió un período de tranquilidad en virtud de la dictadura que ejerció en forma enérgica el presidente Díaz. Durante su gobierno, avanzó el progreso a pasos agigantados, aumentando la riqueza del país, entregando al cultivo grandes regiones nuevas, lo que tuvo como consecuencia el aumento de la población, extendiéndose la cultura.

En 1911 comenzó otra era de revoluciones que terminaron con el destierro de Pórfido Díaz y dio lugar a la intervención de los Estados Unidos en la política de México, atravesando períodos difíciles, con lo cual se preparaba tal vez una intervención cada vez más codiciada de los Estados Unidos.

Prosiguió este estado de inseguridad hasta la presidencia del general Lázaro Cárdenas (1934-1940), poniendo término al caudillismo que imperaba en el país hermano, no sin antes tener que hacer frente con habilidad, a algunos conatos que se registraron, pues para poder gobernar con independencia fue necesario desprenderse del tutelaje del general Calles, que en realidad fue quien le prestó su apoyo en las elecciones presidenciales dándole el triunfo.

Llegado al poder el general Cárdenas, diferencias del nuevo presidente con el general Calles dio por resultado el alejamiento del país de este último para radicarse en los Estados Unidos el 7 de julio de 1936.

En el año 1938 el gobierno del general Cárdenas tuvo que hacer frente a un levantamiento militar que encabezaba el general Cerrillo, en San Luis de Potosí, el cual sofocó en forma definitiva. El 7 de julio de 1940 se realizaron las elecciones presidenciales resultando favorable el veredicto al general don Manuel Ávila Camacho, cuya administración comenzó el 1° de diciembre del mismo año. De esa forma llegó al pueblo de México una era de tranquilidad y por ende de progreso.

El área de extensión de México es de 1.987.043 kilómetros cuadrados de superficie y una población de 14.234.799 habitantes, lo que da una densidad de 7 habitantes por kilómetro cuadrado. La población se concentra con preferencia en el valle de Anáhuac, en virtud de su clima fresco y el agua abundante; se explota el cultivo y la ganadería. Los estados centrales se encuentran bien poblados, allí la industria minera constituye una gran fuente de riquezas. En Yucatán el cultivo del agave alcanza proporciones en la transformación de esta fibra que cada día tiene más importancia. La población en cambio decrece al avanzar por el valle hacia el norte, por la sequedad excesiva del clima, como ocurre en Sonora y en la Baja California.

La población se compone en su mayoría de mestizos y autóctonos, hay también blancos de pura raza que representan menos de la quinta parte. Los negros fueron siempre escasos en México, siendo su número insignificante. En los Estados bien poblados, donde se extendían antes las civilizaciones mayas y aztecas, se conocen más de ciento veinte lenguas o dialectos usados actualmente, entre los cuales se destaca el azteca, el otomí, el tarasco, el misteco y el zapoteco, pero la mayoría de los naturales hablan o entienden el castellano, que por medio de las escuelas se va introduciendo en toda la población.

CAPÍTULO III

Reseña histórica de las repúblicas de América Central

Guatemala

En la América Central se formó la capitanía general de Guatemala, que dependió en un principio del virreinato de Nueva España y más tarde quedó independiente.

Los primeros síntomas de independencia no afectaron a la región que constituía la capitanía general, pero en 1821 se estableció la primera junta en la provincia de Chiapas. Producido ese acontecimiento, todo el país se declaró partidario de la libertad. Iturbide, que había sido proclamado emperador de México, dispuso una expedición a Guatemala en la que determinó proclamar a estos pueblos también su emperador.

En el año 1823 tuvo lugar una reunión de delegados de todas las provincias de América Central, la cual se llevó a efecto en la ciudad de Guatemala. A esta reunión no asistieron los representantes de la provincia de Chiapas, que habían pasado ya a formar parte del nuevo estado de México. Una vez reunidos, se constituyó una federación que llevaba el nombre de Provincias Unidas de América Central. Esta confederación no duró mucho tiempo y pronto entraron las discusiones, interponiéndose un período de luchas intestinas como atravesaron todos los estados sudamericanos.

Costa Rica se retiró de la confederación en 1838, constituyéndose en república independiente. En 1842 Honduras, Nicaragua y El Salvador formaban entre las tres una nueva federación de la cual no formaron parte Guatemala y Costa Rica. Dos años después se rompió esta unión y cada uno de los Estados formaron su propio gobierno.

El presidente Barrios, de Guatemala, hizo en 1885 una invitación a todos los Estados de Centroamérica a formar otra vez la confederación primitiva. Este intento dio lugar a una guerra con El Salvador, Nicaragua y Costa Rica, donde perdió la vida el mandatario Barrios.

Estados Unidos de Norteamérica invadió Nicaragua en el año 1909, deponiendo al presidente Zalaya, lo que originó la celebración de un tratado entre los dos países por el cual se declara que Nicaragua quedaba bajo el protectorado de los Estados Unidos de Norteamérica.

El apoderamiento por parte de la República Imperial del Norte trajo como consecuencia un nuevo intento de las restantes repúblicas de constituir una nueva federación, que se logró en 1921 y en la cual entraban Guatemala, Honduras y El Salvador, constituyendo la República de América Central. Esta unión duró muy pocos meses. Las provincias de la lejana Capitanía General de Guatemala, pese a los esfuerzos que realizaron, no pudieron organizarse en un solo Estado.

Guatemala después de la separación

En el año 1920 un movimiento subversivo derrocó al presidente Manuel Estrada. Hombre de una clara inteligencia y gran estadista, fue reducido a prisión, y pese a su autodefensa, donde levantó los cargos que se le hacían, no consiguió la libertad. El 24 de septiembre murió en cautiverio, donde se encontraba alojado.

El triunfo de este movimiento llevó a la presidencia de la república a un agricultor, don Carlos Herrera. Pese a sus buenas intenciones, no pudo suplir la falta de conocimiento para el manejo complicado de las cosas de gobierno y su período duró poco. Un nuevo golpe de Estado derrocó al gobierno y lo sustituyó el general don José María Orellana. Su actuación, aunque corta, no dejó de ser beneficiosa. Se llevaron a cabo importantes reformas en la estabilización de la moneda que, debido a las fluctuaciones, afectaba el desenvolvimiento del comercio e instituciones bancarias de la república. En septiembre del año 1929 dejó de existir y lo sustituyó en el gobierno el general Lázaro Chacón, que tampoco pudo terminar el período, pues una grave enfermedad lo obligó a alejarse. Al retirarse del gobierno un estado de anarquía se apoderó del país, en pocos días se turnaron en la presidencia los señores Baudiño Palma, el general Manuel Orellana y José María Reyna Andrade.

El general Jorge Ubico se hizo cargo de la presidencia constitucional en febrero de 1931. Al terminar su período legal y no autorizando la reelección, la Constitución procedió a un plebiscito que dio como resultado la designación de dicho funcionario para el ejercicio del poder hasta el año 1943.

Este gobierno de fuerza ha realizado obras positivas de gran progreso material. Se han construido grandes tramos de carreteras en todas las zonas del país, se sanearon las regiones insalubres que existían y se dio un importante impulso a la arqueología nacional, poniendo término a

la cuestión de límites con la república de Honduras por medio de un laudo arbitral.

Extensión y población

La región de Guatemala fue ocupada primitivamente por los pueblos toltecas. La población actual se compone de 2.454.000 habitantes. Su extensión es de 113.787 kilómetros cuadrados, cuya densidad media es de 22 habitantes por kilómetro cuadrado.

El Salvador

Esta república, después de las federaciones sucesivas de que nos hemos ocupado en este capítulo, prosiguió su vida más o menos normal, no faltando por cierto sus luchas internas.

Por medio del sufragio popular, fue elegido presidente de la república el Dr. Arturo Araujo, que fue depuesto del gobierno por el general Maximiliano Hernández Martínez en 1931 y fue electo constitucionalmente el 1° de marzo de 1935. Terminando nuevamente su mandato, una reforma de la Constitución extendió el mismo hasta el año 1943. Realiza un gobierno de gran progreso material en la república hermana.

Extensión y población

Los pobladores primitivos fueron los aztecas. El número de habitantes de la república de El Salvador es de 1.634.000 y su superficie es de 34.126 kilómetros cuadrados, dando una densidad media de 47 habitantes por kilómetro cuadrado.

La mayoría de la población está compuesta de ladinos o mestizos, no alcanzando al 10 por ciento los autóctonos, y un número parecido de extranjeros.

Honduras

Esta república, como las demás que formaron parte de la federación, no ha sido ajena a las luchas internas después del último intento de federación al que nos hemos referido, en el año 1921.

Después de la separación del pacto presidió los destinos de ese país el general López Gutiérrez, que el 1° de febrero de 1924 se proclamó dictador con la intención de perpetuarse en el poder. Debido a esta actitud estalló la guerra civil, que lo depuso, y se formó un gobierno de facto presidido por el general Vicente Tosta, que fue el vencedor de la contienda.

Este militar llamó a elecciones generales y el triunfo correspondió al doctor Miguel Paz Barahona, quien se hizo cargo en el año 1925, terminando su mandato en el año 1929. Este período se desarrolló con tranquilidad, sucediéndole en el cargo el doctor Vicente Mejías Colindres. Su gobierno duró hasta 1933 y fue escabroso, debido a los levantamientos que en todos los casos el gobierno logró sofocar. En ese año se hizo cargo de la presidencia mediante el sufragio universal el general Tiburcio Carias Andino. El período de este último mandatario se cumplió en el año 1937, pero antes de expirar, con antelación a un año, se reunió una asamblea constituyente reformando la Constitución Nacional, y tal reforma lo facultó a regir los destinos del Estado hasta el año 1943. Su gobierno se ha destacado por el progreso y adelanto de su patria.

Extensión y población de la república

Su población primitiva la formaron los mayas. Su superficie es de 114.670 kilómetros cuadrados y su población es de 773.000 habitantes, que significa una densidad de 6 habitantes por kilómetro cuadrado. La mayor parte de los habitantes son ladinos o mestizos, habiendo un 20 por ciento más o menos de autóctonos puros; en esta nación se encuentran escasos extranjeros.

Nicaragua

Este estado también ha tenido innumerables luchas internas, después de retirarse de la confederación y aceptando el protectorado de los Estados Unidos de Norteamérica en 1909.

El 10 de octubre de 1909, con la anuencia de la Cancillería de Washington, el general Juan J. Estrada, se sublevó contra el gobierno constituido de Nicaragua que presidía el general Zelaya. Este le opuso una gran resistencia, pero era tanta la ayuda que el sublevado recibía de banqueros estadounidenses que Zelaya no pudo resistir y salió del país delegando el

mando presidencial al doctor José Madriz, que fue impotente para sofocar la revuelta. Triunfante la revolución de Estrada, este se puso de acuerdo con Adolfo Díaz —que a la sazón era empleado de la empresa norteamericana Minig Company—, Luis Mena, Emiliano Chamorro y Fernando Solórzano, resolviendo que Estrada siguiera en el mando y fuese vicepresidente Adolfo Díaz. Quedada la trama tendida, no tardó en hacerse cargo de la primera magistratura el 11 de mayo de 1911. Su primer acto de gobierno fue el de contratar un empréstito con la casa Brown de Nueva York en una forma tan desastrosa que hipotecó los ferrocarriles y se comprometieron las rentas de la Aduana. Los gobiernos que se sucedieron estuvieron al servicio incondicional del gobierno y banqueros estadounidenses.

El general Luis Mena traicionó a Díaz y lo substituyó en el mando, lo cual inquietó a los Estados Unidos, dando lugar a la ocupación armada de Nicaragua por aquel país. Esta situación hizo levantar a un patriota nicaragüense, el valiente César Agustín Sandino, que refugiándose en la selva tuvo a raya a las potentes fuerzas norteamericanas varios años, haciendo guerra de guerrillas. Este valiente patriota con un puñado de hombres sufrió privaciones de toda índole, pero consiguieron el respeto y la consideración de todos los pueblos latinoamericanos, los que con toda justicia les concedieron el título de verdaderos héroes.

El patriota Sandino, después de retirarse las fuerzas invasoras estadounidenses de su patria, trató las paces con el gobierno del Dr. Juan Bautista Sacasa. Una vez pactado, se dirigió a la casa del presidente y a la salida, después de haber dejado todo arreglado, fue asesinado por las fuerzas de la Guardia Nacional. Este hecho llenó de horror al mundo civilizado y el jefe de la Guardia Nacional, Anastasio Somoza, se sublevó contra su gobierno derrocándolo y haciéndose cargo de la presidencia el senador más antiguo, el cual más tarde fue substituido por el propio general Somoza, que, aún sigue en el poder.

Extensión y población de la república

Los primitivos pobladores eran los mayas. La extensión de esta nación es de 103.700 kilómetros cuadrados y su población de unos 700.000 habitantes, cuya densidad es de 5,2 habitantes por kilómetro cuadrado. La población se compone de autóctonos y de mestizos, formando estos la mayoría y son los que ejercen el gobierno, hay también el negro africano que se introdujo como esclavo y el zambo.

Costa Rica

Esta nación también ha tenido sus luchas internas, después de la separación de la Confederación en 1921.

En el conflicto con Inglaterra del año 1920 tuvo lugar su resolución favorable a este país, mediante el laudo arbitral que pronunciara el presidente de la Suprema Corte de Justicia de los Estados Unidos, Guillermo H. Taft; en esa época era presidente de la república Cleto González Víquez. Se convocó a elecciones para la renovación presidencial y se presentaron tres candidaturas, la de Alberto Echandi, Ricardo Giménez y la del general Jorge Volio, ninguno de los tres candidatos obtuvo la mayoría necesaria para ser ungido en la presidencial y el congreso decidió la elección a favor del licenciado Giménez que por segunda vez ocupó ese cargo. Esta presidencia fue fructífera, se creó el Banco Hipotecario Nacional y se realizaron muchas obras de importancia. A este le sucedió Cleto González Víquez, que también continuó la obra de progreso de su antecesor, sustituyéndole en 1936 el licenciado León Cortés Castro, en cuya administración se distinguió por su obra de gobierno y pacificación del país. En la fecha es presidente de la república el distinguido médico doctor Rafael A. Calderón Guardia, quien asumió el poder el 8 de mayo de 1940.

Extensión y población de la república

La extensión de la república de Costa Rica es de 59.600 kilómetros cuadrados y su población se estima en 520.000 habitantes, lo que da una densidad de 10 habitantes por kilómetro cuadrado. Su población se compone exclusivamente de mestizos, pues es una de las repúblicas en las que mejor se ha fusionado la raza blanca y autóctona.

CAPÍTULO IV

Las Antillas

De las islas de las Antillas, como tenemos trazado en este libro, solamente nos ocuparemos de las de Santo Domingo, Cuba y Puerto Rico. La primera, después de luchas que mantuvo con las huestes napoleónicas, se declaró nación independiente. Los cubanos, que habían permanecido en silencio durante las luchas americanas por la independencia a fines del siglo XIX, se sumaron al fervor patriótico y, con la ayuda de los Estados Unidos, sin el interés consabido y especulativo de esta nación, se declaró al fin independiente como Estado soberano. La isla de Puerto Rico, potente como su nombre lo indica, no ha podido librarse de la tutela de la potente nación del norte.

Reseña histórica de Santo Domingo

Esta isla tuvo su primera invasión napoleónica en 1801 que hacía en nombre de España. El orgullo de la ciudad dominicana no pudo tolerar por mucho tiempo esa invasión a su pueblo, donde ya germinaba la raza india entremezclada con la española. Seguido a esto se produjo la invasión de la propia España, por las fuerzas de Napoleón en esta época fue que los dominicanos le dijeron de la España boba.

Las fuerzas dominicanas permanecían en armas defendiendo la independencia de su pueblo, y así fue que en una batalla memorable derrotaron ampliamente al general francés Ferrand Palohindo, en noviembre de 1808. Después de cruentas luchas con los españoles, se había resuelto en principio que la república en marcha entrara a formar parte de la gran Colombia soñada por Simón Bolívar, pero todo esto cedió y en 1844, febrero 27, se proclamó la independencia con el nombre de Santo Domingo.

Proclamada la independencia de la república, esta siempre estuvo con la amenaza constante de la república del Norte, la que intentó en varias oportunidades su anexión.

Con el gobierno de Buenaventura empieza el florecimiento de esa nación, en el año 1873. A principios del año 1874 se convoca a una convención para introducir reformas a la Constitución nacional; siendo el

presidente provisional don Ignacio María González, que después resultó electo para el período 1874-1876. Este gobierno se inauguró bajo el clima de libertad, era tanto el alborozo que se tiraron los grillos existentes en las cárceles y se dio este preámbulo: “ya no hay vencidos ni vencedores”, magnífica frase, si impera en todos los pueblos del orbe.

Este gobierno de principio, con un gran patriotismo, funda escuelas, industrias, bancos, construye comunicaciones submarinas y todo lo relativo al progreso altivo de una nación en marcha. En 1880 el veredicto popular lleva al poder al presbítero Fernando Arturo de Meriño, hombre inteligente que siguió la obra del gobierno progresista empezada en el anterior período, que terminó el año 1882. Sucedióle en el cargo Ulises Heureaux, quien también continuó desempeñándose con un gobierno de paz y de progreso. A este lo sustituyó el general Francisco Gregorio Billini; a esta elección el partido contrario la consideró fraudulenta y se levantó en armas, situación que fue sofocada en 1887, siguiendo en el gobierno Heureaux durante cuatro periodos consecutivos.

Este gobierno de fuerza, que dejó al país una inmensa y complicada deuda pública, pues hasta las aduanas las tenían en manos de una caja, dejó el gobierno en 1899. En este pequeño período hubo paz, libertad y progreso en el país. Terminado este gobierno progresista se torna otra vez una turbulenta revolución, sucediéndose otros interinatos de Horacio Vázquez, que termina en diciembre de ese mismo año; de Carlos Morales que sigue hasta diciembre de 1905, y de aquí se retorna al gobierno constitucional eligiéndose presidente a Ramón Cáceres, cuyo período 1905-1911 es de paz y progreso para la República Dominicana. Terminado este gobierno de orden y de respeto empieza otra era de revueltas internas; lo sustituye el general Eladio Victoria, 1911-1912; a este le sucede el arzobispo Dr. Adolfo Alejandro Nouel, diciembre a marzo 1913, reemplazándolo en esa fecha el general José Bordas Valdés (1913-1914); a este le sucedió el Dr. Ramón Báez que terminó en diciembre del mismo año; a este le siguió Juan Isidro Jiménez que terminó en 1916. Todos estos gobiernos se vieron atados para el desenvolvimiento, debido a la forma en que había comprometido las finanzas el gobierno de fuerza de Heureaux. En las elecciones realizadas en julio de 1916, fue elegido presidente de la república el Dr. Francisco Enrique Carabajal. Este presidente debió afrontar un período delicado y salir de su patria para defender la independencia de la misma, pues el presidente de la República del Norte, Wilson, había resuelto la ocupación de la isla.

A esta ocupación que duró seis años, los dominicanos la batieron con la prensa, la armas y la diplomacia. Pese a las medidas de fuerza que impuso el invasor, todas ellas fueron vencidas por este pueblo, que con toda valentía y altivez supo librarse del yugo que los oprimía y tomarse de nuevo su independencia. El pueblo nombra como presidente provisional por el periodo 1922-1924 a Juan Bautista Vicini Burgos. Convocado a elecciones resultó electo al señor Horacio Vázquez que gobernó el período de 1924 a 1930. Al terminar este mandato, se inició un movimiento de protesta contra el mandatario, tendiente a que no se perpetuara en el poder, ya fuera mediante un gobierno de fuerza o de una reelección que estaba autorizada por la constitución. Este movimiento sin recurrir a las armas dio el resultado esperado, y se hizo cargo del gobierno en forma provisional el licenciado don Rafael Estrella Urela que duró de febrero a agosto de 1930. Convocó a elecciones en las que resultó electo presidente el general Leónidas Trujillo Molina que gobernó desde 1930 a 1938. En este gobierno se realizó una labor fructífera para la nación tanto de progreso como de orden. El Dr. Jacinto Bienvenido Peynado resultó electo presidente, destacado jurista, quien no pudo terminar el periodo por fallecimiento en 1940, sucediéndole el vicepresidente Dr. Jesús Troncoso de la Concha.

Extensión y habitantes de esta isla

Esta isla fue poblada primitivamente por los caribes. Tiene una extensión de 49.489 kilómetros cuadrados y su población es de unos 897.500 habitantes, lo que da una densidad de 18 habitantes por kilómetro cuadrado.

La población está compuesta en su mayoría por mestizos de españoles con autóctonos, hay también el negro africano y los zambos, hijos de negros y de autóctonos, los blancos puros son reducidos.

Resumen histórico de la isla de Cuba

Esta nación fue llamada la perla de las Antillas, este país después de largas luchas se hizo independiente el 1° de enero de 1899.

La guerra había sido ganada por los nativos, pero estos quedaron a la expectativa, dado que las fuerzas de ocupación norteamericanas permanecían en la isla con su bandera izada. El general José Miguel Gómez estaba alerta con sus tropas en el congreso de la potente nación; se discutía en

pro y en contra de la independencia de Cuba. Así siguió hasta el año 1902 en que el ejército triunfador unido con el pueblo en masa exigía con toda valentía la inmediata independencia de su suelo. Por fin el día 20 de mayo de ese año se arriaba en el morro la bandera de ocupación y era reemplazada por el símbolo de Cuba independiente y libre.

Su primer presidente fue el señor Estrada Palma, que inauguró su período con el auspicio de su pueblo iniciado en una era de libertad. Durante su gobierno fue un administrador honesto y capacitado, dio una organización excelente al país, pero al terminar tuvo la ambición de que fuera reelegido y así, en unas elecciones que dieron mucho que hablar, y dado los ánimos exaltados por ello, perdieron la vida distinguidos militares de la revolución, entre ellos el coronel Enrique Villanuevas el 23 de septiembre de 1905. Así fue de nuevo al poder el señor Estrada Palma, que reasumió el mando el 20 de mayo de 1906, por un nuevo período. Este gobierno fue funesto para Cuba, la ambición de un hombre había malogrado los sacrificios de los patriotas, esto tuvo como consecuencia la nueva intervención extranjera de los Estados Unidos del Norte. En esa forma un representante de ese país asumía al gobierno de la república, Guillermo H. Taft, el 29 de septiembre de 1906.

Esta intervención duró hasta 1909, que se hizo cargo del poder el general José Miguel Gómez. Este gobierno se caracterizó por el progreso en todos los órdenes, en cambio en la lucha política dejó también algo que desear.

Las elecciones se realizaron y resultó presidente el general Mario Menocal, el 20 de mayo de 1912. Asumió el poder un patriota cubano de manos de otro patriota, única vez hasta esa fecha, lo que fue aplaudido por el pueblo en masa. Este período fue tranquilo, pero al terminar y convocar a elecciones, se sintió derrotado; en 1916 el presidente Menocal no entregó el poder, lo que dio lugar al levantamiento del ejército y la masa popular, la cual fue ahogado con la amenaza de la fuerza por parte de la república nortea, que, encontrándose en guerra con Alemania, declaró a los revolucionarios como germanófilos y fracasó la revuelta, entregando el poder por un nuevo período a Menocal el 20 de mayo de 1917. Este segundo período puede estimarse mediocre en todos los sentidos. Convocados a nuevas elecciones, estas se realizaron en un clima de violencia y aquí, el presidente Menocal, que usurpó el período anterior al Dr. Alfredo Zayas, en estas elecciones se lo dio con la protesta de los demás partidos que repudiaban el acto eleccionario.

En 1920 se hace cargo de la presidencia el electo Dr. Alfredo Zayas y Alfonso, hombre de vasta cultura. Este gobierno fue de orden y respeto a la ley. Este jefe de Estado, que según los partidos opositores fue sin votos del pueblo al poder, salió del mismo proclamando el derecho electoral y entregando el poder al general Gerardo Machado el 20 de mayo de 1925.

Este gobierno fue un principio de progreso y respeto, pero pese a la promesa que hiciera el presidente Machado de repudiar la reelección que autorizaba la Constitución de la república, al terminar su mandato siguió gobernando por un nuevo período que terminaba el año 1935, pero la impopularidad ante el pueblo le obligó a abandonar la presidencia en el año 1933, después de cruentas luchas.

Abandonado el gobierno por Machado y después de algunas juntas se elige presidente al Dr. Grau San Martín, médico ilustre. En este mismo año 1933, el 4 de noviembre, apareció la figura del sargento del Estado Mayor Fulgencio Batista y Zardi, a quien los acontecimientos posteriores dieron gran relieve como caudillo, llegando hoy a desempeñar la presidencia de la república.

El gobierno de Grau San Martín se distinguió por su debilidad y, claro está, sembró la anarquía y el desorden; tuvo buenas intenciones, sin duda, pero en forma desafortunada este gobierno no duró. Los pocos meses en los que actuó estuvieron llenos de conatos revolucionarios hasta que el propio Batista, que ayudó a unirlo en el poder, lo destituyó el 18 de noviembre de 1924, poniendo como jefe de Estado al ingeniero Carlos Hevia, que apenas duró veinticuatro horas, sustituyéndolo en el poder el coronel Carlos Mendieta, que terminó su mandato el 11 de diciembre de 1935 renunciando. Lo sucedió en la presidencia el señor José A. Bernet, viejo diplomático de relevantes antecedentes. Convocando a elecciones en el año 1936, correspondió el triunfo al Dr. Miguel Mariano Gómez Arias, haciéndose cargo del mismo el 20 de mayo de 1936. Este presidente no terminó su mandato, pues sus relaciones con el coronel Batista, el hombre fuerte como lo llamaban, no eran buenas y renunció, delegando el mando en el vicepresidente don Federico Laredo Bru. Durante este gobierno se convocó a elecciones para elegir delegados a las constituyentes y redactar una nueva Constitución siendo presidida por el ex presidente Dr. Grau San Martín, la que fue sancionada. De acuerdo a esta carta, se convocó a elecciones para elegir nuevo presidente de la república resultando electo por gran mayoría el coronel Fulgencio Batista, asumiendo el cargo el 14 de octubre de 1940. El pueblo espera que su obra de gobierno sea fructífera.

Extensión y habitantes de la República cubana

Esta isla fue habitada por los primitivos autóctonos llamados araguacos y los caribes. Su extensión es de 118.833 kilómetros cuadrados.

Su población es de 3.470.300 habitantes, lo que arroja una densidad de 30 habitantes por kilómetro cuadrado.

Las razas son en su mayoría los mestizos, hijos de españoles y autóctonos, hay también buen número de hijos de europeos y también el negro africano y zambo. Se encuentra también un gran número de blancos.

Puerto Rico

Esta isla, al contrario de las demás naciones americanas, todavía se halla atada por la dominación extranjera, no obstante el reclamo justo, valiente y legal que ejercen sus patriotas.

La nación imperialista del norte, pese a cantar loas a la democracia y la honestidad, no concede a este pueblo viril y pujante el ejercicio de sus derechos como nación soberana.

Muchos han sido los reclamos de los nativos para sacarse el yugo que los oprime; todos ellos sin resultados. En la conferencia de cancilleres de Río de Janeiro los patriotas puertorriqueños presentaron al presidente Dr. Osvaldo Aranha una nota concebida en los siguientes términos: “Recordando que el caso de Puerto Rico fue sometido a las conferencias panamericanas previas. Dice: el 25 de noviembre de 1898, el ejército norteamericano invadió el territorio de Puerto Rico y derrocó al gobierno constituido, violando la autonomía de la nación, reconocida por España el 25 de noviembre de 1897”. Sigue diciendo que Puerto Rico ha sufrido las consecuencias del régimen militar interventor nombrado por el Poder Ejecutivo del poder invasor, sin consultar siquiera nuestra voluntad y que da al país un trato colonial. El partido nacionalista de Puerto Rico, continúa la nota, se inspira en la tradición americana de libertad e independencia que dio origen a las repúblicas hermanas representadas en esta magna conferencia. El imperio de Estados Unidos de América utiliza en Puerto Rico los clásicos métodos imperiales en moral, fomenta la tradición, cobardía, ignorancia y afeminamiento de mala ley, en orden material, reduce sistemáticamente la nación a un estado de debilitamiento físico que amina las posibilidades de rebeldía y que asegura la explotación indefinida.

En su empeño de aniquilar el movimiento libertador el nuevo imperio no ha variado el método de sus predecesores. El asesinato en masa y la persecución sin tregua de los patriotas puertorriqueños ha merecido de un renombrado escritor norteamericano la siguiente consideración: ser nacionalista en Puerto Rico, es tener boleto para la cárcel o el cementerio. Al terminar la referida nota se incluye esta frase de un patriota puertorriqueño: “El Puerto Rico decidirá si ha de triunfar la fuerza o el derecho en América”.

No sabemos, pues, si la conferencia de cancilleres reunida justamente para defender los derechos de las naciones del hemisferio ha tratado este justo pedido de aspiración de un pueblo hermano que desea ser libre.

Los primitivos habitantes de esta isla fueron como las demás Antillas, los araguacos y los caribes. Su extensión es de 9.620 kilómetros cuadrados. Su población se compone de 1.299.900 habitantes, por lo que su densidad se eleva a 135 habitantes por kilómetro cuadrado.

CAPÍTULO V

Reseña histórica de las repúblicas de Colombia y Panamá

República de Colombia

En el año 1809, al realizarse la invasión de España por las tropas francesas, los naturales colombianos empezaron a promover los primeros movimientos revolucionarios para obtener así la independencia de su suelo natal. Estos movimientos en principio fueron sofocados. Una nueva revolución encabezada por el patriota Simón Bolívar dio por resultado la proclamación de la independencia con el nombre de Nueva Granada. Esta vez duró poco el éxito obtenido, pues en 1816 el general español Morillo reconquistó Nueva Granada y Venezuela.

A los tres años, nuevamente Simón Bolívar con la organización de un fuerte ejército, invadió Nueva Granada derrotando a las tropas realistas en la batalla de Boyacá, con lo cual quedó consolidada la independencia.

Primero Bolívar consiguió agrupar en una confederación a las tierras andinas, que no se pudo mantener por mucho tiempo. Las naciones confederadas en principio no estuvieron de acuerdo y se hicieron independientes, en primer lugar el Perú, luego Bolivia y en el año 1830 todo el conjunto que formaba Nueva Granada, o sea, Venezuela y Ecuador que componían la República de Colombia se separaron también.

El nombre de Nueva Granada siguió hasta que se implantó el régimen federal en 1858, que adoptó el nombre de Confederación Granadina. En 1863 se firmaron nuevos pactos y modificaron el nombre por el de Estados Unidos de Colombia, que siguió hasta el año 1886 cuando asumió sencillamente el actual de Colombia.

Una de las provincias de Colombia en 1903, Panamá, se separó del bloque Federal con el patrocinio de los Estados Unidos de Norteamérica, hecho que obligó a la República de Colombia a resignarse ante la fuerza de la república imperial.

Con la pérdida de esta provincia, la república quedó en un estado de disolución; era menester para evitar mayores males la directiva de un hombre comprensivo y tolerante para guiar por la senda del bien a un pueblo dolorido. El general Rafael Reyes fue el hombre de la época, caudillo militar de mayor prestigio en la campaña de 1895, triunfó en

las elecciones populares de 1904, período que se extendiera hasta el año 1910. Presentó un gran proyecto de conciliación nacional llamado a la comprensión de los partidos para que todos olvidaran los odios en beneficio de la unión nacional.

El liberalismo colombiano prestó a ese proyecto su decidido apoyo, que había buscado en forma inútil el quebrantamiento férreo del régimen en los campos de batalla, resignándose a ejercer por las vías del derecho lo que las armas le habían negado.

El presidente Reyes trató en lo posible de evitar el aislamiento de la nación en que había quedado y garantizar el derecho de las minorías impulsando las obras públicas, iniciando así una nueva era de progreso para su patria. Después de algunas incidencias sobre los tratados tripartidos en Estados Unidos y Panamá, con su gobierno el general Reyes adoptó la elegante resolución de alejarse del país. El Congreso eligió entonces para completar el período al general Ramón González Valencia, quien pudo con moderación y patriotismo atenuar la reacción de la república.

Terminado el período se eligió nuevo presidente al doctor Carlos E. Restrepo del partido conservador. En su presidencia se puso término al tratado con Estados Unidos, con lo cual finalizaron las cuestiones que se relacionaban con la separación de Panamá. La política equidistante del presidente Restrepo ante los partidos liberal y conservador no pudo evitar los enconos, y las dos fuerzas que por un tiempo marcharon unidas se separaron y con el mismo vigor anterior se pusieron ambas de frente a la lucha. En las elecciones de presidente para regir los destinos de la república por el período 1914-1918, correspondió el triunfo al partido conservador, siendo su presidente el doctor José Vicente Concha. Este ciudadano, pese a sus dotes sobresalientes, vio paralizados sus esfuerzos de progreso por las difíciles circunstancias discales y políticas, debido a la guerra que azotaba al continente europeo. No obstante, en su gobierno se dio término al pleito de límites con el Ecuador y mediante un arreglo directo, se convino en la línea fronteriza que va del Cachi al Amazonas en 1916, que sirvió de base para el convenio posterior con las repúblicas del Perú y Brasil.

Terminada esta presidencia y convocada a nuevas elecciones, correspondió el triunfo al partido conservador, siendo el presidente el doctor Fidel Suárez durante 1918-1922, hombre de un alto prestigio intelectual en su país. Este político, debido a la oposición manifiesta que le hiciera el partido liberal como así también grupos de su partido, decidió retirarse

del gobierno, erigiéndose para reemplazarlo el general Jorge Holguín. Este también pertenecía al partido conservador, en cuyo gobierno se terminó el pleito que por más de un siglo mantenían las cancillerías de Bogotá y Lima. Por medio del Tratado de límites Salomón-Lozano en el año 1922, se puso fin a la disputa inaugurándose una nueva era de amistad entre las naciones signatarias.

Terminado el mandato correspondió la presidencia a don Pedro Nel Ospina, del partido conservador, por el período 1922-1926, cuyo gobierno fue próspero. Le sucedió en la presidencia el Dr. Miguel Abadía Méndez, en cuyo período hubo una ardiente lucha política con la oposición del partido liberal y de pequeños grupos conservadores.

La rencilla de los partidos llevó a la presidencia al Dr. Enrique Olaya Herrera, quien no pudo cumplir sus deseos progresistas debido a las pasionales banderizas de los partidos, viéndose envuelto en incidencias internacionales, como la que aconteció con la vecina República del Perú por la ocupación de Leticia. Terminada la presidencia del Dr. Olaya, la pugna por los partidos estaba en el mismo estado de nerviosidad y en las elecciones no se presentó más que el candidato liberal don Adolfo López. Durante su gobierno proclamó que sería el representante de su partido.

En este intervalo se llevó a cabo la reforma constitucional, bien inspirada por cierto en la que tendía a mejorar las clases desvalidas, estableciendo el equilibrio de las relaciones entre la Iglesia y el Estado. Todo esto, de un gran valor, se resintió sin duda por la forma en que se realizó, sin la cooperación del partido conservador debido en gran parte a la postura de abstención en la que se había situado.

En la actualidad rige los destinos de Colombia el prestigioso periodista doctor Eduardo Santos, 1939-1942, que está realizando un gobierno progresista en ese país, dotado de grandes riquezas naturales y poseído de costas en dos océanos. No hay duda de que la marcha progresiva unida a la paz coloque a esta nación en un lugar destacado en el concierto de las naciones de América.

Extensión y población de la República de Colombia

En Colombia sus primitivos pobladores fueron los chibchas o muiscas. Tiene una superficie de 1.141.791 kilómetros cuadrados y una población de 5.855.077 habitantes, lo que da una densidad de 5 habitantes por kilómetro cuadrado. Los habitantes se componen de autóctonos, mestizos, el

negro que fue introducido como esclavo y el zambo; el blanco puro existe en escasa cantidad.

República de Panamá

Esta república tiene su punto de partida en el año 1903 con la separación de Colombia. Su primer presidente fue el Dr. Manuel Amador Guerrero, asumiendo el mando el 3 de febrero de 1903. Como hemos dicho, a la independencia de este país no fue ajeno el gobierno de Estados Unidos, que, al tener noticias de la revolución, mandó a aguas panameñas su filo para impedir toda acción del gobierno de Colombia. Después del primer presidente continuaron los gobiernos sucesivos terminando los períodos tranquilos, los más de los presidentes, salvo el caso de fallecimiento, o algunos pequeños incidentes por cuestiones de límites; la vida de esta nación es próspera y tranquila. La presidencia legal en la actualidad corresponde al Dr. Arnulfo Arias, quien en forma sorpresiva salió de su país en noviembre de 1941 estando incierta la sucesión del poder.

Extensión y población de la República de Panamá

Este país fue ocupado por los mismos primitivos de Colombia y tiene una extensión de 84.480 kilómetros cuadrados, siendo su población de 486.000 habitantes, o sea una densidad de unos 5 habitantes por kilómetro cuadrado.

Su población se compone de autóctonos puros unos 30.000 y entre negros y chinos unos 95.000 y unos 50.000 europeos y el resto mestizos.

CAPÍTULO VI

Reseña histórica de la República de Venezuela

A principios del siglo XVIII, después de una serie de revueltas contra España dirigidas por el patriota Simón Bolívar, pasó Venezuela como ya dijimos en el capítulo anterior a formar parte de la confederación que se denominaba Estados Unidos de Colombia, en 1830 se crea en forma independiente la República de Venezuela.

Separada de la confederación Venezuela y aprobada su Constitución como nación independiente, fue su primer presidente el general Páez por el término de cuatro años. El congreso reunido en 1856 no aceptó la unión a la República de Venezuela de la provincia granadina de Casanare, que solicitó su incorporación.

Se adoptó la misma bandera izada por Miranda en la expedición que realizó en 1806. Como en todos los países de América, en su organización no faltaron las fatales turbaciones internas. En las elecciones para elegir el segundo presidente, imperó la legalidad siendo ungido el doctor Vargas, ilustre hombre de ciencia. Su presidencia fue corta, pues una revolución que encabezara el general Mariño lo depuso el 8 de julio de 1835. Después de obtener la renuncia del vicepresidente, se nombra al general Soubllette para que complete el período hasta 1839, este era el candidato que propiciara el general Páez al finalizar el primer mandato. A este gobierno le sigue otra época de luchas intestinas sucediéndose el poder en forma accidentada. En el primer año de 1846, se convoca a elecciones en las cuales era el hombre popular civil don Antonio Locadio Guzmán, pero la presión del general Páez a favor del general José Tadeo Mongas, le hizo perder la elección y se lanzó a la guerra civil, siendo hecho prisionero y condenado a muerte, pero felizmente, con un golpe de buen gobierno, el general Mongas una vez en el poder, hizo absolver a Guzmán y lo llevó como su ministro, con propósito al parecer de ganarse la simpatía de su partido y ponerle una barrera a Páez.

En las próximas elecciones del año 1850 dieron el triunfo al candidato del gobierno general José Gregorio Mongas, hermano del presidente que termina el mandato, durante ese período hubo también varias revueltas, todas ellas sofocadas. En las nuevas elecciones de presidente vuelve otra vez al gobierno el general José Tadeo Mongas, lo que se llamó la dinastía

de los Mongas; en ese período de gobierno, se reforma la Constitución por la cual el presidente duraba seis años en el poder y podía ser reelecto. Esto causó una reacción en el pueblo y al año siguiente se levantó en armas y lo derrotó, renunciando.

El general Castro, gobernador de Carabobo, se hizo cargo de la presidencia. Este gobernante sin actitudes persigue tenazmente a sus adversarios originando una nueva guerra civil, nombrándose presidente provisional al Dr. Manuel Felipe de Tovar que renunció. Posteriormente se nombró a Pedro Gual que, como el anterior, era hombre íntegro; en agosto del año 1861 fue arrestado por el coronel José Echezurria y el general Páez caudillo que manejaba los hilos de la guerra y de la política, se declaró jefe civil y militar.



General Don Simón Bolívar. Héroe venezolano de la independencia, que, como San Martín, desbordó las fronteras de su patria para dar libertad a los pueblos hermanos. Fue un propulsor y soñador de la Confederación americana que formaría la gran Colombia.

Felizmente en el año 1863, se firma un pacto por los beligerantes y se convoca a una conversión en la que resultaron electos para la presidencia Falcón y para vice Guzmán Blanco. En esta fecha el general Páez abandona el país.

Durante la guerra civil se cometieron muchos excesos que dieron lugar a varias naciones a reclamar los daños y perjuicios de los súbditos al gobierno venezolano. Esto originó el reconocimiento de las pérdidas, que sumaron varios millones, además de ejercer una hábil diplomacia para establecer las relaciones exteriores.

En el año 1872 correspondió la presidencia a Guzmán Blanco, debiendo encarar varias divergencias con la Iglesia debido a las excesivas pretensiones de esta, dando lugar a la eliminación de los seminarios, ordenando que los estudiantes prosiguieran sus estudios de cánones en la Universidad Central de Caracas, disponiendo que las rentas de los seminarios pasaran para sostén de las escuelas de artes y oficios. Más tarde ordenó el cierre de los conventos y demás instituciones similares, prohibiendo la fundación de entidades religiosas.

Terminada la presidencia de Guzmán Blanco, se elige a Linares Alcántara. Durante su gobierno se ocupó en forma favorable de la cultura de su pueblo, propiciando la publicación de varias obras y creó el colegio de ingenieros, no pudiendo proceder a la reforma constitucional de la cual era partidario, porque le sorprendió la muerte en diciembre de 1878.

En esa fecha el ex presidente Guzmán intentó una nueva revolución, el pueblo lo aclamó y procedió a convocar una convención constituyente de cuyo resultado fue elegido presidente provisional; puso en su lugar, en el poder, al Dr. Urbaneja y realizó un viaje a Europa en calidad de presidente plenipotenciario, en donde consiguió la incorporación de Venezuela en la Unión Postal.

Al terminar su período provisional, Guzmán apoya la presidencia de Joaquín Crespo, uno de sus subalternos por el término de dos años que dio principio el 27 de abril de 1884, y el general Guzmán volvió a Europa con la representación diplomática.

Terminado ese período de dos años, propicia su candidatura nuevamente y sale elegido, pero en el año siguiente, agosto de 1887, otro nuevo caudillo don Cipriano Castro lo depone, retirándose definitivamente a Europa.

Durante el gobierno del general Guzmán Blanco, se preocupó del impulso intelectual de su país, aprovechando sus conocimientos adquiridos

en el viejo mundo, donde trajo infinidad de objetos históricos para el Museo Nacional, que él mismo había creado durante su permanencia en el gobierno. Levantó el palacio legislativo, el teatro municipal, así como infinidad de obras de importancia, entre ellas se destaca la Basílica Cristiana de Caracas que es un orgullo de Venezuela. Fue en suma un gran militar y estadista de sus tiempos.

Depuesto de la presidencia el general Guzmán Blanco, tocó ejercerla a su ministro de Hacienda el Dr. Rojas Paul, que salió electo en las elecciones. Esta presidencia se distinguió por la persecución a Guzmán desconociendo sus actos, dejó derribar sus estatuas y hasta se permitió el saqueo de su propiedad en Macuto. En virtud de esto, Guzmán Blanco presentó su renuncia como diplomático de su país en Francia.

Entre las obras realizadas por Rojas Paul, figura la creación de la Academia Nacional de Historia. Terminado el mandato, en el año 1890 ocupó la presidencia de la república el Dr. Raimundo Anzueza Palacio, que era ministro de Hacienda y Relaciones Exteriores en el anterior gobierno.

Esta presidencia creó en el período del 90 al 92 una administración de orden y proclamó la libertad de prensa en el país. Propició las artes y las ciencias, llegando a tener un gran florecimiento y estimuló el desarrollo de la agricultura y la ganadería.

No obstante, el gobierno progresista realizado no pudo salir airoso de su empresa al querer reformar la Constitución para prolongarse en el poder, lo que desencadenó una nueva revuelta encabezada por los generales Crespo y Castro. El primero defendía el legalismo y el segundo desde los Andes defendía el continuismo. Esta nueva guerra civil detuvo la marcha progresista de Venezuela.

En el año 1897 se convoca a elecciones surgiendo dos candidaturas, la apoyada por el general Crespo, que era el general Ignacio Andrade, y la del general José Manuel Hernández, que perteneció al partido de Guzmán Blanco, salió electo el primero y Hernández se lanzó de nuevo a la guerra civil, el general Crespo que lo perseguía, cayó gravemente herido en un entrevero con Hernández, del que perdió la vida. Hernández fue tomado prisionero por el general Antonio Fernández que respondía a las directivas del gobierno.

En el año 1899 se levanta otro caudillo, el general Cipriano Castro, hijo de Carmelo Castro y de Pelágia Ruiz, por su madre descendiente de la valiente tribu de los motilonos. Este promueve otra revolución que llama restauradora, da como proclama a sus soldados las siguientes palabras:

“Soldados, vosotros me conocéis y bien sabéis que he sido siempre vencedor, jamás vencido”, formidable gesto y así lo hizo, entrando vencedor este hijo autóctono de la tierra en la capital el 22 de octubre de 1900. Formó su gabinete y lo primero que hizo fue poner en libertad al general Hernández.

Pese al triunfo de la revolución el país no se apaciguaba, debido a las ambiciones políticas, y finalmente tuvo que intervenir los Estados Unidos de Norteamérica, que costó a Venezuela varios millones de bolívares.

Castro al terminar la guerra tuvo el orgullo de envainar su espada sin una derrota, así tal cual, la proclama que dio a sus soldados, destacábase también que no fue cruel con el vencido, ni perseguidor, nunca recurrió al engaño, es decir, es un verdadero americano en todo el sentido de la palabra. Hombres de esta estirpe necesitan todo lo pueblos.

Al trasladarse a Europa el general Castro a fin de atender su salud se hizo cargo del gobierno el vicepresidente José Vicente Gómez, este conspiró contra el titular a quien el Congreso suspendió en sus funciones.

Llamando a elecciones resultó presidente el propio Gómez, quien ejerció el mando desde 1910 hasta su muerte. Este ejerció el gobierno como si se tratara de una propiedad particular que hizo por un término de veinticinco años, la prensa estuvo durante ese período amordazada y solamente existió la oficial que se encargaba de hacer el elogio adulón del jefe de gobierno. La economía del país decayó dentro de ese largo período.

Muerto el general Juan Vicente Gómez se hizo cargo del poder el ministro de Guerra, general Aleazar López Contreras, lo que hizo en forma interina. El Congreso en 1936 lo eligió presidente constitucional por un período de cinco años. Su iniciación quizá fue mala, pues emprendió una persecución contra Gómez y sus ministros lo que dañó el espíritu del pueblo.

En ese período se dio libertad a la prensa, protegió las tendencias liberales, creó el Museo y el concurso de Bellas Artes y dio libertad a los presos políticos. Su actuación, aunque no fue feliz, tuvo la fortuna de indicar como candidato para sucederle al general Isaías Medina Angarita, hombre joven lleno de esperanzas, reposado y ecuánime.

Este ciudadano se hizo cargo del poder el 5 de mayo por el período 1941-1946. Su programa expuesto del gobierno fue el de administrar los fondos del Tesoro Público con el único propósito de atender las necesidades más urgentes del país. No hay duda de que al general Medina se le plantearan problemas de gobierno de suma dificultad, dado el estado de

las finanzas, pero supo hacer frente a ello, con su inteligencia siguiendo el camino recto del civismo y la legalidad, que es la única ruta que hacen los pueblos grandes.

Extensión y habitantes de la república

Esta república fue poblada primitivamente por los mayas y tribus Arhuacas y Caribes. Su extensión es de 1.020.000 kilómetros cuadrados y su población es de unos 2.560.000 habitantes, que da una densidad de 2,3 por kilómetro cuadrado. La población es en su mayoría de mestizos, raza autóctona de América y españoles, hay también los hijos de los españoles y los autóctonos puros. Se halla una buena parte también de negros africanos llevados como esclavos por los conquistadores y zambos, es decir, hijos de estos y autóctonos; los blancos puros son escasos.

CAPÍTULO VII

Reseña histórica de la República del Ecuador

Esta nación que constituía el antiguo reino de Quito, formó parte del Virreinato del Perú, después de Nueva Granada. En los años 1809 a 1812 dieron principio las primeras escaramuzas revolucionarias, estallando en Quito, las cuales fueron sofocadas por las fuerzas reales. Cuando Bolívar derrotó a los españoles en la batalla de Carabobo, nuevamente estalló en Quito otra revolución, solicitando a su vez ayuda a Bolívar y este mandó a Sucre, quien derrotó a los realistas y entró triunfante en Quito, en el año 1822. Esta república comenzó a formar parte en esa época de la confederación con la República de Colombia. En 1830 se separó de la confederación y se proclamó república independiente con el nombre de Ecuador.

Proclamada la independencia, en la misma acta se designó presidente al general Juan José Flores, militar de prestigio en la guerra de la independencia. Dictada la carta orgánica correspondió el llamado a elecciones en las que resultó electo el mismo general Flores; la Constitución decía que quedaba constituido el Estado del Ecuador libre e independiente, con el mismo territorio y pueblos del antiguo reino de Quito.

Este gobierno se caracterizó por las persecuciones dando origen a numerosos asesinatos de personajes distinguidos, lo que dio lugar a descontentos. Al terminar el período, el presidente Flores se enteró de la reacción del pueblo, que había puesto sus ojos sobre don Vicente Rocafuerte y se apresuró a pegar el golpe de Estado, colocando en la presidencia justamente al que el pueblo había elegido como candidato popular, quedando él a su vez como jefe absoluto del ejército.

Este pacto de ambos personajes dio origen a que el mismo Congreso ordenara el levantamiento de las tropas voluntarias para castigar, lo que estimaba una traición dando lugar a una carnicería, en Miñarica, en el año 1835.

El general Vicente Rocafuerte, dotado de una inteligencia clara, ex diputado nacional de las Cortes de Cádiz en 1812, ex embajador de México en Londres, tuvo algunas iniciativas y creaciones, en lo que no lesionaba los intereses del general Flores. Terminada la presidencia en el año 1839, el general Flores asumió nuevamente el poder. La Constitución Nacional del año 1835 establecía el período de cuatro años para

el ejercicio constitucional de la presidencia. El general Flores convocó a una asamblea para modificar la carta fundamental que se hizo extendiendo el período gubernativo a ocho años. Por ella también se creaba el Poder Legislativo compuesto de dos cámaras, una de Senadores y otra de Diputados, las cuales se debían reunir solamente cada cuatro años; si se trataba de imponer reformas constitucionales no las harían sino con la conformidad del presidente.

Se debe notar la forma en que estaba constituido el ejército que es la defensa nacional, lo componían tres comandantes generales. La comandancia general de Cuenca era patrimonio de un general venezolano; la de Guayas, de un general irlandés; la de Pichincha, de un general inglés; y por último, el inspector general del ejército era de un francés. En la república había quince generales, doce extranjeros y tres ecuatorianos, estos últimos fuera del servicio. Este ejército era el que sostenía al gobierno del general Flores, que digamos de paso, no era tampoco nativo del Ecuador sino venezolano.

Este sistema condujo a la expulsión de los patriotas, quienes tuvieron que emigrar de su país natal. El periodista Pedro Moncayo, prestigioso nacionalista ecuatoriano, combatía sin cesar desde su exilio en Perú a través de su periódico *El Quiteño Libre*. Por su parte, don García Moreno, arriesgando su vida, expandía las colecciones entre los hijos del Ecuador. Todo culminó cuando el pueblo se levantó en armas desde Guayaquil el 6 de marzo de 1845. Esta revolución fue sangrienta y después de varios meses de lucha sin cuartel depusieron la dictadura. Flores se ausentó del país pero consiguió que se le reconocieran sus títulos y rentas del generalato, y así terminó la época que llamaron Floreana.

Terminada esta época, se eligió presidente a don Vicente Ramón Roca, que terminó en el año 1849 su gobierno. Trató en lo posible de unir las masas populares y colaboró para la tranquilidad del país.

Llegada la época de la elección del nuevo presidente, se dividió el Congreso en dos bandos originando un grave inconveniente, debiendo asumir el poder el vicepresidente don Manuel de Ascasubi.

Este período fue en realidad corto apenas durante un año, pues un golpe de Estado lo derrocó, encabezado por el general Urbina que ambicionaba el poder. Este puso en la jefatura suprema del gobierno a don Diego Novoa, hombre de temperamento débil, por lo que veía al elemento que desalojaría con suma facilidad. Efectivamente así fue antes de un año después de haber conseguido que lo eligiera la asamblea como presidente

legal en 1851. Para esta operación no fue necesario recurrir a la sangrienta guerra civil, pues el hábil general Urbina provocó un simple viaje del presidente a Guayaquil y en cuanto este llegó frente al puerto, los mismos oficiales de la escolta lo condujeron en forma amable a un buque de guerra, que debía sacarlo fuera del país; una formidable aventura. Cuántas vidas se evitaron con esta trampa.

Con esta maniobra que sin duda premeditara para llegar al poder, el general Urbina asumió el cargo y de inmediato convocó a una nueva asamblea para que modificara por sexta vez la Constitución Nacional y lo eligiera presidente, que así lo hizo de 1852 a 1856. Este período se distinguió también por la persecución sin tolerancia contra el floreísmo.

Después de ese gobierno, lleno de conatos revolucionarios, el presidente, con suma habilidad, en lugar de recurrir a la pena de muerte para los conjurados, les aplicó severas medidas económicas, confiscándoles los bienes y desterrándolos. Terminado este gobierno de inquietudes, el presidente se preocupó de que se le eligiera el sucesor y propuso a su íntimo amigo el general Francisco Robles para el período de 1856 a 1860. En esta presidencia sigue la convulsión nacional a la cual se agrega una intervención armada de la República del Perú en 1858, bloqueando las costas del Ecuador con una escuadra numerosa. Esto creó para el presidente y su padrino el general Urbina una situación sumamente delicada, pues mientras en el interior de la república el ejército estaba dividido en lucha fratricida, debía hacer frente a guerras internacionales. Reunido el Congreso Nacional se hace sentir la oratoria del senador Gabriel García Moreno en la que, con elocuencia, destaca la ineficaz intervención de “este gobierno espurio”, como dice asesorado y dirigido por José María Urbina, individuo que según él “hasta el patíbulo infamara”.

Un triunvirato compuesto por Jerónimo Carrión, Gabriel García Moreno y Pacífico Chiriboga suplanta este gobierno de desorden. En realidad la misión a cumplir era sumamente delicada, pues no solamente debían hacer frente al gobierno extinguido de Robles, sino que un nuevo general se erigía en jefe supremo del Ecuador y entraba en pactos oscuros con las fuerzas de bloqueo peruanas.

El triunvirato decide conferir la suma del poder a Gabriel García Moreno, este político que siempre proclamaba como un preámbulo el civilismo que persiguió el militarismo de Flores en su tiempo, más tarde derrotó a Urbina y Robles. García Moreno se hallaba impotente para dirigir los destinos de esa nación convulsionada, donde varios de sus jefes habían

llegado a pactos tan desastrosos que hicieron que el país quedara reducido a la Cordillera de los Andes, y hasta se había solicitado la intervención de un protectorado extranjero de España y Francia.

¿Qué hizo el civilista García Moreno en la encrucijada en que se hallaba? El único recurso fue pensar en el general Flores, desterrado del Ecuador y perseguido por él.

El general Flores concurrió a ese llamado y poniéndose al frente del ejército, a los pocos meses consiguió derrotar al nuevo general, para modificar por séptima vez la Constitución. Esa reunión fue presidida por el general Flores, resultando electo presidente Gabriel García Moreno en el período de 1861 a 1865. Este gobierno se caracterizó por las represalias, pues hasta se produjeron fusilamientos; no obstante la abolición constitucional, fue en suma un gobierno de convulsiones nacionales.

Terminado el período, fue auspiciada por el gobierno la candidatura a presidente de Jerónimo Carrión de 1865 a 1867. García Moreno, contrario con su propuesta, un día mandó un emisario pidiéndole la renuncia del cargo, lo cual hizo sin reservas. Convocadas las elecciones, resultó electo el Dr. Javier Espinosa para completar el período hasta 1869. Este presidente, auspiciado por García Moreno, no le resultó de su agrado. Espinosa prosiguió su gobierno con entera independencia y con respeto a la ley. Dio amplia libertad de prensa, en suma, trajo la tranquilidad a su país, pero esto no duró, el caudillo máximo dio un golpe de Estado y se apoderó del poder en el año 1869.

Triunfante en el gobierno, García Moreno convocó a una nueva convención constituyente por octava vez, y con representantes de su confianza consiguió darse la carta constitucional de acuerdo a sus deseos.

Esta Constitución que se asemejaba a la del floreanismo del 43, los adversarios la llamaban “Carta Negra”. En ella se imprimía el período para el ejercicio de la presidencia de seis años, pudiendo ser reelecto. La vicepresidencia la ejercía el ministro del Interior. Se centralizaba el poder público con atributos amplísimos del ejército.

De esta forma, y con el terror imprimido por la energía con que ejecutaba el gobierno el presidente, consiguió por algún tiempo gobernar sin las alteraciones del orden a que se estaba acostumbrado en el primer período de su gobierno.

Pero esto no duró en el segundo de los períodos, el 6 de agosto de 1875 se había encabezado una revolución con estudiantes de la universidad y en esos momentos el colombiano Faustino Lemos Rayo, con un machete,

daba término a la vida del presidente García Moreno en la casa del propio gobierno; a su vez, los revoltosos haciendo disparos de armas retenían a su edecán. Así pues terminó la presidencia vitalicia de García Moreno.

No obstante estos gobiernos de fuerza, muchas veces necesarios cuando la anarquía hace presa de los pueblos, García Moreno, dentro de su gobierno despótico trató en lo posible de encauzar a su pueblo en las vías del progreso, siendo así que fue reconstructor y organizador eficaz; era pues el estadista integral de ese momento dado el estado de convulsión con que estaba envuelta la república hermana. Con ello buscaba sin duda la pacificación, unificación nacional y por ende el progreso material de su pueblo, que si no lo realizó como él se había propuesto, no dejó de hacerlo en parte.

Este pueblo, cansado de dictaduras y de conatos, había ya pensado antes del derrocamiento de García Moreno de formar un partido con el nombre de progresismo y aunaron esfuerzos por llevar a la presidencia a don Antonio Borrero y Cortázar. En las elecciones presidenciales que se realizaron con toda libertad, resultó electo por gran mayoría de votos para el período 1875 a 1881.

El nuevo presidente llamado por el pueblo, el hombre más popular de la historia con su característica austeridad, siguió gobernando con el respeto a la ley, y en realidad pudo seguir poco tiempo, pues en noviembre de 1876 era depuesto por un golpe de Estado encabezado por el general Veintemilla, y el militarismo se encargó nuevamente del poder con José María Urbina, que con sus allegados durante quince años estuvieron en el llano, apoderándose de todos los puestos directivos de la política ecuatoriana. En 1878 se convocó a otra asamblea para dictar una nueva Constitución, la novena; la asamblea se reunió ese año con la presidencia del general Urbina, asistiendo a ella notables ciudadanos.

Dictada la carta fundamental, se nombró presidente al general Veintemilla, a quien el célebre periodista Montalvo lo llamaba el presidente de los siete vicios; este jefe de Estado se mantuvo en el poder de 1879 a 1883. Durante su gobierno hizo de la Constitución una tira de papel, pues fusilaba y desterraba haciendo caso omiso de la prohibición que establecía el estatuto constitucional.

Una reacción del pueblo lo depuso del gobierno en 1883. Una nueva Constitución Nacional, la décima, eligió a don José María Plácido Caamaño presidente constitucional por el período 1884-1888; este presidente, si bien llegó a terminar su período, no fue en forma tranquila,

pues un sinnúmero de conatos revolucionarios se siguió durante su mandato encabezados por su contrincante político en las elecciones, Eloy Alfaro.

La vida durante esa presidencia no fue progresista. Al terminar el gobierno se convocó a elecciones libres resultando presidente don Antonio Flores Jijón, hombre joven y de gran cultura, hijo del general Juan José Flores. Este período fue fructífero para el Ecuador, no solamente en lo referente al progreso material sino también en la cultura. Se crearon un gran número de bibliotecas, se difundieron las escuelas, fue en realidad una época feliz para el progreso y producción literaria y científica del Ecuador. Durante esta presidencia se aprobó un tratado de límites con la República del Perú que garantizó la paz entre ambas naciones contratantes.

Terminada esta presidencia de progreso y de paz en las nuevas elecciones, triunfó el doctor Luis Cordero (1892-1896). Este período se destacó por las convulsiones que ocasionó al presidente la renuncia de su cargo, dejando el poder al vicepresidente Lucio Salazar, perteneciente al partido conservador. Los pronunciamientos seguían en forma continuada y en junio de 1895 un levantamiento desde Guayaquil que encabezaba Eloy Alfaro depuso ese gobierno.

Después la dirección del Estado estuvo en manos de dos caudillos, Leónidas Plaza Gutiérrez y Eloy Alfaro, que en forma sucesiva se mantuvieron treinta años, desde 1895 a 1925. Durante ese período el Ecuador tuvo un gran progreso en todos los órdenes, pues estaban dotados de grandes energías y de patriotismo, consiguieron pues imponer la paz en su pueblo, estableciendo el orden tan alterado como estaba en esa época turbulenta.

Entre algunos intervalos de ese largo tiempo pasaron por el gobierno Alfredo Baquerizo Moreno (1916-1920), el Dr. José Luis Tamayo (1920-1924) y el Dr. Gonzalo S. Córdoba en (1924-1925). No obstante el progreso y la paz, el país estaba decayendo, pues se habían comprometido sus finanzas en forma tal que se había perdido hasta el respaldo de la moneda circulante.

En el año 1925 una revolución popular del pueblo depuso al gobierno, pues era tal el civismo de las masas que bastó que una delegación formada por un piquete de tropas visitara al presidente y le pidiera la renuncia para que con ello finalizara.

Derrocado el gobierno, se formó una junta provisional que duró poco tiempo y posteriormente se encargó la presidencia en forma provisional al

doctor Isidro Ayora, médico distinguido y de gran energía y decisión. La lucha de las finanzas era cruenta.

En el año 1928, época en que ya habían reaccionado las finanzas y encauzado de nuevo el progreso del país, se convoca a una nueva junta constituyente y se nombra presidente constitucional al mismo doctor Ayora, el que continuó el régimen de progreso, pero en agosto del año 1931 el pueblo se sublevó y dio lugar a que los ministros presentaran su renuncia; después de nombrar ministro del Interior al coronel Luis Larrea Alba, el presidente remitió la renuncia al Congreso y se dio por finalizado su gobierno.

El coronel Luis Larrea Alba no hizo entrega del poder, trató de disolver el Congreso pero el ejército no le respondió y se trabó una nueva guerra civil deponiéndolo y nombrando presidente provisorio del Senado al Dr. Alfredo Baquerizo Moreno, convocando a elecciones que se realizaron en octubre del año 1931, resultando electo para la presidencia don Neptali Bonifaz Ascasubi. Este no se hizo cargo de la presidencia debido a que le cuestionaron la nacionalidad y otras causas. Estalló otra nueva revolución en la que hubo varios muertos y heridos, haciéndose cargo del gobierno el presidente del Senado Dr. Alberto Guerrero Martínez.

Convocado el pueblo nuevamente a elecciones resultó presidente el señor Juan de Dios de Martínez Mera, de prestigio como financista. La elección poco correcta del mismo dio margen a las acusaciones periodísticas. Durante este gobierno surgió el conflicto del Perú y Colombia en el que fue neutral Ecuador, pese a la oposición que quería tomar cartas en el asunto; estallaron conatos revolucionarios. El Congreso por su parte se distanció del presidente, hasta que en una sesión le declaró caduco su mandato, nombrando en su reemplazo para ejercer el Poder Ejecutivo al ministro de Gobierno doctor Montalvo Abelardo, quien convocó a elecciones en las que resultó electo el Dr. José María Velasco Ibarra. Antes de hacerse cargo del poder, este magistrado realizó una gira por las distintas repúblicas americanas. Dentro del tiempo que ejerció el gobierno, se destacó por su legalismo y progreso, pero las trabas constantes del Congreso le privaron de su desenvolvimiento gubernativa. El doctor Velasco quiso imponer su gobierno de fuerza y convocó a unas constituyentes, pero antes de dar lectura al decreto que debía promulgarse, el batallón que había sido llevado para guardar el orden, se sublevó y enseguida era conducido el primer magistrado por un pelotón de oficiales preso a un cuartel.

Caído el presidente Ibarra, asumió el gobierno el ministro de Gobierno don Antonio Pons, que de inmediato convocó a elecciones, pero antes

del acto presentó la renuncia de su cargo y fue nombrado por el Congreso Federico Páez, que era ministro de Obras Públicas. Este una vez en el mando se convirtió en dictador, firmó un *modus vivendi* con el anuncio apostólico y se acercó a las fuerzas conservadoras. Para atemorizar a los diputados se desprendió del Ministerio, de los hombres civiles y nombró uno puramente militar, destituyó a todos los contrarios de los puestos públicos y los desterró, pero uno de los ministros más amigo suyo, el de la Defensa General, Alberto Enríquez, lo despojó del poder y de inmediato, como medida de conciliación, llamó a todos los que Páez había deportado y los reintegró a los puestos, quedando así Páez completamente desprestigiado.

Este gobierno siguió también con la turba en el poder hasta que en diciembre del año 1938 renunció al cargo de presidente provisional.

Convocadas las elecciones, resultó electo don Aurelio Mosquera Narváez. Este gobierno que no pudo imprimir la paz pese a las medidas de fuerza adoptadas, terminó por fallecimiento del primer magistrado el 7 de noviembre de 1939. Asumió el poder el presidente del Senado, tras pasándolo después al presidente de la Cámara de Diputados Andrés A. Córdoba, y por último este lo entregó a don Julio Moreno. Convocadas nuevas elecciones, estas se realizaron el 10 y 11 de enero de 1940. Correspondió el triunfo al Dr. Carlos Alberto Arroyo del Río. El nuevo presidente del Ecuador ha sido una persona descollante en la vida pública de su pueblo, destacándose como abogado, parlamentario y profesor universitario, cuyos títulos le aseguran un eficaz desempeño en el delicado y elevado cargo en que le toca actuar.

Extensión y habitantes de la república

Esta nación está formada en el antiguo reino de Quito, que al llegar los españoles estaba gobernado por el soberano Atahualpa, que también era soberano del Perú, imperio de los incas. Su extensión es de 443.750 kilómetros. La población es de unos 2.000.000 de habitantes, lo que da una densidad de 3,5 habitantes por kilómetro cuadrado.

La población se compone en su mayoría de mestizos autóctonos con españoles; habiendo también población primitiva. Los blancos puros son muy escasos.

CAPÍTULO XIII

Reseña histórica de la República del Perú

Perú fue el centro virreinal de las hoy repúblicas sudamericanas, desde el año 1532, cuando Pizarro, respaldado por uno de los herederos del Imperio inca, empezó la conquista.

Al principio del siglo XIX los nativos de esta república empezaron a sublevarse contra el gobierno de España, todos los intentos fueron reducidos por las fuerzas invasoras, pero el espíritu de independencia ya se había creado y debía dar sus frutos.

En el año 1820 se recibió con satisfacción la noticia de que el ejército de Riego se había sublevado en España; deponiendo al virrey Pozuelo los liberales.

El general San Martín, que había cruzado desde la Argentina la Cordillera de los Andes con un fuerte ejército, avanzaba en dirección a Lima. Esto creó en la capital virreinal una situación de zozobra e insostenible, dando lugar a que el virrey se retirara a la meseta, proclamando el general José de San Martín la independencia del Perú como república independiente.

Los realistas no obstante seguían luchando en forma tal que llegaron a apoderarse de la capital de Lima en 1823, lo que obligó a los patriotas la prosecución de la campaña sin tregua y a fines del año siguiente daban la histórica batalla de Ayacucho, donde derrotaron a las tropas reales dejando así terminada y consolidada la independencia.

En un principio el Perú, como ya lo hemos dicho, se incorporó a la Federación Andina, lo que duró poco tiempo; la tentativa de Bolívar que deseaba la unión de Sudamérica, pasando el Perú a formar la república independiente.

Después del tratado de paz de Piura el 10 de julio de 1829, se hace cargo del poder Agustín Gamarra, que era de origen cuzqueño. Después de su designación por el Congreso en forma interina el 19 de agosto, en las elecciones del 20 de diciembre del mismo año de 1829 lo eligió por un período.

El presidente fue un caudillo militar de su época y lo que más llamó la atención era que su esposa, doña Francisca Zubiaga, fue considerada como la mujer más culta e inteligente, de un carácter férreo. Este caudillo

que se había batido con las tropas virreinales tenía un gran prestigio en el ejército, pues este se creía servidor de él antes que del país.

El gobierno, como todos los que organizan una nación, fue turbulento. Gamarra combatía a unos y se atraía a otros, legislaba severas leyes contra la delincuencia. Por último, se instala en el Cuzco para asegurar la fidelidad del sur, dejando a su esposa en Lima, que dirigía y defendía la política con valentía y ecuanimidad.

Fue un gobierno accidentado, se resolvieron varias cuestiones de urgencia, como el pacto con Bolivia y los tratados de Tequendama, Arequipa y Chuquisaca. Se redujeron los efectivos armados, se establecieron los límites vigentes, se firmó un pacto de amistad con México, se promulgaron leyes de ciudadanía, se restablecieron los tribunales del Consulado, se fomentó la minería y se crearon las diputaciones territoriales. Nombró una comisión para proyectar los códigos, dictó las medidas saneadoras contra el agio y la usura, la ley sobre acaparamiento de cargos públicos, en la que prohibió el ejercicio de dos cargos a la vez. Reglamentó el comercio y creó el impuesto a los legados, en suma, una serie de leyes dignas de un gobierno. Con el periodismo fue tolerante a pesar de que la prensa de aquellos años se distinguía por el insulto y la persecución enconada e implacable.

Gamarra pierde en parte el prestigio de su pueblo cuando intenta prorrogar su mandato.

El Congreso resuelve anular las elecciones populares y designa presidente a Luis José de Orbegoso el 19 de diciembre de 1833, contra Bermúdez que era el candidato de Gamarra.

Dentro de esta presidencia prosigue el desorden revolucionario, Gamarra jefe del ejército que lo secunda eficazmente encierra en la casa de gobierno a Orbegoso y él sigue dictando decretos con fecha anterior. Luna Pizarro con sus liberales consigue mayoría abrumadora en el Congreso e intenta derrumbar la oligarquía de Gamarra.

Orbegoso simula una amistad con Gamarra y lo invita a una comida, pero este desconfía de que se apodere de su persona y se retira al Callao encerrándose en el fuerte. Los gamarristas con doña Francisca a la cabeza vestida de coronel, el día 4 de enero de 1834, proclaman a Bermúdez presidente de la república, impugnando de nula la elección de Orbegoso. El pueblo de Lima reacciona y sin armas, con solo palos, piedras e insultos a los gamarristas hace que se retiren, y la mariscala a caballo dirigiendo las tropas se retira con ellos al interior del país.

Esta valiente mujer que dio pruebas de ello al vestirse de varón y ponerse al frente de un ejército, fue tomada prisionera y desterrada a Chile donde murió al poco tiempo. Vemos aquí como la mujer no es ajena a las luchas políticas y militares.

Un joven general, Felipe Santiago Salaverry, toma la partida y queriendo imitar las dictaduras de Rosas en Argentina y Portales en Chile, se proclama jefe supremo del Perú en el Callao. El pueblo lo secunda brevemente, Orbegoso que se hallaba refugiado en Arequipa, envía un cuerpo de ejército al mando de su ministro de Guerra el general Valle Riestra, pero con tanta mala suerte que, al llegar a Pisco, se le sublevan y lo entregan como prisionero a Salaverry. Este, sin ningún proceso, ordena su fusilamiento.

La simpatía de Salaverry no era mucha en realidad por el pueblo, pero este persiste en la dictadura, decretando una guerra a muerte a santacruceños y a peruanos para que lo secunden. En vista de esto, Gamarra, que a su vez es abandonado por Santa Cruz, se alía con sus tropas a Salaverry y dan un combate en Yanacocha contra los bolivianos, sufriendo una fácil derrota. Vencedor de Uchumayo, Salaverry fue derrotado en Socabaya y apresado en Camaná. El general Santa Cruz impone su influencia ante el Consejo de Guerra que lo juzga y es condenado a muerte en la plaza de Arequipa. Así terminó este héroe auténtico de la emancipación que era un ardiente patriota.

El general Andrés de Santa Cruz, mestizo notable, ungido de un gran talento, patriota sin tacha, cuya capacidad había puesto a prueba en las luchas de la independencia, dejó en el poder a Orbegoso de espíritu débil; Gamarra, su poderoso rival, lo acepta para pactar la Confederación de Bolivia y el Perú, llevándose a cabo la asamblea el 16 de marzo de 1838 en Sicuani, teniendo como resultado la fusión de ambas naciones, la cual fue ratificada por un consejo peruano y otro boliviano, que dio lugar a la federación de tres estados coaligados. Santa Cruz tenía el nombre del protector que presidió los destinos de esa federación por diez años. Por el Norte Peruano, que era el nombre de uno de los estados, lo presidió por ese período Orbegoso primero y Riva Agüero después. El estado del Sur Peruano lo presidió por ese tiempo Román Herrera primero y Tristán después, y el estado de Bolivia lo presidió Velasco.

Santa Cruz en Lima se rodeó de toda la intelectualidad de la época que le atrajo la simpatía general. Este gobierno fue fructífero, puede decirse que económicamente puso a los pueblos con la hacienda saneada.

Decretó el reglamento de comercio, dio al puerto del Callao la calidad de puerto de depósito, e innumerables iniciativas más. En el campo legal promulgó los códigos que llevan su nombre. Durante su gobierno se garantizó el orden. Tal era el progreso de la confederación realizada por Santa Cruz, que Diego Portales de Chile invita y obtiene de la Argentina el apoyo para entrar en la guerra que llamó “de la Restauración”.

Chile mandó una expedición que fue copada, firmando el tratado de Paucarpada el 17 de noviembre de 1837, reconociendo la confederación. Chile desconoce el tratado firmado por su almirante y manda otra expedición a las órdenes de Bulnes, la que desembarca en Ancón. Gamarra, Castilla y otros peruanos, que vienen en ella y conocen los movimientos federales del sur, desencadenan la guerra en el norte. En la primera batalla fue derrotado Orbegoso, ocupando Gamarra el solio de Pizarro. Acude Santa Cruz desde Bolivia, pero al llegar a Lima no encuentra a los restauradores, los cuales le hostigan en Yungay una nueva marcha hacia el lugar, debilita así su ejército, sin embargo no tiene desventaja en la lucha. Castilla reúne a los soldados dispersos y cae nuevamente sobre Santa Cruz y lo derrota en el cerro Pan de Azúcar.

Deshecha la Confederación, Gamarra se hace cargo del poder político reuniendo un congreso en Huencayo donde lo eligen presidente el 10 de mayo de 1840.

Gamarra se opone a la entrada de Santa Cruz a Bolivia, lo cual consigue, pero al notificarle el gobierno del Altiplano para que desaloje su territorio, se produce la guerra. En estas refriegas Gamarra perdió la vida el 18 de noviembre de 1841, que es el día que marca el comienzo de la ocupación de los departamentos del sur por los bolivianos.

Los ecuatorianos hacen revivir nuevas disputas y atacan por el norte, lo que se soluciona debido a la diplomacia inteligente que realiza el gobierno de Chile. Concluida la federación del Perú, el país entra en una época de anarquía; mientras uno de los ejércitos sostiene que la presidencia corresponde al general Vidal, otro sostiene que corresponde a su jefe supremo Menéndez, presidente legal que se encontraba impotente para solucionar el choque que le presentaban en forma violenta las facciones militares en pugna.

El general Torrico derrota a Menéndez declarando que no tiene título, pero desea terminar con la anarquía. Por su parte, el general Vidal a los dos meses lo derrota y proclama la dictadura. El 8 de abril de 1843 se levanta en armas el general Vivanco en Arequipa y triunfa proclamándose

presidente supremo. Vivanco se hace acompañar en el gobierno por los intelectuales de la época, con lo cual se crea una buena atmósfera, pero posteriormente recurre a las deportaciones y deja dictar sentencias de muerte contra el comandante Lastres y el capitán Berasategui, que trae como consecuencia la revolución encabezada por el general Ramón Castilla, mestizo de talento y uno de los militares más valientes de la revolución emancipadora. Este presentó batalla al general Vivanco derrotándolo ampliamente el 22 de julio de 1844 en Carmen de Alto, cerca de Arequipa, y haciéndose cargo del poder. Durante el gobierno firmó el tratado de amistad con Bolivia, rehabilitó a Orbegoso que había sido desaforado y en suma implantó el orden. En 1850 dictó un decreto por el cual creaba un monumento al general don José de San Martín. Terminado este período de orden, se convoca a elecciones resultando triunfante el candidato del gobierno general Rufino Echenique, que se hace cargo del mando el 20 de abril de 1851.

Durante este gobierno y parte del anterior se contrajeron grandes deudas que se consolidaron en un empréstito con Londres del 6 y 2/2 0/0 dándole a su vez varios privilegios comprometiendo así las finanzas del país.

Este gobierno mantuvo el liberalismo, la prensa tenía amplias garantías, pero posteriormente empezaron las persecuciones y deportaciones de sus enemigos que dieron lugar a una revolución encabezada otra vez por el general Castilla, en la cual tuvo lugar una batalla en Arequipa, donde Castilla derrotó al gobierno el 5 de enero de 1855. El jefe libertó de una vez por todas a los esclavos y realizó tratados de comercio, aunque debió luchar con el factor deuda.

Durante la guerra con el Ecuador, el general Castilla era el mariscal supremo, ocupando la primera magistratura el presidente del Consejo de Ministros Juan Manuel del Mar, que entre sus obras figura la sanción de la Constitución, en la cual se establecía el período de cuatro años para el mandato. En la convocatoria de elecciones resultó electo el general San Ramón que ocupó el cargo el 24 de octubre de 1862. A la muerte de este ejerce la presidencia el general Juan Antonio Pezet en 1863. Durante su gobierno tuvo un auge la hacienda pública y se firmó con Bolivia el tratado de paz y amistad, por el cual se nombraron comisiones para demarcar las fronteras.

Debido a la mala propaganda periodística que da lugar a convulsiones, el presidente demite el cargo. En comicios populares triunfa el coronel Prado, que sustituye en el gobierno a Pezet el 23 de noviembre de 1865.

Durante su administración hace una alianza con Chile, Ecuador y Bolivia y le declaran la guerra a España. Debido a esto el país se convulsiona nuevamente y el coronel Prado demite el 27 de enero de 1868, asumiendo el poder el general Díaz Canseco. El gobierno del coronel Prado, pese a su poca duración, se preocupó por el progreso del país. El coronel Prado demite el 27 de enero de 1868, asumiendo el poder el general Díaz Canseco. El coronel José Balta se hace cargo del poder de 1868 a 1872; su gobierno fue turbulento y apasionado debido a las discusiones en torno a las concesiones para la venta del guano y construcciones ferroviarias. Realizadas las nuevas elecciones, el señor Manuel Prado triunfa ampliamente sobre el candidato del gobierno. Balta accede a entregar el poder al triunfante, pero los coroneles Gutiérrez, que eran cuatro hermanos, se oponen, toman preso al presidente Balta y proclaman al ministro de Guerra Tomás dictador de la república el 22 de junio de 1872. Cien horas dura este episodio histórico que termina con la muerte de tres de los hermanos Gutiérrez y el asesinato del presidente Balta a manos de estos. Terminado el entrevero de aventuras, el presidente legal asume el cargo el 2 de agosto de 1872. Esta presidencia se nota de orden y de progreso, pese al estado delicado de las finanzas que continúa. Terminado su mandato, en elecciones libres, fue electo el general Mariano Ignacio Prado en 1876. A este gobierno le toca hacer la guerra de Chile con Bolivia. El presidente Prado delega el mando en el vicepresidente. Este mandatario, La Puerta, se proclama dictador en virtud de los ánimos exaltado por la depreciación de la moneda y debe hacer frente a la guerra con Chile como aliada de Bolivia. La lucha se hace penosa por la superioridad del armamento del enemigo. Esta guerra terminó finalmente por la decisión del general Iglesias, quien, tras el fracaso de las potencias mediadoras, pidió autorización a su pueblo y decidió tratar la paz directamente con Chile, mediante la cesión de la provincia de Taona y Arica, con las cuales se convocaría un plebiscito después de diez años para resolver la situación. El gobierno que resultara favorecido debería pagar al otro diez millones de soles. Esto fue lo que se llamó el Tratado de Ancón en octubre de 1883.

Terminada así la guerra con Chile, se hace cargo del poder el héroe de la paz general Miguel Iglesias; le queda un contrario que en principio impugna la paz y después acepta, pero persigue al gobierno de Iglesias. Tiene un gran ejército de nativos autóctonos que lo venera y defiende como es esta raza hasta el fin. El luchador insigne es el general Andrés Cáceres, conocido como el héroe de las Breñas. El militar presenta batalla al

presidente y lo derrota ampliamente. El Congreso lo proclamó presidente en julio de 1886.

Durante su gobierno tuvo que luchar con el estado desastroso de las finanzas. Consiguió mantener el orden respaldado por el ejército nativo y fiel. Renació el espíritu del trabajo y el pueblo recobró la confianza.

Lo sucedió en el mando presidencial don Bernardo Bermúdez, que no era político ni le interesaba serlo, pero dentro de su gobierno garantizó el orden. Contribuyó, aunque indirectamente, a la eliminación militarista del poder. En 1894 fallece repentinamente y lo sucede en el mando el vicepresidente primero, que era el civilista Del Solar, a quien depone el coronel Borgoño adicto a Cáceres. Nuevamente el general Cáceres asume el poder. Su ejército disciplinado lo defiende contra la oposición del pueblo. En 1895 la situación se hace insostenible, el pueblo desde las azoteas dispara armas contra el ejército de Cáceres, que lucha hasta la muerte por su jefe. El cuerpo diplomático trata de convencer a Cáceres de la esterilidad de mantenerse en el poder y acepta el nombramiento de una junta que preside el notable civilista Manuel Candamo, el que convoca a una votación y el congreso nombra presidente a Piérola. Este gobierno sigue su curso con un tinte civilista, aunque el tiempo se lo absorben las cuestiones diplomáticas con Chile. Intenta reducir la deuda. La sucesión en el poder de este es agitada y no faltan las insurrecciones. Fue elegido presidente el ingeniero Eduardo López de la Romaña en 1899.

Este gobierno no es de gran desenvoltura debido a las complicaciones internacionales y el estado desastroso de las finanzas, el presupuesto se aumenta considerablemente. Lo reemplaza el presidente Manuel Candamo que es de tinte civilista, pero su permanencia en el gobierno fue corta, debido a su fallecimiento. Lo sustituye el vicepresidente Serapio Calderón, quien convoca a elecciones resultando electo don José Pardo en 1904.

Este período fue constructivo. La economía del país renace, las relaciones en el exterior se consolidan y el país se encauza en una era de progreso y reorganización económica. A este magistrado lo reemplaza al terminar el período don Agustín B. Leguía en septiembre de 1908. La presidencia como la anterior fue de progreso y de orden. El Perú en esta época encauza su adelanto, se fomenta la industria, el comercio, estimulando la educación del pueblo.

En el año 1912 en la renovación del poder se convulsiona nuevamente el pueblo por el efecto de sus caudillos. Se elige presidente a don Antero Aspíllaga, que obtiene el triunfo en base a gastos cuantiosos, pero no se

lo entregan. Apremiado por el pueblo, el Congreso anula la elección y nombra presidente por cuatro años a don Guillermo Billinghurst, interpretando la carta orgánica del año 1860.

Este período fue negativo en todos los órdenes y el coronel Benavides lo derrocó del poder. El Congreso concede al coronel Benavides el generalato y lo elige presidente provisional. A este magistrado le toca hacer frente a las consecuencias de la pasada guerra europea. En 1915 Benavides convoca a elecciones y es elegido el Dr. José Pardo el 15 de agosto de 1915.

Este gobierno es de convulsiones, pues el presidente Pardo no sigue el camino recto del anterior gobierno y procede a clausurar diarios, lo que le crea una mala atmósfera con su pueblo. El año 1919, al convocarse a elecciones, es un período de agitación insostenible. Legía, recién llegado de Europa, da un golpe de Estado y lo depone al presidente Pardo, quien abandona su país. Una vez en el poder, Leguía introduce varias reformas, incluso disuelve el Congreso y modifica la Constitución. Leguía y Martínez es un hombre estudioso y recto, tiene una voluntad férrea, su paso por la Corte Suprema como vocal avala sus conocimientos y competencias. Es además un gran patriota. Convoca a elecciones presidenciales y en contra de su pensamiento es elegido presidente por el período 1924 a 1929. En su gobierno, como siempre sucede, se forman las tradicionales camarillas de adulones y minan los sentimientos de este hombre ilustre, a quien le hacen creer un superhombre, lo que lo lleva a aclimatarse para perpetuarse en el poder. Así, en 1929, volvió a ser reelegido, continuó su gobierno con la complacencia del pueblo e hizo progresar al país, dotándolo de un fuerte ejército. Fue un ciudadano, en suma, que guió los destinos del Perú con patriotismo y desinterés. Este hombre, que tanto fue aplaudido por sus adulones, murió solo, en sus postrimerías sin la compañía de nadie. Un negro que Leguía había indultado fue quien pleno de lealtad muere en defensa de su amo. En realidad, cuántos desengaños tiene la vida; el adulón es el elemento contrario y atentatorio a la sociedad; esta debe propender por todos los medios a extirpar a esta gente que finge lealtad y asesina por la espalda.

Desaparecido el gobierno de Leguía y Martínez, una junta militar gobierna el país presidida por el comandante Sánchez Cerro hasta el 2 de febrero de 1931, que sustituye otra junta que preside el mismo magistrado de la Corte Suprema, don Ricardo E. Elías, que fue depuesto a las pocas horas, haciéndose cargo el comandante Jiménez que pone otra junta presidida por Samanes Ocampo, el que convoca a elecciones, resultando

electo el comandante Sánchez Cerro. Se reformó la Constitución durante el gobierno anterior que duró hasta abril de 1933. En esa fecha un fanático asesinó al presidente y el Congreso eligió al general Benavides jefe del Estado, quien debió desarrollar una ardua labor para tranquilizar al país y encarrilarlo por el camino del progreso.

La presidencia del general Benavides fue de orden constructivo. El Perú ha florecido con ese régimen, además de normalizar la nación. Restableció las finanzas, se suprimió el impuesto al rodaje, se crearon numerosas escuelas, puentes, diques de irrigación, cuarteles, una gran red de caminos carreteros, se adquirieron gran cantidad de armamentos, se reabrió la Universidad que había sido clausurada, fue una presidencia floreciente y de progreso que marcó una nueva era en la historia de su pueblo.

En abril de 1939 se convoca a elecciones, siendo elegido en forma casi unánime el Dr. Manuel Prado, que ocupa la presidencia por el período de 1939 a 1945. Su mandato es de orden y progreso, lo que marca un índice de la cultura que ha alcanzado esa progresista república.

Extensión y habitantes de la república

Su población autóctona fue el gran Imperio inca. La extensión es de 1.400.000 kilómetros cuadrados y su población es de unos 5.500.050 habitantes, lo que da una densidad de 4 habitantes por kilómetro cuadrado.

Su actual población es en su mayoría mestiza, hay también el autóctono puro y en pequeña proporción el blanco.

CAPÍTULO IX

Reseña histórica de la República de Chile

Chile fue asiento de una capitanía general del gobierno de España. En 1811, cuando los síntomas de independencia americana, Chile constituyó la primera junta de gobierno compuesta de patriotas, deponiendo al capitán general.

Esto no duró, por cierto, dos años más tarde el ejército realista derrotó a los patriotas y los obligó a emigrar del país.

Corridos de su patria, llegaron a Mendoza donde el general San Martín preparaba un ejército para llevar a cabo la difícil empresa libertadora invadiendo a Chile. Así fue que en el año 1817 cruzó los Andes y derrotó a los realistas en la memorable batalla de Chacabuco, entrando en la ciudad de Santiago como vencedor.

Los patriotas chilenos declararon su independencia. Al año siguiente fue asegurada por la nueva victoria alcanzada por el general don José de San Martín en Maipú.

La organización de esta joven república fue precedida, como en todos los Estados de reciente creación, por una época agitada y turbulenta. El período de las luchas políticas, en realidad en este caso como pocos en la historia de América, fue corto, pues, en el año 1830 con la entrada en el poder del partido conservador puede decirse que el gobierno chileno entró en su nueva era de progreso, interrumpida luego por la guerra llamada del Pacífico con Bolivia y Perú, en la que salió triunfante.

El año 1831 fue elegido presidente de la República el general Joaquín Prieto, el 18 de septiembre. En 1833 fue promulgado el estatuto constitucional. En este gobierno debemos hacer notar la intervención decidida de uno de sus ministros, nos referimos al insigne general Diego Portales, que fue el animador y mano de hierro en la organización de su pueblo. Esta presidencia, que pese al conflicto armado al que nos hemos referido, fue de progreso y orden asegurando así el predominio en el poder de los conservadores.

Convocadas las elecciones, resultó presidente don Manuel Bulnes. Este gobierno progresista pese a las revueltas de carácter político alcanzó y afianzó una gran obra cultural. Entre ellas, se cuenta la creación de la Escuela Normal de Preceptores de Santiago por el ministro Montt,

destinada a preparar los futuros profesores para la enseñanza primaria, la que fue puesta bajo la dirección de nuestro insigne ciudadano don Domingo Faustino Sarmiento, que por entonces se encontraba en el país vecino con los demás patriotas, Vicente Fidel López, Bartolomé Mitre, Frías Gutiérrez, Alberdi, todos ellos habían tenido que salir de su patria debido al vendaval de la dictadura de Rosas.

Un sinnúmero de conatos revolucionarios se produjeron durante el gobierno de Bulnes, todos ellos sofocados; y en las siguientes elecciones, resultó electo presidente don Manuel Montt, terminando así en medio de convulsiones la presidencia del vencedor de Yungay (20 de enero de 1839).

Al hacerse cargo del poder el nuevo presidente don Manuel Montt de 1851 a 1861, siguieron las revueltas y a orillas del Loncomilla tuvo lugar una de las más sangrientas batallas de la historia, que, por cierto, no se decidió la suerte de las armas, llegando a la comprensión los jefes en el memorable tratado de Purapel, donde se reconocía la autoridad del presidente Montt en diciembre de 1851.

Con ello no terminaron los enconos y las luchas políticas. Para darnos una idea, debemos consignar que durante ese período debió mantenerse el estado de sitio durante cuatro años y nueve meses; es decir, casi la mitad de su gobierno.

Le sucedió en la presidencia don José Joaquín Pérez de 1861 a 1871. Hombre de espíritu tranquilo y tolerante, digno de todo gobernante. Esta presidencia se caracterizó por el respeto a las ideologías, dentro del orden. Durante su período hubo tranquilidad en el país al que se une el progreso. En ese gobierno entró en vigor el nuevo Código de Comercio. El aumento considerable de las rentas le permitió ensanchar y ampliar los servicios públicos, fue pues una presidencia digna de mención.

A esta administración le siguió el presidente don Federico Errazuriz, período de 1871 a 1876. En esta presidencia volvieron a sentirse los conatos. Fue un período de confusión, si bien se prestó preferentemente atención a las obras públicas, pero la tranquilidad gubernamental causó la crisis económica, a pesar del hallazgo del flamante mineral de plata que se encontró en Caracoles.

Le siguió el presidente Aníbal Pinto de 1876 a 1881. Este período fue de progreso de la república. En él se restablecieron las garantías y libertades públicas. A este gobierno le tocó solucionar las cuestiones de límites con la República Argentina. Terminó su mandato con el elogio de su pueblo.

Siguió en el gobierno don Domingo Santa María (1881-1886). Durante este período se firmó la paz de Ancón con el Perú.

Este hombre dotado de un gran carácter hizo un gobierno férreo y de progreso para su país. Tuvo una incidencia con la Santa Sede dictándose leyes que quebrantaron la influencia de la Iglesia. Fue un gran orador, parlamentario y publicista de nota.

Un ministro del gobierno de Santa María lo precedió en la presidencia, don José Manuel Balmaceda de 1886 a 1891. A este gobierno le cupo la incorporación de los últimos autóctonos a la vida económica y administrativa de la nación.

Este político siguió la obra constructiva de la anterior administración. Trató las relaciones con la Iglesia obteniendo la preconización de Santiago Mariano Casanova como arzobispo de Santiago y la de los obispos de Concepción y Ancud.

Esto dio lugar a una revolución de parte de la oposición, perdiendo la mayoría en el Congreso que llegó a dictar su cesantía, resolviendo defenderse, hasta que optó en medio de esa confusión por quitarse la vida después de escribir un manifiesto a su pueblo el 19 de septiembre de 1891.

Le sucedió en la presidencia don Jorge Montt. Este gobernante continuó en medio de una confusión de 1891 a 1896. Le siguió don Federico Errázuriz Echaurren, sin que haya cambiado el estado de las cosas. Este fallece antes de terminar el período hasta 1901, el 12 de junio. Sucediéndole su primo don Germán Riesgo. Este como el anterior estaba bajo el predominio de la oligarquía y su gobierno fue negativo.

En las nuevas elecciones presidenciales resultó electo don Pedro Montt, por el período 1906 a 1910. Este gobernante, pese a su buena voluntad, resultó impotente para enfrentar a las ambiciones oligárquicas. Murió en Bremen, Alemania, donde recurrió en busca de alivio para sus dolencias, sustituyéndole en el mando presidencial el vicepresidente señor Elías Fernández Albana, que también falleció en septiembre de 1910, reemplazándole el vicepresidente don Emiliano Figueroa Larraín por ser el ministro más antiguo de gabinete.

A estos les sucedió en la presidencia el señor Barros Luco, quien terminó su mandato con la misma norma de gobierno negativa, a quien siguió don Juan Luis Sanfuentes, cuya elección fue el único triunfo de los gobiernos oligárquicos.

Las elecciones para la renovación del Congreso en 1918 dieron un triunfo rotundo para la alianza liberal, que constituyó el triunfo de las fuerzas desvalidas.

En las elecciones presidenciales del año 1920 resultó electo el Dr. Arturo Alessandri Palma, de 1920 a 1924. Este período no pudo desenvolverse debido a la situación económica por la cual atravesaba el país, con un sinnúmero de desocupados. Las elecciones para renovación del Congreso del año 1924 dieron un pequeño margen de mayoría al gobierno y se empezaron a sentir síntomas de una intervención en la directiva del Poder Ejecutivo.

Debido a la actitud que tomaron las fuerzas armadas el presidente se refugió en la legación de los Estados Unidos de Norteamérica, de donde remitió su renuncia al Congreso dando lugar a la formación de una junta que la componían los señores Altamirano, Benett y Nef. La primera medida de esta junta fue la disolución del Congreso y la aceptación de la renuncia del presidente.

El 23 de enero de 1925 un grupo de oficiales que encabezaba el mayor Carlos Ibáñez tomó el Palacio de la Moneda y depuso la junta de gobierno, entregándose esta a otra junta que presidía don Bello Codesido y la complementaba un general y un almirante.

Esta última entregó el poder al ex presidente Alessandri que regresó de Europa y se hizo cargo del mando el 20 de marzo de 1925.

Durante este pequeño período se convocó a una asamblea constituyente y se sancionó el nuevo estatuto constitucional.

Se convocó a elecciones para renovación del Congreso y el Poder Ejecutivo. De allí surgió la candidatura por el partido radical del profesor Armando Quezada Acharán y por otros grupos, dirigidos algunos desde el Ministerio de Guerra, se proclamó la candidatura del entonces coronel Carlos Ibáñez.

Proclamada esta, el presidente Alessandri le pidió la renuncia del Ministerio a Ibáñez, a lo que este se negó. Aducía el militar que era necesaria su presencia en el Ministerio para asegurar el orden. Esto tuvo como resultado la renuncia indeclinable del presidente Alessandri que se retiró a la vida privada. Designándose con anterioridad su ministro del Interior, al señor Barros Borgoño, que al asumir el poder ejerció la vicepresidencia.

La actitud presidencial dio márgenes a cuestiones odiosas entre el coronel Ibáñez y Alessandri que más tarde repercutieron. El coronel Ibáñez, a su vez, presentó su renuncia a la candidatura y consiguió ante las distintas agrupaciones políticas que se nombrara un candidato único que lo fue don Emiliano Figueroa Larraín. En las elecciones del 24 de octubre de 1925 triunfó ampliamente el señor Figueroa

que representaba a los partidos agrupados, frente al Dr. Salas, representante de algunas fuerzas discordantes. Asumió el cargo el 23 de diciembre de ese mismo año.

En este gobierno empezó a tomar tal influencia el coronel Ibáñez que la vida del mismo se hacía imposible. El ministro del Interior don Rivas Vicuña presentó la renuncia de su cargo, el que tomó coronel Ibáñez, reteniendo también el Ministerio de Guerra. En el primero hizo los cambios que a él le convenían y la autoridad del presidente quedó nula. El primer magistrado pidió licencia el 7 de abril de 1926, asumiendo el poder en carácter de vicepresidente el coronel Ibáñez. El 4 de mayo el presidente titular presentó la renuncia indeclinable del cargo.

Aceptada la renuncia, el vicepresidente a cargo del Poder Ejecutivo convoca a elecciones y proclama su propia candidatura, la que apoya con toda su influencia desde el gobierno y, claro está, resultó elegido.

Constituido en el poder, siguió su obra dictatorial. No fue en realidad un hombre que lucró con el dinero del Estado, aunque lo hayan hecho sus allegados. Fue gobernante de carácter férreo y su probidad la reconocieron hasta sus propios enemigos.

Su ansia de mando lo indujo a mantener el orden en su patria, combatiendo los extremismos de izquierda que vagaban como la hierba mala en esa época. Estas medidas así encontraron en el partido conservador su mejor aliado. Dio amplia organización a las fuerzas armadas, organizando la aviación, disponiendo la fusión de la policía y los carabineros. Todo esto no perduró, por cierto, las libertades de un pueblo son superiores a todo acto de gobierno de fuerza, por más elevado que sea, y al finalizar el año 1930 la indiferencia daba por tierra el poder dictatorial. Así, el 26 de julio de 1931 delegaba el mando presidencial en el presidente del Senado y en las primeras horas de la madrugada abandonaba su país con dirección al extranjero.

El señor Esteban Montero, con el título de vicepresidente, asumió el poder. De inmediato se proclamó su candidatura para la presidencia y en esa fecha regresaba el Dr. Alessandri, y los partidos de la izquierda proclamaban la de este.

El señor Montero presentó la renuncia y asumió el poder el ministro del Interior don Manuel Truco. Durante este gobierno se produjo el levantamiento de la armada contra las autoridades constituidas, en cuyos preparativos parece no fue ajeno el propio candidato Alessandri. Esta revuelta fue reprimida y en las elecciones triunfó ampliamente el candidato Montero el 4 de octubre de 1931.

La derrota de Alessandri, no lo conformó y se lanzó a perseguir en toda forma los actos del presidente, siguiendo así hasta que socavó su prestigio y el 4 de junio del año siguiente un levantamiento de las fuerzas armadas deponía el gobierno.

Se formó una junta que expresó los propósitos de establecer una República Socialista. Disolvió el Congreso, suprimió las garantías constitucionales y ejerció la suma del poder público con la más áspera y cruel dictadura.

Este período quizá sea el más oscuro de la historia de Chile, las conspiraciones se sucedían en una confusión lamentable. Después hubo una nueva revolución el 2 de octubre que derribó esta tormenta y entregó el poder al dignísimo presidente de la Corte Suprema de Justicia, Dr. Abraham Oyanedel, convocando a elecciones para el 30 del mismo mes de octubre para elegir congresales y presidente.

El triunfo correspondió al Dr. Arturo Alessandri Palma quien se hizo cargo del poder por el período 1932 a 1938. Este mandatario elegido por elementos del centro y de la izquierda se inclinó más tarde al partido conservador. Durante su gobierno los motines se sucedieron debiendo apelar a las facultades extraordinarias. No obstante estas perturbaciones, el gobierno fomentó la industria y el comercio. Debemos decir aquí que la situación económica consiguió gradualmente equilibrar el presupuesto.

Para la renovación de la presidencia correspondió el triunfo al insigne y malogrado ciudadano Dr. Pedro Aguirre Cerda, por el período 1938 a 1944. Durante su gobierno, la república de Chile progresó en todos los órdenes sorprendiéndole la muerte cuando el país esperaba de él los mejores frutos. Lo ha sustituido en el ejercicio de la primera magistratura el vicepresidente Dr. Jerónimo Méndez.

Extensión y población de la República de Chile

Sus primeros pobladores se radicaron en las orillas del Pacífico, que fueron los changos o uros; los araucanos, que ocupaban el centro de Chile, y los atacameños y changos, que se encontraban en el resto del territorio. Su extensión es de 750.000 kilómetros cuadrados y sus habitantes se estiman en 4.000.000 millones, lo que da una densidad de 5,5 habitantes por kilómetro cuadrado.

La población actual en su mayoría es mestiza; hay pocos autóctonos puros y en número reducido también los blancos puros.

CAPÍTULO X

Reseña histórica de la República de Bolivia

Durante las primeras revoluciones de las colonias hispanas no tocaron a Bolivia, demasiado alejada de los centros de Venezuela y Colombia, por un lado, y de las regiones del Plata por otro. Quedando así sujeta a la suerte del Perú que era asiento del virreinato.

Vencido el ejército realista en 1821, se sostenían en las altas mesetas del Perú y en la intendencia de Charcas, lo que vino a poner fin la famosa batalla de Ayacucho en 1824, penetrando el general Sucre en el territorio de Bolivia y proclamando la independencia.

En Chuquisaca se reunieron los delegados y decretaron la formación de un Estado independiente, con el nombre de República de Bolivia, dándole a su capital que era Chuquisaca el nombre de Sucre.

Los comienzos de la vida de la república son por demás turbulentos, como ya lo hemos citado al describir las luchas con la vecina República del Perú, que no se resignaba a dejar escapar la presa de las ricas mesetas bolivianas que pertenecieron al gran Imperio inca.

Más tarde surgió la guerra con Chile llamada del Pacífico. Al cercarse la república de Bolivia, las fronteras se extendían hasta el pacífico, comprendiendo la provincia de Atacama que linda por el norte con Perú y al sur con Chile, diferencias surgidas con este último país provocaron la guerra en 1874. En esta lucha el Perú se unió a Bolivia, pero ambos países fueron derrotados por los chilenos, que estaban mejor armados y organizados. Ya vimos las consecuencias para Perú en el capítulo precedente y a Bolivia le costó la pérdida de la provincia marítima de Atacama quedando sin salida al mar.

Terminada la guerra con Chile, resultó electo presidente en agosto de 1874 el general Daza, y se procedió a demarcar la nueva línea divisoria; a esto siguió una era turbulenta con la presidencia del general Daza, un desorden completo, hasta que en el año 1883 se convocó a elecciones. Los partidos, cansados de las luchas, convienen que el presidente sea el potentado industrial Gregorio Pacheco, a quien le llamaban el hombre nuevo.

Este período sino fue fecundo, lo fue en cambio de tranquilidad. Se ratificaron los tratados con el gobierno de Chile y en 1887 se convocó a nuevas elecciones resultando electo presidente el Dr. Aniceto Arce.

Por el progreso material y cultural en el país durante su presidencia, a este gran ciudadano boliviano le llamaban “el boliviano de hierro”. Gobernó el período de 1888 a 1892. Fue más bien turbulento por las ambiciones de los partidos que el presidente supo sofocar a tiempo, por lo demás fue un gobierno de progreso para Bolivia, que marca rumbos en la historia de ese pueblo. A este lo siguió en el mandato Mariano Baptista, el que se hizo cargo en el año 1893. Este gobierno no fue como era de desear, pues dadas las cualidades del presidente, su obra fue escasa; de allí el refrán de que una cosa es hacer buenos discursos y otra saber gobernar un país.

A este le siguió en el mando don Severo Fernández Alonso. El período se distinguió por lo turbulento y una revolución lo depuso en el año 1898, debiendo huir del país.

Desaparecido Alonso, se nombró presidente al general José Manuel Pando, en 1899. Este gobierno sufrió varias dificultades internacionales, que pudo dar término con el Tratado de Chile, y después otra cuestión con Brasil referente al territorio del Arce. Terminado este gobierno, el general Pando recomendó a sus amigos la presidencia del Dr. Ismael Montes, que resultó electo. Este se distinguió por el progreso del país y tranquilidad del mismo desde 1904 a 1908. Se sucedió en la presidencia el Dr. Eliodoro Villazón de 1908 a 1912. Este gobierno prosiguió la vida constructiva de su antecesor. Así va floreciendo el Estado boliviano tan consternado por la confusión y la anarquía. A esta presidencia siguió otra del Dr. Ismael Montes de 1912 a 1916. El período no fue como los anteriores, pues se caracterizó por las innovaciones, que causaron el pánico en la población y crearon de nuevo la anarquía en el país. Así, a fines del año 1915, antes de las elecciones, asesinaron al general Pando, lo que trajo aún más confusión.

Convocadas las elecciones, resultó electo el Dr. José Gutiérrez Guerra en 1917, siendo depuesto por una junta que presidía don Bautista Saavedra. Dicha junta convocó a elecciones de las que resultó electo el presidente Saavedra. Una vez que el presidente asumió el mando constitucional, se disolvió la junta de gobierno. Aquí empezó la lucha fratricida del pueblo contra la administración, que trajo como consecuencia la decadencia económica de la república. Esta lucha duró toda la presidencia, la cual se vio obligada a decretar el estado de sitio y varias medidas extremas. A este gobierno le sucedió en el año 1925 don Gavino Villanueva, candidato del oficialismo. Aunque fue tanta la resistencia contra él que el Congreso decretó la nulidad de la elección, poniendo en la jefatura del gobierno

al presidente del Senado. A la era turbulenta precedió la presidencia del Dr. Hernando Siles, que fue aclamado por el pueblo al hacerse cargo del poder en forma delirante.

Este período fue de gran progreso para el país, pero se malogró al final debido a las camarillas que se formaron alrededor del magistrado, resaltando sus virtudes, que se asemejaban a las de figuras como Primo de Rivera en España y Mussolini en Italia. Las réplicas de estas figuras no trajeron otra cosa que la revolución, que depuso al presidente en junio de 1930.

Derrocado el gobierno, se constituyó una junta formada por hombres de renombre cuya actuación ejemplar dio mucho de qué hablar entre los versados en derecho debido al modo con que se cumplieron los dictados del estatuto constitucional. En la realización de las elecciones resultó electo presidente el insigne hombre público Dr. Daniel Salamanca. A este presidente, lleno de capacidad, le tocó enfrentar la guerra del Chaco con el hermano pueblo del Paraguay, por demás de áspera. No hay duda de que este gran tribuno fue a la guerra quizás escuchando consejos de militares con poca experiencia y de políticos y periodistas carentes de responsabilidad. Felizmente esta lucha entre hermanos terminó para bien de los pueblos y para el prestigio de América, ambas naciones hermanas llegaron a la comprensión. Así fue que en el año 1935 se hizo el armisticio, al que prosiguieron las negociaciones con la intervención de los distintos pueblos de América. Se llegó en Buenos Aires a un entendimiento, primado así el derecho ante la fuerza siempre destructora y por ende repudiable.

A la caída del presidente Salamanca, en diciembre de 1934 se hizo cargo de la presidencia don José Luis Tejeda Sorzano, hombre de talento y equilibrado.

En 1935 fue depuesto este gobierno y asumió la presidencia el coronel Toro. Las primeras declaraciones del presidente fueron “que el ejército no debe apartarse de las funciones públicas” y propuso que los militares que formaran la junta fueran inamovibles.

Este gobierno se destacó por la forma dispendiosa en que se manejaban los dineros públicos, lo que ocasionó un malestar considerable en la masa del pueblo. Los partidos estaban semi perdidos, debido al gobierno de fuerza, hasta que el 15 de julio de 1937, mientras el presidente regresaba de un corto viaje, se le tomó preso y fue conducido al desierto de Arica.

Lo sucedió en el mando el general Germán Bush, el que, en mayo de 1938, se lo eligió presidente constitucional por una convención, que antes

del año fue disuelta por el mismo presidente Bush al asumir la dictadura. Este jefe de Estado murió trágicamente el 23 de agosto de 1939, asumiendo la presidencia en forma provisoria el general Quintanilla, quien convocó a elecciones y el 15 de abril de 1940 entregó el poder al electo en los comicios, el general Enrique Peñaranda, que actualmente se encuentra en el mando, constituyendo un gobierno de orden tan esperado por su pueblo. Que así prosiga sin cesar para bien de esta nación noble y progresista.

Extensión y habitantes de la República de Bolivia

Esta república correspondió al Imperio inca, pero los primeros pobladores fueron los aimaras o collas, que, aunque poco se sabe de ellos, poblaron la región antes que los incas. La extensión es de 1.332.091 kilómetros cuadrados y su población es de 2.888.990, lo que da una densidad de 2 habitantes por kilómetro cuadrado.

La raza es en su mayoría mestiza y autóctona, hay muy pocos extranjeros debido al clima.

CAPÍTULO XI

Breve reseña histórica de la República del Paraguay

La independencia de este país fue alcanzada, puede decirse, sin esfuerzo alguno de su población. Agotado el poderío español en América, al Paraguay se le planteó el problema de gobernarse solo como nación independiente, sorprendiéndolo con tan poca preparación política, que dio lugar a reyertas para poder conseguir la estabilidad.

Los primeros años de su independencia estuvo gobernado por la fuerte dictadura del Dr. Francia, que terminó en el año 1840. Después de esa dictadura siguió en el gobierno el caudillo López, a quien sustituyó su hijo Solano López, y bajo el régimen de estos últimos, buscaron una salida al mar, motivo que dio lugar a una guerra contra las repúblicas de Brasil, Uruguay y Argentina.

Vencidos a pesar de su heroica lucha, en la que perdieron la mayor parte de su población masculina, debieron sufrir las condiciones impuestas por los vencedores, lo cual dio lugar a luchas intestinas dentro de la nación donde sucedían las insurrecciones.

En el año 1870 el Paraguay dictó su Constitución Nacional y eligió presidente a don Cirilo Antonio Rivarola. El Congreso entró en funciones al año siguiente.

Este gobierno, debido como hemos dicho a la forma empobrecida como estaba la nación, hizo una administración de fuerza y siguió entre revueltas. Todo su período hasta diciembre de 1874. Se hace cargo en esa fecha de la presidencia Juan Bautista Gil, que gobernó hasta 1877. Salido del poder este, lo reemplazó don Salvador Jovellanos, hasta que en 1878 asumió la presidencia don Cándido Barreiro, quien falleció en 1880 y los militantes se sublevaron para evitar que el vicepresidente asumiera el mando presidencial.

El Congreso nombró al general Bernardino Caballero, quien gobernó hasta 1886. Este gran hombre, digno de hacer notar, durante la vida de guerrero llegó a escalar todos los cargos, de soldado raso hasta general. Su período fue de prosperidad para la nación paraguaya, en todos sus aspectos. Lo más superior fue el orden llevado a su nación. A este le sucedió la presidencia el general Patricio A. Escobar, siguiendo la misma política que su antecesor. Fundó la Universidad, se estableció la industria del

tanino en el Chaco e infinidad de obras públicas, siendo así una presidencia de prosperidad.

A este gobierno lo sustituyó el presidente Juan G. González el 25 de noviembre de 1890, que también realizó un gobierno progresista. Crearon una gran cantidad de escuelas, fundó el Banco Agrícola, el Banco Nacional, la oficina revisadora de frutos e infinidad de iniciativas. Un golpe de Estado derrocó a este mandatario el 9 de julio de 1893. Lo sustituyó el vicepresidente don Marcos Morinico. Este convocó a elecciones y proclamó la candidatura del general Juan B. Eguzquiza, que gobernó de 1894 a 1898 y creó un excelente tribunal de Justicia, siguiendo la política de colaboración, consiguiendo así la unión de los ciudadanos. Le sucedió don Emiliano Aceval en 1898. En este período se adoptó el sistema métrico decimal, se creó el Consejo de Higiene, es decir que, al pisar el siglo XX, Paraguay estaba en plena vía de reconstrucción nacional.

La administración honesta del Dr. Aceval fue esencialmente de progreso, en programa defensivo. Se puede anotar la creación de los fortines Patria y Galpón, a orillas del río Negro, pero pese a este gobierno destacado en la historia del Paraguay, surgieron las ambiciones políticas y un golpe de Estado lo depuso a este digno gobernante el 9 de enero de 1902.

El período fue de confusión y terminó con la firma del pacto llamado de Pilcomayo el 12 de octubre de 1904. De acuerdo a este pacto, se confió la presidencia a don Juan B. Gaona. Este ciudadano inteligente probo, realizó un gobierno de orden y progreso para su país, pese a ello un golpe parlamentario lo depuso nombrando en su reemplazo al Dr. Cecilio Báez el 9 de diciembre de 1905. El gobierno del Dr. Báez también fue progresista; su jerarquía de Universitario de nota lo habilitó para ejercer el gobierno con independencia. Durante su período se creó el Banco paraguayo, se autorizó la adquisición en Europa de materiales bélicos y de dragado, se realizan obras de progreso. Lo sustituye el general Benigno Ferreyra que asume el mando el 25 de noviembre de 1906. El período siguió el mismo rumbo de los gobiernos anteriores. Durante el mismo y a pedido del gobierno argentino celebró con Bolivia, con el auspicio del Canciller de la república argentina, Dr. Ceballos el ajuste Soler Pinilla, en el que se establecía un estatuto sobre el Chaco.

La prensa empezó una campaña violenta y creó la anarquía nuevamente en el Paraguay, excitando las pasiones, causas por las cuales traen como complemento las revoluciones que son el lastre de los pueblos civilizados.

Un conato revolucionario depone al presidente el 2 de julio de 1909. Asumió el poder el vicepresidente don Emiliano González Navero, siguiendo una era de confusión e intentonas revolucionarias que fueron sofocadas. Posteriormente se hizo cargo de la presidencia Manuel Gondra, que había organizado un gran partido el 25 de noviembre de 1910, y un golpe de Estado lo depuso el 17 de enero de 1911, marcando uno de los períodos más complicados de la historia paraguaya.

El país estaba a la deriva y se hizo cargo del poder el coronel Jara, que lo ansiaba desde el año 1903. Su programa fue el de disolver los partidos e intentar la formación de uno que lo sostuviera. Este período de desgobernio no pudo seguir y, en julio del mismo año, los amigos del presidente Jara le pidieron que se fuera al extranjero porque la vida del país se hacía intolerable.

Le sucedió don Liberato Rosas, cuyo período, como el anterior, fue de revueltas y de terror, hasta que en el año 1912 estalló una nueva revolución popular. Los gubernamentalistas depusieron a Liberato Rosas y nombraron en su lugar al Dr. Pedro Peña. La revolución barrió con todos y huyeron al extranjero donde llevaron las armas.

Se nombró presidente provisional a don Emiliano González Navero, constituyendo un gobierno fuerte para dominar la anarquía y combatir focos revolucionarios como el encabezado por Jara, siendo al fin derrotado y muerto a consecuencia de una herida recibida.

Se convocó a elecciones y se nombró presidente a don Eduardo Schares el 15 de agosto de 1912. En este período se consolidó la paz interna, siendo su gobierno de progreso, pese a las dificultades consiguientes con el conflicto europeo. Fundó 112 escuelas, lo cual es más que suficiente para darse una idea del progreso cultural de la república. En 1916 asumió el poder el Dr. Manuel Franco, inteligente magistrado, que se desempeñaba con independencia, encauzando el progreso de la nación, sorprendiéndole la muerte el 5 de junio de 1919. Le sucedió el vicepresidente José P. Montero, quien creó la Asistencia Pública, reformó los estudios normales y dictó la ley de enjuiciamiento de los magistrados.

Lo sustituyó el presidente Manuel Gondra, que prosiguió un gobierno de educación y progreso, pero un golpe de Estado lo derrocó el 19 de octubre de 1921. Se hizo cargo de la presidencia el Dr. Eusebio Ayala, uno de los hombres más ilustrados de su época. Durante su mandato, varias revoluciones se sucedieron, las cuales pudieron ser sofocadas, incluso una que encabezaba el héroe del Chaco, general

Félix Estigarribia. Pero al fin debió renunciar antes de cumplir el período, designándose reemplazante a don Eligio Ayala, que proclamado candidato a la presidencia renunció también, siguiéndolo el Dr. Luis Alberto Riart, y por fin el 15 de agosto de 1924, se hizo cargo de la primera Magistratura el electo Dr. Eligio Ayala. Este gobernante fue llamado el restaurador de las finanzas, distinguiéndose por su capacidad de estadista, concluyendo su período con el beneplácito de su pueblo.

A este mandatario le siguió en la presidencia el Dr. José P. Guggiari, que continuó la obra constructiva de Ayala, pero la cuestión de límites con Bolivia trajo la guerra que interrumpió la marcha ascendente de esta acción. El 12 de junio de 1935, llegaron a la comprensión los pueblos hermanos y se firmó el armisticio en la ciudad de Buenos Aires. Así el 14, felizmente cesó el fuego y tronar de los cañones destructores de la humanidad y ambos pueblos sin rencores se prepararon para la lucha de su grandeza nacional.

En 1931, el presidente Guggiari, a causa de un incidente popular sangriento, lamentable, por cierto, delegó el mando haciéndose cargo del gobierno el vicepresidente don Emiliano González Navero, sometién dose al juicio político, declarando el Parlamento que no había lugar a la formación de la causa y asumió de nuevo el cargo hasta terminar.

Lo reemplazó a este mandatario el Dr. Eusebio Ayala el 15 de agosto de 1932. Este siguió gobernando en la guerra y el 17 de febrero de 1936 fue depuesto por una revolución. Lo sustituyó el jefe de la revuelta, coronel Rafael Franco, a quien un nuevo movimiento lo depuso y se nombró primer Magistrado del Paraguay al Dr. Félix Paiva.

La estabilidad política se restableció recién con la asunción del poder por el general José Félix Estigarribia el 15 de agosto de 1939. A los pocos meses de su gobierno, dio un golpe de Estado desde arriba y disolvió el Congreso, nombrando una comisión para redactar el nuevo estatuto constitucional, el que fue aprobado en agosto de ese año.

Debido a un lamentable accidente, este valiente general perdió la vida el 7 de septiembre de 1940, siguiéndole en el mando el general Higinio Morinigo.

Extensión y habitantes de la República del Paraguay

Esta república fue poblada por los autóctonos guaraníes. La extensión es de 253.000 kilómetros cuadrados, incluyendo el Chaco y tiene una población de 4,4 habitantes por kilómetro cuadrado.

La raza se compone de mestizos en su mayoría, habiendo también unos cincuenta mil autóctonos puros, los extranjeros son sumamente escasos.

CAPÍTULO XII

Reseña histórica de la República Oriental del Uruguay

Esta república sintió los primeros síntomas de independencia en el año 1806, cuando los ingleses se apoderaron de la ciudad de Buenos Aires, que a la sazón era la capital del virreinato. Los habitantes de Montevideo formaron una expedición para colaborar con Buenos Aires, batiendo a los intrusos y conquistando la ciudad con la derrota del invasor.

En 1807 los ingleses, derrotados en Buenos Aires, intentaron apoderarse de Montevideo, donde también fueron vencidos. Durante su estada la propaganda fue inmensa, sembrando entre los nativos la esperanza de hacerse independientes constituyéndose en nación libre.

Los patriotas se dieron cuenta de la necesidad de gobernarse solos, contando para ello con la capacidad necesaria, y así la idea avanzaba. En el Cabildo Abierto del 21 de septiembre de 1808, se manifestó esa decisión por la protesta de la intervención de Francia en España y la actitud poco clara del gobierno del virreinato.

El pueblo del Uruguay se manifestó francamente por la independencia en 1811, poniendo a su frente el gran caudillo de la época, José Artigas, que se llamó Jefe de los Orientales. En el año 1816, quedó organizada la Banda Oriental como una de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Ese año también empezó la lucha con la invasión de Portugal; Artigas al frente de los orientales sostuvo una lucha titánica hasta el año 1821, que se extendió dentro del territorio hoy argentino. Vencido en la lucha, Artigas se retiró al Paraguay.

Un grupo de treinta y tres patriotas uruguayos organizados en Buenos Aires inició un movimiento contra la dominación brasilera que había sucedido al gobierno de Portugal en la ocupación del Uruguay y, en una guerra larga y heroica, tuvo como fin la independencia definitiva, adoptando en 1830 el nombre de República Oriental del Uruguay.

La República Oriental del Uruguay surgió a la vida independiente como consecuencia lógica del tratado de paz entre la República Argentina y el Imperio del Brasil en 1828. El resultado de este tratado fue el fruto de la guerra entre dos naciones, teniendo como resultancia la declaración del Congreso de los Pueblos Orientales, reunidos en la Florida el 25 de agosto de 1825.

En ese Congreso se proclamó la independencia de la provincia cisplatina en lo que se refiere al Brasil, del que formara parte en virtud del plebiscito del 1821, en el cual se legalizó o se dio visto de legalidad a la ocupación de Portugal.

Ese Congreso, reunido en la Florida, declaró expresa y solemnemente la separación del Imperio del Brasil, y resolvió su integración a las provincias del Río de la Plata, a las cuales siempre perteneció dados los vínculos sagrados de unión que la ligaron siendo de todo el mundo conocida.

La paz entre las dos naciones en litigio, Argentina y Brasil, se concretó a base de la creación de un estado independiente, la República Oriental del Uruguay. Pactado en tratado del 27 de agosto de 1828, fue ratificado en Montevideo el 4 de octubre del mismo año. Asistieron como delegados al mismo por el gobierno argentino el general don Tomás Guido, y por el gobierno del Imperio del Brasil el señor Miguel Calmon du Pin e Almeida.

Por ese tratado se estableció que la Constitución del nuevo estado fuera examinada por comisiones de los gobiernos contratantes, con el fin de evitar que en ella se incluyera alguna cláusula que contrariara la seguridad de alguna de las naciones intervinientes (art. 7 del Pacto).

El estatuto constitucional fue sancionado en el año 1829, el 10 de septiembre, y se juró en un acto solemne el 18 de julio de 1830.

En esta Constitución se le dio la tenencia de gobierno presidencial, es decir, un gobierno unitario y centralizado, con amplias facultades al Presidente de la República, necesario por las circunstancias históricas de la época, la cual se caracterizaba por la anarquía de los caudillos, movimientos subversivos que constituyeron un grave peligro, por mucho tiempo, para la estabilidad del Estado y sus instituciones.

Aprobado el estatuto constitucional, ejercía el poder el general don Juan Antonio Lavalleja; se convocó a la Legislatura el 24 de octubre de 1830, resultando electo presidente el general don Fructuoso Rivera. Tarea difícil, por cierto, es la que debía afrontar el presidente electo, en un país cuya población apenas alcanzaba a unos setenta mil ciudadanos. Después de veinte años de guerra y por ende el pueblo desalojado de los hábitos del trabajo, las insurrecciones se sucedían. El primer magistrado pidió licencia a la Asamblea para ponerse al frente del ejército y delegó el mando entonces en el presidente del Senado, que a la sazón era don Luis Eduardo Pérez.

Después de cruentas luchas el general Rivera, una vez terminado el período constitucional, entregó el mando al presidente del Senado, don

Carlos Anaya, el 24 de octubre de 1834. Este período, pese a las convulsiones en que se vio envuelto, resultó de un progreso efectivo. El 1° de marzo del año 1835, por unanimidad, fue elegido presidente de la República el general don Manuel Oribe, hombre de gran prestigio y brillante actuación en las campañas libertadoras. Fue el brazo fuerte del gobierno del general Rivera para sofocar el motín.

Una vez en el poder, Oribe sufrió la influencia de Rosas, que se empeñó en disminuir el prestigio del general Rivera. Esto dio lugar a la formación de un tribunal de cuentas con el propósito de exigirle responsabilidades por su gestión en el gobierno. Esta medida trajo como consecuencia el distanciamiento y las nuevas revueltas de Rivera contra el presidente Oribe, de allí fue cuando Oribe creó por un decreto, el 10 de agosto de 1836, el uso de un distintivo en el sombrero que lo componía una cinta blanca, con la leyenda “defensor de las leyes”. Rivera dispuso a su vez el uso de la divisa celeste, pero el descolorido que sufría por el agua impuso el uso de la insignia colorada. Así se generalizó la lucha entre los blancos y los colorados.

La lucha siguió sin tregua entre blancos y colorados, hasta que se hizo la paz a base de la renuncia del presidente y el vice el 24 de octubre de 1838. La asamblea aceptó ambas renunciaciones.

Dentro de todas las revoluciones y luchas, el gobierno de Oribe realizó una administración de orden y de honradez, acentuando el progreso del país. Estimuló el comercio, dictó leyes de previsión social, fundó la Universidad y creó la Junta de Higiene Pública.

Llegado a Montevideo, el general Fructuoso Rivera asumió nuevamente el poder, dando un manifiesto donde explicaba los motivos de la revolución. Prometía cumplir las leyes y cláusulas constitucionales. Suspendía las garantías, decía, por los días que creyera necesarios; y convocó a elecciones para la constitución del Poder Legislativo, el que se formó y eligió nuevo presidente constitucional al general Rivera el 1° de marzo de 1839.

Este gobierno fue una lucha enconada, en la cual tuvo gran participación el gobierno dictatorial de Rosas en la Argentina, a cuyo ejército se había incorporado el general don Manuel Oribe.

El 25 de septiembre de 1853, se formó un triunvirato que lo componían el general Rivera, el general Lavalleja y el coronel Flores. De este triunvirato formaban parte como ministros el Dr. Juan Carlos Gómez, hombre sano e inteligente, destacado periodista tribuno de nota, y el

general Lorenzo Batlle, militar culto que había prestado brillantes servicios. Este gobierno fue de poca duración. A su vez, el Partido Blanco pidió la intervención armada del Imperio del Brasil en enero de 1854, y el 31 de ese mes entró una división de cuatro mil hombres de aquella nación, quedando como espectadores mientras el pueblo se desangraba. El 12 de marzo se nombró al coronel Flores para completar el período constitucional. Flores no pudo continuar en el gobierno y se hizo cargo del poder el presidente del Senado don Manuel Basilio Bustamante.

Seguido a esta época de confusión, se firmó un pacto con la Unión del coronel Flores y el general Oribe en el cual resolvía deponer los odios y zanjar el conflicto con patriotismo y desinterés. De allí surgió la candidatura de transición de don Gabriel Pereyra, elegido el 1° de marzo de 1856.

Este período presidencial, pese a la forma de convulsión por la cual atravesó la república, consiguió en parte apaciguar los ánimos y hacer obra constructiva, no sin tener también que recurrir a pedidos de intervenciones extranjeras (ver mensaje del 15 de febrero de 1858).

A este período le siguió en el orden presidencial el Dr. Bernardo Berro, gobierno de gran progreso para la república. Se organizó la administración en base a una disciplina con estrictas normas, se crearon los pueblos de Sauce, Tala, Colonia, Suiza, Rivera, Mígues; siendo así el presidente Berro un admirador honorable de los dineros públicos; pero no pudo substraerse a los conatos revolucionarios de los opositores. Así fue que, al terminar el período, la república se encontraba convulsionada. Le sucedió en el poder el presidente del Senado don Atanasio C. Aguirre el 18 de julio de 1864.

La revolución encabezada por Flores se apoderó del país, a quien secundaba el Imperio brasileño; contra cuya nación se reaccionó y como símbolo de protesta se quemaron en la plaza pública los tratados de 1851 el 2 de febrero de 1865. Terminado el período del presidente del Senado don Atanasio C. Aguirre, lo sustituyó en el poder don Tomás Villalba, quien asumió el ejecutivo e hizo la paz con Flores, que tenía sitiada la ciudad de Montevideo.

El general Flores se hizo cargo del poder y, respondiendo a la política llena de exigencias, firmó el pacto por el cual entraba en la Triple Alianza contra el Paraguay el 1° de mayo de 1865. El 2 de junio se embarcó la división uruguaya de dos mil hombres en Montevideo, con su presidente a la cabeza, delegando el mando mientras duró su ausencia al ministro de Gobierno, Dr. Francisco A. Vidal, que permaneció al frente hasta octubre de 1866.

Asumido de nuevo el poder, el general Flores hizo un gobierno constructivo y de progreso. Instaló la primera línea telegráfica estableciendo ferrocarriles, organizó los servicios tranviarios, se incorporó a la legislación del país el Código Civil, el de Comercio y el de Minería, que aún se encuentran en vigencia.

Convocado a elecciones para renovar las cámaras legislativas, Flores entregó el mando al presidente del Senado don Pedro Varela, que asumió el cargo y pocos días después se levantó en armas don Bernardo Berro. Al enterarse el general Flores, se fue en su coche de inmediato al Fuerte. En el trayecto fue asaltado por un grupo, quien le mató al cochero y asesinó al general al descender del mismo. Ese mismo día también fue muerto el señor Berro. A estos últimos sucesos se agrega una epidemia de cólera que complicaba aún más la situación.

El 1° de marzo de 1868 fue elegido presidente don Lorenzo Batlle, hombre recto y de antecedentes honorables. Durante su gobierno se produjo una crisis que costó la bancarrota a nueve instituciones bancarias. Este desastre fue seguido por sublevaciones que serían sofocadas, pero el vicio de las nuevas revueltas y los egoísmos siguieron en pie. Una nueva revolución encabezada por el coronel Timoteo Aparicio venció a los gubernistas en el paso de Severino y Corralito, poniendo sitio a Montevideo y tomando la fortaleza del Cerro.

El presidente, hombre decidido, salió en persona y los enfrentó en la unión. No se podían realizar las elecciones de representantes en virtud de la situación en que se hallaba el país, prorrogando sus mandatos que terminaban en febrero de 1871. En la batalla del Sauce venció el ejército guberista comandado por el general Suarez el 17 de julio de 1871. En los manantiales fue derrotado nuevamente Aparicio por el general Enrique Castro, quedando la sublevación sofocada.

Terminado el período de don Lorenzo Batlle, fue elegido presidente del Senado don Tomás Gomensoro el 1° de mayo de 1872.

Este gobierno, que el 6 de abril de 1872 parecía haber consolidado la paz interna, cuyo festejo por el pueblo era unánime, se oscureció en las postrimerías del mandato. El resultado de tal conmoción trajo como consecuencia la dictadura el 15 de enero de 1875.

Depuesto el gobierno anterior y expulsados de su seno los legisladores independientes, los restantes, llamados “principistas”, proclamaron presidente de la República a don Pedro Varela.

Durante este período de dictadura se convocaron a elecciones para renovar el Congreso el 9 de noviembre de 1878. El Congreso eligió

presidente de la República a Lorenzo Latorre el 1° de marzo de 1879. Este gobierno duró hasta el 13 de marzo de 1880, día en que el primer mandatario renunció al cargo.

Durante esta administración, pese a la crisis reinante, se hicieron algunas obras de significación, se promulgó el Código de Procedimientos en Materia Civil, el de Instrucción Criminal, se reformó la enseñanza primaria con nuevos métodos, se embelleció Montevideo dotándola de varios edificios de importancia.

El 13 de marzo de 1880 asumió la primera magistratura el presidente del Senado Dr. Francisco Vidal, quien estuvo en el mando hasta el 1° de marzo de 1882. Durante esta presidencia se formó un tercer partido, denominado Partido Constitucional, completamente independiente a las agrupaciones tradicionales que venían sucediéndose en el poder.

La Asamblea nombró presidente de la República al general Santos. Este militar gobernó desde 1882 hasta 1886; a su gobierno hizo severas críticas el Dr. Víctor Pérez Petit. Terminado el período constitucional, la Asamblea eligió nuevamente al Dr. Vidal. Este hecho trajo aparejado nuevas revueltas que serían sofocadas. El general Santos, que deseaba volver a la presidencia, se hizo elegir senador, para lo cual hizo establecer el departamento de Flores y de allí lo designaron presidente del Senado. De inmediato renunció el presidente Vidal y se cumplieron sus deseos de ser por segunda vez presidente.

En esta forma se agudizaban los tumultos y la vida del gobierno se hacía imposible, lo que lo inducía a recurrir a sus adversarios ofreciéndole ministerios en su gobierno, entrando a formar parte del mismo los doctores Pedro Ramírez, Juan Carlos Blanco y Aurelio Rodríguez Larreta. Todos ellos adversarios al régimen. Esto llenó de júbilo a la población cansada el 4 de noviembre de 1876. Formado este gabinete, el presidente a los pocos días presentó su renuncia para irse a Europa, y en su reemplazo se elige al general Máximo Tajés el 18 de noviembre de 1886. Este período, si bien siguieron las luchas internas, fue de progreso para la república.

Lo sucedió en el mando presidencial don Julio Herrera y Obes. Este gobierno se orientó en el orden civilista dando al ejército un encarrilamiento de disciplina y de honor, con lo cual se ganó el aprecio de sus conciudadanos.

Terminado el período presidencial el 1° de marzo de 1894, lo sucedió don Juan Idiarte Borda. Nuevamente vuelven las luchas enconadas, las revoluciones se repiten. El presidente, al volver de un tedeum, fue herido de

un balazo en el corazón por un joven, el 25 de agosto de 1897. Lo sustituyó en la primera magistratura el presidente del Senado don Juan Lindolfo Cuesta. Este presidente mantuvo el mando primero como presidente del Senado, después como dictador, y posteriormente como presidente constitucional hasta el año 1903.

Puede decirse que durante este período el progreso del Uruguay fue tal, que transformó a la república en una forma que supera a la evolución realizada en todo el siglo XIX.

En 1903, fue elegido presidente el señor José Batlle Ordoñez. Esta presidencia debió hacer frente también a revoluciones que encabezaba el popular caudillo Aparicio Saravia, a quien le costaría la vida en septiembre de 1904 en Brasil, donde había buscado refugio. Esto no paralizó el progreso de la república, se impulsó la construcción del puerto, se extendieron las redes ferroviarias, se inauguró el servicio de tranvías eléctricos, etc.

Lo sucedió en el mando presidencial el Dr. Claudio William el 1° de marzo de 1907. En esta presidencia se suscitan dos problemas de límites que fueron resueltos con toda felicidad. El primero sobre jurisdicción de aguas del Río de la Plata, cuyo protocolo de solución fue firmado por el Dr. Roque Sáenz Peña, por parte de la Argentina, y el Dr. Gonzalo Ramírez, por parte de Uruguay. El segundo conflicto versaba sobre el dominio de las aguas del arroyo San Miguel, quedando resuelto que son del dominio común de ambos países. Firmaron el protocolo por parte de Uruguay el Dr. Rufino T. Domínguez y por Brasil el Barón del Río Branco.

En este período se creó la alta Corte de Justicia, que fuera instituida por la Constitución de 1830, cuyo precepto no había sido reglamentado por los motivos de conmoción que atravesó el país.

El señor Batlle y Ordoñez fue elegido nuevamente presidente de la República el 1° de marzo de 1911. Este período de gobierno fue de gran progreso. Con él se nacionalizó el Banco Hipotecario, se creó el Banco de Seguros del Estado, se fomentó la inmigración, se intensificaron el comercio y la industria; en esa forma fructífera termina este gobierno.

Terminado el mandato del señor Ordoñez, la Asamblea eligió nuevo presidente al Dr. Feliciano Viera el 1° de marzo de 1915. A este gobierno le correspondía la reforma de la Constitución Nacional, y modificó la sancionada en el año 1830. Su reforma esencial fue la separación de la Iglesia del Estado sancionada por el Art. 5, declarando la libertad de cultos y la inexistencia de religión oficial, pero reconociendo a la Iglesia Católica el dominio sobre sus templos y eximiendo de impuestos a los mismos.

Sancionó también el sufragio y la ciudadanía, estableció el voto secreto y la inscripción obligatoria, siendo la representación proporcional (art. 9); estableciendo la ciudadanía legal o natural, extinguiéndola y recobrarla (arts. 9, 12 y 13).

Subdividió las funciones ejecutivas, se creó el Consejo Nacional de Administración, dependiente del Poder Ejecutivo (art. 7), que es un cuerpo colegiado con facultades amplias. En consecuencia, se compone el Poder Ejecutivo, por esta constitución, del presidente de la República y del Consejo Nacional de Administración con ministros responsables que elige el presidente y que son: ministro de Relaciones Exteriores, ministro del Interior y ministro de Guerra y Marina y por el Consejo Nacional de Educación. Los demás ministros son nombrados y separados de sus cargos por mayoría de votos de la Asamblea.

Estableció también el estatuto constitucional la autonomía municipal y local; creó la asamblea representativa y consejos de administración autóctonos locales, elegidos por el voto popular.

En este período se dictaron leyes sobre legislación social, entre ellas la de jornada de ocho horas; se suprimió la matrícula en los estudios universitarios, celebrándose numerosos tratados internacionales.

Al presidente Viera lo sucede en el mando el Dr. Brum el 1° de marzo de 1919. En este período de franca lucha política se produce la división en el Partido Colorado.

Le sucede en la primera magistratura el Ingeniero don José Serrato el 1° de marzo de 1923. Este período se distingue por la absoluta libertad electoral que da prestigio a su gobierno.

Le sucede en la presidencia de la república el Dr. Juan Campisteguy desde el año 1927 a 1931. Hombre de reconocida cultura, moderado y ecuaníme. Durante su mandato se encararon los problemas de gobierno con inteligencia y rectitud.

Lo sucede en la presidencia el Dr. Gabriel Terra en 1931. Hombre de larga actuación política, legislador, ministro y diplomático. Durante su gobierno se produjeron algunos disturbios que se vio obligado a sofocar con mano firme, tomando como medidas previas la disolución del Parlamento y el Consejo Nacional de Administración, e implantó la dictadura.

Se elige una Asamblea constituyente el 25 de junio de 1933, para dictar una nueva Constitución Nacional, la que se promulga el 18 de mayo de 1934 y proclama presidente por el período constitucional al Dr. Terra desde el año 1934 a 1938.

Esta reforma necesaria, y que tuvo su líder en el Dr. Terra, no era posible de otra forma dentro de los términos en que estaba sancionada la Constitución del año 1917. En virtud de que para ello eran necesarios dos tercios de los votos de la Asamblea, cosa casi imposible de conseguir. La revolución del 31 de marzo de 1933 fue sin duda el hecho precursor de la reforma, de allí vino la unión o pacto de los grandes partidos Colorado y Nacional.

Los constituyentes del 34 tuvieron en cuenta para la elaboración del estatuto constitucional las más modernas de la posguerra, y en ella se creó el Tribunal de Justicia Electoral que es ejercido por la Corte Electoral (art. 278).

Se crea el Tribunal Contencioso Administrativo (art. 271), que tiene jurisdicción en las demandas contra las resoluciones ilegales de la Administración.

Se crea también el Consejo de Economía Nacional que es de carácter consultivo y honorario, con el fin de asesorar a las comisiones legislativas (art. 207).

Se establece el recurso sobre inconstitucionalidad de las leyes con jurisdicción para el conocimiento, que compete exclusivamente a la Suprema Corte de Justicia.

Esta constitución crea el régimen parlamentario limitado. Se faculta al presidente a elegir sus ministros de los dos grupos parlamentarios más importantes, es decir que correspondan a los dos partidos que hayan obtenido mayor número de votos. En la proporción siguiente: de cinco o seis al partido mayoritario y de tres al partido que le sigue en el número de parlamentarios, y no obteniendo la mayoría absoluta debe el Presidente (art. 162) elegir candidatos que cuenten con mayoría parlamentaria.

El art. 137 establece que pueden ser separados los ministros de sus cargos por resolución de la Asamblea General, compuesta de ambas cámaras, de representantes y de senadores, ya sea individual o en forma colectiva. El presidente puede observar el voto de desaprobación de la Asamblea General, sino ha sido pronunciado con dos tercios del total de sus componentes, y si esta insistiera sin la mayoría de referencia, el presidente puede disolver las cámaras (art. 141).

Al finalizar el período presidencial el Dr. Terra, lo sucede el general y arquitecto don Alfredo Baldomir de 1938 a 1942. Su período ha sido de orden y progreso, con un creciente desarrollo industrial que anunciaba la prosperidad y futura independencia económica, a lo que se agrega una legislación social que dignificaba la vida del obrero.

Extensión y habitantes de la República Oriental del Uruguay

Su raza primitiva fueron los autóctonos charrúas, valientes y decididos para la lucha. La extensión es de 186.917 kilómetros cuadrados y tiene una población de 1.720.500 habitantes, lo que hace una densidad aproximada de diez habitantes por kilómetro cuadrado.

La población se compone de mestizos, de cuya mezcla de sangre de españoles y autóctonos salieron los gauchos que supieron batirse sin desmayo, hasta obtener y consolidar la independencia de su sueño.

Si bien el autóctono se ha extinguido, su sangre corre en las venas de las nuevas generaciones como un torrente de valentía y generosidad de cuyas materias estaba constituida la raza primitiva.

CAPÍTULO XIII

Breve reseña histórica de la República del Brasil

La República del Brasil en realidad no debió derramar sangre para obtener su independencia. Una invasión a Portugal en 1807 por las tropas napoleónicas hizo abandonar la península a la familia real y fue conducida al Brasil, en varios buques a los que escoltaba la escuadra inglesa. En esa forma se establecía el gobierno central de Portugal en su ex colonia el Brasil, donde permaneció durante tres años.

El príncipe que ejercía la regencia por defectos físicos de la madre proclamó el Reino del Brasil, abriendo las puertas al comercio mundial con lo cual se despertó la vida política de los nativos.

A la caída de Napoleón el gobierno de Portugal regresó a Europa dejando como regente en Brasil a su hijo Pedro.

La revolución española en 1820 trajo como consecuencia la independencia de las naciones de América y esto repercutió también en el Brasil, que despertó en los patriotas la idea de su emancipación política y el propio príncipe Pedro proclamó la independencia en 1822, coronándose como emperador constitucional del Brasil.

El flamante Imperio como en todas las nuevas organizaciones no pudo evitar las cruentas guerras civiles, que se prolongaban sin cesar.

Cuando la revolución de julio de 1830, los patriotas se levantaron nuevamente en armas y obligaron a abdicar al emperador a favor de su hijo Pedro, que recién tenía 5 años.

Durante la regencia fue otro período de verdadera anarquía, hasta que en 1840 fue suprimida y, mediante un gobierno de fuerza, el país entró en una era de tranquilidad y desarrollo que duró casi medio siglo.

Al mediar el año 1870, los patriotas otra vez reaccionaron con un espíritu republicano y las revoluciones se sucedían; el rey a su vez se hace impopular y, así, se abre el camino de la república que se constituye por fin en 1891 bajo el nombre de Estados Unidos del Norte, cuyo territorio se dividía en veinte estados autónomos, un territorio nacional y un distrito federal.

En esa forma cada uno de los estados se administraba independientemente, sin la injerencia del gobierno federal, siendo su intervención limitada a los asuntos de la defensa, mantenimiento del orden o hacer cumplir las leyes federales.

Proclamada la república, fue su primer magistrado el mariscal don Floriano Peixoto de 1891 a 1894. Durante su gobierno se consolidó el régimen republicano, pese a los conatos revolucionarios que se sucedían y que pudo sofocar con mano de hierro.

Terminado el período correspondió la primera magistratura a don Prudente de Moraes por el Partido Republicano Paulista y era el vice don Manuel Victorino de Bahía desde 1894 a 1898. Este gobierno fue de pacificación nacional; no obstante, las revueltas le sucedían. Entre ellas puede anotarse la de los gauchos de Bahía, que en realidad lo que hicieron fue fortalecer el poder civil que se encontraba sumamente debilitado.

A este le sucedió en la presidencia don Campos Salles desde 1898 a 1902. Se distinguió por su gestión financiera pudiendo solucionar la apremiante situación por que atravesaba la República. Por otra parte, el mandatario, gran americanista, por cierto, visitó la República Argentina en 1900, con lo cual se despejó el horizonte diplomático poniendo su buena voluntad para el arbitraje argentino-chileno, que se suscitaba sobre litigios fronterizos.

Le siguió en el mando don Francisco de Paula Rodrigues Alves 1902 a 1906. Este como el anterior fue un gobierno de progreso. Realizó obras de gran importancia en su administración; no obstante, tampoco pudo terminar el período sin tener que hacer frente a revoluciones que pudo sofocar.

Le sucedió en la presidencia don Alfonso Penna. Su gobierno fue de progreso. Durante el mismo se realizó la Exposición Nacional en 1908, no terminando el período por fallecimiento el 14 de junio de 1909, sucediéndolo Nilo Pacanha desde 1909 a 1910.

Le siguió en la primera magistratura el mariscal Hermes da Fonseca de 1910 a 1914. Su período se distinguió por las luchas armadas en la mayoría de los estados de la República.

A este gobierno le sucedió en el poder don Wenceslao Braz Pereira de 1914 a 1918, quien realizó un gobierno de progreso al que, no hay duda, algo le restó la entrada en la guerra europea en 1917. Fomentó la industria y el comercio, dándole un gran impulso debido al precio elevado de los productos.

Terminado este gobierno progresista se hizo cargo de la presidencia don Epitacio Pessoa de 1918 a 1922, que siguió la intensificación del comercio y la industria que dado el valor de la producción alcanzó su mejor apogeo, se fomentó también las construcciones de obras públicas, pero no dejaron de sentirse los conatos revolucionarios que fueron sofocados.

Don Arturo Bernardes presidió el período 1922 a 1926. Ese gobierno se mantuvo bajo una agitación interna extremada, cuyo pleito político se mantenía latente al terminar su mandato, al que le sucedió don Washington Luís Pereira da Souza desde 1926 a 1930. Los conatos revolucionarios se sucedían y la vida del gobierno se hacía imposible.

Dado el estado de conmoción, los jefes militares del Río de Janeiro, con la solidaridad de las fuerzas de la Capital, decidieron solicitar la renuncia del presidente Pereira Da Souza el 24 de octubre de 1930. El primer magistrado en principio se rehusó a dimitir, lo que originó una reacción del pueblo que invadió el edificio de la presidencia, debiendo intervenir el cardenal Lema, mediando en la crisis que terminó, al fin, con la conducción en calidad de prisionero de Souza, alojándolo en el Fuerte de Copacabana hasta que posteriormente se embarcó a Europa.

Depuesto este gobierno entraba triunfante en Río de Janeiro el Dr. Getúlio Vargas, haciéndose cargo de la primera magistratura e iniciando una nueva fase en la vida de la República el 3 de noviembre de 1930.

El primer período de este gobierno fue turbulento, destacándose la revolución llamada constitucionalista, que encabezó el estado de San Pablo del 9 de julio a octubre de 1932. Después de la pacificación del país, se convocó a una Asamblea Constituyente para la sanción del nuevo Estatuto Constitucional que se aprobó teniendo en cuenta las reacciones del capital y el trabajo, imitando la carta fundamental alemana de posguerra de Weimar.

Esta carta constitutiva no llenó los fines que se esperaban y dio lugar a que incubaron movimientos extremistas como la Revolución de Río de Janeiro el 27 de noviembre de 1935. En este conato se notó su carácter extremista, originando una reacción, y se tomaron medidas de emergencia para prevenir en el futuro. De ahí salió la primera enmienda constitucional, sancionándose medidas defensivas que la gravedad indicaban.

En los años 1936-1937, la política se dividía en grandes grupos, levantándose varias candidaturas a la presidencia, entre ellas la de don José Américo de Almeida y la de Armando de Salles Oliveira. Dado el curso que tomara la política, las fuerzas armadas asumieron la responsabilidad de paralizar la campaña. El Congreso votó la prórroga del estado de sitio para evitar las agitaciones subversivas y el presidente Vargas con sus ministros promulgó una nueva constitucional el 10 de noviembre de 1937, que es la que rige en la actualidad.

Este nuevo estatuto constitucional en uno de los párrafos más salientes del preámbulo dice: “Considerando el estado de aprensión creado en el

país por la infiltración comunista que se torna día a día más intensa y más profunda, exigiendo remedios de carácter radical y permanente”.

El período presidencial lo estatuye por seis años, siendo reelegible (art. 80). El Parlamento cuya Cámara se compone de once diputados por cada estado, diez son elegidos por cada municipio y uno por el Consejo Federal, también de cada estado que los elige la Asamblea, y diez nombrados por el presidente de la República.

El Poder Ejecutivo por esta Constitución se ha fortalecido, pues tiene facultades para dictar decretos-leyes, dentro de los límites que la misma fija. Orienta la política legislativa de interés nacional (art. 73), indica uno de los candidatos a la Presidencia de la República (art. 75). Disuelve la Cámara de Diputados en los casos que determina el Art. 167.

Extensión y población de la República del Brasil

Los primitivos pobladores fueron los autóctonos tapuyas, tupís, caribes y aruacs. La extensión es de 8.524.768 kilómetros cuadrados y su población de 30.735.000 habitantes, lo que da una densidad de cuatro habitantes por kilómetro cuadrado.

La raza se compone de autóctonos que hay aproximadamente un millón doscientos mil, el negro africano que es de unos dos millones, los mestizos que son la mayoría de la población, hay también el zambo y los blancos que pueden estimarse en dos millones.

CAPÍTULO XIV

Conclusión

Quiero terminar aquí exhortando a los gobiernos de América a fin de que presten la atención debida a esta raza autóctona estimulándola con la ayuda oficial para sacarla de la indigencia en que se halla y evitar, por encima de todo, que sea explotada por latifundistas inescrupulosos, que con el sudor de los mismos ven acrecentar sus caudales.

Los gobiernos americanos tienen, pues, el deber ineludible de tutelar a estos hijos auténticos de estas comarcas fecundas y generosas; debe avanzarse a los desiertos donde habitan, no por cierto con las bayonetas o el tableteo de las ametralladoras, sino con la escuela y el arado, para que así las futuras generaciones se conviertan en seres útiles a la sociedad.

Nuestra raza americana no es inferior a la europea o a la de cualquier otro continente, lo que hace falta es enseñarla, guiarla y prestarle cuanta ayuda sea necesaria, porque la protección a ellos es proteger nuestro futuro, lo que significa crear generaciones auténticamente nuestras, sacándolas del abandono en que se encuentran, que poco dice a favor de nuestra cultura.

Felizmente ya en las tierras de Moctezuma se ha dado el primer grito de estímulo a esta raza creando el Día del Indio. Mejor hubiera sido del americano, porque justamente el indio, palabra vulgar, es en realidad el más auténtico de los americanos. En efecto, según el congreso indigenista reunido en Patcuaro México el año 1940, se resolvió que el día 19 de abril fuera recordado en todo el territorio de las Américas como el Día del Indio.

Nada mejor que rendir tributo a quienes nos han dado su sangre, sus costumbres, sus tradiciones, su suelo, su hidalguía y su generosidad. Esta raza pues, que se batió en todos los entreveros de las luchas emancipadoras y de las organizaciones de estas naciones americanas en marcha, estos autóctonos son pues el símbolo, la médula de nuestra raza.

Si todavía quedan contingentes sin formar parte de nuestras sociedades, deben los gobiernos contribuir a atraerlos, a introducirlos en nuestros centros, en nuestras ciudades o pueblos, prestarles toda la ayuda oficial necesaria para que aprendan, evitando así el espectáculo triste que en nuestros días anden mendigando hambrientos y harapientos.

Nada hay en el mundo, por más pintoresco que nos lo pinten, que nuestras tradiciones, nuestra cultura y nuestra civilización, que está dando ejemplo y marcando rumbos, hasta en la vieja Europa, que se debe en luchas fratricidas por la ambición de conquistas imperiales, haciendo de los tratados tiras de papel, del derecho un mito, todo lo quieren con la fuerza y la barbarie. Qué ejemplo magnífico el nuestro, todas las disputas se solucionan por vías diplomáticas, aceptando el arbitraje como medio de concordancia, imperando así el derecho ante la fuerza, esta es la civilización de los hechos.

Debemos defender como hemos dicho nuestras costumbres, nuestra cultura y nuestra potencialidad, que solamente se debe a nuestro esfuerzo, porque el que aquí trae capitales, no los trae a título gratuito, el que extiende ferrocarriles, telégrafos, teléfonos, escuelas, fábricas y cuando traigan, todo ello ha nacido o ha venido a estas tierras pródigas con la colaboración, el amparo y la aprobación de nosotros mismos.

Que nos digan obra de los extranjeros, eso es rotundamente falso, hasta hace poco preparaba este ambiente nuestra indiferencia, pero ya ha comenzado a reaccionar en forma feliz.

Los capitales extranjeros han venido por nuestra garantía de orden y nuestro auspicio de progreso, que es condición de sus ganancias.

Por eso vinieron también los brazos extranjeros, que no lo hubieran hecho sin nuestra legislación y nuestros salarios, compensatorio de sus esfuerzos.

Los grandes capitales extranjeros, que vienen a traer industria sobre el suelo americano, vuelven pronto a sus patrias originarias con compensación de abultadas ganancias. Los hombres extranjeros que vienen a este rico y generoso suelo, a elaborar riquezas, vuelven pronto a su terruño bien pagados o mueren en la tierra que les brindó bienestar, dejando a sus hijos que también son americanos.

Las ideas extranjeras que vienen a traer cultura al nuevo continente, aquí se transforman, de acuerdo al ambiente para encarnarse y vivir en esta tierra de solidaridad humana, siendo estas ideas patrimonio de América.

Nosotros debemos afrontar con carácter nuestra autodefensa empujando por tutelar, en toda forma, a los autóctonos que aún quedan, introduciéndolos al seno de la sociedad porque estos fueron la materia prima con la que se elaboró estas nuevas entidades en marcha y por ende son los más americanos, cumbre de nuestra raza.

“Un ensayo sobre el cual he de volver sobre el rastro”, afirma en un fragmento de sus palabras introductorias la escritora Josefa Poncela. Una mujer cuyo paso por la historia fue cauteloso, sin grandes reconocimientos, pero que hoy el Centro de Estudios sobre Pueblos Originarios de la Biblioteca Nacional pone en circulación para recordarla como una mujer comprometida con su origen y su presente.

Al momento de publicar *La cumbre de nuestra raza* —ensayo sobre las culturas de América y la actualidad de las mismas en 1942— la autora tenía 19 años de edad, se reconocía ranquel y desde Santa Rosa, La Pampa, escribía para las futuras generaciones reivindicando a las primeras naciones del continente. En sus páginas hay mucho valor y lealtad con sus hermanos originarios. Por momentos, esta joven siente desde las entrañas el dolor de su gente y se refiere varias veces al “blanco invasor”. Intenta ser neutra pero la historia pasada ha quedado guardada en un pliegue y ella lentamente la asoma para mostrar lo que pudo ser y no fue. Reflexiona sobre la historia escrita que siempre coloca a los naturales en un estado inferior a los blancos, y ahora es ella misma quien escribe desde la mirada de una adolescente ranquel.

En definitiva, Josefa Poncela trae el pasado, reflexiona sobre el binomio conceptual “civilización y barbarie”, piensa que cada uno lo entiende de acuerdo a las ideas que profesa o a los intereses que defiende y sostiene irónicamente al respecto: “Así por ejemplo yo diría que los europeos son unos bárbaros y salvajes”.



Centro de Estudios sobre
Pueblos Originarios

